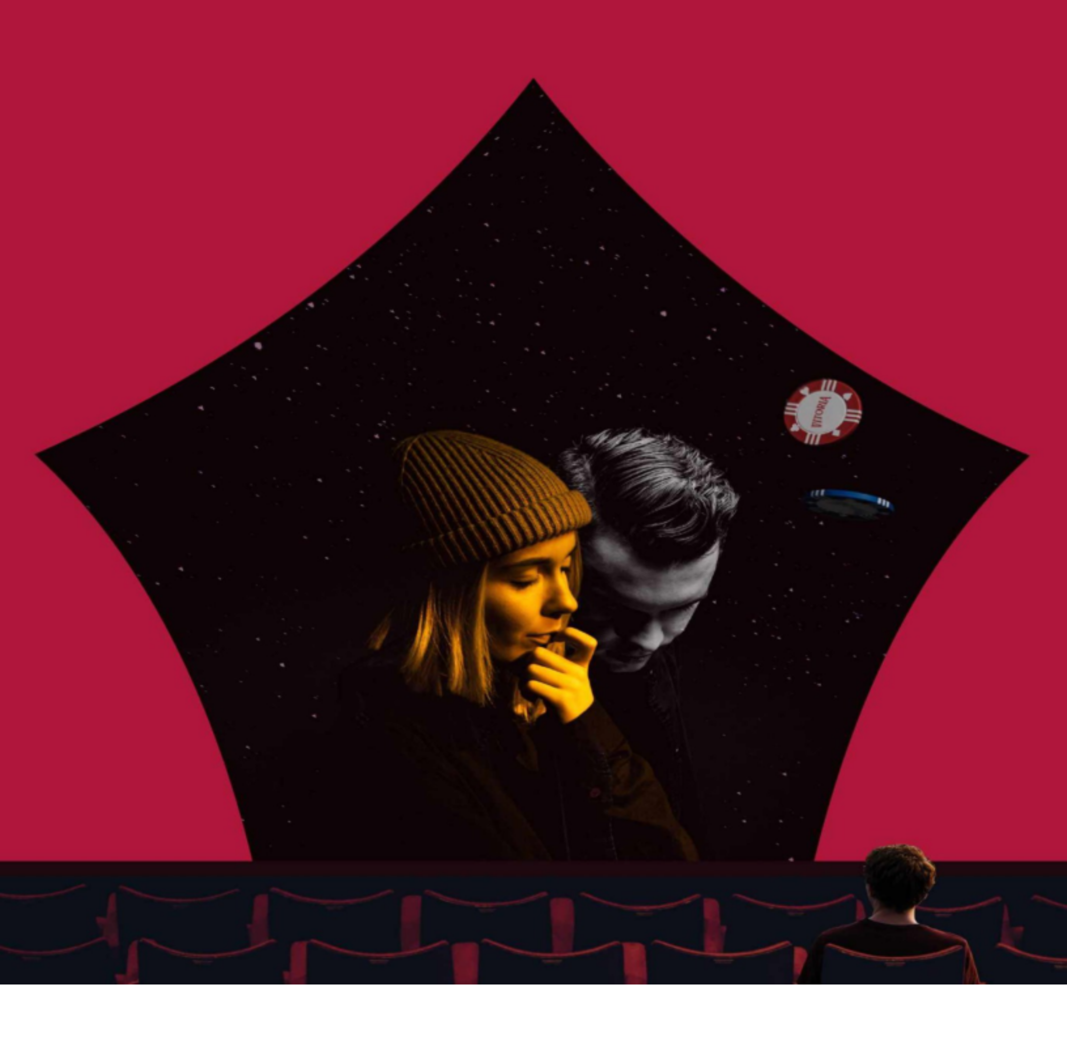
Bruno Saltor

ALBUR



ALBUR
Bruno Saltor

Para mis padres y para Ane, la mujer que ilumina mi vida.

ÍNDICE

1

Como acostumbraba, Mario Ochoa Lamadrid, alcalde de San Zoilo, se levantó de un salto y trató de que la noche anterior, al refugio de su vino preferido, no le condicionara el día que tanto había esperado. En San Zoilo no abundaban los sobresaltos. La mayoría de sus casi cuatrocientos habitantes acumulaban suficiente edad como para considerar una vida contemplativa como la mejor opción en pos de asegurar su subsistencia. Era uno de agosto y temporada alta, lo cual garantizaba la llegada al pueblo, en busca del merecido descanso estival, de la familia Ramos Figueroa. Al frente de esta, su mejor amigo de la infancia, Gabi. Orgulloso jefe de filas de dos preciosas gemelas que habían aparecido en este mundo juntas de la mano y que desde la cuna desafiaron el valle de lágrimas al que estaban predestinadas. Los médicos no pudieron hacer nada por su mujer cuando llegó de madrugada al paritorio, con dos hermosas y prematuras criaturas, muy debilitada debido a la pérdida de sangre en el trayecto al hospital: ciento veinticuatro kilómetros desde San Zoilo que significaron lo mejor y lo peor de la vida de su mejor amigo. Muy a pesar de todos, la visita de las gemelas, Paula y Cristina, siempre recordaría aquel trágico día para San Zoilo. Si bien las sentía como de la familia, también despertaban en él cierta envidia. Gabi era el hermano que siempre quiso tener pero nunca tuvo y que, hacía tres años, se había marchado del pueblo. Sin duda, que su amigo se mudara a la capital fue una de las consecuencias que tuvo aquel fatídico día. Cada agosto, la familia al completo volvía en busca de tranquilidad y un poco de desahogo para Gabi. Ser padre soltero lo consumía poco a poco y, aunque había llegado a un cierto equilibrio estable, la inestimable ayuda de sus padres durante esos días era una bocanada de aire necesaria.

Mario, hacía unas semanas, había quedado esa mañana para almorzar y ponerse al día con su amigo en el bar del pueblo. Estaba ansioso por ver a sus ahijadas y no quería llegar tarde, así que madrugó un poco más de lo habitual para pasarse antes por el ayuntamiento, no sin antes levantar a su abuela Concha para darle el desayuno y arreglarla.

—Buenos días, señorita —la despertó mientras levantaba las persianas—. ¿Sabes qué día es hoy, abuela?

—Buenos días, mi hijo. Otra maldita prueba en el hospital, seguro;

¡estoy ya harta! Si estoy bien. —Concha, sin moverse de la cama, movió varias veces los brazos arriba y abajo.

—No, abuela. Hoy es sábado y el doctor no trabaja, así que puedes estar tranquila —dijo Mario, y la ayudó a incorporarse—. Hoy vienen Gabi y las niñas.

—¡Ay!, pobrecito Gabi, qué mal lo debe de estar pasando él solo con dos criaturas; todavía no me explico cómo han sobrevivido en la ciudad —comentó santiguándose hasta en tres ocasiones—. ¡Si no sabía ni freír ni un huevo!

—Basta ya de cháchara. Aséate y desayuna —concluyó Mario—. Te he dejado el café con leche preparado encima de la mesa.

—Ea, sí, he de apurarme, que hoy iremos las de la congregación a limpiar la ermita del arroyo, que después de la tormenta del martes está indecente.

—Perfecto, a las doce me paso a buscarte —concretó tras darle un beso de despedida—. Ten mucho cuidado, abuela.

Mario se echó al hombro la mochila y salió camino del ayuntamiento. En el corto trayecto entre su casa y el consistorio mediaba un riachuelo protegido por un viejo puente de piedra, seña arquitectónica característica y único símbolo del pueblo que había aguantado el seísmo que azotó San Zoilo en 1984. Tan corto espacio de tiempo le dio para reflexionar sobre el precario estado de salud de su abuela. A pesar de la cantidad ingente de pastillas que tomaba a diario, ella era alegre, divertida y positiva hasta el punto de desconcertarlo y hacerlo dudar del juicio clínico de los médicos.

Cómo Mario llegó a ser alcalde de San Zoilo con diecinueve años no fue una sorpresa para su pueblo. Toda su vida había ayudado en la medida de sus posibilidades a sus gentes y parecía el paso natural al cumplir la mayoría de edad. Sin embargo, la Alcaldía apenas le remuneraba quinientos euros mensuales, por lo que hacía pequeños trabajos para los vecinos. Además, poseía una huerta de pimientos italianos que eran la envidia de la comarca. La primera actividad y casi única de San Zoilo era el embotamiento de pimientos asados, grandes y carnosos. Cuando caían las primeras hojas, una boina con aroma a pimientos y carbón cubría San Zoilo y no se desprendía del cielo hasta pasado el día del santo, en el que todo el mundo celebraba y daba gracias a Dios por la cosecha del año.

Después de arreglar unos papeles de la obra que se llevaba a cabo en la vieja casa de la parra, se dirigió al bar de la plaza, donde había quedado con Gabi. El bar de la plaza, regentado por Segis, era el lugar idóneo para socializar, hacer pequeños negocios o pegarse un homenaje culinario.

—Buenos días, Segis. ¿Has visto a Gabi? —preguntó Mario.

—Buenas, alcalde. Sí, ahí lo tienes, en el comedor, con esos

terremotos —contestó Segis, que secaba una copa de vino.

Mario aceleró, cruzó el bar con una media sonrisa en la cara y abrió la puerta. Gabi le daba de comer a Paula y Cristina golpeaba con las palmas sobre las sillas en la otra esquina de la sala.

—¿Dónde está mi pequeña Paula? —preguntó Mario con tono cariñoso. Acarició la nuca de Gabi—. Golfo, ¡qué caro eres de ver!

Las niñas, al verlo, corrieron y se abalanzaron sobre él con unos abrazos torpes e irrechazables por verdaderos. El abrazo llegó acompañado de su ración de puré en la solapa de su chaqueta. Gabi sonrió y, levantándose, le ofreció una toallita húmeda de las que tenía sobre la mesa.

—Calla, que me tienen loco. Tenía ganas de verte, amigo. —Abrazó a Mario—. Tenemos que hablar —terminó sin retirar la mirada fija en los ojos de Mario.

—Qué prisas tienes, tenemos el mes completo para que me cuentes lo que quieras con detalle —respondió Mario con cara de incomprensión.

Gabi lo cortó mientras negaba con cabeza.

—No, en una semana las niñas, tú y yo nos volvemos a Vitoria. Te lo explicaré con tranquilidad, pero tú confía en mí. San Zoilo se te queda pequeño y tengo grandes planes para ti —dijo Gabi.

—Ya empiezas con tus tonterías. Conoces mi situación, tengo una responsabilidad para con los habitantes de mi pueblo. Además, mi abuela me necesita, y lo sabes —respondió Mario al tiempo que sonaba el teléfono—. Espera un momento. Sí, ¿dígame? —contestó con una expresión de extrañeza al no reconocer el número.

—Hola, alcalde. Soy el doctor Sánchez —respondieron al otro lado —. No se alarme, pero su abuela ha tenido un bajón de azúcar y no se encuentra bien. Será mejor que venga a recogerla.

—Por supuesto, doctor. En seguida voy, muchas gracias por avisarme. —Colgó—. Lo siento, no puedo quedarme a almorzar contigo. Tengo que recoger a mi abuela, no se encuentra bien —se precipitó Mario—. Luego nos vemos.

—Vale, león, luego te veo. Hijas, decidle adiós al tío Mario.

—Adiós, tío Mario —repitieron las gemelas al tiempo.

—Adiós, bonitas.

No era la primera vez que lo llamaban por el estado de salud de su abuela, así que no perdió la calma. Mario se dirigió en su coche hacia la ermita del arroyo, que distaba dos kilómetros del pueblo. El camino de tierra estaba flanqueado por almendros y algunos bancos. La gente lo llamaba la Ruta del Colesterol por el uso diario que los habitantes del San Zoilo hacían de esta para el ejercicio moderado. Su planicidad, belleza y cercanía lo convertían en el segundo lugar más concurrido después del bar de la plaza.

En repetidas ocasiones, la idea de salir de su pueblo natal abordaba a Mario Ochoa Lamadrid. Desde que se marchase su mejor amigo, esos pensamientos no paraban de revolotear en su cabeza. El futuro en San Zoilo no era esperanzador, ni siquiera para un joven cuyos sueños se habían apagado hacía mucho tiempo. Él amaba el pueblo, pero este solo le ofrecía un mundo aburrido y conocido. Aun así, su abuela era la única familia que le quedaba y de ninguna forma le arrebataría sus últimos años allí. Se autoconvenció de que no se dejaría embaucar y se mantendría fuerte en su postura, por más que Gabi le insistiera. Entre esas divagaciones, el joven llegó a la ermita.

La estampa, lejos de hacer honor a una típica mañana veraniega, lucía oscura y fría; tan solo el ruido del agua contra las piedras del riachuelo salvaba la postal. Al entrar, Mario tomó conciencia de la gravedad del asunto, por la consanguinidad de la aquejada y porque en medio del corro de personas estaba la persona que más le importaba. En ese preciso momento se sintió culpable por la banalidad interna con la que había enfrentado una situación grave que, aunque común en los últimos tiempos, lo afectaba de manera esencial.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mario, un tanto nervioso—. Abuela, ¿estás bien?

La abuela, tumbada en uno de los largos bancos de la ermita, parecía inconsciente. Las mujeres la rodeaban con cara de preocupación mientras el doctor Sánchez tomaba la tensión de la anciana.

—Tranquilo, Mario —respondió Sánchez—, dentro de la gravedad, Concha permanece estable. No te puede contestar, ya que le he suministrado un sedante, pero pronto despertará.

—Gracias, doctor, pero ¿qué ha ocurrido? —volvió a preguntar más tranquilo.

—Ven a que te lo explique en privado. —El doctor se retiró unos metros de la gente—. Ya sabes que la enfermedad que padece no tiene solución.

—Lo sé, pero esta mañana se encontraba bien y animada. No entiendo el cambio.

—En el estado de Concha, los días buenos y malos se alternarán hasta que, por desgracia, solo haya días malos y muy malos. Siento ser tan brusco, pero debes estar preparado, porque lo vas a necesitar. Lo único que puedes hacer por ella es estar a su lado —advirtió con una sinceridad apabullante—. Por ahora, la mejor decisión sería llevarla a casa para que descanse.

—Sí, será lo mejor. Gracias, doctor.

Aquellas palabras hicieron mella en Mario, jamás nadie se lo había pintado tan crudo. Debía estar preparado para lo peor, pero ¿cómo se preparaba uno para lo peor? Su abuela era lo único que nunca le

había fallado y, a pesar de que tenía buenos amigos, la sensación de que se iba a quedar solo en el mundo lo atemorizaba. Mario la cogió en brazos y la subió en el coche con sumo cuidado y un cariño sobresaliente, y la llevó a casa a descansar. Los dos lo necesitaban.

Los siguientes días, el trajín de visitas a la casa de la familia no cesó. La situación no era común y, lejos de agradar a Mario, le resultaba angustiosa. Como el estado de Concha no mejoraba, varios médicos la visitaron para dar su diagnóstico. Todos coincidían en que les preocupaba que Concha apenas probara bocado. Tras varias pruebas clínicas, los doctores certificaron su peor presagio. Fue el doctor Sánchez quien condujo a Mario hasta un cobertizo al otro lado del jardín de la casa, fuera de ruidos y oídos inoportunos, y le dio la noticia.

—Mario, tengo que hablar contigo.

—Sí, dime, doctor.

—Ya sabemos qué le ocurre a Concha. Al margen del cuadro diabético tipo 2 que padece, las pruebas concluyen que sufre una gastroparesia severa. Es un trastorno que detiene el movimiento de los alimentos desde el estómago hacia el intestino delgado. Mario, siento decirte que es irreversible debido a su débil estado de salud.

—No es posible. —Mario levantó los brazos y se llevó las manos a la cabeza—. Algo se podrá hacer, doctor.

—No, Concha es probable que no pase de esta noche. Lo siento mucho, hijo. Lo mejor que puedes hacer es estar con ella hasta el final.

La diabetes, dolencia generalizada de la familia Ochoa desde hacía ya varias generaciones, estaba detrás de la parálisis del estómago. Mario, incapaz de asimilar las palabras del doctor, dejó el cobertizo sin despedirse y se dirigió hacia la habitación de su abuela. Concha descansaba acostada de lado en su cama matrimonial de siempre, presidida por un cabecero de hierro forjado con más experiencia vital que la que acumularía Mario en doscientos años. Sobre esa cama había nacido gran parte de su familia, se habían reproducido, superado enfermedades y habían partido tantos otros parientes. Mario se recostó a su espalda en posición fetal y la abrazó por la cintura. Buscó el aroma de su infancia entre la cerviz y el hueco que dejaban los rizos moldeados al capricho de la almohada. En esa situación de delicado confort familiar, sus sentidos pronto abandonaron su conciencia.

El pueblo permanecía en vilo, conscientes de que, en su guerra contra el tiempo, cada batalla perdida debilitaba el ánimo de sus huestes. La partida diaria de brisca de las siete se suspendió hasta nueva orden en una especie de duelo provisional. Entre la penumbra del cuarto, los ojos recién entreabiertos de Mario distinguieron la tierna sonrisa de su abuela. La imagen bien podía describir una tarde

veinte años atrás, con los mismos protagonistas e idénticos sentimientos sobrevolando el dormitorio. Mario se reacomodó, cerró de nuevo los ojos y saboreó cada segundo del momento, consciente de su volatilidad. Tomó fuerzas, contó hasta cinco, luego hasta diez y respondió con otra sonrisa de complicidad.

—Hola, hijo. Menuda siesta —susurró Concha mientras acentuaba su media sonrisa.

—Hola, abuela. Sí, estaba cansado —entonó Mario el *mea culpa*—. ¿Cómo te encuentras?

—Ya naciste cansado —dijo ella—. Siempre lo decía tu madre. Eres igualito a ella.

La voz de Concha se había vuelto arenosa, pero mantenía un tono sosegado.

—¿Sabes en qué te pareces también? —prosiguió—. Tu madre era un primor. Mira, si cierro los ojos, puedo recordarla como si estuviera aquí. Cierra los ojos, cariño. Qué preciosidad era de pequeña, parecía una chinita. Morena, tez perfecta, ojos rasgados y una sonrisa permanente. Imagínate… ¡Ay!, me recuerda tanto a ti. —Esbozó una sonrisa llena de ternura—. Lo cierto es que nunca tuvimos del todo claro de dónde venían esos rasgos. Fue una sorpresa para la familia, y fue también un berrinche para tu abuelo, le duró varios meses. Sus amigos lo hacían dudar de su paternidad. Imagina la situación en aquella época —rio Concha, solo lanzando aire de forma intensa y repetitiva por la nariz—. Más tarde escuchó algo sobre un tío abuelo mío con rasgos parecidos que silenciaron sus dudas.

Mario, aparte de la conversación que tenía con su abuela, mantenía en paralelo otra consigo mismo. La clarividencia en el modo de hablar de su abuela y la lucidez del contenido de sus palabras, a pesar de su estado, lo confundían. Las historias las conocía, pero ciertos detalles era la primera vez que los escuchaba. La situación despertó en él una sensación de vacío con carácter retroactivo en su vida. Lamentó no haber tenido más instantes como ese con ella.

—Tengo una foto suya de cuando era pequeña, aunque no está en muy buen estado. Se la ve agarrada a la pierna del abuelo para esconderse de la cámara —describió Mario.

—Sí, tu madre era muy vergonzosa. Creo que nunca se sacudió la timidez, al igual que te pasa a ti. Hijo, San Zoilo ha sido nuestra casa desde hace muchas generaciones y, créeme, a pesar de la gran desgracia que tuvimos, he sido muy feliz. No me imaginaría mi vida fuera de aquí, pero tú, cariño, creo que este lugar no es para ti. No eres feliz, dime la verdad.

—Sí lo soy, abuela, estamos aquí muy bien los dos juntos. Muy tranquilos.

Mario permanecía atento a las palabras de su abuela. Atento de la

forma en que se está atento a los deseos de una primera novia o un primer jefe.

—Para descansar, ya tendrás tiempo. Mírame, Mario: cuando menos lo espere, yo no estaré, y ahí sí será el momento de estar en paz. Pero tú tienes veintitrés años, ¡maldita sea! —alzó la voz y echó los restos en eliminar la complacencia del ambiente—, escúchame: la chica con la que te ves, no la quieres. Yo lo sé. Te he visto con ella, y lo percibo. —Negó con la cabeza y miró a los ojos a su nieto.

La mirada y el silencio de Mario lo delataban.

—Hijo —continuó—, aunque creas que le debes algo a San Zoilo, no es así. Dios me libre de decirte lo que has de hacer con tu vida, pero lo que sí te puedo decir es que no temas volar, descubrir cosas que aquí te serán imposibles. Y no temas equivocarte, solo así reconocerás el éxito.

Mario grababa en su cabeza las palabras a sabiendas de que en ese momento no las aprovechaba en su totalidad.

—Abuela, ¿sabes qué me propuso el otro día Gabi? Que me fuera con él a Vitoria, que tenía en mente algo para mí —soltó Mario sin pensar en absoluto si era apropiado.

—Sabes que yo nunca he sido seguidora confesa de Gabi. De pequeño, de diez líos en los que os metíais, ocho eran obra suya. Pero reconozco que, con la pérdida de su mujer, parece que maduró de golpe. Fíjate, no me parece una mala idea, siempre ha sido tu mejor amigo, ¿no?

—Sí, y aún lo es.

La intensidad de la conversación empezaba a hacer mella en la anciana y el tono bajó, aunque no la intención.

—Mario, quiero que te grabes esto en la cabeza.

—Dime, abuela —contestó Mario, más interesado que nunca en las palabras que iba a escuchar.

—Sé que no está en tu forma de ser, pero debes cuidarte y saber protegerte. Donde o con quien quiera que estés, cualquier cosa que hagas, recuerda estas palabras: paso corto, vista larga y mala leche. Agarra las riendas de tu destino y no dejes nada que te importe al albur. Estar solo en el mundo no será fácil —le advirtió Concha con sorprendente lucidez.

—¡Basta ya! Estás aquí, conmigo —la cortó Mario mientras se reincorporaba lo justo para abrazarla de modo protector.

Las palabras de Concha generaron un hueco en el estómago de Mario, como si se hubiese conectado en su interior un pistón que lo dejaba sin aire.

—Te quiero mucho, mi hijo.

—Y yo a ti, abuela. Y yo a ti —contestó sin separarse, y escondió sus lágrimas en la solapa del batín de ella—. Descansa y, si te

encuentras mejor cuando despiertes, damos un paseo. Yo estaré por aquí.

—Claro, hijo. Recuerda siempre lo que te he dicho. Dame un beso, cariño.

Mario la besó en la frente y la arropó. Sus ojos llorosos contrastaban con la media sonrisa de su abuela. Mario lo achacó a la medicación que le había suministrado el doctor. Salió de la habitación para recuperar el aliento. La situación lo había hecho revivir incluso los vagos recuerdos que tenía del fallecimiento de su madre, y era muy doloroso y agotador. Varios minutos después, y tras un revitalizante vaso de agua, volvió a la habitación y se sentó sobre una mecedora, frente a la cama. Se inclinó hacia adelante, agarró la mano de su abuela y dejó caer su cabeza con suavidad sobre el colchón. El cansancio mental y el placentero olor a casa hicieron el resto.

Varias horas después, el sueño de Mario se interrumpió por un ruido sordo ininteligible. El ruido provenía de su abuela.

—Abuela, abuela —susurró, acariciándole el pelo—, ¿estás bien?

No hubo respuesta. Mario, tras tocar sus manos frías, se echó las suyas a la cabeza mientras negaba. Su cuerpo se tensó y sus ojos se nublaron casi al instante con una película de lágrimas a punto de estallar.

—¡Abuela, por favor, despierta! ¡No! —Su tono fue *in crescendo* a medida que asimilaba lo que ocurría.

Los gritos y sollozos posteriores llegaron con rapidez a los oídos expectantes de los habitantes de San Zoilo. El médico, que se encontraba en la zona, acudió de inmediato. No pudo hacer nada por ella.

La casa no tardó en llenarse de despedidas sentidas y buenas palabras. El forense que mandaron de Vitoria certificó el fallecimiento de Concha. Las fuerzas vivas del pueblo, Antonio el cura y el propio Mario, como alcalde, decidieron que el último adiós se lo darían al día siguiente, por la mañana. Gabi, consciente de la necesidad por experiencia propia, se encargó del papeleo con la funeraria. El velatorio, como era costumbre, tuvo lugar en la propia casa del difunto y duró toda la noche. En apoyo a uno de sus más queridos habitantes, el pueblo se volcó en el adiós a Concha.

El día amaneció de luto a la sombra de dos nubarrones inmóviles sobre el cementerio y parte de San Zoilo. En el adiós se sumaron las calles y sus rincones, que en su camino lloraban el rocío de una mañana atípica. El funeral, triste y sin salvas, discurrió entre dos corrientes de opinión: los coetáneos de Concha, que se sentían mermados en fuerza y número; y el resto, que se apenaban de la persona de Mario, tan humana y desdichada. El acto cogió impulso cuando un pequeño claro en el cielo arrojó un rayo de luz hacia el

cementerio. Las personas que allí se encontraban, que eran todas a las que les correspondía estar, lo entendieron como la bienvenida del altísimo a su empresa. Gabi, siempre en la distancia, pero a dos pasos de Mario, fue el último en marcharse tras visitar el sepulcro de su difunta mujer y prometerle que esta vez lo haría mejor con las niñas. Lo vivido cuatro años atrás aún estaba muy presente en su día a día. Este se había jurado mirar siempre al frente por sus dos pequeñas, pero la tormenta de sentimientos y recuerdos por lo trascendental del momento lo hundían en lo más profundo de su ser. En apenas dos horas, los asistentes se habían recogido en sus casas. Ya sin personas, sin nubes y sin memoria, en el lugar volvía a reinar la normalidad más indolente.

La mañana siguiente, Mario salió con la idea de que su cabeza no se centrara solo en el mordisco que sentía en el corazón. El día jodidamente azul que había amanecido no neutralizaba su visión gris y perdida. Echó a andar sin conciencia alguna: quería abrir las ventanas y salir de aquel estado. Como si sus piernas sí supieran la dirección que escoger, anduvo por los caminos y senderos que tantas veces había recorrido hasta llegar a lo más alto de una pequeña cordillera, desde la cual se avistaban no menos de treinta kilómetros en cada dirección, en los trescientos sesenta grados. Allí, desde donde su existencia se relativizaba y su tamaño representaba su proporción real con el mundo, se sentó bajo un imponente roble. La decadencia de la persona se contraponía con la inmensidad del árbol, que con éxito parecía desafiar los vientos que acariciaban con violencia las montañas desde las que se proyectaba su vitalidad. Su abuela le había enseñado todo lo que sabía, excepto a vivir sin ella, y, con seguridad, lo tendría que aprender solo.

—Ey, Mario, ¿cómo estás, amigo? —Gabi apareció por su espalda. Sin esperar respuesta, se sentó a su lado, le pasó el brazo por encima del hombro y apretó la cabeza de su amigo contra la suya—. Lo siento mucho mucho.

Un desarmado silencio acompañado del silbido del aire se entendió como un gracias, aunque Mario prefirió confirmárselo.

—No te he dicho nada hasta ahora, pero muchas gracias por tu ayuda estos días. Tengo la sensación de que siempre estarás a mi lado. Gracias de corazón. Por cierto, ¿cómo sabías que estaría aquí?

—Para eso está la familia —respondió Gabi tras hacer un gesto restándole importancia—. ¿Y en qué otro sitio ibas a estar? Aunque nunca habláramos de ello, en este alto sucedía algo mágico, como si el lugar poseyera un poder liberatorio, casi de expiación. —Gabi parecía buscar con la mirada algo a su alrededor—. De pequeños, siempre que

alguno de los dos tenía algún problema o nos peleábamos, que era lo que sucedía la mayoría de las veces, acabábamos aquí arriba. A pesar de que nuestras mentes inmaduras no necesitasen verbalizar lo que nos pasaba o no reparasen en el porqué, no implicaba que no tuviéramos preocupaciones y cabreos. Y siempre acabábamos aquí, lanzando piedras colina abajo. No sé, siempre he pensado que la inmensa panorámica que abarca este lugar nos hacía sentir pequeños para luego llenarnos de fuerza. Ver lo lejos que llegaban nuestras piedras nos hacía sentir fuertes e imparables. Ambos bajábamos del cerro recargados de ganas.

—Es cierto. —Una pequeña mueca iluminó parte de la cara de Mario—. Entonces, recordarás que siempre llegaba más lejos que tú.

—Qué bien se te da hablar. Se nota que eres alcalde. —Se reincorporó al encontrar la china perfecta—. ¡Demuéstralo!

Gabi retrocedió dos pasos, tocó el árbol con el talón del pie, dio un impulso un tanto teatrero y lanzó la piedra. Se dio cuenta de que había perdido la técnica al no llegar ni a la vieja casa casi destruida, la referencia que significaba el éxito o el fracaso del lanzamiento. La recordaban siempre en ruinas, aunque durante un tiempo se convirtió en la caseta-guarida de los chavales del pueblo. Pese a la fortificación que habían erigido con restos de palés, ante los poco inocentes ataques de los muchachos del pueblo vecino desde terreno elevado, pronto la abandonaron por su ubicación en una hondonada.

—En un par de veranos, la pequeña Paula te gana —se mofó Mario mientras buscaba con la mirada un canto redondeado y de peso medio.

Divisó, a una brazada de distancia desde su posición, un proyectil perfecto. Parecía que cada esfuerzo le costaba un mundo, pero se estiró hasta alcanzarlo. Apenas tomó un pequeño impulso para lanzar. A pesar de su movimiento un tanto errático, superó el tiro de su amigo sin problemas. La realidad era que casi nunca ganaba Gabi. Los dos se miraron y aceptaron que todo seguía igual en ese mundo pretérito al que se habían transportado durante unos segundos. Se sentaron en unas piedras improvisadas como banco bajo aquel imponente árbol.

—No logro entender cómo se ha podido ir para siempre en cuestión de días —dijo Mario empujado por la inercia de la realidad.

—No quiero caer en ningún tópico, pero tu abuela estaba enferma y lo sabes.

—Pero solo hacía unas horas la veía tan lúcida, tan viva… No tiene ningún sentido.

—Amigo, se trata de la mejoría de la muerte —definió Gabi lo sucedido con cara de saber de lo que hablaba.

—¿Mejoría de la muerte? —La expresión de Mario era un poema.

—Una aparente recuperación unas horas antes de fallecer, es un

fenómeno que ocurre a menudo en personas al borde de la muerte. No es algo nuevo, Mario. Hay infinidad de testimonios.

—Jamás lo había escuchado, pero es justo lo que viví. Era como si hubiera recuperado fuerzas para aconsejarme y decirme adiós. Y, tan solo unas horas después, ya se había ido.

—Así es. Amigo, ¿has pensado en lo que te comenté de Vitoria? —cambió de tercio Gabi al asumir que su explicación lo había convencido.

Mario lo miró con una expresión neutra.

—Sí, lo he pensado. Es más, no consigo quitármelo de la cabeza. Hace unos días cada razonamiento que maduraba me acababa atando un poquito más a San Zoilo. A pesar de ello, el pensamiento de largarme viene una y otra vez, como si mi corazón quisiese pero mi cabeza lo controlara. No sé, es posible que necesite un cambio. No quiero que cualquier cosa me recuerde lo solo que estoy.

—No estás solo, pero te entiendo. Imagínate yo. Si todavía, desde que mi mujer nos dejó, veo que la gente del pueblo no para de mirarnos a las niñas y a mí con lástima. Es desesperante. No sé si se creen que no lo noto o si ni siquiera les importa, pero me ven al inicio de la calle y no apartan sus miradas compasivas hasta doblar la esquina —replicó Gabi con un considerable enfado.

—Lo sé.

La cara de Mario era de comprensión. Entendía a su amigo, pero también a sus vecinos. Sabía la verdadera razón de esas miradas y la ignorancia de las personas sobre lo que estas podían molestar.

—¿Sabes qué te digo? —Mario calló unos segundos para generar expectación—. Quizás me vaya contigo. A mí, Vitoria siempre me ha gustado. Además, no puede ser peor que lo que me espera aquí. Te aviso que me tendrás que dar unas semanas para cerrar ciertos asuntos y hacer el traspaso de poderes y la toma de posesión del concejal. El muy patán se pondrá contento.

—Esas son las palabras que quería escuchar. Por supuesto, lo que necesites. Ya te contaré cuando vayas, pero te tengo hasta trabajo buscado. Es una posición en la que tendrás…

—Para, para —interrumpió Mario—. Sí, ya hablaremos. Ahora quiero centrarme en despedirme de todo el mundo, en cerrar mis asuntos y en autoconvencerme de que hago lo mejor. Aunque, sí, ya está decidido.

Gabi entendió que había llegado al punto límite de presión que su amigo era capaz de soportar en esas circunstancias y no continuó.

—Tengo que bajar a darle de comer a las dos pequeñas. Estarán hambrientas y seguro que dando la lata al abuelo. No está el hombre para esos trotes.

—Sí, vamos ya, que hay un rato de caminata hasta el pueblo —

afirmó Mario en un tono más animado.

En aquel punto del mapa había vuelto a ocurrir. Mario había subido con la mayor sensación de soledad que jamás había experimentado y bajaba con el brazo por encima del hombro de su mejor amigo. Con un plan lleno de incertidumbres y a medio montar, pero un plan, al fin y al cabo. Con lo único claro de que su pueblo no se encontraba en el horizonte. El camino de vuelta fue en silencio. Un silencio para nada incómodo entre dos amigos íntimos reencontrados. Cada uno escuchaba su propia música. Gabi, la del reconvertido urbanita que disfruta otra vez de un paseo por senderos de tierra entre despegues fulminantes de codornices y vuelos estacionarios de abejas curiosas. Mario, con la banda sonora de su subconsciente. Unas veces empujaba en la dirección correcta; otras, lo liaba todo. A pesar del zarandeo que la vida les había dado, ambos volvían a estar uno cerca del otro, circunstancia que tranquilizaba a Mario, que parecía haber adquirido por osmosis el carácter resiliente de su amigo. Lo que estaba claro era que su compañía lo reconfortaba.

Los siguientes días cerró cada tema que, una vez lejos, le pudiera acarrear algún inconveniente. Cedió el usufructo de su adorada plantación de pimientos y comunicó a la gente su próxima marcha, que fijó en cuatro semanas después. No le gustaban en absoluto las despedidas, pero entendía que era su deber. A pesar de la negativa y el comportamiento persuasivo en contra de su decisión de todos y cada uno de los habitantes, Mario se mantuvo en su idea original. Aquel día no solo había enterrado a su abuela del alma, había enterrado, de alguna manera, a San Zoilo, su pueblo.

2

Hasta aquel momento se podía considerar que era un verano cálido, propiciado por los anticiclones originados en las Azores que permitían disfrutar en plenitud del esplendor del territorio. A menudo, esas bolsas de aire húmedas que mañaneaban el escarpado perfil costero se condensaban y diseminaban por los verdes campos lluvia fina o sirimiri, como decía siempre su amigo, de forma errónea la mayoría de las veces, lloviese la cantidad que lloviese. Alguna vez pensó en corregirle, pero le gustaba la sensación de predecir el momento en el que pronunciaría la palabra. El sonido que producía al articularla por el exceso de aire que expulsaba entre las paletas, con una ligera separación entre ellas, era otro aliciente. Escucharle era muy satisfactorio y la razón por la que nunca le advirtió de la falta.

Lo que caía no era sirimiri, en absoluto. Aquel fue su único pensamiento positivo de la mañana. Desde su asiento miraba a través del cristal y la lluvia. Los árboles quedaban atrás a tal velocidad que no le daba tiempo a numerarlos en su mente. Ese juego de agilidad mental hacía tiempo que no lo entretenía como lo hacía antes. La carretera de asfalto roto, que tanto gozo le había regalado en otras ocasiones a él y su bicicleta de grava, ahora martilleaba su crisma, ya confusa de por sí. Mario sentía los golpes del vidrio sobre su cabeza, apoyada sobre la ventana. Permanecía inerte a los estímulos y sin fuerzas para prevenir lo evitable.

El autobús estaba completo y el ambiente alborotado por el golpeteo intenso de las pesadas gotas sobre el metal de la carrocería. El clima excitado y ruidoso pronto fue superado por un fuerte estruendo. La tormenta, anunciada días atrás por los informativos, cubría por completo aquellos paisajes de árboles y curvas. La oscuridad y el ruido produjeron entre los viajeros un inquietante silencio. El conductor, ante la poca visibilidad, aparcó el autobús con la esperanza de que amainara el temporal. Aquel lugar, en medio de la aparente nada, representaba a la perfección su situación mental. Aunque había tomado un camino, el diluvio, los árboles y las montañas no le dejaban ver con claridad en qué dirección viajaba. La locura transitoria que la oscuridad y el ruido le producían impedían que se moviera con agilidad entre tanta confusión. Le resultaba increíble cómo un mismo recorrido cambiaba tanto según la arbitrariedad apreciada por los ojos que lo caminaban. El idéntico

viaje que había hecho varias veces con la ilusión de ver a Gabi y las niñas parecía la milla verde de un desesperanzado.

Mario seguía con la cabeza apoyada. El golpeteo había acabado, no así el aluvión de pensamientos que se agolpaban con pretensión de ser cada uno el actor principal en escena. Sentía dolor físico a causa de tanto recuerdo. Sin fuerzas para abordarlos, le comían terreno. «¿Hago bien al salir de mi hogar?, ¿qué haré sin mi familia?, ¿qué tendrá Gabi preparado para mí?». Las preguntas se amontonaban en su cabeza, se pisaban unas a las otras, avasallando al joven. Casi un metro noventa de altura, que conoció tiempos mejores; con ojos verde mar, que no eran más que teloneros de lujo de su tristeza, y una camiseta de tirantes de un blanco puro y caduco de prenda recién estrenada, tan blanca que era el único tono apreciable en la oscuridad. Mario se agarró a un olor a tierra mojada que cazó en el ambiente y con el que logró abstraerse.

—¡Vamos, chico! Ya hemos llegado —lo avisó un hombre de avanzada edad mientras le agitaba el hombro.

—Ah, sí, gracias. No dormía —contestó, aunque pensó que no aportaba gran cosa su aclaración.

—Sí, sí, como digas, pero ponte algo encima, que me das frío nada más verte. ¡Que estás en Vitoria, muchacho! —El hombre se marchó a paso lento, entre refunfuños solo audibles para él.

La estación de autobuses estaba apenas a un kilómetro de la casa de Gabi, que coronaba por el este la antigua ciudad medieval, de modo que debía atravesarla. Mario conocía la dirección que debía tomar, aunque no el camino más corto. En anteriores visitas había grabado en la memoria la forma de almendra que tenían el conjunto de calles y cantones que formaba el Casco Antiguo, así que siempre podía seguir una y rodearlo. Pensó que quizá no era mala idea perderse por esas estrechas callejuelas con nombre de oficios artesanos, aunque descartó el plan por los bultos pesados y nada ergonómicos que llevaba consigo: una maleta de cuero sin ruedas y una mochila llena de botes de conserva. Aquellas avenidas a su paso no le eran del todo desconocidas, a pesar de toparse con un museo de arte contemporáneo que no le sonaba lo más mínimo. «Juraría que esto no existía la última vez que estuve aquí», pensó a su paso. Tras escanear sus formas, tuvo el sentimiento desestabilizador de que el mundo avanzaba sin preguntar mientras él permanecía inmóvil y absorto en sus miserias, en su planeta cada vez más reducido. Aquella conclusión le certificó que había tomado un desvío vital tan desconocido como acertado.

Comenzó a cruzar lo que supuso que era ya el casco histórico por la tipología de edificación antigua y de altura baja. Durante su camino se preguntó cuántas historias ocultarían aquellas construcciones. Se

entretuvo al pensar cómo sería en el Medioevo una vida sin electricidad y sin electrodomésticos en uno de esos hogares, si se lo podía llamar hogar ante la falta de seguridad que imaginaba que habría. Creía que, por su complexión, habría estado más capacitado para adaptarse a la dureza del medio físico de la época que a la vida actual, en la que la fuerza o la resistencia que se necesitan para sobrevivir es, ante todo, mental. Era consciente de lo absurdo que sonaba algunas veces, pero la manera curiosa que tenía de proyectar lo que desconocía con vivencias obtenidas de sus libros le hacía gracia y lo entretenía. Por fin, llegó a donde vivía su amigo, una señora casa que sí parecía un hogar. Necesitaba aquel cambio y haría lo necesario para que funcionase.

Después de los saludos, abrazos y de darle varias volteretas a la pequeña Paula, que era su preferida, se instaló en el que sería su nuevo hogar. El cambio le era beneficioso, puesto que ganaba una familia, aunque le daba miedo la pérdida de independencia. María, una mujer interina que los asistía, lo ayudó con el equipaje. La unidad familiar y ella eran el binomio perfecto. Por un lado, una mujer en sus cincuenta, rebosante de amor y que no había sido correspondida con descendencia; por otro, un trío lleno de necesidades, sobre todo de falta de cariño y referencias femeninas.

—Me voy a trabajar. Cualquier cosa que necesites, le comentas a María —se despidió Gabi—. Guarda la tarde para mí, que iremos a ver al amigo que te va a conseguir el trabajo.

La familia al completo despidió a Gabi como si se fuera de expedición a un sitio lejano, a pesar de que en unas horas estaría de vuelta. Ese calor tan acogedor en un espacio tan amplio como aquel vestíbulo agradó y sorprendió de igual manera a Mario. «¿Cómo puede permitirse tal casoplón y una asistenta las veinticuatro horas del día con un trabajo tan corriente como el de gestor?», se preguntó. Hasta donde él sabía, no había cobrado nada del seguro por el fatal percance de su mujer.

—Hasta luego —se despidió Mario—. Luego estamos.

—Esta es tu casa, amigo —contestó Gabi con la puerta a medio cerrar y mientras compartía rayos de verdad a través de sus miradas en contacto.

Mario dijo gracias solo con el movimiento lento de sus labios y Gabi cerró la puerta.

Mario decidió hacer tiempo y salió a pasear por su nuevo vecindario. La mañana nublada pero templada invitaba a calzarse las zapatillas para andar. En su pueblo natal, a pesar de las dimensiones y las pocas novedades de relevancia en el día a día, era su principal

entretenimiento. En la hora que le llevó recorrer cinco kilómetros por las calles del aquel barrio de gente de bien, nadie lo saludó. Su apariencia no era el problema, pues en su paseo se había coscado de alguna mirada seductora de alguna chica que él no quiso corresponder. No estaba para esas. La continua comparación con su pueblo era inevitable. En San Zoilo se sentía una estrella del *rock*. Durante esa hora le habría dado tiempo a pararse una decena de veces, opinar sobre las obras de algún vecino, arreglar algún pequeño electrodoméstico o aconsejar a los aldeanos sobre tipologías de pimientos o abonos. Cosas insignificantes para la gran mayoría, pero que llenaban de vida su jornada. Inconsciente de la reflexión sociológica en la que estaba inmerso, se sentó en una parada de autobús sin intención de coger ninguno. Solo con la aspiración de bajar sus pulsaciones, que habían subido sin aparente razón, y sofocar la falta de aire que comenzaba a notar. Mario se inclinó unos grados hacia delante, apoyó los codos sobre las rodillas para dar libertad a la musculatura profunda de su torso y cerró los ojos con el fin de concentrarse. Una muchacha se le aproximó al observar los movimientos poco naturales que hacía. Al llegar a él, se percató de la respiración forzada de Mario y le recordó a cuando ella era pequeña, los golpes de calor que su perro Samoyedo sufría cada verano. El animal expulsaba el aire por la boca atropelladamente, con la necesidad de acelerar un proceso que, de forma natural, era insuficiente. Obviado el espacio-tiempo, si el perro hubiera podido hablar y Mario escucharle, este habría suscrito cada palabra e intentado dar lo mejor de sí mismo en un hábitat hostil para él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la mujer mientras se encorvaba hacia él y se acomodaba detrás de la oreja el mechón de pelo dorado que la gravedad se había molestado en descolocar.

Mario tardó varios segundos más en reunir fuerzas. La autoterapia parecía funcionar, pero a su ritmo. «Pues no, no lo estoy», pensó. Le gustaría haberle dicho también que la vida, en esos momentos, no lo llenaba, y que la soledad que sentía le oprimía desde dentro hacia afuera de forma que nada quedaba de él cuando intentaba externalizar cualquier gesto. En cambio, bajó los párpados y contestó:

—Sí, gracias. —Trató de disimular con una sonrisa de gratitud—. Solo ha sido un pequeño mareo sin consecuencias.

La sonrisa pronto se tornó en sincera al percatarse de que se encontraba ante la cara más hermosa que jamás había visto. Unas minúsculas pecas encima de la nariz complementaban unos ojos penetrantes que se afilaban hacia el extremo exterior. El disimulado pliegue del párpado le daba un ligero toque oriental. Parecía como si alguien que lo conociese a la perfección se hubiera molestado en componer una cara con los rasgos que más le atraían. Los labios, de un

grosor considerable, pugnaban por su atención.

—Ya, un mareo. ¿Necesita que le ayude? —correspondió ella con una sonrisa que cumplía todos los patrones de armonía y proporción.

La chica colocó su mano sobre el hombro de Mario y lo miró a los ojos con afecto. El desorden mental y físico que Mario sufría no lo dejó resolver si se trataba de un gesto para resaltar su actitud de ayuda sincera o había otro motivo más afectuoso. No sabía si esa ineptitud era por la escasez sexual que acumulaba o por su falta de habilidades sociales con las mujeres, pero se sintió ridículo de todos modos. El autobús de color gris, al igual que la mañana, se divisaba a lo lejos.

—Ya viene —dijo ella.

—Solo he parado un poco para descansar, no necesito coger el autobús. Le agradezco su preocupación. La verdad, que me encuentro mucho mejor ahora, tras hablar con usted.

—Me sabe un poco mal dejarle en este estado. Tengo familiares cercanos que sufren ataques de ansiedad y soy consciente de que se pasa fatal —empatizó ella.

—¡Qué va!, esa señora no me ha hecho nada —contestó él con el semblante serio—. Ni la conozco.

Unos instantes tardó la chica en soltar la carcajada. La sensación de ahogo era desconocida para Mario. Escuchar la palabra ansiedad avivó las ascuas de su angustia y redirigió de nuevo su mente al agujero que, por momentos, había esquivado con la delicadeza de aquella muchacha. Retrocedió lo que había avanzado en su progreso, pero lo ocultó con comedia.

—Ahora en serio, puede irse tranquila. —Mario señaló la cola de espera formada por un anciano con cachaba que subía al autobús—. Mejor con premura, o se queda en tierra.

—Voy —sonrió ella—. No puedo perderlo, que ya llego tarde. Cuídate mucho —se despidió.

—Igual, ten un buen día. —Mario le devolvió el tuteo.

La chica subió al autobús de un salto, impulsada por unos gemelos largos que quedaban definidos en detalle por el corte ajustado de los pantalones negros que vestía. Las geometrías enrevesadas que embellecían el extremo libre del pañuelo que llevaba al cuello, la siguieron de inmediato copiando su trazada. Una vez pagó el billete y se acomodó en una butaca, ambos se dijeron adiós con una sonrisa que decía más de lo que conseguía captar el anciano con cachaba sentado en frente de ella. Al menos desde el punto de vista de uno de ellos.

El autobús se perdió y la mente de Mario con él. La falta de reflejos que había tenido no era propia de su persona. Su experiencia de alcalde le había enseñado a sacar las palabras a la gente poco

habladora y a saber qué necesitaba escuchar cada cual en cada momento. Ningún aspecto de su habilidad había asomado. Le hizo gracia pensar que ella era la *kryptonita* de su superpoder de mierda. Pero le duró pocos segundos, porque la imagen del movimiento ondulatorio de las mechas californianas de la chica invadió su ser. Se activó por completo. El instinto de supervivencia, o quizá solo fuera la naturaleza de su persona, le hicieron crear microilusiones en el horizonte, esperanzas transitorias o pequeños hitos en su camino. Cualquier cosa para escapar de su historia y empezar una nueva. En su cabeza, esta nueva distracción la catalogó de importante a sabiendas de que solo su persistencia o dejadez le daría la forma justa. Tenía que volver a verla, pero no se había dejado ni un fular, ni un libro olvidado que devolver, eso solo pasaba en las películas. La situación era la inversa: se había llevado una parte de Mario que recelaba enseñar a nadie.

De vuelta a casa ideó la manera de volver a encontrarse con ella. Con certeza, la próxima vez le mostraría al Mario más elocuente. No estaba en su época más brillante, así que su plan consistió en esperar a la misma hora y en la misma parada los días siguientes o lo que hiciese falta para forzar el encuentro. Tampoco tenía mucho más que hacer hasta que un trabajo, o algún alma en resonancia con su corazón, ocupara su tiempo.

El paseo de regreso por aquellas estrechas calles y cuestas a modo de atajos despejó su cabeza. Quizá fuera porque ensimismarse por aquel pavimento de piedras incrustadas suponía un peligro para sus tobillos que no deseaba correr. «Voy a vivir en buena zona», se confirmó. El piso donde vivía la familia estaba en la última planta de un viejo edificio al que la reforma le había sentado tan bien que le había salido panza. La construcción, a pesar de encontrarse en pleno centro histórico de la ciudad, tenía en su lado sur un jardín de considerable tamaño con un acceso escondido y reservado solo para los residentes. Entró y paseó entre sus setos de baja altura un tanto desconcertantes, pues parecían un laberinto para pequeñas criaturas. Desde esa perspectiva se observaba mejor la buena digestión de la fachada, su color pardo claro y la malla blanca antigolondrinas en el tejadillo saliente. La silueta le trajo a la mente uno de aquellos boletus de kilogramo que recogía en los pinares secretos cerca de su casa; la del pueblo, claro. Ya echaba de menos esos días en los que bailaba alrededor de un buen ejemplar en un ritual al estilo de la danza del fuego africana. Podía estar mentalmente perdido, pero su imaginación seguía intacta y anárquica, como siempre. Al entrar, sintió cierta envidia del hogar que había formado su amigo. «Qué cabrón, qué lugar», pasó por su cabeza.

—¿Te has dado una vuelta por el casco antiguo?, ¿te acordabas de

algo?, ¿a que está bonita la ciudad? —dijo Gabi al verlo entrar.

—Sí, más o menos. No conozco todas las zonas, pero tampoco me pierdo. No sé cómo explicarlo, es como un radar interno.

—Ya verás que en poco tiempo la vas a hacer tuya. No es una ciudad grande y nos conocemos la mayoría —lo interrumpió Gabi.

—Seguro. ¿Me puedes decir ya a dónde vamos?, que tengo varias ideas de las que podría salir algo y necesito…

—Déjate de ideas. ¿Te suena el Casino Artista Vitoriano? El dueño es amigo mío y necesita a alguien de confianza que se encargue de la sala.

—¿Un casino? —Mario se quedó pensativo, no recordaba haber entrado nunca en uno.

—No, en realidad no es un casino. Bueno, no oficialmente, pero sí. Hay una sala privada en la que se reúnen algunas personas importantes de la ciudad y se deja, digamos, cierta libertad en cuanto a ciertas actividades.

Las hendijas que se formaban en la frente de Gabi cuando trataba de justificar lo injustificable eran bastante reveladoras. Lo había vivido infinidad de veces de niño y la mayoría de las veces de su lado. Tras una travesura conjunta, Gabi tomaba el liderazgo en aras de conseguir el indulto. Les solía salir bien la jugada. En este caso, se podía leer con nitidez la dudosa licitud de lo que le proponía.

—Perfecto, encima ilegal. ¿En serio me has hecho venir para algo así?, debes de estar bromeando…

—Déjame al menos que te lo explique antes de juzgar.

—No sé si eres consciente de que hace menos de un mes era alcalde. Además, ¡uno ejemplar!

—Alcalde, ya… —Gabi se quedó pensativo—. Es perfecto, podrás seguir jugando con el dinero de otros.

—Claro, encima te choteas. —La decepción era visible en la cara de Mario.

—Se trata de hacer de crupier en alguna ocasión. Otras, de ayudar en lo que se necesite, como servir de chófer, llevar el mantenimiento del lugar, hacer compras o alguna otra gestión. De verdad, es sencillo y está muy bien pagado. ¿No se parece en cierta manera a lo que hacías allí?

—Sí, parecido —asintió con ironía—. ¿Y tú que tienes que ver en todo lo que me cuentas? Porque ya que estamos, el palacete no se paga solo. —Mario señaló el parqué.

—Espera. —Gabi, con los ojos perdidos en el techo, redirigió la atención hacia los ruidos que salpicaban la casa. Situó a las niñas jugando en la cocina a lo que debía ser un juego de asumir roles de profesiones y a María preparándoles la merienda—. Aquí no; te cuento en detalle por el camino.

—Vale. ¡Qué miedo me das! —En realidad, sus palabras eran más expresivas que su sorpresa real, pero había mantenido la intensidad para sacarle toda la verdad a su amigo.

El tiempo en la calle invitaba a destaparse, pero Gabi cogió una chaquetilla que se colocó debajo del brazo.

—¿Qué haces? —preguntó Mario—. Habrá por lo menos veinticinco grados ahí fuera.

—Ya aprenderás —advirtió Gabi sin darle mayor importancia.

Los dos salieron por la puerta principal, que daba a una calle peatonal que, en esos momentos, estaba muy transitada. El ritmo de los transeúntes invitaba a pensar que se encontraban de paseo. Tomaron dirección a la plaza de la Virgen Blanca, que era a la vez el destino final de la mayoría de esos viandantes.

—No sé qué te habrás imaginado, pero te voy a resumir el tema antes de que te montes tus historias en la cabeza, que nos conocemos. Donde vamos primero es al Casino Artista Vitoriano, que es donde tú trabajarías si aceptas el puesto. Este espacio es una de las patas del Círculo Vitoriano, un club cultural recreativo del que las niñas y yo somos socios desde que nos instalamos en la ciudad. Cuando murió mi mujer —levantó la vista al cielo—, conocí a Greg en la sala de espera del hospital. Su esposa estaba a punto de dar a luz a mellizas, que venían también prematuras. Por suerte para él, le salió cara; y a nosotros, cruz. —Hizo una pausa para coger aire.

Mario asentía mientras una contracción muy desagradable cruzaba desde sus músculos del hombro izquierdo hasta bien pasados los abdominales. Se sacudió y estiró el torso para evitar alguna posible réplica del espasmo.

—Las semanas siguientes —continuó Gabi con el argumentario— recordarás que estaba hecho pedazos, pero ahí seguía: veía como las niñas cogían fuerzas en aquellas cápsulas de vida, y yo hacía lo propio al verlas mejorar. Greg y yo pasamos esas semanas pegados al cristal. En esos largos ratos de siestas de las pequeñas forjamos una gran amistad. Te va a encantar, me llegaba a sacar una sonrisa en aquel estado, imagínate. Ahora, sus gemelas y las niñas son inseparables. Nos ha ayudado mucho.

»Bueno, que me pierdo. El caso es que Greg era y es el presidente del club, por lo que nos invitó a unirnos sin pasar ningún filtro previo. Ni lo dudé, era una forma muy buena de integrarse en la ciudad porque, de golpe y porrazo, pertenecíamos a una comunidad. Es cierto que el rollo es algo elitista, muy distinto a San Zoilo, pero íbamos apadrinados por Greg y los socios nos acogieron de maravilla.

»Después, detrás de toda esa imagen de exclusivismo inaccesible, ves que hay gente que merece la pena. Al poco tiempo, en una timba de póquer, Greg se fijó en mi buen hacer con los números. Por mi

destreza con las cuentas y por mi implicación en las actividades del centro, decidió darme el puesto de tesorero que se había quedado vacante. —Se le escapó una mueca al acabar la frase; quería evitar una sonrisa de orgullo, pero no la consiguió contener.

Era cierto que se le daban bien los números, pero Mario no se creía a pies juntillas lo que contaba. Sabía que Gabi no era mala persona, pero tenía un cierto grado de interesado y demasiada picaresca. No podía ser todo tan inocente. No obstante, Mario asentía con cada frase de su amigo.

—Uno de los espacios que tiene esta institución —continuó Gabi— es el Casino Artista Vitoriano, que nada tiene que ver con un casino al uso. Es un punto de reunión en el que leer, charlar, organizar exposiciones de diferentes tipos, celebrar actos de empresa, representar obras teatrales y actos culturales. En esas tardes nos empezamos a entretener echando unas partidas de cartas de no mucho dinero, pero no eran muy bien vistas por algunos socios, así que limpiamos una zona interior del edificio que estaba en desuso y trasladamos esas partidas allí. Tú sabías jugar al póquer, ¿me equivoco?

—Sí —contestó Mario.

—Perfecto. El tema es que esas partidas se hicieron famosas entre los socios y desde entonces mucha gente quiere apuntarse. Gente importante, no te creas. Necesitamos a alguien que las dirija y organice aquello de forma un poco más profesional. Me encomendaron la tarea y yo pensé en ti, Mario.

—Dichoso de mí. —La idea no lo ilusionaba demasiado.

—Siempre puedes decir que no, si no te gusta lo que ves, pero te aseguro que será bastante más divertido y lucrativo que lo que tenías antes. El pueblo es un muermo, Mario.

La manera que tenía Gabi de repetir una y otra vez su nombre al final de cada frase lo ponía nervioso. Como si hubiese más personas en la conversación y quisiera que él se diese por aludido, o como si pensase que no le prestaba la suficiente atención; o quizá solo fuera una coletilla adquirida de las películas americanas. En cualquier caso, no le veía ningún sentido.

—Veamos cómo va y después decido, Gabi. —Hizo una parada antes de decir el nombre con la creencia de hacer justicia, pero en el ajuste de cuentas no encontró oponente—. No te creas que me has dejado entusiasmado con la idea, Gabi.

—Por ahora me es suficiente tu respuesta.

Ya se encontraban en los aledaños del lugar. En su camino, Mario fichó para una visita posterior un par de lugares apetecibles que desconocía. El centro se encontraba en el cruce de dos calles y a pie de una plaza con el nombre de un general que debió de conseguir

victorias importantes por las diversas muestras de orgullo explícito que se divisaban. La plazoleta, de paso entre dos arterias de la ciudad, no era precisamente un lugar discreto. El inmueble de estilo gótico y origen medieval no se distinguía de sus edificios vecinos, la mayoría del siglo XV, con entramados de madera y ladrillo, que daban un aspecto de impenetrabilidad. «Perfecto para esconder los trapos sucios», pensó Mario. La forma de entrar de Gabi en el club como líder de la *grupeta* lo tranquilizó, solo le faltó ponerse las zapatillas de casa.

—Gabriel, no des un paso más, ¿no ves que está recién fregado, alma de cántaro? —reprochó una mujer que los amenazaba con el palo de la fregona.

—Te presento a Adela —contestó Gabriel, deteniéndose en el acto—. Como ves, esta señora es la que manda en el club.

—Si yo mandase, o una mujer, este sería otro lugar más… —Paró Adela en busca de la palabra idónea.

—Mejor, sin duda —completó Gabi—. No obstante, vaya bienvenida que le das a tu nuevo compañero.

Mario no reaccionó. Aunque no había dado el sí a nada ni a nadie, lo dejó pasar. Se fijó en las manos de la señora, castigadas por el trabajo. Le echó unos cincuenta y cinco, aunque su vitalidad parecía la de una persona con la mitad de años.

—Ya era hora de que entrara alguien, hay mucho que hacer y pocas manos que ayuden. —Llevó la vista hacia Mario—. Hola, cariño. Bienvenido. Para cualquier cosa que necesites, aquí me tienes.

—Encantado, Adela. —Mario le dio las gracias con un leve gesto de cabeza y una sonrisa.

—¿Anda Greg por ahí? —preguntó Gabi.

—Bienvenidos, don Gabriel y compañía —saludó Greg bien alto al entrar en la sala y con una musicalidad vasco-alemana cautivadora.

—¡Venga ya, otro más! —saltó Adela—. No puedo con vosotros. Luego vengo y paso el suelo otra vez. —Y se marchó dejando a su paso un puente de agua y jabón.

Greg llegó a ellos con cara de no entender nada.

—Hola, soy Mario —saludó con sobriedad mientras ofrecía la mano.

—Encantado, chaval. Imagino que eres el amigo del que tanto me ha hablado la señorita a tu lado —contestó Greg, y aceptó el apretón de manos—. Estaba deseando conocerte.

Mario respondió sin palabras, con una sonrisa y un guiño de complicidad.

—Sí, y, como ves, es una persona demasiado proactiva, no da tiempo ni a que lo presenten. Muy buenas, Greg. —Gabi se significó con un saludo cariñoso al golpearlo en las lumbares.

—Mejor así, el tiempo vale oro —dijo Greg.

—¿Qué tal las mellizas? —preguntó Gabi.

—Están fantásticas, gracias por preguntar. Les encanta dar guerra, pero qué te voy a contar a ti.

—Son la alegría de la casa —afirmó Gabi.

—Lo son.

La altura de Greg y la de Mario hacían más pequeños aún los ciento setenta centímetros de Gabi. Nunca había sido un problema para él, ya que la atención la conseguía con su actitud.

—Mario —le dijo Greg con aparente interés—, entonces, ya te habrán comentado sobre la posición que queremos cubrir, ¿no es así? Te vas a divertir mucho si la aceptas, te lo garantizo. Aquí vienen las personas más pintorescas de la ciudad. Además, me han dicho que eres nuevo por estos lares. Solo te falta conocer a alguna vitoriana de toda la vida, y ya está. —Hizo una pausa para enfatizar—. La tormenta perfecta. No te sacan de aquí ni con agua caliente.

A Mario le salió una carcajada franca.

—Es lo que te pasó a ti, ¿no, Greg? —bromeó Gabi.

—¡Cómo lo sabes! Las mujeres de aquí son muy —dudó un segundo mientras miraba a su alrededor— absorbentes.

A Mario le pareció un hombre carismático, un gigantón cuyo tono al hablar iba en proporción a su tamaño. Gabi rio por decreto la gracia de su jefe.

—En efecto, me han comentado lo del trabajo. No sé si será lo mío, pero le daré una oportunidad, por supuesto —dijo Mario, que regresó al tema que le incumbía.

—Ya veo que es verdad lo que me comentaban, que eres una persona inteligente.

—¡Gabi!, qué ganas tengo de cazarte mañana —interrumpió, en un tono picajoso no muy propio de su apariencia y con una voz por encima de todas, un señor de avanzada edad que avanzaba hacia la puerta de salida.

—Tendrá la oportunidad, Juan María, no se preocupe; aunque no le garantizo que suceda —contestó Gabi por alusiones.

—¡Ja! —Una sola carcajada le dio tiempo a lanzar al anciano antes de que se cerrara la puerta y desapareciera.

—Esta mierda le da vida al hombre —dijo Gabi.

—Ya veo —respondió Mario.

—Bueno, pues una cosa cerrada. Bienvenido a la familia —bendijo Greg—. Otro tema: me han dado unas entradas para el teatro y a mí se me va a hacer tarde. Si queréis, son vuestras. Son para hoy a las nueve.

—¿Qué dices Mario?, ¿te apetece? —preguntó Gabi.

—¿Y las niñas?

—Tranquilo, le pego un toque a María para que se quede con ellas.

No creo que ponga pegas, las adora.

—Por mí no hay problema entonces, aunque estoy un poco cansado —dudó Mario.

—Lo que tú digas. —Gabi puso la decisión en su tejado.

—No me acuerdo de la última vez que asistí a una obra de teatro. Venga, sí, vamos, me apetece —decidió Mario.

—Para mí, tiene incluso más fuerza que el cine —opinó Gabi—. Te engulle y, cuando te suelta, no te deja indiferente. Si la historia merece la pena, por supuesto.

—Dicen que es muy buena —dijo Greg—. También que es extraño que no hayan ido primero a Madrid. Merece la pena, tomad. Os dejo, que me reclaman en otra plaza. Mañana os veo en la partida —hizo una pausa para remarcar el binomio con un tono diferenciado— a los dos. Mario, tú vente un par de horas antes para te explique tu labor, sobre las nueve está bien.

—Descuida, mañana nos vemos —se despidió Mario.

—*Bihar arte* —se despidió Greg—. Cualquier cosa que necesites, me comentas. Gabi te dará mi número.

Greg le dio un sobre a Gabi, que lo cogió con velocidad y discreción, lo guardó en el bolsillo interior de su americana, y se marchó con paso manso de zancada grande, como si cada pierna pidiera primero permiso para adelantarse.

La pareja de amigos se despidió y abandonó el centro cultural, satisfecha. Uno, con la curiosidad como motor; el otro, con un sobre custodiado por su secretismo.

—El teatro apenas está a unos minutos y quedan un par de horas para que empiece la obra. ¿Te parece si vamos a tomar y comer algo? Además, todavía no hemos celebrado que estás aquí —ofreció Gabi a Mario.

—Sí, como quieras. Por cierto, vaya personaje es Greg —lanzó Mario como sonda de exploración.

—Sí, es de esas personas que te encandilan con facilidad. Pasas un rato con él y te hace sentir que lo conoces de toda la vida y que se preocupa por ti —comentó en un tono tranquilo.

—Tal cual, es lo que me ha hecho sentir.

—Aunque siempre hay que ver más allá de las apariencias.

—Qué enigmático. ¿Tengo que saber algo más? Parece que lo conoces bien.

—Todo el mundo tenemos nuestras cosas, nada importante. Venga va, no seas aguafiestas y anímate. Ahí, en la calle Kutxi, hay un par de sitios que te gustarán. Vamos a aprovechar la tarde, que hace tiempo que no nos tomamos tú y yo unos tragos.

El giro festivo que dio Gabi desconcertó de sobremanera a Mario. Lo que empezó con unos vinos reposados y unos *pintxos* degustados

con sosiego tornó en un bullicio más acorde al ritmo del lugar. La calle, con el espectro poblacional representado al completo, rebosaba vida. Los partícipes, mezclados, que no revueltos, acudían con regularidad en busca de una recarga necesaria del maná de vida. El bandazo de la tarde, un grupo de amigas mediante, sentó bien a Mario, cuya necesidad de cariño y alegría para el cuerpo era más que acuciante. No todo era malo en la ciudad. El tamaño contenido de esta permitía dos comportamientos opuestos, pero atrayentes. Por un lado, permitía a diario encontrar diversidad de gente desconocida que, con la excusa de trabajo o turismo, eran objetivos del amor apasionado transitorio tan deseado en ese ambiente. Por otro, el aburrido control de los nativos de la zona sobre la población local hacía que cada nuevo habitante pareciera más guapo, más alto y con más dinero. En esa categoría debió entrar Mario, pues nunca había triunfado tanto en una plaza con tan poco esfuerzo. Tan solo llegó a decir su nombre un par de veces y contó algún chiste que dudó que entendieran por su temática rural, pero se vio agarrado a una muchacha de su altura, al menos en lo físico. Entre trago y trago observaba su pelo teñido caoba brillar al trasluz. Parecía mayor y, sin saber la razón, lo tranquilizaba. Las horas de la tarde se marchaban sin que nadie las fuese cantando hasta que unas palabras libres cazadas al vuelo excitaron la poca voluntad que le quedaba. Se desmarcó de su par y se acercó donde su amigo, que ahora ejercía un papel secundario en el grupo.

—Gabi, ¡el teatro! No llegamos.

—Ya habrá empezado. Otro día, Mario. Céntrate, que no te has encontrado en una así desde hace tiempo ¿has visto qué increíble mujer te ríe las gracias? Le gustas.

A Gabi toda mujer alta le parecía inaccesible y las veía en un pedestal inalcanzable. La envidia hablaba por él. Ver que su amigo pasaba bastante de la situación lo encendía aún más.

—Vale, vamos otro día. —Asumió Mario que ya era imposible.

—Que sí, anda que no hay tiempo para ir al teatro. Además, yo conozco al dueño y me debe algún favor. Vuelve con ella. —Gabi le arreó un empujón a Mario a la altura de la cadera—. Cabrón, ya te las llevas sin querer. Ese es mi Mario.

El *txakolí* hablaba por él y Gabi le dejó hacer. Mario se separó con un gesto reprobatorio que enseguida se disipó al acercase de nuevo a Lucía. Tuvo que preguntarle por segunda vez el nombre para que se le quedara grabado. Allí, los dos aislados como grupo, pero integrados en la muchedumbre, parecían dos faros que orientaban a los que buscaban el amor en un atardecer improvisado. La tarde que iba para largo se agotaba, no por el sol, que hacía tiempo escondido, sino por las luces de las terrazas que encendían los hosteleros en un intento de alargar de forma artificial el ambiente. El frío había entrado sin avisar

y rebajaba al menos dos unidades de alcohol la sintomatología general. Mario miró alrededor y la mayoría de las personas llevaban una chaqueta puesta o alguna prenda de abrigo que había aparecido por arte de magia. Sentía frío. Le recordó a la venta ambulante, que en las grandes ciudades parecía siempre preparada para cuando ocurría algo atípico, salir de forma oportuna y hacer su día: bien con paraguas en una tromba de agua, o con cerveza y banderines en pro de alguna multitud que se sintiera vencedora. Nadie allí vendía nada, más allá de alguno que se regalaba por un vaso de vino.

A Mario le vino a la mente la mujer de la parada del autobús. Pensó que pagaría lo que fuera porque fuese ella la persona que tenía delante. Se acordó de un nuevo detalle del que no era consciente: un pequeño pliegue en la comisura derecha que se le formaba al hablar; y sonrió. La chica que tenía en frente pensó que esa sonrisa aludía a su presencia y se envalentonó a besarlo. El beso fue caliente en comparación con la noche que se había quedado, pero estaba lejos de generar ningún fuego. Mario valoró sus alternativas y decidió tirar por la calle de en medio. Al fin y al cabo, disfrutar un poco de los placeres de la vida era lícito, así que se dejó llevar y buscó el calor donde se lo diesen. Y aquellos brazos, a pares, se podían mantener calientes los unos a los otros y viceversa. Mario no tenía una habilidad especial en el arte de seducir, pero su experiencia le decía que era mejor hacer algo poco acertado que no hacer nada. Si lo había, el interés por ambas partes haría el resto.

—Lucía, ahora me cuadra, la canción tan hermosa de Serrat la escribirían por ti —la piropeó Mario, que le pasó la mano por un costado y la deslizó por la espalda hasta llegar al otro.

Cuando no estás en paz, pensar en claro es difícil. Actuar, solo cuestión de inercia.

3

Frente al espejo, ante la tercera intentona con el nudo de la corbata, Julián resoplaba. La largura resultante de la pala en los dos intentos anteriores no era suficiente para camuflar la incipiente tripa de la cual no se enorgullecía. Cada vez que se preparaba para un evento importante le venían a la mente las palabras de su padre, que le servían como acicate para superar la apatía o los nervios. Hoy parecía diferente, necesitaba escucharlas.

—Juliantxu, no hay una segunda oportunidad para una primera impresión —se dijo a sí mismo en un tono grave y simulando la cara de desvergonzado de su padre.

Se sonrió; en realidad le gustaba lo que veía reflejado. A sus treinta y dos recién cumplidos, Julián parecía un hombre de éxito. En su cartera de representados aparecían actores, autores dramáticos e incluso una escritora de novela con una carrera prometedora y un premio importante en su haber. Además, gestionaba un teatro heredado en pleno centro de la ciudad; y en unas horas estrenaba una obra. A dos horas del comienzo de la función, Julián y don Carlos, el hombre para todo desde que el padre de Julián estrenara el teatro hacía ya más de treinta años, estaban con los últimos preparativos antes de la llegada de los actores. Don Carlos llegó a donde se encontraba Julián y observó la escena.

—Tranquilícese, Julián; venga aquí que yo le hago el nudo —se ofreció.

—No me fío de esos actores, son muy noveles y hoy nos la jugamos. El teatro apenas sobrevive y lo sabes, don Carlos, un paso en falso y nos hundimos.

—Sí, tiene usted razón —respondió el empleado—, son actores sin mucha experiencia, pero ya han demostrado su valía en algunas ciudades, así que confíe en ellos, que la obra será un éxito y el Principal resurgirá.

—Ojalá estés en lo cierto, por el bien de todos.

—Lo que no tengo tan claro es por qué ha decidido hacer el estreno benéfico si la economía del teatro está tan mal.

Don Carlos no era un experto en finanzas, pero, debido a su experiencia, primero con el padre de Julián al frente y después con el propio Julián, conocía el historial de asistencia por función. El teatro mantenía un nivel de espectadores similar todas las temporadas, por

lo que no se acababa de creer la supuesta crisis que sufrían.

—El teatro no está en un buen momento y, por eso mismo, debemos acercarlo a más personas: para crear afición y que forme parte de sus vidas. En un futuro cercano esa gente, con su asistencia, será la que haga que el teatro sobreviva. Además, no te voy a engañar, era un requerimiento del grupo de artistas. Confían tanto en sí mismos y en su obra que creen que el boca a boca tras el estreno hará que se llene el aforo durante cada día del mes y medio que actuarán en el Principal; y yo, espero que estén en lo cierto —apuntó Julián.

—Todos lo esperamos. Y estese tranquilo, que los viernes se nos suelen dar bien —finalizó don Carlos mientras dejaba el nudo doble Windsor impecable y al que la explicación del altruismo impuesto le cuadraba más.

—Por cierto, ¿qué tal está Anita? —preguntó Julián.

—Con sus altibajos, pero optimista, como siempre. Ya conoce a mi hija —contestó don Carlos, al que la imagen de su niña proyectada en su mente le sacó media sonrisa.

—Le das saludos de mi parte, y dile que me acuerdo mucho de ella.

—Mejor la visita un día y se lo dices usted en persona. —Los ojos de Julián hicieron carambola entre el espejo y los ojos del anciano—. Que seguro que le hará mucha ilusión —suavizó don Carlos el tono.

—La verdad es que tienes razón, lo haré.

—Le dejo, que empezará a llegar la gente en breve.

—Por supuesto, ahora bajo yo.

La corta conversación había apaciguado la ansiedad de Julián. En los últimos meses esa entrañable persona, que lo había acompañado junto con su padre desde sus primeros recuerdos de infancia, se había convertido en su confidente y su único verdadero amigo, a pesar de la diferencia de edad. Además, don Carlos tenía razón: las críticas que había recibido el grupo de teatro en su última parada de la gira eran inmejorables. Julián, al igual que su padre, tenía como referencia teatral las opiniones de José de Lara, un viejo crítico de teatro que, aunque conoció tiempos de esplendor, sobrevivía escribiendo en una modesta revista literaria en la que daba opinión de las obras de teatro representadas en la zona norte de la Península Ibérica. A Julián se le habían grabado a fuego en su intelecto un par de frases de su crítico de cabecera sobre la obra: «Esculpe en tu cara un gesto sincero de complacencia y te obliga a premiarla con el mayor de tus aplausos». «Después de más de treinta años en la profesión, puedo asegurar que, en la obra, el recital teatral de la actriz Manuela Etchavarren está a la altura de muy pocos artistas». Sus pulsaciones retomaron la normalidad al recordar esas líneas.

—¡Julián, ya están aquí! —exclamó don Carlos desde el pasillo de los camerinos—. Ya están aquí los actores —repitió.

—Gracias, ya salgo —contestó Julián tras hacer un gesto de aprobación a su imagen en el espejo.

Los actores entraron como si el camino lo hubieran recorrido infinidad de veces, ajenos a cualquier tipo de presión o preocupación. El grupo estaba formado por una mujer y cuatro hombres, todos veinteañeros. En cabeza iba un joven apuesto, el único que aparentaba cierto nerviosismo y que parecía buscar con la mirada algún rostro conocido.

—¡Ya era hora! —levantó la voz Julián al llegar a la entrada principal—. ¿Ustedes creen que es profesional presentarse tan solo media hora antes del estreno? Ya contesto yo: ¡no!

—Buenas tardes, soy Javier, la persona con la que ha estado en contacto. Ya puede perdonar el retraso. La mayoría acabamos de llegar de un viaje largo y el tráfico denso nos ha retrasado —se disculpó con los ojos cerrados y mientras balanceaba la cabeza hacia delante.

—Oiga —emergió una voz potente y femenina desde la parte trasera del grupo de actores—, hable usted con un poco más de respeto o nos damos media vuelta.

—Y usted es… —interpeló Julián.

—Manuela Etchavarren —contestó ella—. La culpa es mía, que he llegado tarde al punto de encuentro y me disculpo por ello. Los demás no tienen ninguna culpa. Por favor, si es tan amable, indíquenos el camino a los camerinos, que no queremos empezar tarde en nuestro estreno —concluyó Manuela, que aflojó de tono sus palabras a medida que las pronunciaba.

Julián entendió el gesto, no era día de bravuconerías. Por lo que había aprendido, la noche solo iría bien si los actores eran los protagonistas.

—De acuerdo, disculpen mi descortesía. Por favor, sigan a don Carlos y cualquier cosa que necesiten no duden en pedírsela a él, o a mí. Bienvenidos al teatro Principal —acabó Julián, y examinó de arriba abajo a la joven que con tanto descaro lo había desafiado delante del grupo.

A paso ligero, dejó al grupo de actores y se dirigió a recibir a varios compromisos que habían acudido ex profeso invitados por él al estreno: gente importante del mundo del espectáculo, periodistas locales, viejas amistades de su padre, antiguos ligues y demás personas a las que, de puertas para fuera, llamaba amigos. En unos minutos, el teatro disfrutaba de un lleno absoluto.

La función fue un éxito rotundo, colegas de la profesión le daban la enhorabuena. La caja se llenaba con donaciones de los invitados a la

misma velocidad que el pecho de Julián se inflaba. Este, recargado de suficiencia por el baño de masas, se dirigió a la zona de camerinos para felicitar a los actores.

—¡Espléndido, chicos!, ¡enhorabuena! —le dijo a cada uno de los actores y la actriz mientras aplaudía a cámara lenta—. Ha sido un espectáculo desgarrador, pero muy hermoso.

Uno de los actores sonreía, los demás parecían ajenos a los cumplidos. La mayoría valoraban más el veredicto de la audiencia que las palmaditas en la espalda.

—Muy bien, chicos, creo que hemos gustado mucho —dijo en alto Manuela—. ¡Ah! Y gracias a todos por vuestro bonito gesto, el dinero es muy necesario para las familias de Amato.

Julián no sabía ni dónde se encontraba esa barriada o localidad, ni le importaba demasiado. No obstante, bien erguido y con pose segura, aplaudió como el que más.

—¿A cuánto ha ascendido la caja? —le preguntó Javier a Julián.

—Pues todavía no hemos recogido la caja, pero como el teatro se ha llenado y las localidades eran de diez y veinte euros, novecientas butacas, pues… —dudó apenas un instante, se notaba que los números eran su fuerte— unos cinco mil euros libres después de descontar los gastos del teatro. Y además falta contar las donaciones.

Esas palabras calmaron las ansias de los artistas y saciaron sus egos.

—Habrá que celebrar que nuestra primera noche en Vitoria ha sido un éxito —propuso Javier, ya más tranquilo, como si las cifras verdes de la noche lo hubieran liberado.

—Conozco un sitio cerca del teatro que es perfecto. ¡Venga!, que yo invito —contestó Julián, que atrapaba cualquier potencial momento festivo a la mínima oportunidad que surgiera.

Las reacciones no fueron muy entusiastas, pero Julián dio por bueno el gesto de aceptación de varios de los actores. Don Carlos entró en la sala y le entregó la caja del día. El grupo de los cinco actores y él se dirigieron al pub O'Connor's, a dos manzanas del teatro. El estilo irlandés del lugar, con un revestimiento de madera que evocaba la tierra de los *leprechauns*, el ambiente festivo, las pintas de cerveza y los combinados con tónica ayudaron a distender el ambiente entre el grupo. La música de fondo de Sinead O'Connor propiciaba la conversación relajada.

—A ver, Etchavarren, ¿cuáles son tus planes para el próximo mes y medio en la ciudad? —dijo Javier, que forzó cada una de las consonantes con cierta sorna.

Sin el estrés previo a la función y liberado de las esposas de su cargo, Javier, el mánager, parecía otra persona más animosa.

—Javier, qué *jatorra* eres, hostia —contestó Manuela, que forzó

aún más el acento—. No sé de dónde te has sacado que me molesta que me llames por mi apellido vasco.

—Seguro que tiene mucho tirón en las Vascongadas —pronosticó Emilio, al que sí se le notó una ironía malintencionada.

Emilio era uno de los actores principales y con el que Manuela más tiempo pasaba encima del escenario.

—Ese término no sé si gusta mucho por aquí, quizás deberías evitarlo —señaló Javier.

—Lo que no me gustan son vuestros micromachismos —dijo Manuela, que enfocó en especial a Emilio—. Por supuesto que voy a disfrutar del tiempo que voy a pasar aquí, faltaría más. Lo que os jode es que jamás será con vosotros. Bueno, en el escenario sí disfruto a vuestro lado. —Amplió su mirada al grupo.

Fuera de los piques y las carcajadas, Julián se sentía un poco fuera de lugar. Su fuerte no era el comportamiento en grupo y tampoco era algo que le importase, pero en ese momento echaba de menos tener arrestos para llevar la conversación a su terreno. Mientras cogía fuerzas, se limitaba a observar. En ese tiempo, se percató de cómo Manuela movía a un lado y a otro la comisura derecha de su boca al hablar, como si cada palabra la dijera de forma especial, y le encantaba; o cómo uno de los chicos no paraba de mirarla.

—¡Propongo un brindis! —Alzó la voz lo suficiente para ser escuchado, pero sin sobrepasar la música que gobernaba la sala—. ¡Por un periodo lleno de éxitos en el Principal!

El redoble formado por el entrechoque de los vasos y las copas, y estas con los cubitos de hielo, mostraban las aspiraciones de fiesta del grupo. Por contra, las inexistentes reclamaciones ante el relleno de las bebidas, que se sucedían por obra y gracia del anfitrión, daban buena cuenta de la situación financiera de los presentes y el corto camino que tendría la salida nocturna.

Julián seguía a lo suyo, era experto en abstraerse en su mundo, narcisista en su fundamento y humilde en su gobierno. Un mundo imaginado de interacciones trascendentales y descripciones lúcidas merecedoras de recordar. Julián percibía cómo el aura de liderazgo de Manuela no solo era asumida por sus liderados, era evidente que quien se acercaba se movía al ritmo del entusiasmo de ella. Asimismo, era obvio que ese empoderamiento resultaba sexi y atrayente. También para él. Al tomar conciencia de que se había ausentado mentalmente del lugar por unos minutos, se excusó para ir al baño. En el lavabo, rellenó con agua el cazo que formó con sus manos, se lo lanzó por la cara y humedeció también parte de su pelo. Alguno de esos mechones recuperó su ondulación natural al liberarse de las fuerzas del ungüento gomoso que les daba forma. Agarró el lavabo con las dos manos y estiró los brazos a la vez que levantaba la cabeza

y apareció frente a su reflejo. Aún con la cara mojada e inhibido en parte de sus complejos por los tres cubatas que llevaba encima, lanzó un resoplido enérgico y sonoro desde los abdominales. Volvió ligero con los demás.

—Es tarde y mañana tenemos un día completo, empezamos nuestro particular maratón —avisó Jose, el actor más joven del grupo.

—No seas aguafiestas, Jose. Tu primera noche en la ciudad, con veinte años, sin pareja y con la mañana libre…, ¿qué clase de sangre corre por tus venas? —saltó Javier con pobre argumentario y un meneo de caderas que mostraba su predisposición para ir a bailar, o lo que se llevase en la ciudad.

—Que no sirva de precedente, pero esta vez estoy con Jose. Además, mañana quiero aprovechar el día y conocer Vitoria —sentenció la noche Manuela.

—Yo te puedo enseñar los rincones más bonitos de mi ciudad, llevo toda la vida en estas calles. Te encantará. —Julián no se creía que lo hubiera pronunciado en alto—. Quiero decir que, si te apetece, puedo ser tu cicerone.

—Muchas gracias —respondió ella—. La verdad es que suena bien el plan. Por lo poco que he visto, ya me encanta.

—Genial.

—Genial. Mañana te veo entonces. ¿A las diez?, ¿en la puerta del teatro está bien?

—Perfecto —concluyó Julián, cuyo hoyito acentuado en el lado derecho de su boca delataba su suerte y llevaba su sonrisa a otro nivel. Quizá por eso nunca había sido bueno en el póquer.

Los actores parecían, en este caso, espectadores de una escena de jóvenes primerizos en el teatro y en el amor. A pesar de que a más de uno le habría gustado boicotear el encuentro, nadie se atrevió. El grupo se alejó entre voces y risas en dirección contraria a la de Julián, que evitó echar la vista atrás hasta que estuvieran a distancia suficiente. Al doblar la esquina de la calle, la energía contenida durante el último tramo de la noche tomó las riendas de su ser. Corrió un esprint de apenas cuatro pasos y acabó con un salto y un giro de media vuelta, tras lo que levantó los brazos y se apuntó con los pulgares la espalda al grito mantenido de un homínido salvaje. La ridiculez de la acción aumentó el tamaño de su sonrisa y, en ese cuadro de labilidad afectiva, decidió tomar la última copa en el casino, de camino a casa.

Sin saber con certeza cómo había llegado a tal situación, Julián se encontraba con la mirada perdida en una cuadrícula rellena de números y colores. En una mano, una copa de balón medio vacía; y en

la otra, una ficha rayada con los colores de su equipo de fútbol favorito que movía entre los dedos con una velocidad asombrosa.

—¡Negro!, ¡negro!, ¡negro! —se gritaba Julián en un volumen casi inaudible.

Seguía la bola con la mirada, ajeno a las conversaciones, a ruidos de golpeteos de fichas entre ellas y proclamas de números sustentados por cifras vergonzantes.

—Tres, rojo, impar y falta; primera docena, tercera columna y vecino —recitó la crupier entre gritos de júbilo y decepción a partes iguales.

Volvió a tocar rojo por quinta vez. El crupier barrió con su antebrazo la montonera de fichas hacia una especie de saco de basura de ilusiones integrado en la mesa. Julián la observaba, incrédulo. No sabía cómo había pasado de ganar un buen puñado de fichas, que ni había contabilizado, a perder la totalidad de lo que llevaba en los bolsillos, incluido lo que no era suyo.

La tensión de sus músculos llevó su mirada hacia la pared del techo, que lucía ámbar y triste. Espiró, dejando caer su cabeza a plomo. Fue entonces, al enfocar la moqueta que tanta vida le había robado en innumerables ocasiones, cuando la conciencia se cobró su tributo mental. La sensación de vacío y decepción no era nueva para él, pero dolía más que nunca. El dinero para las familias de Amato, unos cinco mil euros, yacían ahora en un saco opaco solo accesible para alguien probablemente sin escrúpulos, o eso pensaba Julián. Sus planes cayeron como fichas de dominó: el dinero lo tendría que poner él de su bolsillo y tendría que dejar para más adelante la remodelación del patio de butacas, presupuestada, aprobada y ahora cancelada. La sensación de derrota no lo dejó ni acabarse la copa. Como si hubiese hecho clic en su cabeza, el piloto automático tomó las riendas con dirección a su casa, apagó su voluntad y oscureció un poco más su existencia. La puerta de atrás del casino parecía la opción más apropiada para minimizar la exposición de su decadencia. Ese trance solo fue interrumpido por las palabras de un chico que, sentado sobre el poyete de la ventana, fumaba alargando cada calada a sabiendas de que su descanso dependía de que aquel cigarrillo permaneciese encendido.

—¿Alborotador o desplumado? —preguntó el muchacho con una frescura impropia de esas horas.

—¿Cómo dices? —contestó Julián.

—No llevo mucho por el lugar, pero por esta puerta solo invitan a salir a los que arman jaleo o están muy borrachos. También suelen pasar por voluntad propia a quienes les han robado parte de su dignidad.

—¿Y qué sabrás tú?

—Tú pareces de estos últimos —se adelantó el chico, que desbordaba locuacidad—. Sí, tu cara me dice que has sido desplumado. Lo lamento, aunque lamento aún más que no sea ni la primera ni la última vez que te vea por aquí.

Lo último que le faltaba a Julián era que un chico unos diez años menor que él lo sermoneara. Avanzó en su camino con pose de ignorar al joven y desechar sus palabras.

—Hasta la próxima, amigo —se despidió el chico mientras saltaba desde su improvisado asiento y tiraba la colilla apagada a unos cubos verdes de plástico.

Se perdieron de vista.

La noche pasó rápido para Julián en virtud de la ingesta de alcohol. Quizá fuera una cualidad la de no llevarse los problemas a la cama, o una desgracia. Que ninguna complicación le quitara el sueño le restaba ese momento necesario de purgatorio, aunque a la vez podía suprimir la puesta en valor de sus logros. Para Julián, su confesionario habitual eran las zapatillas de correr puestas; y el despertador, la bocina de salida. Para esos kilómetros dejó pendiente la reflexión sobre lo que había ocurrido la noche anterior. Cuestión de prioridades. A las diez era la cita con Manuela, así que madrugó lo suficiente para pensar en el plan del día. O de la mitad del día, ya que a las seis de la tarde tenían que volver al lugar en el que todo había empezado, el teatro. Julián no era una persona de organizar nada con antelación. Siempre hacía lo justo y necesario, y nada más. Tras su experiencia en pasadas citas, sentía que el hecho de preparar algún plan o incluso algunos diálogos le restaba naturalidad, y no quería tal cosa. Tras varios kilómetros y unas series de velocidad, se sintió fresco y listo. Notó que mejoraba el cronómetro. Se duchó, arregló, perfumó y bajó a la puerta, donde había quedado. Ella ya esperaba el encuentro con una pose un tanto despistada. Vestía unos pantalones vaqueros negros ceñidos que acentuaban sus torneados gemelos. «Parecen bolos macizos de antaño. Debe de hacer algún deporte de bicicleta o montaña», pensó.

—Buenos días —la saludó en un tono animado—. ¿Has descansado bien?

—Hola, Julián. No he pegado ojo. Los compañeros han estado haciendo el idiota toda la noche. Parecen adolescentes, aunque me he reído mucho, la verdad. —Esbozó una sonrisa—. Tendré una cara horrible.

—Yo te veo preciosa —respondió él.

No era un simple cumplido. Julián se había fijado en sus mejillas naturalmente coloreadas sobre su blanca tez, que resaltaba con el

negro puro de una cámara réflex que llevaba colgada al cuello. Además, sus ojos aún mantenían una leve inflamación de recién levantada. Si no hubiera sido por lo observador que era, cualquiera habría creído que se había aplicado un iluminador. Le sentaba muy bien aquella mañana.

—Gracias, pero no sabes lo que dices. ¿Por dónde empezamos?

—¿Has desayunado?

—No, me ha pillado el toro con la hora. Lo cierto es que mataría por un café —dijo ella, y se tocó el estómago.

—Venga, subamos —ordenó él.

—¿No crees que es muy pronto para que me invites a tu casa? No estamos todavía en ese punto —contestó Manuela con total naturalidad.

Julián rio. Como no fue capaz de saber si bromeaba, lo asumió.

—El momento es idóneo. La luz es perfecta —comentó Julián y miró el cielo azul que les había tocado.

—¿Cómo?

Él obvió la pregunta mientras abría el portón de madera del teatro, donde vivía. Julián se había mudado hacía tres años, tras perder su casa heredada debido a los problemas económicos por los que pasaba su negocio. Había convertido en su hogar la última planta de aquel antiguo edificio. Ese espacio, otrora, fue zona principal de camerinos. Los dos subieron las escaleras en fila india debido a su estrechez. La moqueta sobre los peldaños, y sujeta por unas barras de latón, estaba a medio camino entre la entrada a un lujoso edificio venido a menos y el camino hacia unos baños de un *pub* inglés de la periferia. El mustio y singular recorrido captó el interés de Manuela.

—No, en serio. ¿A dónde me llevas?

—Tranquila, es parte de la visita. Arriba te cuento.

Debido a la localización elevada del edificio y a su propia altura, su casa hacía sombra a todas las construcciones de alrededor. Una pared completa con orientación sur estaba levantada por una cristalera que comunicaba las vistas más espectaculares de la ciudad con la cama de Julián.

—¡Vaya! —exclamó Manuela de forma espontánea—. Qué callado te lo tenías. La entrada al espectáculo debería incluir esta visita.

—Estas puertas siempre estarán abiertas para ti —dobló la apuesta Julián.

Manuela soltó una carcajada, se sentía cómoda. Julián puso dos cafés expreso y abrió una caja de roscos del Santo, una delicia de las hermanas clarisas que guardaba para las ocasiones que lo merecieran, y esta lo era; o eso entendía del ritmo que se imponía dentro de su ser. Se sentaron en una pequeña mesa redonda de acero forjado, de cara a la cristalera que los adentraba en el corazón de la ciudad. Por capas,

se distinguían las diferentes fases de expansión de la capital. La vista era inabarcable, como un gran cuadro de Tintoretto. De un vistazo se podía extraer tu apetencia por la obra, pero para exprimirle el jugo había que desglosarlo con miradas en detalle y críticas. Una primera contemplación general suponía una panorámica emocionante y daba argumentos para explicar el por qué Vitoria servía de inspiración a numerosos artistas. Una inspección del paisaje más en detalle, hacia el este, permitió observar a Manuela varias terrazas pensadas con mimo y un nido de cigüeña sobre un campanario. Mas hacia el oeste, una azotea convertida en comedor de un afamado restaurante, la cristalera de un faro turístico o incluso la vista cenital de un mercado acristalado. Se quedó absorta con un puesto de frutas y verduras en el que las pirámides perfectas de melocotones, cerezas y demás frutas de verano aportaban el color al cuadro. En ese entretenimiento las palabras no fluían. Consciente de que el espectáculo ablandaba hasta las mentes más autoprotectoras, Julián decidió aprovechar.

—¿Qué te ha traído hasta aquí, más allá de la obra? Esta ciudad siempre genera expectativas. Mi experiencia me dice que a Vitoria la gente viene en busca de algo. Cuéntame cuál es tu historia.

—No esperaba este tipo de cita, si te soy sincera. Te había tomado por el típico hombre resabido en estas situaciones, con un objetivo claro.

—¿Qué objetivo? —preguntó él.

—Acostarse conmigo.

—¿De verdad te funciona esa estrategia? —preguntó Julián, desconcertado, al no esperar tal juego y, por ende, verse por detrás—. ¿Y quién te dice que no es lo que quiera? —Hizo el esfuerzo de volver a entrar en la rueda.

—No me dejas tiempo ni a contestarte, por lo que asumo que sí —discurrió ella.

Reían y parecían disfrutar de la tensión tan de bar y cañas que se había generado entre ellos. Desde que se habían sentado de cara a la cristalera, mantenían un pulso con sus rodillas. Ambos simulaban obviar el contacto, pero era definitoria la tirantez de los músculos de sus piernas y la incapacidad para aguantarse la mirada más de dos segundos.

—No te veo ninguna maldad —dijo ella.

—Quizá ese sea mi mérito —dijo él.

Tras el regate de ella a preguntas un tanto más personales, Julián probó una vez más, no dándole tiempo a proseguir con el vacile mutuo que mantenían. Hacía mucho tiempo que no le interesaba tanto escuchar a su interlocutora.

—Entonces, ¿cómo decidiste venir? Creo que esos muchachos…

—¡Vamos! Te lo cuento mientras hacemos algo —cortó ella—.

Bueno, primero tomaré unas fotos.

Manuela enfocó con su cámara aquel nido, que, desde su perspectiva, parecía cuestionar las leyes de la física al encontrarse parcialmente sustentado sobre la base del chapitel del campanario.

—¡Fotaza! —gritó—. Aquí tengo que volver.

—Sí, quería llevarte a dar un paseo por el centro y el casco antiguo. Si no has estado nunca, te encantarán.

Salieron y se adentraron en un laberinto de calles en las que, por su parecido, parecía difícil orientarse. Su disposición con respecto al sol mañanero propiciaba de forma alternativa un baño de cálida luz y una sombra balsámica agradecida por la pareja. La confianza y la complicidad entre ellos aumentaban a cada paso. Julián lo notaba cuando se le caían sin filtro alguna de las bromas que rebosaban su cabeza. Ella, con su risa, las hacía mejores. Las horas pasaban entre carcajadas, experiencias pasadas y explicaciones varias. Los históricos edificios, las calles que inspiraron a célebres autores y las plazas con encanto quedaban en segundo plano. Cualquier oportunidad para mantener contacto visual era aprovechada por cada uno para lanzar un mensaje de interés y de deseo.

—Me alegro de pasar contigo la mañana —dijo ella mientras lo agarraba del brazo de modo firme, pero cariñoso.

Julián se había dado cuenta de que ella era una persona de contacto físico constante. Justo su antítesis, pues él lo evitaba a toda costa en su día a día. Aunque ese contacto no lo disgustaba en absoluto, no correspondía de la misma forma y en ese aspecto se dejó llevar por su yo más racional.

—¡Y yo! No esperaba congeniar así contigo.

La sonrisa de aceptación de Manuela apretó en él el gatillo que desconectaba su cuerpo de su mente. Su piel tomó las riendas. Aseguró la cara de ella con sus manos y, en un movimiento armonioso, se arrimó hasta dejar apenas unos centímetros entre sus labios. Su aliento ejercía de imán, pero dejó que ella diese el último paso. Sus labios, al punto, se fundieron en un beso lleno de deseo que debió de durar suficiente. Como una sonda que recoge información, fueron segundos de sabores y olores hasta entonces desconocidos y, a partir de ese momento y ya para siempre, ansiados.

—No ha estado mal —sonrió él.

—Como que no era lo que te esperabas —contestó ella con una cara picarona imposible de esconder.

—Bueno… —vaciló Julián, que alargó la última vocal de forma exagerada.

Sin saber muy bien quién cogió primero a quién, con sus manos en contacto y sus pensamientos en conexión, desfilaron por una calle flanqueada por dos hileras de magnolios y de gente que parecía saber

a dónde iba. En la caminata, se toparon con una escultura de más de tres metros de un hombre que parecía pasear, como ellos.

—¿Y ese gigante? —preguntó Manuela.

Julián, agarrado de su mano, se sentía a la misma altura que aquella mole de bronce.

—Es *El Caminante*, una escultura muy mítica.

—¿Y tiene algún significado?

—Representa un joven que llega a Vitoria caminando y al que le fascinan tanto el lugar y sus gentes que decide quedarse.

—Qué bonito. La verdad que sí es una ciudad de la que enamorarse.

—Y una ciudad en la que enamorarse. —Se anduvo rápido, Julián.

—¡Qué tonto! —contestó ella, complacida.

La careta de alelados no se la quitarían hasta llegar a las inmediaciones del teatro, donde se soltaron las manos previa mirada mutua de complicidad y fastidio necesario. Julián era una persona conocida en la zona y pronto lo abordaron vecinos y conocidos. Unos para pedir unas entradas, otros solo con la intención de hacerse notar. A él ese ambiente le encantaba y era la única razón por la que aún conservaba el teatro, pero aquel día no estaba tan entregado a la causa. Todavía seguía con la mirada puesta en Manuela, que entraba en el edificio, ya ajena al gentío.

—¡Mucha mierda! —le gritó unos decibelios por encima del ruido ambiental mientras ella desaparecía entre las galerías como Manuela para dar vida a Sofía.

Las dos le gustaban. Julián desechó el palco que tenía por norma reservado y se sentó en un asiento libre de la primera fila con la intención de disfrutar de su presencia desde otra perspectiva. Un fanzine con la presentación de la obra y el grupo de teatro lo esperaba en la butaca. No recordaba haber dado el visto bueno para su colocación, aunque no le pareció razonable pedir cuentas ante una buena idea. Lo que sacó en claro de la portada, en su lectura en diagonal, fue la ruta que seguía y seguiría en los próximos meses su pretendida: Almagro, Vitoria, Valladolid y Madrid. La parte interna le tomó más tiempo. Un breve relato biográfico de Manuela, debajo de una foto suya con una pose de lo más shakesperiana, aquietó su ansia de saber sobre ella. «Hoy es mi día», pensó, y a continuación verbalizó la bio.

—Manuela Etchavarren nació en el pequeño pueblo suizo de Brienz, lugar en el que los geranios maquillan el rostro de las casas de madera, siempre dispuestas para una sesión de fotos. Su pueblo, a pie de un lago y entre montañas, tiene que visualizarlo a través de las palabras de su padre, ya que solo fue su punto de partida. Sin su visto bueno y con tan solo unos meses de existencia, se enroló en un viaje,

en el marsupio de sus padres, que la llevaría por varios estados de Sudamérica y luego por el sur de Europa, una visita gratis y guiada que le permitió degustar un puñado de países.

»Una vez con voz y voto, y con el conocimiento que da la experiencia como fundamento para la elección, se decantó por España como su siguiente parada vital. Su perfecto español, gracias a su madre de origen vasco, contribuyó a su rápida integración. Eligió Madrid para estudiar la carrera de Medicina por ser un lugar idóneo para ello y porque cubría las expectativas socioculturales de cualquier joven. Allí se topó con su actual grupo de teatro, Topa, que pronto se convirtió en su grupo de amigos y, por reiterada presencia, en su familia. La capital se convirtió en el kilómetro cero de su andadura profesional en su gran afición que es el teatro.

»Desde la primera vez que subió a un escenario en una pequeña sala de Malasaña, su popularidad, en paralelo con Topa, no ha hecho más que crecer de forma exponencial. Quizás el crisol de culturas que mamó durante su infancia y su adolescencia sea la razón de su versatilidad, o tan solo sea que su talento funciona como una esponja que absorbe personalidades y que logra escurrirse para disfrute de los espectadores. Una futura estrella y una realidad incontestable que usted está a punto de disfrutar. —Detuvo la lectura al ver que se abría el telón.

Los actores estaban listos y Sofía se encontraba en una esquina, sentada en una silla y de espaldas al público. Esos instantes le sirvieron a Julián para saborear su posición de ventaja desde su butaca para conocerla mejor, sin presiones; ni externas, ni autoimpuestas. Noventa minutos de recreo por delante.

Manuela, o todavía su personaje, Sofía, estaba extasiada por el subidón de la última escena, en la que, después de una hora de contención a todos los niveles, se liberaba de las cadenas que una relación tóxica le producía y daba rienda suelta a sus deseos. Acababa agotada pero mentalmente invencible. Le encantaba la obra porque tenía mucho de ella. El sudor apelmazaba parte de su media melena alrededor de la zona de las orejas y el cuello. Sus coloretes, ya habituales en su día a día, cogían un tono rosa coral muy sexi. Tomando por verdaderas las palabras que Julián le había soltado durante la mañana, se dirigió a la zona noble del teatro, que no era otra que la casa de él.

—Te has aprendido el camino, ¿eh? Me pillas de milagro. Salgo para despedir a unos invitados —dijo Julián, que buscaba unos volantes publicitarios entre el caos de su mesa del despacho, al verla aparecer por las escaleras.

—Creo que no —contestó ella con seguridad.

Las palabras firmes que escuchó lo hicieron voltear la cabeza hacia ella, que se aproximaba con los ojos clavados en sus labios. Julián se irguió y buscó una posición estable para aguantar el choque del tren que se le acercaba imparable. Sin soltar una palabra más, Manuela le agarró la cabeza con las manos y le mordió la boca con decisión. Aguantó inmóvil, a excepción de una parte de él, que se proclamó independiente en ese preciso instante. Julián, en legítima defensa, respondió con proporcionalidad y mordisqueó su labio inferior mientras se apartaba unos centímetros para ver su cara. Una búsqueda de más de una vida, de mil deseos no colmados y sueños desnudos dieron paso a una incontrolable tormenta. Sus manos, impacientes, no abarcaban todo lo que necesitaban tocar. Sus bocas, ansiosas, se encontraban y perdían entre la piel saborizada del otro. Como si sus brazos fueran los índices sobre el puntero en un tablero de güija, se dirigieron hasta la cama de la habitación acristalada, sin separase, pero dejando un rastro de prendas por el camino.

Ella lo empujó sobre la cama y se subió a horcajadas sobre él. Julián, debajo de ella, con el corazón al descubierto y el cuello a su merced, confiaba. Desde ese certero tendón de Aquiles, la lengua de Manuela comandaba, húmeda, tierna y fría, un escalofrío inaguantable que le provocó una sonrisa y mojó sus muslos. El olor que emanaba delataba deseo, un deseo mutuo de morder y estrujar. Dejándose llevar, Julián arreó una palmotada en la nalga de Manuela. Los dos se miraron y soltaron una carcajada por el impactante ruido. La risa de él duró un poco más al imaginarse golpeando el lomo prieto de un bonito del norte. Ella, consciente de su posición de poder, agarró con sus manos las muñecas de Julián para someterlo a su voluntad y dibujó en él una importante erección de la que se responsabilizó con un movimiento horizontal rítmico.

Se deseaban como nunca y, en realidad, como siempre. Sin parar, la notaba caliente y gruesa entrar hasta dentro, hasta el gemido. Llenos de amor se fundieron. Primero, al ritmo más sentido y disfrutando, conscientes; después, al más endiablado, apretando y apretando, adelantando los latidos, acortando la respiración, explotando. De espasmos, bebieron de sus bocas y coletearon juntos, calmándose de a poco y abrazándose más fuerte si cabe. Cada parte de sus cuerpos a flor de piel, cada uno de sus pensamientos, del otro. Un metro más arriba, el cielo.

4

Trataba de alargar el tiempo todo lo posible metido en la cama. Se encogía para conservar su calor corporal y bajo ninguna circunstancia abría los ojos. Sin dolores y con la cabeza limpia por una buena noche de sueño, era una persona feliz. Al menos, en esos precisos momentos. Después, ya sería otra cosa. Habría desarrollado una locura nueva, o habilidad nueva, según cuánto lo conocieras. Se imaginaba su cama al pie de un piano de cola en el que sonaba sin parar *Una Mattina* y, cuando se cansaba, podía cambiar de canción con solo desearlo. La música en esas circunstancias era su mejor amiga, la que lo calmaba a once mil metros entre turbulencias o la que lo dirigía con paso firme a enfrentar sus miedos. Podía desmoronarse el mundo fuera de esas paredes, o incluso fuera de esas sábanas, pero allí, arropado, se encontraba libre de sus pensamientos negativos y ausencias, de las circunstancias que lo atormentaban y de las que había sido cómplice inconsciente.

Una vez que se levantaba, el horror rodaba implacable. La noche en el casino había sido mala, una de las peores. Su mayor preocupación radicaba en que el sentimiento de decepción y autodestrucción se extendería a todas las actividades de su día, y era inaguantable. Si lo visitaba alguien, estaba apagado y apático. Si era día de obra teatral, su inseguridad crecía y sus expectativas se desplomaban. Si intentaba realizar alguna sesión de cardio, su cuerpo emanaba señales de impotencia. Y, para rematar el día, sus peores pesadillas aparecerían de manera recurrente. En cualquier circunstancia en la que el dinero fuera protagonista, la idea de no conseguir hacer frente a la letra mensual del teatro le amargaba la existencia. Sufría despierto y dormido, ¿qué cosa peor podía haber?

El día podría haber transcurrido por aquellos derroteros, como tantas otras veces en el pasado, pero aquella mañana despertó abrazado a un cuerpo caliente. Las caricias abarcaron toda la espalda de su compañía. De un lado a otro, a una velocidad constante, como un limpiaparabrisas, sus manos resbalaron por su piel sedosa, cuyo rozamiento mínimo lo transportó a su niñez y sus líneas de contorno despertaron sus más profundos deseos adultos. Aunque a nadie había hecho cómplice del secreto, siempre había sido una reivindicación a la que no daba forma por falta de audiencia. Su sentimiento de vida inconclusa tenía un diagnóstico que había, por fin, identificado.

Estaba a su lado, encima de su cama. Las cifras macro de su vida eran para echarse a temblar y su conciencia no gozaba de mejor salud, pero estaba harto de culpar al tablero de su cada vez más decadente existencia. Al ver dormir a Manuela a su lado, su felicidad alcanzó su límite superior conocido y lo hizo soñar con un nuevo mundo alrededor de ese sentimiento.

—Voy a salir a una reunión, vuelvo en un rato —susurró con cariño al oído de Manuela—. Me ha encantado pasar contigo la noche.

Él la beso en la frente. Ella contestó con un ruido y un gesto de acercamiento, pero Julián lo esquivó sin pretenderlo, pues su cerebro ya había dado la orden antes de la respuesta de Manuela.

—Me tengo que ir, espérame por aquí, ¿vale? —concluyó Julián—. Traeré café.

Le fastidió dejarla en aquel estado mañanero y relajado tan apetecible, pero tenía una reunión a la que no podía faltar con Aiala Silva, su reciente novelista y gran esperanza de sus futuros negocios. Julián creció con la ilusión de ser escritor, pero en cualquier intento por acercarse al mundo de la escritura obtuvo su negativa más cruel: el silencio. Mientras escribía, creyó que podría vivir la vida que deseaba, aunque sin nadie que lo leyera perdía el sentido. Se dio cuenta de que lo más cerca que llegaría a este tipo de vida que añoraba consistiría en gestionar y acompañar a escritores. Vivir la creación de sus historias sin la obligación de escribirlas. Podría vivir sus logros y alegrías, pero sin el vértigo a la página en blanco o el bloqueo del escritor. Además, se creía bueno en el papel de sexador de libros, que recupera o reconoce grandes escritos entre el catálogo literario desamparado que pulula como si fuera basura espacial y orbita con la única y remota posibilidad de chocar con el éxito. La cantidad de conocidos que tenía del mundo de la cultura era un punto de partida perfecto para la tarea. Contactando con amigos, y con amigos de amigos, se veía capaz de llegar hasta Almodóvar o Reverte. Esas reuniones con sus escritores las consideraba innegociables, pues se enteraba de los avances de sus textos. Además, sabía de la necesidad de apoyo emocional en un trabajo tan solitario como el del escritor.

Habían quedado en el café que estaba integrado en la planta baja del propio teatro y que otrora fue también de su propiedad, pero que ahora rendía ganancias a un tal Andrés de Argandoña, al que ni conocía, puesto que había gestionado toda la compraventa del café a través de su gestor de propiedades. Debía de ser un magnate de las finanzas, porque de otra forma no se entendía tanto secretismo. El café había tenido un lavado de imagen, pero su esencia como parada de peregrinaje a la cultura seguía intacta, con dos columnas de libros que flanqueaban la entrada.

Aiala era una muchacha de apenas veinticinco años recién cumplidos que se notaban más en su cara aniñada y menos en su pluma. Escribía con el absolutismo de una persona con amplia experiencia vital y sobrada técnica, y a su vez incorporaba frescas dilucidaciones propias de su edad. Con dos novelas exitosas y un premio en su haber, su nuevo escrito, en teoría, vería la luz a finales de otoño. Hasta entonces, las reuniones que había mantenido con ella habían sido por teléfono, y la de ese día era la primera sesión presencial que celebrarían. Con la intención de que se llevara una buena impresión, Julián se había vestido con lo que estimaba estaba a la altura de un representante de éxito. Quizá aún no estuviera en la cima de su profesión, pero había que reconocer lo bien que le sentaban la camisa blanca con cuello de corte italiano y las botas doradas de piel de cocodrilo con sus gafas de pasta a juego. El papel se lo creía, y hasta ahí llegaba su mérito.

El contacto le había llovido del cielo, literalmente. En el vuelo de vuelta de un viaje de trabajo había coincidido con un habitual del teatro y este le habló de Aiala, amiga suya que buscaba representante. La recomendación del hombre, así como el hecho de que ambos fueran coterráneos, permitieron la firma final. Aunque la consecución del contrato había sido por casualidad, a partir de entonces le tocaba no escatimar esfuerzos por conseguir ganarse la confianza de ella y de la profesión. El proceso que se avecinaba lo mantendría entretenido los próximos meses: vender su imagen, buscar los mejores servicios editoriales, contactar con varias distribuidoras o iniciar la campaña de *marketing*. En realidad, el esfuerzo era factible, puesto que su motivación era poderosa. El ambiente del teatro le gustaba porque lo ascendía a una posición notable dentro de su comunidad, pero le había venido impuesto. Y como cualquier cosa impuesta, le restaba interés. La obra de vida de su padre no era la suya, y no sería fácil escapar de ella, ya que dependían varias familias de la actividad que tuviera. Lo había valorado un par de veces, pero en aquel entonces era incluso imposible deshacerse del teatro sin regalarlo. El inmueble estaba hipotecado por una mala racha desde hacía un par de años. Antes tenía que recuperarlo y el camino que se abría con su representada era su gran baza.

—Aiala —saludó Julián mientras se aproximaba desde atrás—. ¡Qué bien estás aquí!

—*Kaixo*, Julián. No lo sabes tú bien, me encanta la cafetería.

—Es verdad, es especial. —Echó una mirada alrededor—. Un placer conocerte en persona, por fin. Tranquila no te levantes. —Se agachó para darle dos besos.

Ella realizó un movimiento errático al frenarse en seco cuando comenzaba a levantarse. El impulso agitó el aire y creó una especie de

golpe de ariete perfumado que llegó hasta Julián. No sabía si le gustaba de primeras aquel olor, inédito para él. Un olor cítrico paralizante al principio, aunque se suavizó poco a poco hasta que llegó a apetecerle repetir el ciclo. «Quizá así huelan los *best sellers*», pensó, y lo dejó estar sin buscarle más matices, por ahora.

—Jaime, por favor —levantó la voz, y dirigió la mirada a un apuesto joven de rizos alborotados y vestimenta blanca e impoluta—, me sirves un café expreso y lo que quiera Aiala.

—No, gracias. A mí no me pongas —dijo la escritora, que señaló su taza medio llena—. Son las diez de la mañana y este es mi segundo café.

—De acuerdo. Marchando un expreso —contestó el joven.

—Me preparas también, para dentro de una hora, dos desayunos para llevar. Me lo apuntas todo, su café también. Gracias, Jaime.

—Dalo por hecho.

Julián se sentó muy cerca e invadió parte del volumen personal de Aiala, sin quitarse la sonrisa y con los ojos abiertos en exceso. Quería agradar, aunque su talante pasaba a ser poco natural incluso para un representante excéntrico, pero tuvo suerte de que ella no tuviera una referencia pasada con la que comparar.

—¿Echabas de menos la ciudad?, ¿cuánto tiempo te quedarás? —tomó la iniciativa Julián.

—Te diré que sí. Es más, tengo que comunicarte que nos veremos en persona a menudo.

—¿Cómo así?

—Por varios motivos. Tiene que ver conmigo y con la novela.

El café llegó humeante y con una capa de espuma de unos milímetros que invitaba a tomar el riesgo de quemarse los labios.

—Gracias, Jaime.

El joven tan solo hizo un gesto servicial. Los ojos de aquel chico, en contacto directo con los de Julián, denotaban gratitud. No hacía mucho había sido su jefe. Un jefe irresponsable con el negocio, pero responsable y consecuente con los trabajadores a su cargo. Al menos, lo había sido con él, pues medió por su continuidad tras el traspaso de la cafetería. Julián siempre había sospechado que el joven camarero tenía algún sentimiento por él, aunque no era correspondido. De forma egoísta, lo alimentaba de vez en cuando con algún gesto o mirada, sin dejar caer nunca el globo al suelo.

—¿Me decías? —dijo Julián, que volvió la mirada a Aiala.

—Sí, qué me he mudado a Vitoria. Es definitivo.

—Es fantástico.

—Sí, es una etapa que comienzo con muchísima ilusión.

—¿Puedo preguntar el porqué del cambio?

—La idea ya merodeaba mi cabeza hacía un tiempo, pero el

detonante ha sido una ruptura sentimental.

—Es que los franceses son un poco siesos. —El comentario con intenciones jocosas no funcionó como esperaba y, sin dejarle tiempo para digerirlo, Julián continuó—: Deseo que el cambio sea para bien. Por cierto, ¿has dicho que tenía que ver con la novela?

—Sí, aunque no te lo comenté, me vine hace un mes en busca de inspiración y creo que ha sido un acierto. He recorrido cada rincón de la ciudad y, con la perspectiva que te dan el tiempo y los kilómetros alejado de ella, creo que es el escenario perfecto para una novela negra.

—Háblame un poco más de esa idea, que quiero introducirla en diversos foros. Creo que es buen momento para sembrar el germen.

—Te cuento: me he enamorado de Vitoria mientras escribía sobre ella y quiero que el lector experimente ese viaje, que se muera de ganas de venir cuando la acabe. Le quiero dar identidad propia en la novela y que se convierta en un personaje más.

—Qué bueno que esté ambientada en nuestra querida ciudad. Creo que es una gran idea. Y muy vendible —añadió Julián—. Sigue, me tienes en ascuas.

—Pues el resumen lo debes coger con pinzas, la trama está muy abierta todavía. Soy escritora de brújula y tengo que convivir con ello —reveló ella como si se tratara de una cojera o una alergia.

—Cuéntame solo lo que quieras, o puedas.

La escritora se cercioró que no hubiese oídos cerca.

—La idea inicial parte de una serie de asesinatos macabros en puntos representativos de Vitoria y en momentos reseñables, con la idea de enseñar el folclore y nuestros sitios más carismáticos. Los crímenes son una réplica de los que se produjeron años atrás aquí mismo y por los que el asesino está preso en la cárcel. La novela tiene una carga importante de simbolismo. Me he documentado sobre algunas leyendas, y es apasionante lo que nuestra tierra tiene para ofrecer.

—No puede sonar mejor. Entonces, ¿los asesinatos los ordena desde la cárcel? —Le costó poco a Julián engancharse a la historia.

—Sí, o no —vaciló Aiala—, no lo sé.

—No juegues conmigo —dijo Julián con una mueca entre fastidio y placer.

—Perdona. —Ella también sonrió—. A lo que no he sido capaz de resistirme es al cliché del inspector atormentado al mando de la investigación —comentó Aiala ya en serio, aunque con la inercia de la broma anterior—. Sin esa pieza clave, este tipo de historias no entran igual.

—Al menos no le saques con el bote de pastillas a todas horas.

—No, no —rio ella con franqueza al imaginarlo—. Ahora en serio:

tengo un par de ideas pensadas, pero aún no he decidido cuál escoger. Espero encontrarme la historia que quiero en las líneas que escribo sobre la marcha. Por supuesto, tendrá su carga emotiva, sus escenas de sexo… El paquete al completo. Me lo estoy pasando pipa al escribirla.

—Es mejor así, no me lo desgranes todo ahora, que luego te limitas a la hora de escribir.

—No, tranquilo. No funciono así, pero estoy de acuerdo. En las siguientes reuniones podemos seguir comentándola.

—Perfecto, cuando quieras o lo necesites, estoy a una llamada. Bueno, ahora, a un paseo. Me encanta cómo va y te animo a que sigas por ahí. Además, es bastante distinto a lo que habías escrito con anterioridad, más centrado en la romántica juvenil.

—Tal vez sea por la situación actual, creo que en la novela estoy expresando mi sentir y mis rechazos. Después de un desengaño amoroso, se notan mis pocas ganas de hablar de romanticismo. Ahora mismo me inspiran más el caos y la destrucción —bromeó ella.

—Es imposible no dejar algo de ti al desnudar tu mente.

—Sí, supongo.

—Mira, tengo la semana que viene un par de entrevistas por temas del teatro. Una en la radio local y otra en un pódcast con buenos datos de audiencia. Creo que podría introducir tu futura novela.

—¿No parecerá un poco metido con calzador?

—En absoluto, creo que el hecho de que busquen hablar sobre las actividades culturales de la zona lo hace el sitio apropiado para lanzarla. Y más aún conociendo en qué lugar transcurre. Generará una expectación que será muy buena para las futuras ventas.

—Y más presión para mí.

—Sí, puede ser. Pero confío en la habilidad de tu pluma para usar tal circunstancia en tu favor. Ya lo has demostrado. —Lanzó un guiño tranquilizador a su representada.

—Por supuesto —afirmó con ironía, levantando las cejas y lanzando un beso al aire.

Representante y representada rieron, conscientes de que en una etapa inicial casi cualquier método valía. También sabían que a medida que pasase el tiempo las conversaciones se volverían más tensas y no era cuestión de adelantar esos momentos por gusto.

—Muchas gracias por tu ayuda, Julián.

—Gracias a ti. Estoy convencido de que has escogido la mejor opción para el proyecto. Desde aquí, todo será más sencillo, incluso en lo personal.

—Yo también lo creo. Sí, en lo personal hasta ahora ha sido muy positivo. Retomar relaciones con personas de las que me había distanciado, o tener más contacto con familiares me está viniendo de

maravilla. Me he dado cuenta de que en mis viajes trataba de construir siempre una estructura social cerca de mí que me permitiera ser feliz. Y, claro, había limitaciones de lengua o de caracteres. Otras veces, las personas con las que coincides son como tú, no pueden estar quietas. Al cabo del tiempo desaparecen de tu día a día, o hasta tú desapareces sin saber muy bien por qué. Total, que era volver una y otra vez a la casilla de salida.

—Entiendo.

—Aquí, mi vida es más estable, las estructuras que me había afanado en construir en otros lugares ya las tenía aquí, y con cimientos robustos. Perdona el rollo que te estoy metiendo —se disculpó Aiala.

—Para nada, estoy contento de escucharte —dijo Julián—. Además, me encanta tu acento mitad vasco y mitad brasileño.

—Mi apellido, Silva, me delata —contestó con cordialidad al cumplido—. Mi familia paterna es de São Paulo. Mi *aita* se vino joven, pero aún tiene un acento muy marcado. De ahí me viene, porque yo en Brasil solo he estado un par de veces.

Había pasado ya una hora y el joven camarero, de forma puntual y discreta, dejó sobre la mesa de detrás de ellos un paquete con dos medias raciones de churros de patata y dos cafés para llevar. Aiala ni se percató de lo ocurrido. Julián le guiñó un ojo al joven aprovechando que Aiala jugaba con el sobre del azucarillo mientras recordaba alguna escena de sus viajes a Brasil y sonreía.

—Me voy a tener que ir, tengo clase de unos cursos que he comenzado. —Miró su reloj con cara de apuro—. Siento que haya sido tan corta la reunión.

—Nada, tranquila, ha sido productiva. Si quieres, la próxima vez nos citamos en mi despacho, en el teatro.

—La verdad es que aquí estoy cómoda. Podemos seguir reuniéndonos en la cafetería mientras no tratemos temas sensibles o contractuales.

—Me parece bien, lo que pida la situación.

—Hablamos para concertar la próxima cita. Gracias por el café.

—De nada. —Hizo un gesto de dejadez para restar importancia al acto.

Él también tenía prisa por acabar, pero no quería que se notara, así que esperó el minuto de rigor a que la autora doblara la esquina. Cogió el paquete que le había preparado el apuesto camarero y salió como un resorte a destapar el regalo que había dejado en sus sábanas. Hacía tiempo que no tenía una mañana tan ilusionante e iba decidido a rematarla.

Subió de dos en dos las escaleras, con un ímpetu voraz, con las ansias de rememorar la noche gloriosa que habían pasado. Al acceder

a casa, el primer sopetón de un aire renovado que comunicaba ventana y puerta fue desmotivador. Al entrar en la habitación confirmó lo que mascullaba desde la entrada.

Manuela se había ido.

Miró alrededor en busca de alguna nota, algún mensaje que hubiera dejado. Nada. Solo había una cama desecha y los testigos desechables de la noche desperdigados por el suelo. Se sentó en la esquina de la cama y su energía bajó a niveles más acordes a su línea habitual. Levantó la vista y se vio reflejado en el espejo de la pared. Sentado, los dos laterales de la camisa se tensaban y tejaban los pliegues de su estómago. Se desabrochó las botas sin quitarse la vista de encima. Pensó que, si se topara con el hombre de en frente por la calle, concluiría que «Cocodrilo Dundee anda perdido por la ciudad» antes que «Un editor de prestigio anda en busca del próximo Carlos Ruiz Zafón». Esa imagen de sí mismo lo entristeció. Abrió la bolsa de churros, que aún permanecían calientes, y empezó a comérselos con desgana. No ayudó que se percatara de que tampoco le había pedido el número de teléfono a Manuela. La siguiente función estaba programada para cinco días después. «Es demasiado tiempo para mí», pensó.

Ya había vivido una situación parecida, y su carácter no jugaba en su favor. Su yo del pasado habría movido cielo y tierra para conseguir el teléfono. Una vez en sus manos, le habría mandado mensajes y la habría llamado para dejar clara su postura. «Me gustas», habría dejado caer en más de una ocasión. «Tengo ganas de verte», repetiría en otras. Lo más probable hubiera sido que esa insistencia a ella le aburriese. Quizá el potencial interés de Manuela se desmoronara por su perseverancia. La película que había edificado en su mente tenía hasta tejas, no le faltaba ni el más mínimo detalle y se fundaba en su experiencia y su sentido común, poderoso consejero en el último tramo de su vida. Su yo actual, que no era más que un disfraz temporal de su yo de siempre, le decía que para cambiar esa dinámica tendría que hacer justo lo contrario a lo que le pedía el cuerpo.

Acabó con la bolsa entera de churros. Acabó incluso con el cono de azúcar con aroma a churros que se había formado en la esquina del canuto de papel. Lo vació en su boca como si se tratara de una lata de refresco. «Solo un primer paso de ella supondría un acercamiento con posibilidades reales», pensó.

—A otra cosa, Julián —verbalizó en voz alta y se levantó rumbo a sus quehaceres diarios.

Tocaba día de secretario y hombre de la limpieza. La reducción de presupuesto había derivado en reducción de personal, pero no en

reducción de trabajo por hacer. Entre los recuerdos que permanecían vigentes en su día a día estaban todas esas frases hechas y que podrían estar sacadas de una taza con serigrafías ñoñas para regalar. Pero no era su caso. Si esas frases se repetían como un mantra y procedían de tu primera referencia vital, se cargaban de significado. Recordar un «Julián, o tienes dinero o ganas de trabajar, pero de ambas cosas no puedes carecer» era suficiente para coger una escoba sin darle muchas más vueltas al asunto.

Así como esos consejos no perecederos le habían servido para encaminar su vida, su afición por el juego también lo había mamado, y tenía palabra en el foro interno sobre decisiones vitales. Eran míticas las sobremesas en familia con piques al juego de la rana, en la que de su habilidad al lanzar un disco metálico dependía su paga semanal. O famosas aquellas rifas que realizaba el viejo, como le gustaba llamarlo, en el Principal después de cada función y en las que el pequeño Julián gastaba parte de su paga, si es que había acertado con los discos metálicos y aquella boca respingona. Ciclo que tardó en entender que no le convenía.

Por la noche tenía partida de póquer, pero eso era otra cosa. El póquer lo consideraba como un deporte en el que el desafío se encontraba en el aspecto mental. «Si el ajedrez lo es, ¿por qué no el póquer?», se argumentaba. La partida la tenía apuntada en el calendario de pared, entre el estreno de la ya pasada función y la futura cita con el dentista. Había ciertas acciones, por mucho que el mundo avanzase, cuyo clasicismo se imponía. Durante las actividades que no requerían la totalidad de su atención, repasaba en su mente los principios básicos del juego. Los porcentajes de ganar de las jugadas que le venían de mano, la importancia de la posición en la mesa o las cantidades que apostar en cada circunstancia del juego. Sabía que en los momentos de tensión en los que la cabeza iba a mil, tener esos fundamentos claros marcaban la diferencia.

Hubo un tiempo en el que acudía a aquellas partidas por socializar con personas ilustres de la ciudad, pero ahora participaba para ganar, con fe en que lo conseguiría, aunque, del mismo modo, caía en la cuenta de que nadie asistía a esos sitios para perder, y menos con el dinero que se movía. Pero solía pasar de puntillas por los temas que le contrariaban o no le convenían, y esa tarde no sería distinta. El premio en metálico ascendía a doscientos mil euros. Treinta mil por cabeza como barrera de entrada en un negocio ruinoso para la mayoría. En concreto, para siete de ocho jugadores.

La organización se encargaba de cuadrar las cuentas y se quedaba con la diferencia entre ingresos y premios como pago de la sala y otros gastos con mayor dificultad de ser justificados. Ahí se perdía el conocimiento de Julián, y tampoco quería saber más. El premio era

suficiente para salir a flote, respirar y poner la primera piedra de sus sueños. Si existía la posibilidad de amarrar el castillo a un suelo firme, merecía tomar el riesgo, aunque se jugara lo que no tenía. Lo que sí tenía era pensado en qué repartiría el premio. Dividiría en cinco partes el dinero: dos irían para pagar sus deudas, otra dos para recuperar en propiedad plena el teatro y la última estaría destinada a lanzar su negocio de representación, que estaba convencido que despegaría con el empujón adecuado. El papel en blanco lo aguantaba todo, y en su mente aún con menos esfuerzo. Con la parte económica resuelta y estable, soltaría lastre y podría empezar de nuevo, libre para conocer el amor y conciliar el sueño sin condiciones.

Acabó sus tareas a eso de las seis de la tarde y le sobraban unas horas para disfrutar de sí mismo o de lo que el mundo le expusiera. Se decidió por lo primero: se bajó los vaqueros, luego los slips y se sentó sobre la silla que había albergado horas antes el trasero de Manuela. Se masturbaba por inercia, como si siguiera barriendo el patio de butacas y solo hubiera cambiado el palo de escoba. El frío del hierro fundido sobre sus nalgas retrasó la erección. Se concentró, cerró los ojos y evocó el recuerdo de la noche al abrigo de Manuela. La memoria muscular y un paseo por sus propios muslos lampiños, que usurpaban el terciopelo de ella, resultó un sucedáneo efectivo en el proceso, ya incontenible. Al acabar, se sintió más necesitado que antes.

Se acabó de quitar la ropa y se vistió con prendas más deportivas. Como si se tratara de una estrella del deporte con necesidad de camuflarse en sociedad y concentrarse antes del partido, fue a dar un paseo. Se enfundó sus auriculares supraurales, las gafas de sol y su sudadera negra favorita, con una margarita gigante en el pecho, y salió. Era una persona conocida a nivel local y aquel disfraz le era útil y cómodo a la vez.

Echó a andar en la incoherencia de querer olvidar a Manuela mientras pensaba en precipitar el encuentro con los actores, que se alojaban en un hotel a la salida de la ciudad por el sureste. Tan solo porque existía la posibilidad de que ella estuviera con ellos. Su suerte mejoró al verse reflejado en un escaparate y percatarse de lo que se proponía hacer y de cómo lo iba a hacer. Romper él mismo la lechera sin darle oportunidad a que se convirtiera en su sueño. Giró, subió la música y caminó. Caminó y canturreó y, cuando se aburrió, siguió caminando. El paseo, que duró más de tres horas, lo llevó a través de una vía verde que bordeaba la ciudad y que unía varios bosques y parques. El sitio perfecto para dejar ir sus preocupaciones, aunque solo fuera de manera temporal. Ni rastro de Manuela, ni de cuentas, ni de problemas. Veinte mil pasos en su reloj deportivo y la mente en blanco, lista para el vicio.

5

Las palmas sudorosas manoseaban los naipes con una destreza aceptable. Quién diría que Mario no tocaba unos desde aquellas tardes de verano en la ribera del río entre amigos, cantos rodados y mosquitos hambrientos. Se concentraba en hacerlo bien, aunque miraba de reojo el panorama, ya que le encantaba leer a la gente, y aquellos personajes daban para un libro. Estaba rodeado de ocho jugadores y, a varios metros de la mesa, por evitar suspicacias durante el juego, un par de escoltas a los que costaba ver parpadear. Habrían aparentado un estado catatónico si no fuera porque hacía un rato los había visto moverse al entrar. Imaginaba que uno de ellos cuidaba de su colega de profesión. Aún no se lo había dicho, pero le soltaría su parentesco funcionarial a la primera oportunidad que tuviera. Temía tomarse la licencia por eso de la legalidad del evento, pero ya le daba un poco igual. Mario había decidido hacer un paréntesis en sus principios para ver qué le deparaba la vida. Estaba en el punto en que no sabía si tomarse la vida en serio porque solo hay una o, precisamente porque solo hay una, tomársela muy a broma. Siempre había elegido el camino acorde a la primera filosofía de vida y no le había servido de mucho, con más preguntas que respuestas, parecía estar en el mismo sitio, a menudo con la sensación de volver al punto de partida. Así que esta etapa era como coger aquel desvío desconocido con pinta de no haber sido transitado en el que seguro habría peligro, pero también aventura. Era lo que buscaba, pasárselo bien sin importar tanto el precio.

Empezó a dar las cartas. A su izquierda estaba el supuesto protegido por aquella mole de músculos y aparente integridad, su colega el alcalde. Respondía al nombre de Alfonso. Parecía que ya lo había hablado todo durante el día, porque se limitaba a mirar sus cartas y seguir el juego sin fanfarronadas y sin salidas de tono. Como si el no hablar mucho lo pudiera absolver de algún delito en caso de alguna redada o contratiempo. Siguiendo el sentido de las agujas del reloj, estaban Gabi, que allí era tratado como Gabriel, y a su lado, don Juan María, aquel señor mayor que había amenazado con desplumar el día anterior al propio Gabi. Don Juan María parecía tener fijación por Karra, que se encontraba al otro lado de la mesa, ya que solo reaccionaba cuando este hacía algún comentario o entraba en alguna mano con una apuesta alta. En frente, de izquierda a derecha se

encontraban Iker, un joven polifacético que trabajaba en la televisión y que, una y otra vez, interrumpía la partida, la conversación o lo que estuviera haciendo para contar extrañas historias a las que rara vez daba final; Rosa, una política con fuerza y aspiraciones altas cuya imagen contradecía su mensaje; y el Presi, así lo llamaban todos, un hombre grande y desgarbado que debía presidir alguna institución famosa por el aire de jefe que destilaba. A la derecha de Mario, el animador de la mesa, Karra, que nadie sabía con certeza a lo que se dedicaba pero que había acudido en compañía de Rosa, incluso con escolta. Por último, estaba Julián. Lo más selecto de la ciudad cuadrando calendarios para dilapidar pasta. Las razones de su asistencia eran dispares: por pura diversión, por hacer unos euros extras, por conectar con personajes y hacer negocios, por ludopatía o simplemente porque estar sentado en esa mesa te situaba en ese estatus social. Aunque era un acto privado y secreto, había rumores de que había varias personas que deseaban acceder a alguna de esas sillas, por lo que no había excusa para faltar.

Las primeras manos apenas sirvieron para aumentar y transformar torretas de fichas que actuaban como vasos comunicantes. También para calentar las manos de Mario, que empezaban a fluir. En la mano en juego lucían sobre la mesa un as, un rey y un seis; todas de diferente palo. Los dos políticos tiraron las cartas haciendo honor a su corriente política conservadora. Los demás aceptaron una primera subida del Presi hasta llegar a Juan María, que dudaba.

—Muchacho, tú eres nuevo, ¿verdad? —le dijo a Mario con un tono paternal.

—¿Cómo va a ganar así? —masculló Karra—. Si el viejo no se entera.

Varios rieron y Juan María se puso a la defensiva y echó una mirada desafiante a los jugadores del lado opuesto de la mesa, ya que no sabía con exactitud quién le había contestado.

—¡Abuelo, entérese! Que lo ha presentado Greg antes de empezar. Quizá no esté para jugar ya —repitió Karra en alto.

—¿Y con quién has empatado tú para decirme tal majadería? Un respeto, ¿eh? —exigió Juan María mientras lo señalaba con el dedo—. Mira si me entero de lo que ocurre, que subo a cinco mil la apuesta.

—Sí, es mi primer día —dijo Mario con la esperanza de templar los ánimos.

Conatos de bronca los había siempre y, a pesar de que Gabi era miembro de la organización, nunca tomaba parte por nadie. Solo tomaba la palabra si se trataba de algún tema de política territorial para cambiar de tercio en el acto. Todos tiraron las cartas, excepto Karra, que miraba sin pestañear al viejo, pensando en sus posibilidades.

—Ahora no hablas tanto, a ver si ahora los tienes tan bien puestos —desafió Juan María, que se limpiaba la suciedad de las uñas con el canto marfilado de las cartas.

—A ver, caballeros. Vamos a respetar, por favor —pidió Mario, que subió la voz al pensar que la mesa se le podía ir de las manos.

—Tranquilo, chaval, esto es como una familia. Ya sabemos cómo se las gasta el viejo. Siempre hace lo mismo, molesta a la gente para que entres al trapo y veas su jugada —dijo Karra con aire resabido.

—Pues ya sabes, tira las cartas —recomendó Juan María con un ademán de aburrimiento.

Juan María tenía el dinero por castigo. Aunque por su edad fuera más verosímil situarlo dando paseos en el parque y con el bolsillo lleno de Werther´s Original que ofrecer a cualquiera —niño, adolescente o adulto— que fuera amable con él, mantenía su puesto de director ejecutivo de una constructora de renombre. Poseía innumerables inmuebles por toda la ciudad, pero había llegado a tal punto precisamente por no tirar el dinero, por lo que los demás veían estas licencias con cierta cautela.

—¡Venga, Karra! A por el viejo, que ya nos ha ganado unas cuantas veces. Hazlo por nosotros —animó el Presi.

—Si no tiene un duro —se interpuso impaciente Juan María.

—Calla, que te puedo enterrar con billetes —bromeó Karra.

La mayoría rieron, menos Juan María. Sabía que con dinero no podría, pero enterrarlo, a secas, quién sabe. Cosas peores había escuchado de su adversario.

—Y tú —Karra dirigió la mirada hacia el Presi—, a ver si luego también eres tan valiente como predicas. Además, preocúpate de tus asuntos, que el otro día fue el chaval a comprar a una de tus tiendas y las gominolas estaban como piedras. Como un día venga sin un diente, iré a buscarte.

Todos concatenaron unas risas con las otras.

—Apuesto todas —soltó Karra mientras se levantaba y trasladaba todas sus fichas con el antebrazo al centro de la mesa.

Juan María, que acudía en busca de esos instantes de emoción, se levantó también con una sonrisa.

—Lo veo —se limitó a decir. Tiró sobre la mesa sus dos cartas—. Pareja de ases.

—¡Trío de reyes! —Lanzó orgulloso Karra.

Faltaban dos cartas por salir, pero Julián había hecho sus cuentas de cabeza y le daba menos del cinco por ciento de ganar al viejo. Juan María también lo sabía, y de ahí su cara contrariada. Mario parecía un crupier con experiencia a pesar de que apenas llevaba un par de horas en el cargo, absorbía los conocimientos cual esponja el agua que la rodea.

—Karra va ganando con trío de reyes contra pareja de ases —informó Mario a la mesa.

—Imposible, Juan María. Ve recogiendo tus bártulos —dijo el alcalde, que abría la boca casi por primera vez.

Mario cogió una carta del montón boca abajo, la separó sin enseñarla y la dejó a un lado. Cogió una segunda carta, la llevó hasta el centro de mesa, donde estaban las otras tres boca arriba, y le dio la vuelta.

—Tres de trébol —informó Mario, que señaló el lado de Karra para dar a entender que seguía dominando la mano.

Julián observaba, curioso como los demás, el devenir de la partida. Todos daban por ganador a Karra, pero estaban atentos a los designios de la suerte, que marca tantos caminos. El silencio solo lo rompía el golpear de una cucharilla con las paredes de una taza de café que Rosa trataba de endulzar. Mario siguió un proceso idéntico al anterior, quemó una carta y puso la siguiente boca arriba.

—¡Sí! —gritó Juan María.

Un murmullo grupal lleno la habitación.

—As de corazones. Gana Juan María con trío de ases —culminó Mario.

—No se acaba nunca tu potra, ¿eh, viejo? —señaló Karra con un tono resignado.

—¡Ala! A casa con la plañidera que te has traído —contestó Juan María.

Los jugadores se miraron, incrédulos.

—Ni siquiera al ganar tienes clase, eres un impresentable. Un día te vas a llevar una buena tunda —contestó Karra—. El chaval protege a…

—A mí —interrumpió Rosa con un enfado visible—. El escolta se llama Roma y me protege a mí. Creo que deberías disculparte al menos con él. No tenemos por qué aguantarlo —interpeló Rosa a los demás jugadores.

Nadie reaccionó a las palabras de Rosa, a la que se veía incómoda. Incomodidad que le duraría el resto de la partida, que no sería larga para ella. En realidad, nadie esperaba ninguna disculpa de Juan María, que reía y forzaba el volumen para generar mayor irritación. Greg también reía, aunque nadie de la sala lo podía escuchar. Se reía de todos por sentirse el único con la ganancia asegurada. Había entrado al comienzo para presentar a Mario a la mesa y se había despedido. Él era el nexo común de todas aquellas personas. Lo respetaban, confiaban en él y era imprescindible que así siguiese. Se había convertido en una especie de gurú que no despertaba dudas porque se restaba importancia y porque, a las primeras de cambio, se retiraba de la primera línea a tiempo. Un tipo inteligente que

encantaba a las personas, las usaba y luego, cuando no le servían, se desmarcaba sin ruido.

La partida continuó, y Mario se divertía por ser quien repartía la suerte de las mofas y los berrinches. Era un entorno muy mundano, a pesar de los personajes que allí se encontraban, triunfadores en sus ocupaciones y así apreciados por la sociedad. Tan capaces de argumentar y discutir de política internacional como de reír con el «cacaculopedopis» como niños de ocho años. Los jugadores eran eliminados de la mesa en un goteo lento e incesante. Rosa e Iker fueron los siguientes. A este último se le daba mucho mejor vender libros o cualquier otra cosa que las cartas. El cuarto en ser eliminado fue el Presi, que murió poco a poco, sin pena ni gloria, engullido por las apuestas obligatorias al inicio de cada mano. En su despedida, el suelo de madera de la sala dio buena cuenta de sus dos metros quejándose a cada paso. Junto a la calidez de las luces, el tono a nogal de las paredes daba la sensación de que se encontraban en una casa de montaña rodeados de nieve y frío. Las palabras del camarero, que tomó nota de las apetencias de los jugadores, los trajo de vuelta.

Julián iba en segundo lugar por número de fichas apiladas y jugaba muy concentrado, sin prestar atención a las intrascendentes disputas que se sucedían. La partida proyectada horas atrás pasaba de ser humo a coger forma en la realidad. Los naipes de Heraclio Fournier repartían fortuna y desgracia sin lealtad ninguna, educaban los egos o les daban alas en su camino a ninguna parte. La final la disputarían los tres que reunieran una pila de fichas suficiente. Por el camino se quedó el alcalde, que jugó muy previsible, como si se le hubiese olvidado embaucar.

—Alcalde, ¿sabe que usted y yo somos agremiados? —dijo Mario mientras barajaba.

—¿Cómo dice, joven? —contestó Alfonso.

—Que también soy alcalde. Bueno —corrigió Mario—, era alcalde de un pueblo pequeño.

—No lo sabía. ¿Y a qué partido perteneces?

—No tenía por qué saberlo. Esa circunstancia da igual en un pueblo, señor. Allí la gente vota a las personas.

—Comprendo, ¿y cómo así lo dejaste para ser crupier? —se interesó el alcalde—. *A priori*, no tiene sentido ninguno.

—En realidad… —Mario calló su respuesta tras un gesto de Gabi.

—Señores, estamos en mitad de algo. ¿Por qué no dejáis los negocios para otra ocasión? Aún quedamos tres y son las tres de la madrugada. Tenemos que apresurarnos o se nos hará de día. Mañana algunos tenemos que rendir —avisó Gabi—. Al menos, no me entretengáis al que dirige la partida.

—Sí, tiene razón. Mañana, día de pleno. Os voy a tener que dejar

—contestó el alcalde mientras lanzaba una mirada a su escolta—. Un placer, como siempre, caballeros. Mario eras, ¿verdad?

—Sí.

—Pásate cuando quieras por el ayuntamiento y hablamos. Creo que encajarías en una posición que tengo en mente.

—Para un crupier competente que encontramos, te lo quieres llevar a tu harén —comentó Karra, tan solo por incomodar.

—Bueno, gracias. Lo valoraré —contestó Mario, satisfecho—. Un placer conocerle.

El alcalde dejó la habitación y salió por la puerta de detrás del edificio, donde ya le esperaba el chófer. Minimizar tanto el tiempo que permaneciera allí, así como el de exposición a esas horas, era capital. Aunque había una regla no escrita sobre no abandonar la mesa hasta su finalización, aprovecharon para irse también Iker y Rosa, a la que aún le duraba el cabreo. Karra, que estaba eliminado, se había quedado solo por la posibilidad de resarcirse. Ya había pensado con qué provocar a Juan María tan pronto lo botaran, aunque veía que la posibilidad de que se diera la situación menguaba por momentos. Los designios de las cartas, unas veces de forma arbitraria y otras como brazo ejecutor de una mente pensante, se cobraban alegrías y decepciones sin miramientos. Era como una montaña rusa a la que parecía no haberse subido Julián, que permanecía estable en apariencia y que veía cómo sus posibilidades crecían con cada jugador eliminado. Su torreta de fichas superaba por poco en altura a la de los otros dos finalistas, Gabi y Juan María.

—Se pone interesante la partida —dijo Juan María—. Vamos, muchacho, una parejita de ases para el viejo.

—Ahí te van —bromeó Mario.

Todo era cierto, excepto que los ases no habían viajado hasta Juan María, sino a Julián, que puso cara de póquer como marcan los cánones y tal como llevaba haciendo toda la noche. Si por él hubiera sido, habría aparecido aquella noche con gafas de sol y los auriculares de la tarde para aislarse de las sandeces que le pudiesen distraer, pero había desechado la idea por no discutir y acabar por quitárselos. Quienes quedaban eran dos huesos duros de roer, sin fisuras y con la seguridad interna que le faltaba a él. Una fachada apenas soportada por vigas de tímpano sin hogar detrás y con el agua a la altura de la barbilla, incapaz de mantener la serenidad. Así se sentía. A un paso de explotar todo y a un paso de arreglarlo. «Con esta jugada me tengo que quitar al menos a uno de en medio», pensó. La suerte parecía sonreírle cuando, tras una primera subida promovida por él a modo de globo sonda, Gabi aceptó y Juan María resubió con fuerza la apuesta.

La jugada la tenía de cara y el mango de la sartén de su lado antes de ver las primeras cartas de la mesa, pero sus posibilidades se

maximizaban si conseguía tener un solo rival hasta el desenlace de la mano o ante una hipotética apuesta de todas las fichas. Además, ver las cartas podía hacerle perder fuerza en caso de que saliese alguna pareja baja o varios naipes de idéntico palo.

—Vamos, Julián, es tu turno —avisó Juan María, que no paraba de chasquear los dedos y generar un sonido a hueso roto muy desagradable—. Te has quedado pasmado.

—Sí, sí. Estoy pensando. Es que, con el día que llevas, incluso te han llegado los ases que pedías. No me fío nada de ti —trató de confundir Julián.

La impaciencia de Juan María fue el catalizador de su decisión.

—Va, ya está. No lo pienso más. Todas mis fichas encima de la mesa, que sea lo que Dios quiera.

—No sé yo si Dios estará a estas cosas —soltó con ironía Karra.

La tensión que generaban los doscientos mil euros de premio se mascaba en el ambiente, excepto en Juan María, que lo único que mascaba era tabaco. Lo consumía desde hacía varios meses, justo tras la ley antitabaco, que prohibía el consumo en recintos cerrados. Lo curioso del caso era que él no fumaba antes de la ley. A su edad, decía, se podía permitir esas incongruencias.

—Pues yo lo voy a ver. No sé si tendré una oportunidad mejor —dijo Gabi sin dudarlo, con una sonrisa difícil de camuflar.

—¡Qué emoción! Yo no me quedo sin participar en la fiesta —añadió Juan María—. Aquí está la partida, apuesto las fichas que me quedan.

—*Alea jacta est* —dijo Mario, que saboreó cada palabra de la frase que pronunciaba por primera vez.

Antes de sacar las cartas boca arriba, Mario contó las fichas de Juan María, que era el que menos tenía, e hizo una montonera con ellas. Luego extrajo otras tantas de cada jugador hasta igualar las aportadas por el viejo. Hizo otro montón con las restantes de Gabi y parte de las de Julián. Parecía que Mario lo había hecho toda su vida.

—Ahora toca que levantéis las cartas todos, ya no hay nada que jugar con ellas ocultas.

Los «Toma» y los «No me lo puedo creer» coparon las listas de expresiones en la sala. Julián enseñó orgulloso sus dos ases. Gabi hacía lo propio con sus dos reyes, hasta que vio los dos ases de Julián. Juan María se reía de todo mientras tiraba las cartas sobre la mesa con una pareja de doses. Julián se levantó y resopló para descargar parte de la tensión acumulada. Siguió con varios espasmos voluntarios de sus brazos. Su jugada dominaba y calculaba que, sin ver más cartas, dos de cada tres veces el dinero iría para él. Se le pasó por la cabeza alguna escena en la que, a pesar de tener la jugada de cara, el azar le había amargado el día. Pero no siempre iba a ser así, las matemáticas

y su estado anímico le decían que ese era el día.

—¿Con esa jugada y a estas alturas ves todas las fichas a ver si suena la flauta? Estás fatal —dijo Julián, y señaló la pareja de doses de Juan María.

—Tengo casi tantas oportunidades como este otro hombrecillo. —Señaló a Gabi con un golpe lateral de cabeza.

Gabi iba a dejar que las cartas dijeran su última palabra antes de maldecir su suerte, o reírse de todo y de todos.

Mario miró a los tres, uno por uno, para darle emoción y la duración que pedía el momento. Al coger la baraja de cartas, se escucharon tres golpes fuertes en la puerta. Se miraron entre ellos. A esas horas nadie esperaba a nadie.

—¡Ertzaintza, abran la puerta! —gritó una voz potente desde fuera de la sala.

Todos se quedaron paralizados. Solo una persona se percató de lo que ocurría, pero apenas le dio tiempo a levantarse. La puerta se abrió de un fuerte golpe y rebotó contra la pared y chocó de nuevo contra el agente.

—Oiga, ¿qué hace? No puede entrar así —soltó Gabi sin mucha convicción.

—¡Que no se mueva nadie! —gritó el agente.

—No, no, no, no, no —repetía, una y otra vez, Julián con los ojos fijos en la baraja en las manos de Mario—. He ganado. Venga, levanta, chaval, levanta cartas.

Mario, sin saber muy bien qué hacer, levantó una que enseñaba un inocuo tres de corazones.

—He dicho que todos quietos, ¡hostias! —ordenó con tono más amenazante el agente.

—Será una broma… —dijo Juan María.

—Este lugar es una propiedad privada y solo nos entretenemos. No tienen derecho a entrar así —dijo con firmeza Gabi al tiempo que recobraba la compostura.

—Es una partida ilegal de cartas, de modo que infringen la normativa de juegos y apuestas de la Comunidad Autónoma del País Vasco —comunicó el agente al cargo—. Compañero, echa un vistazo por la habitación.

—Están cometiendo un error —respondió Gabi.

—No lo creo. Hemos encontrado en la habitación contigua una libreta con todos los datos. Lo habéis puesto fácil.

—¿Y no había nadie allí? —preguntó Gabi, extrañado.

—No, no había nadie. Hemos llamado y no han contestado. Hemos oído voces, estaba abierto y hemos entrado —dijo el agente—. Por favor, vayan dándome los documentos de identidad, uno por uno, para identificarles.

El agente revisó el carné de Mario que, de un modo inocente, fue el primero que lo entregó.

—Oiga, yo no estaba jugando —dijo Karra mientras levantaba los brazos.

—Usted también —respondió el agente.

Uno tras otro entregaron los documentos de identificación al agente y fueron cacheados para evitar sorpresas. En el turno de Gabi, este se dirigió al agente en un tono solo audible para ellos dos:

—Podemos arreglar el incidente de otra forma.

—Deme la identificación, por favor.

—Aquí hay gente importante —siguió Gabi—. No habría ningún problema, soy el tesorero del lugar. Piénselo.

El agente echó un ojo a los documentos. Daba la sensación de que algunos nombres le sonaban al torcer el morro cada vez que pasaba los carnés de identidad como si fueran cromos y faltaran en su álbum de delincuentes.

—A ver, por favor. Vayan saliendo al vestíbulo —ordenó.

Con cara de preocupación unos y de frustración otros, se dirigieron todos al recibidor.

—Usted no, Gabriel… —le dio el alto mientras revisaba de nuevo el carné— Ramos, quédese aquí.

Una vez en el vestíbulo, Mario, Julián, Juan María y Karra formaron un corro y comentaron la jugada. Julián seguía en su mundo, expectante a que las cartas dieran la vuelta.

—Ha sido la zorra de Rosa, que habrá avisado a la Ertzaintza. Estoy seguro, se ha ido bastante enfurecida y se ha vengado —acusó Juan María.

—O el otro tonto. Se lo habrá dicho a la oreja alguna de esas presencias de las que habla —aportó su visión Karra.

—No sentenciéis a la gente porque aún no sabemos nada —dijo Mario—. Vamos a esperar. Confiemos en Gabriel, a ver qué puede hacer.

—Si no ha abierto la boca en toda la partida. ¿Gabriel nos va a sacar del marrón? Bah, voy a llamar a mi abogado, que sí es un buen apagafuegos. Caro, pero efectivo —puntualizó Juan María.

—No teníamos que haber dejado marcharse a nadie hasta el final de la partida —despertó Julián del letargo—. Como siempre hemos hecho, ¡vamos, hombre!

Todos asintieron con la cabeza.

—Os digo otra cosa. La partida la terminaremos.

Ante tal afirmación asintieron menos.

—Habla más bajo, hostias ¿no ves que el otro agente está rondando? —dijo Karra.

El corro completo giró la cabeza hacía el mostrador donde andaba

el policía, que lo toqueteaba todo como si buscase en su casa su cartera perdida.

—Digo yo que habrá que llamar a Greg —dijo Karra—. No nos vamos a comer el problema entre el chaval nuevo y nosotros. Él es el que ha organizado la timba y el que gana seguro. A nosotros, por lo general, nos cuesta dinero.

—Tranquilo, será una multa y poco más —dijo Juan María.

—Como se haga público, habrá más que unas multas. Partida ilegal, evasión de impuestos, uso indebido de recursos públicos, ¿sigo? —dijo Julián, desafiante.

—Ya que estás… —respondió Juan María en tono jocoso.

Aunque era consciente de la gravedad de la situación, también le parecía un tanto cómica.

—Esto seguro que desemboca en despidos, reputaciones tocadas, presión en prensa, pérdida de votos… —siguió Julián—. Más nos vale que no salga a la luz.

—A tu teatro le irá bien con la publicidad gratuita que va a generar —contestó Juan María.

—¿No te tomas nada en serio? —concluyó de forma retórica Julián.

—¿Quién me mandaría meterme en una cosa así? —dijo Mario al tomar conciencia del lío en que se podía meter.

La discusión se paralizó con el chirriar de la puerta de la sala de juegos que se abría con lentitud mientras Gabi y el agente terminaban su conversación. La puerta por fin giró más de noventa grados y aparecieron el *ertzaina*, con un semblante serio y erguido, y Gabi, con un aspecto más relajado y los hombros echados hacia delante. El agente tomó la palabra.

—Caballeros, perdonen las molestias que hayamos podido ocasionar, ha sido un malentendido. Hemos recibido una notificación y, a claras luces, era falsa.

Nadie decía una palabra. Más bien por no cagarla que por no tener ganas de saber quién había dado el aviso y, sobre todo, qué había pasado allí dentro. Los agentes se reagruparon en la entrada antes de salir, miraron a los cinco y saludaron.

—Buenas noches.

—Buenas noches, agentes —llegó a contestar Juan María, que no ocultaba cierta sensación de decepción al verlos desaparecer por la puerta.

Apenas unos instantes después de que los agentes cerraran la puerta por fuera retomaron la conversación.

—A ver, ¿qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Karra.

—Ahora nos lo contará, vamos a acabar la partida —propuso Julián, aliviado y con aparente prisa.

—No contéis conmigo. —Mario negaba con la cabeza y con el dedo índice.

—No va a poder ser. ¿No creerás que me ha salido gratis el silencio de los agentes? —replicó Gabi. Los jugadores permanecían sin hablar, expectantes por lo que tenía que decir—. Le he dicho al oído que podíamos arreglar el problema y por eso os ha sacado de la sala, no quería testigos. Le he ofrecido cincuenta mil euros por su silencio y el de su compañero. Se negaba en redondo al ver los nombres que estaban por medio. No tenía pizca de tonto, me pedía un cuarto de millón.

—¡Estamos locos! —exclamó Karra.

—No bajaba de esa cifra. Al final he conseguido que acepte doscientos mil euros.

—Pero ese dinero es más del ochenta por ciento de la recaudación. —Julián se echó las manos a la cabeza.

—Pedazo negociación te has pegado —soltó Juan María con ironía —, mi tesorero.

—¿Qué iba a hacer?, el policía estaba dispuesto a denunciarnos — se defendió Gabi.

—Hay que pagar el dinero a partes iguales. No puede salir del premio —reclamó Julián.

—Yo no voy a poner un duro más, Julián —avisó Karra—, tú mismo lo has dicho hace un rato, que las consecuencias serían desastrosas.

—Puedes poner una reclamación en consumo —rio Juan María.

—No me jodáis —suplicó Julián.

—Julián —dijo Gabi en tono conciliador—, Juan María y yo también somos los perjudicados. Y el club igual, que no va a llevarse nada.

—¡Tengo dos malditos ases! ¡La partida es mía! —enloqueció.

—Calma, Julián. Propongo acabar y, el que gane, se lleva los cuarenta mil restantes —propuso Gabi—. ¿Te parece bien?

—A mí no me incumbe, pero es tu única opción de irte con alguna ganancia —dijo Mario, que empatizaba con Julián y su angustia—. No era mi intención, después de lo que ha ocurrido, pero me quedo para acabarla, si quieres.

Julián escuchó a Mario. Que la recomendación viniese de una cara desconocida generó cierta confianza en él. Dentro de su ser sentía el ambiente viciado por los recuerdos y las experiencias vividas en el club y porque, de alguna manera, la había tenido con todos, al amparo del tapete o fuera de él. La juventud de Mario, su tez clara y sin imperfecciones hacían vislumbrar más luz dentro de él. Julián lo vio claro: agarró la única inocencia que había visto en la velada y se dirigió a la estancia sin dilaciones. Entendió que con cuarenta mil

euros podría salvar, al menos, la papeleta del día.

—¡Al vicio! —exclamó Juan María de vuelta con una sonrisa.

Los demás lo siguieron, excepto Gabi, que fue a cerrar con llave la puerta de la entrada para evitar más sustos. Los jugadores tomaron asiento, menos Karra, que se sirvió un *whisky* con hielos y se quedó de pie a ver el final de la ópera bufa en la que se había convertido la partida. El último tres de corazones que había sacado Mario dejaba las cosas igual. La pareja de ases de Julián seguía por delante de la pareja de reyes de Gabi y la pareja de doses de Juan María. Sin más preámbulos, Mario dio la vuelta a dos cartas más. Un seis de corazones y un ocho de picas.

Todo quedaba igual.

Desechó una carta más, como era mandatorio, y levantó una cuarta. As de corazones, celebrado con contención por Julián y por Karra, que se había sumado a su empresa. Solo quedaba una por salir y Gabi ya no tenía opciones. No tenía la cabeza en el juego, porque lo tuvieron que avisar de su derrota. Apenas lamentó su suerte. Por contra, Juan María estaba más cerca de ganar, a pesar del trío de ases que sumaba Julián. El último as de corazones, añadido al dos y a otras dos cartas de idéntico palo, sumaban cuatro naipes de corazones, a falta de uno más de la baraja que le diese color y, con ello, la partida.

—Venga chaval, un corazón más —dijo Juan María—, y nos vamos tú y yo a celebrarlo.

Mario no decía nada, quería acabar y marcharse a casa. Iba a necesitar parar para procesar lo ocurrido. Julián tan solo rezaba en silencio, aunque lo más cercano que había estado de la práctica religiosa fuese a los nueve años, vestido de marinero y con la consciencia de lo que hacía, a medias. Mario desechó la primera carta del montón.

—Me encanta lo impredecible que es el póquer —dijo Juan María, que auguraba por un giro del destino que le diese la victoria.

Su llamada a la suerte tuvo audiencia divina, ya que la siguiente carta llevó a Julián a lo más profundo del abismo. Fue una reina de corazones que tardaría en olvidar. Era más visible el sufrimiento por la derrota que la alegría por la victoria, y eso le daba un aire de injusticia al resultado que no dejó buen cuerpo a los allí presentes. Excepto a Juan María, experto en comprar emociones. La última le había salido barata por lo invertido y el retorno final obtenido.

—Juan María gana con color de corazones —confirmó Mario—. Enhorabuena.

—Gracias, chaval. Aunque de aquí debería haber salido con un cuarto de millón si no fuera por la audacia de nuestro tesorero. Ya hablaré yo con Greg.

Aún le quedaban algunas fichas residuales a Julián que desestimó

defender por no alargar su agonía.

—Encima no toques los cojones, que podría haberlo perdido yo —replicó, por alusiones, Gabi en un tono serio—. Coge el dinero, disfruta de él y deja vivir.

—Bueno señores, cada mochuelo a su olivo —completó Karra, y se bebió el vaso de *whisky* de trago—. Esta historia se la contaréis a los nietos. Juan María, tú a los tataranietos ya, o a las criaturas del Averno.

Ya que su venganza no había fructificado, necesitaba liberar malicia acumulada con su acérrimo enemigo. Nadie reaccionó más allá de recoger cada uno sus bártulos y dejar el lugar. Solo quedaron Mario y Gabi, que debían de recoger las pruebas de lo ocurrido.

—Gabi, si quieres, ya acabo de recoger yo —ofreció Mario.

—¿No te importa? La verdad que estoy molido de las emociones del día.

—Sí, vete tranquilo. En un rato nos vemos por casa.

—Gracias, amigo. Oye, tú tranquilo. El sueldo de la noche lo tienes garantizado. El club responde.

Sin nadie a la vista, el lugar parecía más grande y frío a pesar de las maderas que lo envolvían. Recogió las fichas desperdigadas por la mesa, alguna en el suelo, y las metió en un maletín de aluminio que bien podría aparecer esposado a alguno de sus actores preferidos en la última película de Christopher Nolan. Retrajo el tablero de juego, que no era más que una mesa de *ping-pong* extendida con un tapete a medida con las serigrafías propias del juego y del club. Llevó los vasos, envases y botellas de los carros de bebidas a la antecocina, en la que lo amontonó todo. En su contrato de trabajo no había nada específico sobre tareas de limpieza, pero cualquier ayuda significaban labores de menos para Adela al día siguiente, así que tiró de escoba primero y de fregona después para adecentar el lugar.

Antes de salir, fue a cerrar un pequeño ventanuco cuya misión era renovar el aire y por cuyo hueco rectangular calculó que cabía una persona de pequeño tamaño. «Quizás quepa algún adolescente en la etapa previa a los cambios corporales propios de la edad. Mejor está cerrado», pensó. Al subirse al taburete bajo el ventanuco y alzarse, un destello de luz reflejado lo deslumbró. Giro la vista y divisó el origen del haz de luz sobre un mueble bar de aspecto rústico. La fuerza de la curiosidad, junto con los extraños sucesos ocurridos durante la noche, lo empujó a tirar del hilo luminoso. Se acercó hasta el mueble con el taburete, se subió y encontró, entre los tallos de una planta *Calathea*, que crecía desproporcionada para capturar la escasa luz natural de la sala, una cámara de vídeo minúscula. La cámara apuntaba a la mesa,

pero ni él ni nadie se había percatado de su existencia. El cable atravesaba la pared hacia un despacho al que no tenía acceso, el del presidente del club.

No tocó nada y siguió con sus quehaceres como si tal cosa. Mientras dejaba el lugar, se hizo preguntas, más por entretenimiento que por razones conspiranoicas: «¿Con qué fin han querido grabar la partida?, ¿será por seguridad? Seguro que todo tiene una explicación».

6

—Cariño, ¿qué te toca, turno de noche? —preguntó Adela mientras guardaba el carrito equipado con los químicos imprescindibles para cargarse a todo ser vivo sin carné de socio.

Mario miró de reojo a un par de señores que charlaban relajados desde sendas butacas.

—Este es como su salón de casa. —Adela se acercó a él y le sujetó el brazo—. No se levantarán hasta que tú o el sueño los apretéis.

—Me da apuro. Aguanto un rato más —contestó él.

Adela testó la musculatura de Mario clavando sus dedos con fuerza.

—Estás muy delgado, ¿comes bien?

—Como. Sin más —sonrió él.

—Te he traído un táper de migas de pan al estilo andaluz para que cenes. Lo tienes en la cocina. Verás qué delicia.

—Gracias.

—Muchas veces. Te echo una mano y me voy corriendo. —Se dirigió hacia la puerta—. Venga, caballeros. Cada mochuelo a su olivo, que el proletariado también necesita descansar. Hasta mañana, Mario.

—Que descanses, Adela.

El negocio de conseguidor de cosas tenía futuro. Llevaba ya varias semanas como el manitas, el chófer, el secretario, el crupier, el camarero, el psicólogo y el profesional de otras tantas actividades que dinamizaban el centro. Empezaba a cogerle el pulso al lugar y a las personas que lo rondaban. Mantenía su psique en equilibrio, pero no se veía mucho tiempo realizando aquellas actividades, a pesar de que su sueldo quintuplicaba al del consistorio de San Zoilo. Quería cambiar la vida de las personas y ya no le era suficiente actuar de una a una en un lugar tan grande. El atajo estaba en considerar la propuesta que le había hecho el alcalde, aunque no bebiesen de la misma fuente del sentido común. La labor de gestionar el área de festejos no era exactamente lo que entendía por ayudar a las personas necesitadas. No obstante, era una forma de introducir la cabeza en el mundillo. Una vez dentro, sería más fácil moverse y alcanzar un punto en el que pudiese marcar la vida de las personas.

En el periodo que llevaba en la ciudad, le había dado tiempo a despejar sus objetivos vitales dentro de su cabeza insegura. Veía con buenos ojos enraizar a través de un trabajo estable como elemento fundamental para buscar su lugar en el mundo, aunque no servía

cualquier labor. Sentirse útil sin tener un mero trabajo nutricional era imprescindible. Tras las elucidaciones, cerró, por fin, las puertas del centro sobre las doce de la noche, una hora más tarde de lo que acostumbraba porque no le gustaba meter prisa a ningún socio, aunque, esa jornada en particular, los caballeros de las butacas meritaran un despeje en el culo.

Solo había una parte buena en la noche templada que había quedado: el camino de regreso. Cuando la ciudad permanecía en silencio y las farolas duchaban de calidez las calles, el camino a casa se volvía el mejor momento del día. Con el fin del verano a la vuelta de la esquina, sus calles aún mantenían el guapo subido. Por el día, los claveles rojos resaltaban sobre el nacarado de los balcones. Dudaba de la utilidad funcional de esas cajas de madera labradas con detalle debido a sus dimensiones tan limitadas, aunque les concedía su servicio al bien común que suponía endomingar el centro de la ciudad. Por la noche, aún le gustaban más, pues pensaba en ellos como en nidos de madera colgados de las fachadas que custodiaban los sueños de niños, niñas y familias enteras.

Se desvió para forzarse a pasar por la Virgen Blanca, su plaza y lugar favorito en la ciudad en el tiempo que llevaba allí. El sitio siguió en la posición más alta de su clasificación después de lo que ocurriría en su paseo nocturno. Había escuchado que también la llamaban Plaza Vieja y se quedó con el nombre para él. Le parecía que hacía más justicia a lo que habría vivido en su historia. Se dirigió al norte, a una balconada que lo situaba a la altura de los edificios y lo convertía en uno más de sus protectores. Allí, el aire ya llegaba limpio y sin olor a ciudad. Siguió su escalada: cada etapa tenía su lugar de descanso. La siguiente, la Plaza del Machete, lo sumergió en la época medieval al pie de un palacio con escudos que, aún sin conocer los caballeros que luchaban por salvaguardarlo, infundía respeto. El lugar invitaba a que sacase su alabarda y protegiese la construcción con su vida. Por suerte para ellos, no parecía haber enemigos a la vista.

A la última balconada de la escalada se llegaba a través de una callejuela de escaleras. Mario andaba confiado en su paseo señorial por aquellas calles y plazas de cuento hasta que vio, sentada en las escaleras, a media altura, a una persona con la cabeza entre sus piernas; las manos, una sobre la otra, y ambas sobre su cabeza. El individuo se mantenía inmóvil. La ciudad era segura, pero nunca se sabe qué puede estar haciendo un hombre en plena noche en un callejón. Pasaría cerca de él con sigilo, precaución y mirándolo en todo momento. Ya a su altura, se fijó en la cabellera de aquel sujeto. De pelo perenne, con las puntas hacia arriba y atrás, y algunas canas, tenía más semejanzas con un puercoespín que con una persona. Creyó reconocerlo.

—¿Julián? —preguntó Mario.

No obtuvo respuesta.

—Julián —repitió—, ¿eres tú?

Aquel trapo hecho bola levantó la cabeza y no mejoró. Sus ojos rojos hacían intuir que el alcohol y el tabaco andaban detrás. Su torpeza en los movimientos lo confirmaron.

—¿Te encuentras bien?

—Hola, chaval —contestó, por fin.

Su decaimiento lo colocaba en la parte de pendiente negativa de la curva alcohol-estado de ánimo, donde las necesidades vitales y funcionales insatisfechas vencían a la anestesia de los tragos. Aun así, era consciente de la situación que vivía.

—¿No ves? Mejor, imposible —balbuceó Julián, y lanzó una sonrisa con la boca y un llanto con la mirada—. Debería colgarte en mitad de la plaza.

—¿A mí?, ¿por qué?

—Me hiciste perder dos cientos mil euros.

Mario se sentó junto a él y se percató, en contra de lo esperado, que olía bien. «Especialmente bien», concluyó su memoria olfativa al recordar que aquel perfume lo había usado él en alguna etapa de su vida.

—Sabes que no es verdad —dijo Mario, y le puso la mano en la rodilla.

—Lo sé, Mario. —Bajó la cabeza, abatido por sus pensamientos, y la volvió a levantar al instante al aprovechar el rebote—. Pero es la manera de relatarme lo que sucedió y así no decirme que soy un maldito desgraciado.

—Nadie lo diría. Por lo que sé, eres dueño del Principal. Cuántos quisieran… —respondió Mario.

—Un teatro hipotecado, y yo con una deuda de muchos ceros. Muchos —aclaró Julián apenas con fuerzas de acabar la frase.

Mario, con la referencia de la noche de la partida de póquer, notaba cómo Julián arrastraba las palabras como si la velocidad de su habla, y con ello su inteligencia, se hubiera reducido a la mitad.

—No tenía ni idea. Sí que pinta mal. ¿No tienes a nadie que te pueda ayudar?, ¿tan mal funciona el mundo del espectáculo?

—La que funciona mal es mi cabeza. —La sacudió como si probara a deshacerse de ella—. A la única persona que podría pedirle ayuda tengo que echarla mañana a la puta calle.

—¿Cómo así?

—Tal como lo has escuchado. Llevo dos meses sin pagar a don Carlos y no podré hacerlo tampoco este mes. Lleva trabajando más de cuarenta años con nosotros, primero con mi padre y, ahora, conmigo. No sé cómo he llegado hasta aquí, Mario. ¿Ahora entiendes por qué

estoy así? No quiero que sea mañana.

—Entiendo. ¿Y no puedes pedir un aplazamiento de las deudas? —preguntó Mario.

—Apenas te conozco y te cuento todas mis miserias. ¿Qué coño estarás pensando de mí?

—Tranquilo, no parece que ese sea tu mayor problema. Puedes confiar en mí. Sé que, en ocasiones, contar los problemas de uno ayuda a sobrellevarlos.

—Ya, un aplazamiento —rio con ironía—. Pregúntale a tu querido empleador. El hijo de puta de Gabriel me tiene bien pillado. Se quiere quedar con mi teatro.

—¡¿Qué dices?! ¿Gabi, un prestamista? Imposible.

Mario daba poca credibilidad a la dialéctica ebria en contra de lo que consideraba improbable en la realidad de su amigo, pero su inconsciente recogía toda la información y la almacenaba, aunque no supiera muy bien con qué intención.

—¡Un ladrón es lo que es! —recalcó Julián.

—No te pases. Creo que estas muy borracho y no sabes lo que dices. Pondría la mano en el fuego por él.

—Que le debo dinero es un hecho. Así que cuidado con dónde pones la mano, que te quemas.

La seguridad que ganaba Julián con cada frase desestabilizaba las certidumbres de Mario.

—No me gusta que existan estas habladurías sobre él. Le preguntaré directamente, y, si es verdad, quizás pueda hacer algo explicándole tu situación.

—Quizás —contestó Julián mientras fruncía el ceño. El gesto daba a entender que lo daba por perdido.

—Lo conozco desde que éramos niños y somos muy amigos, pero no tenía ni idea de todo lo que me cuentas —dijo Mario—. Es más, sigo sin creerlo, pero, descuida, hablaré con él.

Los ojos de Julián tomaron una forma más orbicular.

—¿Harías eso por mí? No sabes lo que te lo agradecería.

—No te aseguro nada, pero sí se lo comentaré. Cuenta con ello —acabó Mario con una entonación de película infantil.

—Gracias.

—No es nada. Tú prométeme que no echarás al hombre de su trabajo hasta que hable con él.

No contestó una palabra más, agachó la cabeza mientras negaba con la cabeza. Y se dejó llevar. Las lágrimas no las quería compartir.

—Subamos. Un poco de aire te irá bien —dijo Mario para eliminar la pesadumbre del entorno.

Ascendieron las escaleras hacia la última balconada, desde donde se vislumbraba el horizonte de Vitoria. El intenso alumbrado parecía

abducir a la gran protagonista, la Catedral Nueva. La magnificencia de la construcción, con su juego de luces y sombras originadas por los pliegues verticales de paredes y columnas, y con sus numerosos pináculos que apuntaban alto, parecía recién depositada con la ayuda de una grúa célica.

—En qué ciudad más bonita vivimos. —Mario se apoyó en la barandilla y oteó el horizonte.

—Me sumo a tu opinión. A veces no lo valoramos. Lo cierto es que estoy mejor, aunque sigo algo mareado —aportó Julián—. Gracias, Mario.

—De nada, hombre. Yo me tengo que ir ya hacia la otra punta del Casco Viejo. Te veo otro día.

—Por supuesto. Por cierto, a ver si vienes algún día por el teatro, yo invito.

—Es una visita que tengo pendiente. Te tomo la palabra.

—Dame tu número.

Se intercambiaron los teléfonos. Se caían bien y, de alguna forma, parecían entenderse. Se despidieron con un abrazo de un solo golpe en la espalda. A Mario le gustó volver a percibir su antiguo perfume, en Julián olía de maravilla. «Quizá me lo compre de nuevo», pensó.

Aún no tenía ninguna rutina para el fin de semana con su nueva familia, así que se le ocurrió que el sábado podían pasar un día de campo. Las niñas disfrutarían y él se sentiría un poco más cerca de su hábitat. El plan gustó sobre todo porque era el día que libraba María y cualquier actividad que mantuviese entretenidas a las niñas era bienvenida. Decidieron pasar el día en el parque de Salburua, un humedal con gran valor ecológico pegado a la ciudad que era un claro ejemplo de convivencia entre dos lugares opuestos, pero necesarios. Mario lo había descubierto solo unos días después de su llegada, y raro era el día que no se dejaba perder por esos senderos de paz y frescor, de sonidos naturales y olores que tanto extrañaba. En el humedal no era difícil ver ciervos o visones que lo sacaban de su mundo de cemento y silicio sin apenas kilómetros de por medio. Un baño de vida improvisado en su propia ciudad.

Para extender la manta eligieron una pradera con densidad de hierba adecuada que disimulaba las irregularidades del terreno. Cualquier plan bien vendido excitaba a las niñas, pero, este en particular, no necesitaba de vendehúmos. El día luminoso y soleado con el que la ruleta meteorológica que regía la zona les había premiado era razón suficiente y necesaria para disfrutarlo en plenitud. Las niñas, que se entretenían persiguiendo mariposas, eran controladas desde el puesto de vigilancia por su padre y su tío. Mario

les había hecho un utensilio con un palo de escoba, una red de una bolsa de mandarinas y un asa de un cubo viejo. Como buenas hermanas, se turnaban por portar el aparejo unas veces y peleaban otras. Sin preguntar, Gabi sacó un par de botellines de cerveza, conocedor de las apetencias de su amigo. A Mario el momento le pareció idóneo para sacar el tema que le calentaba la cabeza.

—¿Sabes? Ayer me encontré con Julián. Parece muy buen tío. Qué mala suerte tuvo la noche del póquer.

—O demasiado buena al tocarle de mano dos ases en la jugada definitiva, según cómo lo mires —contestó Gabi.

—Sí, también es cierto. Parece que el hombre tiene una mala racha con el teatro. Me contó que tendría que despedir a trabajadores.

—¿Sí?, ¿y qué más te contó?

Parecía que Gabi esperaba algo más personal, así que Mario no lo hizo esperar, no era su estilo.

—Que debía mucho dinero. —Mario se irguió y buscó un poco más de resonancia en sus palabras—. Bueno, la verdad es que dijo que te lo debía a ti, que tú se lo habías prestado.

—Sí. Le presté cincuenta mil euros. En teoría, para revitalizar el teatro —informó Gabi sin titubear.

—Vaya dineral.

—Pues sí que es mucho dinero. Lo peor de todo es que no era la primera vez. Ya le había dejado otro tanto. —La cara de Gabi venía a decir «No tienes ni idea».

—¿Desde cuándo te has convertido en prestamista? —preguntó Mario sin percatarse de cómo sonaban sus palabras.

—No soy ningún prestamista, Mario —dijo Gabi, y fijó la mirada en los ojos verdes de su amigo, con el rostro serio—. Todo empezó con un dinero que le presté hace unos años debido a la amistad que manteníamos. Julián era miembro del club y pasábamos muchas tardes allí. Además, jugábamos juntos en un equipo de fútbol *amateur*. Ya sabes, esas actividades en las que dependes de tus compañeros unen mucho. Nos hicimos buenos amigos y, al cabo de un tiempo, me contó los apuros económicos por los que pasaba y decidí ayudarlo. Claro, lo ayudé con lo que pude. El dinero prestado, con cierto retraso, conseguí que me lo devolviera. Lo que no me resarció fue de los quebraderos de cabeza que me acarreó el tema. —El recordarlo hizo que parte de aquel sufrimiento viajara en el tiempo para llegar de nuevo hasta él—. Recuerda que soy padre monoparental y, entre María, las niñas y los gastos de la casa, no me sobra mucho. En varios momentos pensé que perdía el dinero.

—Entiendo —dijo Mario—. Lo que es menos comprensible es por qué acudió a ti en vez de al banco.

—Porque no se lo concedían. Una noche, con unas copas de más,

me contó que tenía una parte del teatro hipotecada. Sigo con los hechos. —Mario asintió y bebió un trago largo—. El tira y afloja con el dinero nos distanció. Un día tuvimos una fuerte discusión en la que me planté, aunque, si te digo la verdad, nunca entendí por completo la causa de que se alejara. No sé si fue por evitar el tema o si había alguna otra razón. Debe de encontrarse muy solo, porque ese distanciamiento no le impidió volver a pedirme dinero no mucho tiempo después y, además, la cantidad que necesitaba era mayor. Por supuesto, me negué, pero él insistió e insistió, y ofreció que garantizáramos el proceso con contratos, poniendo como aval su teatro. Yo accedí, tonto de mí.

—Y este es el dinero que ahora te debe y no puede pagar —dijo Mario de modo retórico.

—No, no te adelantes. Este último préstamo no lo cubrió a tiempo, solo parcialmente. Mi única intención era que me pagase, por lo que le concedí una prórroga de un año. No sé muy bien cómo lo hizo, pero dos días después del vencimiento apareció con el dinero. Y, después de todo, hace menos de un año, va y me pide otro préstamo.

—¿Otro? —Mario se llevó una mano a la cabeza y empezó a acariciarse el pelo.

—Sí. Con la excusa de unas obras que necesitaba hacer en el teatro, me volvió a pedir ayuda. Mi negativa no lo paró e introdujo a Greg en la ecuación. Este parecía decidido a dejarle el dinero, pero, por fortuna, me lo contó antes a mí. Lo puse al día y, aun así, decidió que merecía una oportunidad.

—Es decir, que os debe a los dos —preguntó Mario.

—No, realmente. Al final, el dinero se lo dejé yo de forma oficial. Pero, sí, Greg está involucrado en el tema.

—Y, por lo que veo, no ha remontado el vuelo el hombre —concluyó Mario.

—Si hubiese utilizado la suma que pidió para lo que decía que la iba a usar, quizá estaría en otra situación. Ten en cuenta que parte del dinero se lo dejaría en la famosa partida.

—Lo que me cuentas es muy grave. —Mario se sintió muy inocente por la opinión equivocada que se había hecho la noche en la que había hablado con Julián—. Te pide una cantidad aludiendo una necesidad vital y se lo gasta en otra movida distinta; en jugar una partida de póquer, para ser precisos. Y, a continuación, te vuelve a pedir dinero.

Mario tenía un ojo puesto en las niñas, que parecían haber atrapado un buen ejemplar y se movían excitadas alrededor de un bote transparente que pretendían usar como observatorio personal.

—Así es, no estamos tan cerca de acabar debajo de un puente por mucho que parezca algo inverosímil por cómo vivimos —teorizó Gabi.

—No te sigo. ¿Qué quieres decir?

—Tenía una hipótesis que se ha confirmado. ¿Te acuerdas de Eugin, el polaco del pueblo?

Mario palideció, como si su sangre se hubiese paralizado al escuchar el nombre y su cara fuese la primera zona visible que sufriera la escasez de riego sanguíneo.

—¿Qué tiene que ver aquel buen hombre con esta situación? No mentes a los muertos.

—Tranquilo, amigo. Me parecía una situación análoga. Julián tiene problemas con el juego y parece que le viene de lejos. Por la sensación que tengo, si no fuera porque es un poco vivo y partía de un patrimonio considerable, le habría explotado todo bastante antes. La situación se está alargando más de lo previsible. Perdió su casa hace años y apenas mantiene un par de empleados. Ahora, según dices, pinta mal para la continuidad del teatro, que es, además, donde reside. Solo hay que seguir la tendencia, Mario.

—Pues tenemos que ayudarlo. Y aún con más razón al conocer su realidad y el final que le espera —sugirió Mario.

—No es tan sencillo como decirlo. Primero, se tiene que querer ayudar él y, hasta que no le explote en la cara, lo veo complicado. De todas formas, jamás renunciaré a lo que con tanto sudor he ganado. Se lo estaría quitando a ellas. —Julián enfocó a las niñas.

A Mario le daba la sensación de que para Gabi era una situación ya conocida y madurada, aunque preguntó por despejar las dudas.

—Entonces, ¿le vas a prorrogar la deuda? Hablo solo de extender la fecha.

—No, Mario.

—Pero…

—¡Te he dicho que no! —voceó Gabi.

Las niñas pararon en el acto su actividad y dirigieron las miradas al origen del mandato. La comediante y repentina sonrisa de los dos adultos sirvió de visto bueno para que continuasen con sus actividades cinegéticas.

—Y no quiero hablar más sobre el tema —sentenció Gabi—. Tengamos la fiesta en paz, por favor.

Ambos sabían que el tema no acabaría ahí, solo era cuestión de tiempo que Mario buscase otra perspectiva, otro ángulo desde el que atacar el problema. Era su forma de ser y el éxito de su estrategia a lo largo de su vida lo retroalimentaba para seguir ejerciéndola.

—Vale, vale —contestó Mario.

—Y no hagas ninguna estupidez.

—No, tranquilo.

Mario se bebió el botellín de cerveza como si se tratase de agua, a tragos grandes y sin saborear. Se levantó y fue a ayudar a Paula, que

andaba sentada con las piernas cruzadas y lloriqueando.

—Yo no he sido —se excusó Cristina, que certificó con sus palabras que sí había sido ella.

—Me ha dado con el ca-za-ma-ri-po-sas —pronunció con dificultad Paula en pleno ataque de apnea emotiva.

—A ver, ¿dónde te ha dado, cariño? —Mario se preocupó por calmar a la niña.

—En la mano.

Paula se vio la mano con un arañazo rojo y sucio, previsiblemente producido por el extremo libre del aro metálico, y le dio argumentos para seguir con su berrinche.

—Ha sido sin querer —se excusó Cristina que cambió de táctica al ver las pruebas.

—Tranquilas las dos. Claro que ha sido sin querer. Es solo un rasguño. —Mario sacó un pañuelo y limpió la herida con él y con el agua de una botella que había acercado el padre de las niñas al ver la escena.

—Ya está. ¿Ves?, casi ni se nota.

Sin decir palabra, Paula se levantó con su mano en alto y quejicosa de su arañazo mientras se acercaba con disimulo a Cristina. Sin que nadie lo esperara, le arrebató de las manos el cazamariposas a su hermana y escapó a carcajada limpia. Los adultos se rieron con disimulo por no premiar la actitud y para que el llanto no se mudase de casa, pero fue imposible al mirarse entre ellos. La picardía sorprendía en una persona de tan corta edad, aunque un poco menos al saber de qué familia procedían sus genes. El problema para ella dejó de serlo en el momento que pasó a ser visible a ojos de todos, y tuvo que salir adelante forzada por la situación, aunque ya con su potencial al completo disponible, sin limitaciones. «Quizá Gabi tenga razón, y sea lo que necesita Julián, hacer visible su problema para reaccionar», razonó Mario. Se comprometió con su pensamiento en darle una vuelta al asunto. A partir de ese instante, se tomó el día libre con el tema y se limitó a saborear el amor y la alegría de la familia de la que ya formaba parte activa, aunque le fue imposible no pensar en la chica que había conocido en la parada de autobús. Aparecía con asiduidad en sus pensamientos, y él ponía de su parte porque así siguiera. Alimentaba cada recuerdo de ella con nuevas habilidades extrapoladas de su encuentro. Agregaba sonrisas, nuevas facciones y retoques a la obra de arte en que había convertido aquellas reminiscencias. Con el quinto botellín de cerveza entre pecho y espalda, el apuro que le entraba al hablar de faldas se desvanecía y exteriorizaba el tema, recurrente en su interior. Con esas limitaciones, de las que se empezaba a dar cuenta, se había criado en su pueblo y sentía tristeza al pensarlo. Se le habían acabado las ideas en su

propósito de encontrarla y probó fortuna con su amigo, que conocía a mucha gente en la ciudad.

—Oye, Gabi, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Sí, si no es sobre el tema anterior —contestó Gabi sin acritud.

—No. Hace unas semanas conocí una chica que me encantó, pero tuve la poca lucidez de ni siquiera pedirle su contacto. Llevo unas semanas frecuentando el lugar donde nos conocimos, a la hora que nos conocimos, pero nada. Cada vez que paseo, me fijo en las caras de la gente, y nada. Se me han acabado las ideas. ¿Se te ocurre alguna manera de encontrarla? —preguntó Mario, que ya se arrepentía de haberlo exteriorizado al ver la leve sonrisa que crecía en los labios de su amigo.

—Sigues igual de enamoradizo, Mario —le vaciló Gabi, tumbado de lado y con el pequeño colchón del carricoche como almohada.

—Si lo sé, no te digo nada.

—Perdona, perdona. A ver, cuéntame algo de ella. —Gabi se reincorporó y adoptó la posición de *El pensador,* de Rodin.

—Vale. Es alta, morena, tiene pelo largo con mechones rubios, ojos con rasgos orientales…

—Me refería a datos suyos como nombre o trabajo. Por ahí es más fácil llegar a ella.

—No tengo esa información.

—¿Y de qué la conoces entonces?, ¿la abordaste por la calle o qué? —preguntó Gabi con la sonrisa mantenida y maliciosa—. Cuidado, que esto no es el pueblo.

—Qué gracioso eres, ¿no? —respondió con ironía Mario

—¿Por qué no llamas a la chica del otro día en la Kutxi? Si yo fuera tú… —Se mordió el labio inferior mientras aparentaba no entender el comportamiento de su amigo.

—Simplemente me ayudó, y me gustaría encontrarla para darle las gracias. Y, quién sabe, igual le apetece tomar un café conmigo —contestó Mario tras obviar la pregunta.

—Pues no, amigo, no sé. Sin ningún dato personal, lo pones complicado.

—Va, déjalo. Lo mejor será que me olvide de ella.

No sabía ni él como funcionaba de forma interna el proceso, pero, cuando aparcaba en su cerebro alguna preocupación por entenderla irresoluble, dejaba de darle la lata. Sin alertas, sin remordimientos, nada. Mucha gente habría pagado por tal habilidad para dominar su subconsciente.

El resto del día, Mario disfrutó de lo más parecido a la felicidad que había sentido en los últimos tiempos. Fue maniquí de las dos caritas de ángel que escondían sendos diablillos. Fiel a la naturaleza de esas dos diseñadoras, acabó con dos coletas a modo de cuernos y

unos labios agrandados por una barra de labios descontrolada. Era entendible, era mucho más difícil que seguir los contornos de sus libros de colorear. Y bastante más gracioso. El disfrute fue generalizado al demostrar su experiencia campera con un asado a la brasa. Era un gusto ver pelear a Cristina con un hueso de costilla, o ver restos de morcilla en la barba de su amigo. Aunque las estrellas culinarias seguían siendo las conservas propias de pimientos asados que había traído de San Zoilo, «Un manjar de los dioses», en palabras de Gabi; «Están *güenísimos*», en palabras de las niñas. Un día para guardar en el fondo de armario y rescatarlo en el instante que necesitara una sonrisa.

Justo antes de tomar su ansiolítico más potente, decidió llamar a Julián para ponerlo al corriente de su conversación con Gabi. Tardó apenas un tono en coger el teléfono. «Tendrá el móvil en la mano», pensó Mario.

—¡Mario! Justo pensaba en ti —contestó con ímpetu Julián.

—¿Sí?, ¿cómo así?

—Llevo todo el día con el tema en la cabeza, menuda imagen te llevarías de mí. A las tantas de la noche, un hombre solitario y ebrio que te cuenta sus penas. No soy así en mi día a día, me quería disculpar.

—Tranquilo, no hace falta. Una mala racha la tiene cualquiera.

—¿Y para qué me llamabas? —preguntó Julián.

—He hablado con Gabi, como quedamos. No tengo buenas noticias.

—Ya sabía yo —dijo Julián resignado.

—Gabi me ha contado un poco.

Julián dejaba hablar a Mario porque no quería adelantar nada y meter la pata. Mario, por contra, tenía una táctica de la que no era plenamente consciente pero que le resultaba infalible. Por la razón que fuera, no se sentía nada incómodo en los silencios. Los cambios de tercio en los temas no le creaban ningún agobio y nunca tenía prisa por acabar una conversación. Sus interlocutores llenaban esos silencios contando cosas, incluso cosas que de ninguna manera pretendían decir.

—Pues no sé qué te habrá dicho, pero yo siempre le he pagado hasta el último euro —se defendió Julián sin haber sufrido ningún ataque por parte de Mario—. Algún retraso, pero nada más, aunque contigo voy a ser sincero: no sé si podré pagar el último. Ahora cuando venza el préstamo, me refiero.

—Te entiendo, Julián, y quiero ayudarte. Pero también entiendo a Gabi. Él tiene una familia y, por responsabilidad con ella, no puede dejar pasar este hecho.

Julián no contestaba, el sentimiento de vergüenza lo paralizó por completo. Tragó saliva, respiró profundo y encontró la fuerza para arrancarse.

—Yo no digo que no vaya a pagar. Es solo cuestión de tiempo.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó Mario.

—La nueva obra en el teatro va muy bien, tenemos llenos casi a diario.

—Ya, está bien. —Mario hizo una pausa larga—. También me ha contado otro asunto.

—Tu dirás de qué se trata.

—Seré directo. Gabi cree que tienes problemas con el juego y que es la causa de todos tus problemas económicos —soltó Mario sin filtros.

—Dile que deje de decir tonterías y se meta en sus asuntos. Al final, tendré que ir y darle, pero no el dinero, sino dos hostias bien dadas. Es lo que se merece el enterado de Gabriel —contestó Julián con enfadado notorio—. He jugado, como él, unas cuantas partidas en el club y algún día he ido a tomar una copa al casino con clientes, pero poco más. Y pensar que he llegado a considerarlo un amigo…

—Por eso te he preguntado a ti antes de dar por hecho nada —se excusó Mario.

—Gabriel lo que quiere es quedarse con mi teatro. Antes lo decía como una frase hecha, pero, ahora, estoy convencido. ¿Te acuerdas de la partida del otro día?, ¿y si fue todo un montaje para llevarse el dinero? No me digas que no fue raro de cojones aquello de los agentes sobornados. Suena más a película de Berlanga que a un suceso real. Le he dado muchas vueltas, pero necesito tu ayuda para probarlo. He investigado un poco por mi cuenta. Tengo un amigo en la Ertzaintza, y esos dos agentes no aparecen por ningún lado. No he podido decirle más por no ponerlo en un aprieto.

—No sé si es normal o no, pero a mí me pareció muy real todo aquello —dijo Mario, escéptico—. Yo pasé un rato muy tenso al ver aparecer allí los agentes.

—Sí, he de reconocer que, desde un punto de vista escénico, fue impecable. Créeme, que yo entiendo del tema.

—¿Y para qué necesitas mi ayuda? —preguntó Mario, incómodo.

—Porque vives allí el día a día. Lo que hagan y lo que hablen con toda probabilidad ocurrirá en el club. Tengo sospechas también del otro, el alto alemán.

—Greg —interrumpió Mario

—Sí. Está en el ajo, seguro —sentenció Julián.

Mario, en cualesquiera otras circunstancias, habría negado la mayor sobre cualquier conspiración de su amigo del alma. Pero aquella cámara instalada que había descubierto en la sala de juego le

impedía ser categórico en nada.

—Pues no sé, mi idea era ayudarte, pero de otra manera.

—¿Y de qué manera?

—En tratar que afrontaras el problema de fondo —lo intentó de nuevo Mario.

—¿Qué problema? Ya te he dicho que no hay tal problema —levantó la voz Julián.

—De acuerdo. Tranquilo, solo intento ayudar.

—Lo sé, lo siento —se disculpó Julián—. Lo que hay que hacer es desenmascarar a esos dos.

—Bueno, estaré ojo avizor en el club y cualquier cosa extraña, o si escucho algo, te comento —dijo Mario para no contradecirle y dejar de hablar del tema.

—Gracias.

—No hay de qué. Te tengo que dejar. Hablamos otro día. Buenas noches —se despidió con premura Mario, un poco desencantado.

—Adiós, adiós.

Mario había estado a punto de soltar lo de la cámara, pero habría sido imprudente. No habría sido humano que la primera opinión que recibiese una persona con un claro delirio de perjuicio fuera de afianzamiento del problema. Habría sido una retroalimentación muy nociva para él. El análisis de Mario era confuso. El problema de Julián de juego parecía evidente después de su negación tan tajante, lo nervioso que parecía y la forma en que había puesto el foco en otro tema. Pero su intuición le decía que parte de razón tenía con lo de la trama en el Círculo Vitoriano. Ambas cosas eran complementarias y verosímiles, y necesitaban un discernimiento individualizado. Una conversación con él bastaba para saber que estaba ante un hombre inteligente, y tal circunstancia había que tenerla en cuenta. Mantendría los ojos abiertos y los oídos receptivos en el club, por si acaso. Sin ninguna certidumbre, pero con la información procesada, fue a despedirse de las niñas. Era tarde, los dos angelitos yacían en sus respectivas camas y recuperaban energías para otro día de caos, gritos e inocente felicidad. Todo un disfrute de domingo por delante que no se perdería por nada del mundo. Mario tomó idéntico camino. Se acostó, buscó entre la montaña de libros que tenía en la mesilla y, ahora sí, se tomó su medicación: un par de capítulos de Fernando Aramburu.

7

—¿Dígame? —Mario contestó la llamada con la función manos libres activada mientras seguía montando la salsa pilpil.

Se escuchaba en alto el jadeo de una persona al otro lado. Desechó que se tratara de un pervertido o acosador al mirar la pantalla del móvil y ver que la llamada provenía de Julián. Bajó el volumen, miró a su alrededor y se puso el teléfono en la oreja.

—Julián, ¿estás bien?, ¿necesitas algo? —preguntó en alto al barajar que igual había llamado sin darse cuenta y estaba enfocado en otra actividad.

Pasaron unos segundos hasta que se escuchó algo de movimiento al otro lado.

—Una buena hostia entre oreja y oreja, es lo que necesito —contestó, por fin, Julián.

Se escuchó un golpe fuerte y seco en el lado de la línea de Julián.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado?

—El otro día te engañé. Lo he vuelto a perder todo —dijo Julián con voz temblorosa—. Todo.

La voz se entrecortaba debido al movimiento continuo de Julián.

—A ver, tranquilo. Cuéntame lo que ha ocurrido desde el principio. ¿Quieres que vaya y hablamos? —ofreció Mario.

—Es muy tarde —gimoteó Julián.

—No importa.

—Sí, por favor. —La rapidez con que Julián agarró la última oferta delató la intención primera de la llamada.

—Vale, mantente tranquilo y no hagas nada. Ya salgo.

La conversación telefónica le dejó mal cuerpo desde el primer segundo. Dejó a medias el proceso de emulsionado de la salsa y se vistió con lo primero que encontró por la habitación. Antes de salir de casa, le echó un vistazo al altar sobre el recibidor que habían creado durante la mañana Gabi y las niñas con referencias a su difunta mujer y su difunta madre respectivamente. Sobre una peana de mármol habían dejado un retrato, una foto en la que acariciaba a sus hijas cuando aún estaban en su vientre y un colgante de oro blanco con forma de ave que solía llevar al cuello. Unas rosas blancas en una jarra de agua y otras flores secas y desordenadas sobre el mueble lo decoraban. Gabi era agnóstico, ateo, escéptico de lo sobrenatural y cuantos adjetivos con diferentes matices se considerase respecto a la

magia o la religión. Pese a sus similitudes, no era tampoco un altar al más puro estilo Día de Muertos.

El centro de flores respondía al homenaje y al recuerdo por el quinto aniversario de su muerte, que acontecía a la mañana siguiente. La fecha era el día más especial del año en la casa, aunque la acompañaba un sabor agridulce. Era el cumple de las niñas y había que celebrarlo. Gabi se empeñó en que debía ser una fiesta alegre en honor a su mujer y al producto de él por ella. Mientras construían el homenaje, les había contado recuerdos y vivencias de su madre, describiendo gestos y actitudes que armasen la imagen que tendrían de ella en el futuro. Mario recordó la escena y sintió orgullo por haberla presenciado. Las niñas habían invitado, por orden del padre, a sus amigas y sus amigos de la escuela a una fiesta en la que no faltarían los refrescos, los aperitivos salados y las «guarrindongadas» como resultado de su combinación. «La procesión irá por dentro», pensó Mario al contraponer la actitud de su amigo, el sentimiento de pérdida que suponía que sentía y la falta de libertad para mostrarse destrozado ante las niñas. Esta última trampa mental contribuyó al malestar con el que Mario abandonó la vivienda, rumbo al teatro.

Por el camino se dio cuenta de que se había puesto el jersey del revés. Lo dejó estar tras un resoplido y pensar que la próxima vez tocaría del derecho. No tardó en empatizar con Julián y su momento de crisis. Por experiencia propia sabía que una crisis de tal calibre, vivida en una soledad no buscada, dejaba secuelas profundas. Una vez llegó al teatro, no tuvo ni que llamar. La puerta se abrió y Julián apareció vestido de calle, con la camisa por fuera, unos pantalones chinos y zapatos elegantes.

—Buenas noches, Julián.

—Hola, Mario. Muchas gracias por venir. Pasa y subamos a casa.

Mario siguió a Julián escaleras arriba hasta su casa, donde echó un vistazo a su alrededor. Se quedó impresionado por la elegancia del lugar. Los techos altos le encantaban. También observó un espejo roto de cuerpo completo y, junto a él, un paragüero abollado.

—Ha sido de una patada, por la rabia que siento —se excusó Julián sin que le preguntaran—. Es que me hierve la sangre —continuó mientras encogía el brazo, apretaba con fuerza los puños y se miraba las venas de los brazos.

Mario se sentó en una de las sillas metálicas sin perder la calma y admiró la panorámica de una ciudad a punto de echarse a dormir.

—Qué maravilla. Estas vistas apaciguan a cualquier bestia, o borrico —dijo Mario.

La jugada de obviar su estado de excitación al cambiar de tema pareció funcionar. Julián se sentó en la otra silla y parecía más tranquilo.

—A mí ya no me hace efecto —contestó con desdén—. ¿Tú conoces una tía que esté muy buena?

—¿Quién? —contestó Mario sin entender por dónde iba.

—No. Me refiero que te imagines la tía más buena que te puedas imaginar.

—Vale, ya está —contestó Mario, que evocó la sonrisa y los gemelos contraídos de la chica anónima del autobús.

—¿Está buena? —reiteró Julián.

—Mucho —contestó Mario, al que le faltó relamerse.

—¿Te la tirarías?

—¡Claro!, pero ¿qué tontería es esta?

—Pues te garantizo que hay uno harto de follar con ella a diario y que ya no le apetece y piensa en otras. Es lo que me pasa con esas vistas. O viceversa —añadió al ver la cara de escándalo de Mario.

—Vaya salvajada. Menudo símil de mierda acabas de hacer, pero, vamos, puedo entender que no te emocione como antes. —La pesadumbre en Mario fue visible al dar movimiento a la escena que había imaginado con «su chica» y el uno que comentaba Julián en acción.

—Pero ni las vistas ni nada —contestó Julián con un pasotismo triste.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Mario, preocupado.

Antes de contestar, Julián sirvió dos vasos de agua con limón de una jarra que tenía sobre la mesa. Se bebió el vaso de trago. A continuación, se dejó caer sobre la cama, que ejerció de diván para el paciente.

—El otro día, cuando hablamos, no te conté toda la verdad. Creo que sí tengo un problema con el juego. —Julián hizo una pausa, pensando las palabras que irían a continuación—. Hace un rato he perdido unos cinco mil euros en el casino. —Se echó las manos a la cabeza al escucharse decir mil—. Creo controlarlo por momentos, pero caigo de nuevo sin saber qué es lo que me lleva a jugar. Necesito ayuda, Mario, no aguanto más.

—Lo primero, he de decirte que no me engañaste, puedes estar tranquilo. Te engañaste a ti. El otro día jugaste una partida de póquer de treinta mil euros. —Mario bufó—. Treinta mil euros, Julián. O te sobra mucho el dinero o tienes un problema. Por tus reacciones, supe que no era la primera opción.

—Me muero de vergüenza. Y a ratos… —dudó Julián en decirlo— me doy asco por no ser capaz de parar.

Mario empezó a sentirse nervioso al predecir la responsabilidad que le caía sin buscarla.

—Creo que deberías buscar ayuda externa.

—¿Un psicólogo? Ya lo he valorado yo, pero no me lo puedo

permitir —contestó Julián.

—Lo que no te puedes permitir es seguir así. Y sí, un psicólogo —dijo Mario con seguridad—. Habrá fórmulas, no te preocupes. Quiero entender primero el mecanismo que te lleva a jugar de forma compulsiva. Cuéntame todo, desde el principio.

—¿Por dónde empiezo? —se preguntó Julián—. A ver, desde siempre he sido competitivo y ambicioso. Creo que ahí empezó todo, en mi infancia.

Mario era bueno escuchando a los demás, o eso asumió él, al servir de sumidero de problemas de la gente en el pueblo. Por lo visto, en la ciudad la gente tenía los mismos, o incluso más y mayores dilemas internos con los que lidiar. A pesar de ser una posición conocida, su estado de excitación y ansiedad interna iban en aumento.

—Explícate, por favor. —Mario rellenó el espacio de silencio en el que Julián parecía absorto al extraer y sintetizar de su memoria los hitos más significativos de su adicción.

—El juego ha sido siempre un entretenimiento, y así lo he entendido desde que tengo uso de razón. Desde pequeño, a cualquier juego que jugaba con amigos o familia, siempre apostábamos algo. Ni siquiera tenía que ser nada material, era una manera de hacerlo más emocionante. Nunca vi un problema en ello. En realidad, no sé especificar cuándo pasó a ser una necesidad. El juego forma parte de mí —explicó Julián un tanto desorganizado, dubitativo y con la vista hacia el techo—. Lo siento, te lanzo ideas sin ton ni son.

—Lo que parece es que sigues sin verlo como un problema —dijo Mario con la intención de tratar de entenderlo y sacar algo en claro—. Por tus palabras, parece que ahora lo ves como una contrariedad porque te ha salido mal, porque estás sin un duro. No te das cuenta de lo que limita tu vida, aunque hubieras ganado. Me da la sensación de que aún crees que existe un nivel de juego que, si tuvieras controlado, funcionaría integrado en tu vida. ¿Me equivoco?

Varias lágrimas aparecieron en la cara de Julián sin que hiciera una sola mueca. Permanecía contenido, como si quien estuviese llorando fuera alguien dentro de él, y el Julián que veía Mario fuera solo un maniquí.

—¿Cuánto llevas así? —preguntó Mario.

—Toda la vida, aunque creo que se convirtió en un verdadero trastorno al morir mi padre, en el 92 —aclaró Julián.

—Son más de quince años —calculó Mario.

—Sí, en noviembre hace dieciséis que murió. Ya sé que es difícil de entender. Uno quiere llegar lejos, tener dinero, cumplir sueños, ser respetado. Al jugar, creí que alcanzaría todas esas metas más rápido. Lo veía como un atajo.

—No te conocía entonces, pero diría que, varias de las metas de las

que hablas, ya las tenías o estabas cerca de conseguirlas.

—Puede ser. De buenas a primeras me quedé sin nadie tras la muerte de mi padre —completó Julián—. Estaba solo, hasta el punto de que mi mejor amigo era, y es, un hombre de setenta años. Y ya. No había nadie más. Gente que pasaba por mi vida de turismo o de negocios. Me quedé solo y al mando del teatro, de la cafetería, del dinero que yo no había ganado y de mi tristeza. En esas circunstancias, la adrenalina de jugarme una buena cantidad me hacía sentir vivo. Ha habido momentos que ni me importaba si perdía, pero ahora —paró para respirar más profundo— juego con la soga al cuello. Juego con lo que no tengo para pagar lo que ya debo, es desesperante.

—¿Eres consciente de contra quién compites al jugar? A la larga, por estadística, perderás, no hay otro resultado posible en el largo plazo.

—Puedo tener suerte. —Julián se sintió estúpido al defender su postura después de su bagaje.

—Un día, sí; dos, es posible, pero ¿quince años? Lo primero que tienes que hacer es sacarte de la cabeza que aún puedes ganar. Tienes que aceptar que has perdido. No vas a recuperarlo, Julián.

—Yo quiero dejarlo. Estoy harto de sentirme así —dijo compungido.

—De todas formas, tiene que haber más motivos. —Mario no dejó que se desviara el tema.

—Los hay, Mario. Muchas veces he pensado sobre el tema. Por ejemplo, la falta de emociones y motivaciones en mi vida hace que todo me importe muy poco. Si pierdo, el problema tan tremendo que tengo seguirá siendo igual de importante. Si gano mucho, tal vez se alivie, ¿entiendes?

—Pero ¿ha sucedido alguna vez?

—¿El qué?, ¿ganar?

—Sí.

—Por supuesto, alguna vez he pegado un buen pelotazo —dijo Julián con un principio de sonrisa que no se atrevió a hacer crecer por vergüenza.

—Recuerda aquel momento y avanza en el tiempo. No sé, unas semanas o un mes. ¿Usaste el dinero para lo que tenías pensado que lo utilizarías antes de ganar? ¿Cuál fue la ganancia neta? Sorpréndeme.

Julián se quedó pensativo, aunque sabía la respuesta al detalle. Fue un tiempo en que, con esas ganancias, se incrementaron sus visitas al casino, con apuestas cada vez mayores. Todavía retumbaba en su interior una noche de esas aciagas en la que, después de ir ganando un pastón, lo perdió todo. Cortó sus pensamientos al vocalizar el resultado de aquella experiencia.

—Negativa. Perdí lo que había ganado y muchísimo más.

Mario dejó que resonaran las palabras. Se calló para que el tema terminara así, con las últimas palabras de su amigo, que ponían título derrotista a uno de sus capítulos más exitosos que recordaba en su mente sesgada. Mario deseaba ayudarlo, pero su yo interior no quería tal responsabilidad y su cuerpo se lo hacía saber con un estado de intranquilidad muy incómodo.

—Cuéntame más motivos por los que integras el juego en tu día a día —siguió Mario, contrariado consigo mismo.

—La soledad diría que es otro motivo. Algunas noches, cuando el teatro no requiere más de mí, me resulta difícil. —Tragó saliva—. Incluso vivir. Me cuesta estar solo. Suelo leer o escuchar música, pero a veces no es suficiente y salgo.

—¿A dónde vas?

—Ir a beber sin nadie no me gusta. No le hago ascos a tomar algo, pero allí la soledad me persigue y me lleva a buscar compañía en otros antros. Además, el daño que te hace la bebida es muy llamativo. Es lo que me faltaba.

—¿No tienes a nadie? —preguntó Mario, que no comprendía que alguien con aparentes habilidades sociales y estatus se encontrara tan solo.

—La familia que me queda es lejana, algunos primos, y hace muchos años que no tengo relación con ellos. Bueno —Julián dudó si contarlo—, he conocido a alguien.

—¿De veras? Ahí tienes algo en lo que apoyarte.

—Sí, estoy ilusionado, pero no sé.

—¿Qué «peros» encuentras?

—Todavía es pronto y no sé si ella sentirá algo parecido. Además, apenas nos conocemos y no puedo ponerme en frente de ella y contarle todo. La relación no aguantaría una noticia así, escaparía corriendo. Es muy prematuro, y lo peor es que tiene fecha de caducidad. —La tristeza se vislumbraba en sus palabras—. Se va en tres semanas.

—¿Y el hombre del que me hablaste, el que lleva toda la vida contigo?

—¿Don Carlos? Es un buen hombre, como un padre para mí, pero bastante tiene con lo suyo. Tiene una hija dependiente. Problemas de verdad, ¿entiendes? No puedo ponerle encima otra carga.

—Te hablo como si yo tuviese la solución. De primeras, te digo que no la tengo, pero igual verbalizar lo que te sucede ayuda —aclaró Mario.

—Me entiendo contigo.

—De acuerdo, entonces sigue contándome —pidió Mario.

—No sé en qué grado afectará, pero la inseguridad que llevo

conmigo no me ayuda nada a avanzar. Crecí con la creencia de que era especial, pero lo único que tengo de especial es una adicción que te quita la vida muy poco a poco, ni te enteras. Hago cosas a las que no encuentro sentido. Ando rápido, como si pensase que ser yo fuera una responsabilidad, como si tuviese prisa —Julián negaba con la cabeza—, prisa de regalar mi vida a la suerte.

—Si lo ves tan claro, ¿qué coño te hace seguir con ese comportamiento?

—No es sencillo. Estar siempre en la cuerda floja hace que te arriesgues más, hace que precipites tu decisión. Y en una situación de estrés, siempre escoges los caminos conocidos. Ocurre de forma automática, como si no tuvieras nada que decir.

—No lo comprendo.

—Al partir de una posición de endeudamiento, en la que cada decisión que tomo es por supervivencia, es jodido mantenerse estable psicológicamente. Hago malabares para no perderlo todo, pero, cuando consigo sacar un poco la cabeza, con un esfuerzo terrible, no tardo una semana en volver a hundirme. Es como si me boicoteara una y otra vez. Y cada vez me siento más aislado y me resulta más complicado creer en mí.

—Al menos sabes que tus actos tienen consecuencias.

—Soy consciente de que mi yo del futuro nunca me perdonará. Le he robado su libertad y la he cambiado por nada en el presente. Siento que pago por vivir la emoción y la adrenalina del juego. Aunque, en definitiva, es una experiencia vacía por la que estoy pagando un precio altísimo.

—¿Has echado cuentas de lo que has perdido? —preguntó Mario—. Pérdidas económicas, me refiero.

Al pensar la respuesta, Julián sintió como si un émbolo en su estómago empezase a funcionar y en su recorrido hacia arriba se encontrase al corazón, que se encogía cada vez más.

—Mucho —consiguió decir.

—Haz el ejercicio de contabilizarlo, por favor.

—He perdido dos propiedades, Mario —contestó, desesperado—. Lo que con tanto esfuerzo consiguió mi padre, lo he dilapidado. Sus ahorros incluidos. ¿Que cuánto es? Pues mucho, ¿un millón?, ¿dos?, ¿quieres que siga? —Mario asintió. En el resoplido profundo que lanzó Julián, pareció despedirse de ellas—. El teatro está que se cae y, por no tener, no tengo ni chica de la limpieza porque no puedo permitirme contratarla. Tengo que limpiar yo y decirle a un señor mayor que se arremangue, para luego, después de todo, retrasarme en el pago de su nómina. Tengo deudas por valor de más de cien mil euros —soltó las palabras como si fuesen una costra adherida que cae ya por su propio peso—. No estoy en la calle porque mi padre, que en

su gloria descanse, me dejo el patrimonio que no merezco. Y después de toda la puta miseria que te cuento, si me entra algún euro, lo primero que hago es ir a ver si lo multiplico. A ver si lo multiplico porque tengo una gran jugada. Una gran jugada que, por supuesto, sale mal.

—¿Y qué haces cuando sale mal?

—Pues se repite el ciclo. Malabarismos, más endeudamiento, bloqueo y vuelta al pozo. Apenas unas semanas me dura la abstinencia. Ni siquiera es una abstinencia voluntaria, ya que carezco de medios económicos.

—¿Eres consciente de que el recorrido que te queda es limitado? Para ser exactos, lo que te quede de patrimonio —avisó Mario, que miró la habitación.

—¿Qué piensas, que no lo he intentado? Me miras y te crees que lo hago por gusto.

—Yo no he dicho nada. Ni siquiera te juzgo, Julián.

—Es una maldita trampa de la mente, que necesita más y más. Si se da la circunstancia de que ganas, crees hacerlo por tu saber hacer y tu habilidad; pero, si pierdes, lo atribuyes a la mala suerte. Si se da el primer caso, sigues jugando hasta que al final se da el segundo, porque tu dinero es limitado, pero tu necesidad y tu vicio no. Así funciona. Jamás se lo he dicho a nadie, pero estoy al límite.

—Lo siento, no quería molestarte. Quiero ayudarte, pero no sé si seré capaz.

—No, perdóname tú. Te agradezco mucho que me escuches. Hace poco que nos conocemos y que estés aquí significa mucho para mí. Lo voy a intentar con todas mis fuerzas, aunque en mi situación tan precaria no sé lo que aguantaré.

—Si me dejas, te doy mi visión. —Julián levantó la mano hacia el frente y lo invitó a continuar—. Siempre he escuchado que el juego funciona como un impuesto a la gente pobre y poco formada, pero creo que es algo más complicado, y tú eres el ejemplo. También creo que tu visión estoica de la situación es equivocada. Tienes treinta años y un físico que ya quisieran muchos. Eres dueño de un edificio histórico de la ciudad. La gente te respeta y te aprecia. Estas conociendo a una chica que dices que es increíble.

—Lo es. Ya lo verás cuando la conozcas —interrumpió Julián.

—Es comprensible que sientas vergüenza, pero la verdad es que nos puede pasar a cualquiera, no te mortifiques.

—Eres la primera persona con la que hablo sobre el tema. Hace un tiempo ni me lo planteaba, pero creo que, si no lo suelto, haré una tontería. Me siento atrapado. Tengo la voluntad, pero no la fuerza, para pelear yo solo —dijo Julián con la mirada fija en Mario—. Estoy en tus manos.

Las últimas palabras resonaron en la cabeza de Mario, quizá porque trataba de asimilarlas, y solo se atenuaron al pasar el ritmo de repetición a sus latidos, que captaron la responsabilidad que le habían asignado al convertirse en el alambre de un hombre mortecino. Su ser, cimentado en la empatía de un pueblo unido, malogró el miedo que sentía.

—Puedes confiar en mí —contestó Mario—. Soy consciente de que, cuando algo no funciona, el mecanismo fallido lo inunda todo y deja de tener sentido, pero es en esa situación en la que tenemos que mantenernos firmes por seguir la dirección correcta.

—Necesito superarlo, Mario. Hasta no hace mucho, para bien o para mal, era yo el único afectado por la carga que llevo, pero ahora afecta a otras personas —explicó Julián—. ¿Qué futuro voy a tener yo con nadie?

Julián apretaba el estómago con fuerza para no llorar, aunque no lo consiguió. Sus ojos se veían a través de una película cristalina en movimiento que recordaba que detrás de su trastorno mental había una persona que sufría. Sufría por un silencio que había tardado quince años en vencer.

—Te entiendo. Déjame contarte algo. —Presenciar la angustia de Julián sirvió de acicate a Mario—. La realidad es que este problema no es tan ajeno para mí. Yo vengo de un pueblo pequeño en el que ejercía de alcalde. Allí tuvimos el caso de un hombre, Eugin, que tuvo problemas con adicciones y me hizo interesarme por el tema. Leí mucho sobre terapias conductuales. Insisto en mi postura de que necesitas ayuda de un profesional, pero podemos mantener charlas de forma regular y ver dónde nos llevan.

La propuesta de Mario era música para los oídos de Julián. Lo recompuso la idea de que su liberación no saldría de ese cuarto y que el proceso de recuperación se planificara entre esas mismas cuatro paredes, en las que creía tener controlado los efectos y las consecuencias.

—¿Por dónde empezamos? —aceptó Julián.

—Trae papel y lápiz. —Mario se subió a la ola de positivismo sin tanto convencimiento.

—No pensaba que empezaría así un tratamiento. —Se levantó y sacó una libreta y un bolígrafo de un armario que, por su diseño y mecanismo de apertura, estaba diseñado para proteger y servir de barra de botellas espirituosas—. ¿Va bien este?

—Lo importante es que funcione lo que hagamos —contestó Mario —. Sí, es perfecto. En realidad, más que un plan o una terapia va a ser un acuerdo entre nosotros. Escribe en el papel las situaciones que te llevan a jugar. Que sean situaciones específicas de tu vida. Resúmelo, pero no pongas cosas genéricas.

—¿Ahora?, ¿has hecho esto alguna vez? —preguntó Julián, extrañado.

—Sí, ahora. Más o menos —contestó sin avergonzarse.

—¿Más o menos? Me dejas más tranquilo —respondió Julián y liberó una sonrisa irónica.

No tardó mucho en escribir, parecía que tenía el tema bastante trabajado en su fuero interno.

—A ver, acércamelo. —Mario se estiró para alcanzar la libreta.

Había tres situaciones descritas y, cada vez que acababa de leer una frase, Mario lanzaba un ruido de asimilación.

—¿Por qué me lo haces escribir? —interrumpió Julián la lectura a Mario.

Mario lo ignoró y continuó su cometido.

—Ahora, al lado de cada situación, lo que sientes bajo esas circunstancias —pidió Mario, y le entregó de nuevo la libreta.

Julián pensó durante unos minutos antes de escribir. Cuando se puso, se despachó a gusto.

—Ahora, escribe al lado lo que querrías tener en cada momento, o qué te haría falta para que no quisieses o te hiciese falta jugar.

Julián lo miró con escepticismo, pero accedió. Durante un buen rato alternó la reflexión y la escritura. Mario escudriñaba cada gesto de Julián.

—Por último —indicó al ver que estaba a punto de terminar—, anota cómo te gustaría estar de aquí a un año en cualquier de los ámbitos de la vida que consideres.

Esa tarea le costó menos, no puso ninguna pega y grabó en el papel su sueño desde niño.

—Vale, ya está. —Le dio la libreta a Mario, orgulloso de su ejercicio.

Mario sin mirar la libreta, arrancó la hoja, la dobló hasta disminuir su tamaño en una octava parte y se la guardo en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Empezaremos por algo simple. Cada vez que te encuentres en alguna de esas situaciones que has descrito, me tienes que llamar. O cualquier otra situación que te incite a jugar. Llámame antes de ir y hacerlo, por supuesto.

—¿Y ya está? Esperaba que me arrebataras la poca dignidad que me queda —comentó Julián medio en broma, medio en serio.

—Es difícil que te libres de que alguien te juzgue en algún momento, pero no seré yo.

—Era broma. Gracias de corazón. Se que estaré bajo sospecha el resto de mi vida, pero no sabes el peso que me he quitado de encima al contártelo. Tener una adicción es una mierda, pero pasarla solo es…

—Me imagino. Has sido muy valiente.

—Ha sido una reacción de pura supervivencia. Creo que ya he caído lo más bajo que podía caer.

—Yo espero, deseo y confío en que vas a mejorar. Pero harías muy mal si crees que el hoyo tiene fondo —avisó Mario.

—Este es mi mínimo absoluto. No es que lo sepa, es que lo he decidido.

Mario mantuvo una cara neutra con tal afirmación. Ver que Julián se veía capaz de conseguirlo era necesario, pero no suficiente. No eran más que palabras en un camino que se definiría con acciones.

—Bien. ¿Te parece que mantengamos charlas mensuales para ver cómo vas? —propuso Mario.

—Perfecto. No te asustes —previno Julián.

—¿Por?

Julián lanzó un grito que comenzó en un vibrato desgarrador, como salido de sus entrañas, en las que se almacenaba el sedimento de las frustraciones. Lo mantuvo intenso, expulsando a máximo flujo posible la impotencia generada por años de pensar una cosa y hacer la contraria. Y en el último impulso, a golpe de pulmón, arrastró cualquier reservorio que pudiera cultivar de nuevo las ganas de perderse en las probabilidades ficticias de un fracaso asegurado. Una sensación de alivio, que no recordaba, recorrió cada músculo de su cuerpo y sintonizó con su mente laxada con tanta sinceridad vertida. A Mario le dio tiempo a valorar la acústica de la sala y la de los tabiques. Concluyó que, si él estuviera detrás de ellos, habría llamado ya a la policía.

—Ya está, ¡qué liberación! Creo que peso menos —bromeó Julián, acompañado de la sonrisa más real de la noche.

Mario rio también. Le gustaba la forma clara que tenía Julián de hablar y expresarse, así como la habilidad de parecer que no ocultaba nada.

—Por cierto, ¿algún avance sobre lo que te comenté sobre estos dos? Ya sabes, el alemán y el otro —preguntó Julián, que evitó hasta los nombres de los susodichos.

—Vaya cambio —reaccionó Mario, aunque le pareció correcto cambiar el rumbo de la conversación.

—No te quiero aburrir tampoco con tanta miseria.

—Si te soy sincero, no me lo tomé muy en serio porque no dudo en absoluto de Gabi. Pero, para tranquilizarte, te diré que no he visto nada raro estos días por el club. Algún rato se han pasado, tanto él como Greg, pero nada, normalidad absoluta.

—Pues yo sigo pensando que hay algo detrás, pero lo tienen muy bien montado y escondido. La situación me recuerda a cuando era un chaval y había grupos de jóvenes del barrio que se dedicaban a robar la compra del menudeo de drogas de otros jóvenes. Era una situación

de ganancia segura, ya que nadie se atrevía a denunciar.

—No sé a dónde quieres llegar…

—Pues a que es difícil demostrar que lo hicieron y, aunque lo consiguiera, ¿a dónde iba a ir? Demostrar su delito nos metería en serios problemas a mí y a los demás con la justicia. Tengo asumido que, aunque tenga razón, es difícil que recupere algo, pero si puedo desenmascararlos…

—Creo que estás haciendo una bola de algo que te cuesta asimilar y no creo que te lleve a nada bueno.

Julián negó con la cabeza hasta que escuchó las palabras finales que caían por su propio peso y a las que no podía dar réplica.

—Creo que tienes problemas más urgentes que resolver —dijo Mario con seriedad.

—Si ves algo, ¿me lo dirás?

—Por supuesto —zanjó el tema Mario.

—¿Te quedas un rato? Te quiero hablar sobre la mujer con la que he empezado a quedar. Es una mujer impresionante. La tienes que conocer algún día.

—Claro, cuéntamelo. No todo va a ser malo en la vida. —Mario se reacomodó en la silla, cuya comodidad no hacía justicia a las líneas refinadas de la estructura. Encontró la postura medio tirado sobre ella y con la cabeza apoyada sobre el borde del respaldo.

—Espera, traigo algo para beber y picar.

Mario miró el reloj. No había cenado y a la vuelta sería tarde. Miró luego a Julián y sonrió para dar el visto bueno al plan y, en connivencia, a las cuentas de la noche. En el lado desfavorable: media vida limitada y una salsa arruinada. En el lado a sumar: un amigo, un plan y el conocimiento detallado del lado malo de la balanza.

Al volver a casa, las horas intempestivas de un día escolar y laborable lo empujaron a moverse sigiloso para no despertar a la familia. Paró el ascensor en un piso inferior a la vivienda y subió el último tramo a pie. A pesar de caminar en la penumbra, con el haz de luz desvaneciéndose a cada peldaño que subía, sus movimientos eran certeros. Tocó primero con las yemas de los dedos, embocó después limpia la llave en la cerradura y tiró del pomo de la puerta antes de girarla para que el mecanismo funcionara sin rozamiento. La puerta se abrió, silenciosa, y un nuevo grado de negrura lo cegó por completo. Anduvo a tientas unos pasos en busca del interruptor que iluminara el pasillo a su cuarto, antes de tropezar con un bulto inmutable y blando. Mario se precipitó hacia delante mientras aleteaba con los brazos en busca de un apoyo que encontró tarde. Su cuerpo, en paralelo con el elemento que no llegó a agarrar, dio contra el suelo. Un golpe seco y

un estallido de metralla vítrea despertó el pasillo. Un graznido reactivo se superpuso al espectáculo sonoro en mitad de la noche, como una serie de fuegos artificiales, cada cual más alto y espectacular.

—¿Gabi?, ¿estás bien? Ay, lo siento —se disculpó Mario, que ya se reincorporaba y alcanzaba el interruptor.

Se hizo la luz y Gabi apareció en el suelo, con las piernas encogidas y con el retrato de su esposa sujeto entre sus manos y su pecho. Aún sin abrir los ojos, se retorcía por el dolor de un puntapié en las lumbares y los impactos de cristales en la cara, sin aviso ni protección.

—¿Qué haces ahí? —Mario trataba de agarrarlo del brazo para incorporarlo.

Gabi abrió los ojos y se giró hacia él. En su mirada se distinguían los capilares encarnados como ríos tortuosos y desbordados de sufrimiento que pedían que lo remataran allí mismo.

—No puedo más. Es demasiado —logró decir Gabi con la cabeza en algún lugar perdido.

—¿Papá? —Apareció Paula por el pasillo, agarrada a una sábana de pequeño tamaño y con los rizos alborotados.

—Paula, cariño. Papá está bien. —Mario anduvo rápido hacia ella y se interpuso en la línea de visión con su padre—. Solo se ha resbalado, no ha sido nada. Vamos, te llevo a la cama, que mañana hay cole.

Debilitada por su estado somnoliento, Paula se dejó hacer. En el camino, se escuchaba el lado oscuro de una carcajada lenta que, cuando parecía quedar sin voz, volvía a arrancar en un bucle desolador. Mario cogió a Paula en brazos, cerró la puerta de la habitación por dentro, la acostó y esperó a que volviera a dormirse. Su hermana, inmersa en un profundo sueño en la cama contigua, permanecía ajena al mundo de los despiertos.

A la vuelta, Gabi estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas recogidas. Había dejado de llorar, pero los estragos de dolor se notaban en su cara hinchada. La foto había vuelto a la peana de mármol. Mario se acercó.

—Se ha quedado dormida como un angelito —dijo—. Imagino que este día es muy duro para ti. —Tocó el pelo de Gabi, apelmazado y grasoso, debido a los restos del moldeador a medio fusionar por el sudor.

—Te necesitamos, Mario —contestó Gabi.

Eran dos las veces que le habían pedido ayuda esa noche y dos las veces que había respondido sacando fuerzas que no creía tener para él.

—Aquí a estaré, cerca de vosotros, siempre. Tú también deberías descansar. Ya limpio yo este lío.

Gabi achinó los ojos y asintió. Se levantó, ayudándose del mueble del recibidor, y desapareció sin decir una sola palabra más, como si lo que hubiera escuchado fuera suficiente.

8

Cuando el amor llega, relega en jerarquía a cualquier necesidad, por vital que sea. Así es como se explica que a veces se le olvidara comer por llegar a tiempo a recogerla de sus clases de cocina. O más representativo aún: que llevase días sin tomarse la última copa en el casino. Ella llenaba su día, aunque no se viesen; cocía y reducía con melosidad sus palabras solo con su existencia. Él incluso se creía capaz de abjurar su dependencia sin un último chute. Había llamado ella, contra todo pronóstico, unos días después de que se rompiera la lechera. Con ello pareció también reorientar el desnorte de aquel hombre que ya pensaba, acelerado, en el futuro. En realidad, no había cambiado mucho, aunque el nuevo cristal por el que ella lo hacía mirar lo había cambiado todo.

—¿Qué tal han ido las clases? —preguntó Julián, que aún jadeaba de la carrera que se había pegado aguas atrás en su camino para llegar puntual.

Manuela lo obsequió con un beso que entró directo y escoltado hasta la endosfera de su ser y, desde allí, desde sus entrañas, meneó cada célula en un escalofrío salvaje y cambista del significado que entendía por amor.

—Muy bien. Hemos aprendido a hacer cocido vitoriano —contestó Manuela.

—Es bastante salvaje el plato. Un cocido de garbanzos, lentejas y alubias. Llena solo de pensarlo —bromeó Julián, que se recompuso del seísmo interno al pensar en comida.

—Sí —rio ella—. A mí me ha sorprendido, está increíble de bueno. Si quieres, el fin de semana te lo preparo.

—Me encantaría, aunque ¿no debería de ser al revés?, ¿que el oriundo del lugar te cocine un plato típico a ti?

—No tiene importancia, me apetece. Contigo estoy descubriendo una ciudad que me encanta. Es lo menos que puedo hacer —razonó Manuela.

Cualquier respuesta de Manuela le habría valido debido al colocón de dopamina que llevaba encima. Las clases de cocina de Manuela invitaban a soñar a Julián. «¿Quién va a un lugar por un periodo de tiempo corto y programado, y se apunta a clases de cocina tradicional? Aquí tengo una oportunidad», pensó, aunque convino consigo que sería mejor preguntarlo.

—Qué bonita eres. ¿Y cómo así te has apuntado a clases de cocina?
—Mi *ama* es vasca, pero no cocina.
—Entonces, no lo es tanto —bromeó Julián con rapidez.
Manuela respondió con una mueca de broma mala.
—A menudo me habla de los platos deliciosos que le preparaba mi abuela cuando era pequeña.
—¿Una indirecta para que le cocines? —Julián seguía en el mismo estado de ánimo.
—Eso pienso yo —admitió ella con ironía—. Y, con tanta historia, metió el bichito en mí. Siempre me informo de las ciudades a las que voy a viajar y permanecer por un periodo de tiempo. De este lugar, todos los caminos me llevaban a lo excepcional de su gastronomía. Como los actores tenemos tiempo y ganas de aprender, al menos yo, busqué y encontré esta escuela. Te he dado varias razones, pero las más potente no te la he dicho.
—Dale.
—Voy a ser mamá —soltó Manuela con rotundidad—. Espera, que te veo venir. No estoy embarazada.
A Julián, que estaba al tanto del más insignificante detalle, este dato le valió por un viaje en montaña rusa para sus entrañas, un billete de ida y vuelta para su mente, que solo resistió porque tuvo vuelta. Acertó a pedir con el mentón que acabara el razonamiento.
—Mi ilusión es ser mamá, y de más de un niño o niña. Siempre lo he pensado, pero últimamente lo tengo mucho más presente. Confío en que sea junto con alguien, pero el final es el mismo, quiero una familia grande —remarcó Manuela—. Y entonces cocinar será una necesidad. Ahora es cuando sales corriendo.
—No. Me quedo aquí, contigo. Es un sueño mundano, pero muy hermoso. Para ser sincero, yo te echaba otro rollo. Por cierto, la función de hoy es a las seis. Deberíamos salir para el teatro.
—Me interesa saber qué apariencia te he dado, ya contarás —dijo Manuela, que guiñó un ojo de forma exagerada acompañado de una mueca con el moflete—. Sí, vamos rápido y así tenemos un rato para nosotros.
Las distancias eran abarcables para unas piernas alegres, y antes de que se dieran cuenta estaban en su dormitorio. El ejército de brazos rompió filas para entrelazarse en una guerra de vencedores sin vencidos.
—Espera, que lo había olvidado. Voy a llamar a un amigo al que quiero invitar al teatro. —Julián manejaba con una mano el móvil y neutralizaba el ataque de amor con la otra.
Manuela no paraba, lo que le producía aún más excitación.
—Buenas, Mario.
—¿Qué tal, Julián?

Mientras, Manuela le metió la mano por dentro del pantalón hasta tocarle el pene, que permanecía duro pero aún contenido. Julián se dobló hacia delante, como si Manuela hubiese dado con la dovela central de su equilibrio.

—¿Julián? —repitió Mario al ver que nadie contestaba.

—Sí, Mario, perdona. No tengo mucho tiempo para hablar. ¿Te apetece venir al teatro esta tarde? Es a las seis, la función. Te guardo una butaca junto a mí en el palco.

Manuela, a lo suyo, rodeó a Julián sin sacar la mano de los pantalones y optó por una aproximación diferente.

—La función es en un rato —contestó Mario, pensativo—. La verdad es que me encantaría, pero voy a preguntar. Espero que me den la tarde libre. ¿Y quiénes actúan?

Julián, pendiente del dedo que se deslizaba por su ingle y luego por su nalga, tensaba sus glúteos a su paso. El dedo se recreaba con un movimiento elíptico alrededor del ano. Julián dejaba de respirar cuando la posición del dedo era más cercana al centro de la figura geométrica y respiraba al alejarse.

—¡Perfecto! —Julián lanzó un pequeño grito, casi sincronizado con el inesperado movimiento del dedo de Manuela hacia el interior de su ano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Mario al escuchar el graznido.

La sorpresa y el placer eran proporcionales al dolor y pudor que sentía.

—Si no puedes venir, avísame, por favor —consiguió decir con un tono de muy baja frecuencia e intensidad, casi sin aire para acabar las palabras.

—Sí, claro. Gracias. Pero ¿estás bien? —repitió Mario.

Julián colgó sin escuchar la última frase. Lo que ocurrió aquella tarde lo perseguiría durante mucho tiempo, no como un nubarrón que oscurece el día, sino como la conciencia de una nueva puerta hacia un lugar inexplorado de percepciones y sensaciones más fuertes que cualquier droga, en el que las terminaciones nerviosas bailan aleatoriamente y funden el dolor con el placer, o el deseo con el rechazo. En el que la lengua es el músculo principal al servicio de la fruición de cada parte del cuerpo, a la vista u oculta. Un universo en el que el placer es una constante física invariable. Un sitio que todo el mundo debería visitar. Esa tarde, la puerta a ese universo se situó en aquella catedral de la cultura. El tiempo corría sin tener en cuenta las ganas de Julián de pararlo. Sin concederle ni un paréntesis para percatarse de dónde estaba y de dónde venía. Los teléfonos sonaron numerosas veces, pero, al traspasar la puerta de aquel mundo, el sonido se atenuó hasta disiparse por completo. Por supuesto, se les hizo tarde, aunque su trayecto consistía tan solo en bajar tres pisos.

Los dos corrieron escaleras abajo, conscientes del riesgo, conscientes del pecado y conscientes de la reprimenda que iban a sufrir, pero, si les hubieran preguntado, no habrían cambiado ni un solo segundo de aquel rato mágico.

Las caras de los compañeros de Manuela eran un poema. Algunos por sentirse abandonados, y otros por considerarlo falta de profesionalidad. Había uno, Emilio, cuya cara respondía a puros celos. Este, de forma ingenua y denunciable, creía tener derechos adquiridos por el mero hecho de haber llegado a la vida de Manuela antes que el resto y haber pasado más tiempo con ella, haber aguantado y disfrutado de su presencia. Un supuesto derecho de tanteo despreciado por todos y que era consentido por el grupo porque consideraban que nunca se había pasado de la raya, aunque el trazo de ese límite no les correspondiera a ellos. Julián consiguió esquivar los comentarios de los actores al pasar de largo hacía la zona de palcos y hacer oídos sordos, pero era palpable la inquina que despertaba en la mayoría.

—¿Dónde diablos te habías metido? —preguntó malhumorado Javier, el mánager—. Manuela, no estamos aquí de vacaciones.

—Perdonad. Luego lo hablamos si queréis. ¿Dónde está mi vestuario?

—Pues en tu camerino, ¿dónde va a estar? Hemos estado a punto de cancelar.

—¿Alguna vez he faltado, Javier?

—¡Date vida! Que quedan cinco minutos.

—Me sobran dos —replicó Manuela sin malas intenciones.

Había dos camerinos que se habían repartido entre mujeres y hombres, de modo que ella poseía el usufructo de uno en exclusiva por ser la única mujer. Apenas tardó unos minutos en mudar la piel. Algo debía de tener de verdad de su personaje para hacer semejante metamorfosis a tal velocidad.

Julián esquivó con un «Ahora no» las interpelaciones de don Carlos en su camino al palco. El singular espacio no era de más de cuatro metros cuadrados, con una línea de cuatro butacas antiguas, pero aún confortables. Los ribetes bordados con hilo dorado del tapizado, las lámparas pomposas de luz amarilla tenue y la balaustrada, que proporcionaba cierto aislamiento, eran detalles muy apreciados por los que frecuentaban esos butacones. Se conservaban en muy buen estado, pero el propio Julián no entendía qué valor añadido generaban para cobrarlas a un precio cuatro veces mayor que las otras butacas del teatro. Las vistas eran buenas, pero no las mejores: a la altura de los artistas y a una distancia corta, pero con una perspectiva lateral que no lo convencía en absoluto. Era como si los actores no representaran para ellos. Allí, esperaba a que comenzase la función un matrimonio joven y con apariencia adinerada. Sus opulentos colgantes

estaban más cerca de aparejos de pesca que de piezas de lujo exclusivas. No obstante, les concedía la función para la que habían sido diseñadas, la de resaltar la capacidad económica de la pareja. Marido y mujer saludaron a Julián al tiempo, como si formasen una única entidad. Julián respondió efusivo, lo que visiblemente agradó a la pareja. Fue el momento en el que Mario se coscó de que su cicerone había llegado.

—Espero que disfruten la función, familia —deseó Julián a la pareja, y señaló la barriga de la señora.

—Gracias, Julián —contestó el hombre, orgulloso de la contribución al estado de gracia de su mujer.

La mujer contestó con una sonrisa y una caricia sobre su barriga que, como una bola de adivinación, lucía redonda y perfecta.

—Qué buen rollo da ver una panza así —musitó Julián mientras se giraba hacia Mario—. Buenas, señor, ¿cómo está usted?

—Hola, Julián. Pensaba que no vendrías. La función empieza ya.

—Ya sabes, aquí te entretiene cualquiera, y además suele ser por alguna chorrada.

—Me imagino. Le he preguntado a un señor mayor muy agradable. Me imagino que será don Carlos. Me alegro de que siga por aquí —dijo Mario—. Me ha indicado cuál era mi sitio. Por cierto, gracias. Es fantástico, el lugar.

Julián se limitó a asentir con la cabeza a sabiendas de que la función comenzaba. El público calló de pronto al apagarse los focos. Las casi mil personas que cabían en el teatro, pendientes de Manuela. El boca a boca funcionaba. Otro día más, había un lleno de espectadores y de ilusión, todos deseosos de vivir otras vidas. La escena iniciaba potente, con una paliza que recibía Sofía por parte de su novio en la ficción. Parecía tan real que en las cinco ocasiones en las que Julián había visto la obra había sentido el impulso de levantarse y darle su merecido al poco hombre autor de semejante atrocidad. A medida que avanzaba la representación, se calmaba al ver cómo ella sola se empoderaba y era capaz de defenderse y hacerse respetar. En la última escena de redención de Sofía, las imágenes mentales que ella le evocaba se mezclaron con imágenes propias de sus momentos íntimos vividos con Manuela y acabó el primer acto con una erección. El aplauso fue intenso y merecido, y él fue uno de los que intentó alargar aquel espacio al pretender calmar su levitación más que por alabar el merecimiento real y ajeno. Tras la escena, Manuela se salió del papel y buscó una mirada cómplice en el palco. Le podían más las ganas de hacer un guiño a Julián que su profesionalidad, y aprovechó que el foco de atención estaba centrado en su compañero de escena. En su búsqueda, se cruzó con la mirada de Mario.

—Es ella —balbuceó Mario.

La chica de sus kilómetros a pie y sueños a vista de pájaro estaba encima del escenario, donde mostraba sus habilidades, y él, entretanto, deambulaba por ahí perdido. Parecía que, por fin, la casualidad le echaba una mano.

—¿Qué has dicho? —contestó Julián, que prestaba atención a Manuela y no tanto a su invitado.

—Nada. Luego te cuento —contestó Mario al ver que la mujer de la pareja ricachona se volvía para regañarles con la mirada.

Mario no tenía claro si ella lo había reconocido, aunque supuso que sí. La función siguió adelante con normalidad mientras los dos amigos compartían una especie de conexión telepática a través de ella, pero ajenos por completo de lo que acontecía. Tan pronto como acabó la representación, Mario, Julián y otros invitados se unieron a los actores entre bastidores. A Julián le gustaban promover esas reuniones en apariencia improvisadas. Creía que la inmersión que daba el lugar, la interacción en directo y las emociones a flor de piel eran la carne de cultivo perfecta para proyectos nuevos o crear conexiones sociales estratégicas. La metodología la utilizaba su padre y parecía funcionar, así que la hizo suya.

Julián y Mario siguieron con la mirada a Manuela, que se despedía con efusividad de una pareja formada por una señora en silla de ruedas y un hombre corpulento que la empujaba. Entretanto, se les acercó don Carlos, preocupado por el mal estado de la tramoya y con otras demandas. Mario desconectó y vio cómo se creaban otros corrillos.

Manuela, tan pronto quedó libre, fue abordada por el mánager de la compañía, que era a la vez el director de la obra. En el grupo de actores los roles estaban duplicados, excepto el de Manuela, que era insustituible: además de protagonista, era punta de lanza del grupo en el mundo teatral y la cara comercial de la obra. Estaban contentos de cómo se había desarrollado la función, pero se habían descoordinado en una escena. Manuela marcaba la entrada de un coprotagonista y, o no había sido lo bastante explícita, o su compañero andaba en la inopia. Ella hacía un monólogo que no siempre se desarrollaba igual. Le gustaba tener cierta libertad para improvisar. A pesar de que al director le ponía histérico, se lo permitían porque era brillante. Esa incertidumbre le venía muy bien a la obra, ya que había gente que repetía tan solo por verla actuar de nuevo. El problema estaba en que, al no tener un texto cerrado, podían surgir dudas con los tiempos y necesitaban de un ajuste cuidado. En esas, Mario puso la oreja, no quería interrumpir sin ninguna observación oportuna, pero tenía claro que no se iría sin saludar.

—Vamos a ver, he acabado con las palabras en las que quedamos.

Por lo tanto, la señal estaba ahí. Si Emilio se ha despistado, habrá que ir a preguntarle. No creo que sea culpa mía.

—¡Emilio —exclamó el director a otro corrillo cercano—, ven!

A Emilio, el novio en la ficción, no hubo que llamarlo dos veces. El muchacho, siempre con un ojo en Manuela, se acercó.

—Dime —respondió.

—¿Qué te ha pasado en la escena de tu vuelta a casa? Has entrado muy tarde —valoró el director—. Los espectadores incluso se han empezado a mirar entre ellos, por si ocurría algo de lo que no eran conscientes.

—No sabía que me había dado paso.

—Emilio, por favor… —La mirada de Manuela lo fusilaba—. Mira, no pienso discutir lo evidente. La señal que prefiráis, la consensuáis y me la decís. Por mi parte, no será un problema.

Manuela se marchó sin darle más repercusión al compañero niñato. Lo había rebajado de grado de madurez en su fuero interno, y ahí terminaba la controversia. Mario, que seguía al loro, aprovechó que se quedaba sola para saludar.

—Hola —le dijo.

Con su mejor cara, su mejor sonrisa y con los ojos atentos extendió su mano, que había estado calentando con el roce contra su otra mano previendo ese momento.

—Por fin, algo bueno —respondió ella como si hubiese una tercera persona entre ellos.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Mario.

—Sí, claro, el chico «Está todo bien». Ahora tienes mucha mejor cara —contestó Manuela.

—Me llamo Mario.

—Encantada, Mario. Yo soy Manuela. Qué coincidencia encontrarnos de nuevo en… ¿cuánto?, ¿un mes? Voy a pensar que me persigues.

—¿Yo? —dijo Mario, inseguro.

—Es broma, muchacho. ¿Y qué haces por aquí?

—Disfrutar de una buena función que me habían recomendado.

—Me refiero aquí detrás —precisó Manuela—. Entonces, ¿te ha gustado?

—Me ha invitado un amigo. Sí, me ha encantado, el momento del rodillazo en la entrepierna a tu marido en la ficción es sublime. Yo creo que ahí estábamos todos detrás, empujando por que ocurriera.

—Sí —rio a carcajadas ella—. Se merece eso y más, qué despreciable es.

El alborozo alertó a Julián, que se deshizo de don Carlos con un «Tomo nota» y se acercó al ver que se trataba de sus dos amigos. Las dos únicas personas que tenían permisos de acceso y escritura sobre

él, aunque el uso que hacía cada uno de ellos fuera muy diferente.

—Tienes *fans* en todas partes —dijo Julián, que no tuvo problema en mostrar que tampoco le había quitado el ojo de encima—. Qué bien los cuidas y qué efusividad.

—Sí, son los mejores —contestó Manuela.

—Claro. Todas las grandes divas dirán lo mismo de los suyos —bromeó Julián.

—Pero en este caso lo son de verdad. Esas personas eran mis padres.

—¿En serio? Otro día me encantaría conocerlos. —Julián intentó disimular la metedura de pata.

—Por supuesto. Otro día —contestó ella.

Mario no veía oportunidad de entrar en la conversación.

—Veo que ya os conocéis —dijo Julián mientras besaba en la cara a Manuela—. Cuidado chaval, es mi chica.

—Otro que se merece un rodillazo, con comentarios como ese —dijo Manuela en tono jocoso.

Mario y Manuela rieron en sintonía. Julián, consciente de su comentario desacertado, forzó una sonrisa por seguir la inercia de la conversación. Mario le sacó de aquel encierro en el que se había metido solo.

—Coincidimos por casualidad en la calle, hace más o menos un mes.

—Os iba a presentar, pero veo que ya no es necesario. Mario está como tú, acaba de llegar a la ciudad y está en fase de exploración —bromeó Julián.

—Chicos, voy a pegarme una ducha y cambiarme. Si queréis, me esperáis y vamos a cenar. Habías reservado en el restaurante Andere, ¿no es así? —preguntó ella con la mirada puesta en Julián.

—Sí, para dos —contestó Julián.

—Llama y di que somos tres —ordenó Manuela.

—Tranquilos, yo no quiero ser una molestia —dijo Mario—. Id sin mí.

—Tú te vienes, ¿tienes un plan mejor para un viernes por la noche? Si acabas de llegar, me imagino que no te sobrarán los planes —expuso Manuela sin dar opción a réplica.

No tenía ninguna excusa para decir que no y tampoco quería decirlo. Mario lanzó una mirada a Julián y no vio ningún signo de negación o disgusto.

—Vale, me apunto —dijo Mario con emoción.

—Genial, dadme diez minutos —dijo Manuela ya de camino.

La perdieron de vista en cuanto cruzó unas cortinas granates bastante cochambrosas, pero en sintonía con el sitio.

—Mario, me vas a perdonar, pero voy yo también un momento

arriba, que he olvidado la cartera.

—Claro, os espero fuera.

Julián mintió por no dar más explicaciones. Subió las escaleras de dos en dos. Se sentía sucio. En su mente, el olor a sexo lo impregnaba todo, y solo una ducha lo podía arreglar. Mario salió del teatro. La gente, en su mayoría, se había ido o dispersado entre las terrazas de la calle, que lucían llenas de la gente guapa de la ciudad.

La mesa que les ofrecieron estaba en una esquina del jardín-comedor. Rodeados de plantas trepadoras en su plenitud, era idónea para una noche romántica en pareja, pero un poco incómoda para tres. Las sillas de bambú y las farolas incandescentes le daban un aire a terraza de chiringuito playero. Dada la época en la que estaban, apetecía. El frío del suelo empedrado con la madera de las jardineras, jambas y mobiliario era una combinación ganadora.

—Has acertado con el sitio —elogió Manuela tras echar un vistazo alrededor—. Parece más típico de otras latitudes.

—Veremos la comida —contestó satisfecho Julián—. Espera, que te ayudo.

Se tenía por un caballero y no dejó escapar la oportunidad de demostrarlo ayudando a Manuela a quitarse el abrigo. Mario y Manuela se miraron para dar a entender que el gesto era más de otro siglo, aunque era todo teatro. La pelusa que sentía uno por no ser él quien descubría esos hombros y lo halagada que se sentía la otra al recibir esos gestos era notable. Se sentaron y pidieron unas cervezas para arrancar. A pesar del sentimiento agradable del gesto romántico, Manuela cambió la tipología de la reunión y la llevó por un ambiente más de colegueo entre partisanos. Cogió la cerveza y se la bebió de un trago ante la atónita mirada de los hombres.

—Como casi ni nos conocemos, propongo un juego para la cena. Cada uno hace una pregunta a los otros dos. Estos tienen que contestar con sinceridad o no, lo que cada uno quiera. El que pregunta, juzgará si ha dicho la verdad o no. Si no acierta, se bebe la cerveza que tenga en la mano; si acierta, bebe el que ha respondido. Luego, el que más veces haya perdido, paga la cena.

—¿Un juego de beber?, ¿a nuestra edad? Yo paso —contestó Julián, que en su pensamiento abogaba por que Mario se fuera a tomar por culo y lo dejase a solas con ella.

—No sabía que estaba prohibido pasárselo bien cuando creces —contestó Manuela.

—Además, juegas con ventaja —añadió Julián—. ¡Que eres actriz!

—Será divertido —apuntaló Mario la posición de Manuela—. Es una forma distinta de conocernos.

Empezaron a llegar los platos del menú degustación que habían ordenado. A Julián le costaba elegir hasta el tipo de pan, y por evitar ese momento, que daba sensación de poca personalidad, pedía con frecuencia menús ya elaborados con la excusa de probar un mayor número de platos. Todos se callaron y admiraron la pinta tan apetitosa que tenían.

—Entonces, ¿qué dices? —volvió a preguntar Manuela.

—De acuerdo —aceptó Julián con el único objetivo de no disgustarla.

—Camarero, por favor. —Manuela señaló su botellín vacío y vocalizó un gracias solo con los labios.

—Empieza tú, ya que lo has propuesto, para ver a qué tipo de pregunta te refieres —comentó Mario.

—Cualquier cosa que se os ocurra es válida —contestó Manuela—. Sin problemas, empiezo yo. ¿Un secreto que nunca hayáis confesado a nadie?

—No sé si quiero jugar —dijo Mario con ironía.

En el jardín reconvertido a comedor, el ruido ambiente lo ponían ellos, muy a pesar de un par de parejas que esperaban una velada tranquila de miradas cómplices.

—Seguro que me arrepiento de esta noche. —Mario tomó la iniciativa mientras se tocaba la frente en un ademán de secarse un sudor inexistente—. Antes, un comentario para poner en contexto. Pensad que mi familia, por parte de madre y padre, provienen de distintos pueblos pequeños. Uno está cerca de aquí, pero el otro se encuentra en la otra punta del país. De joven, en unas vacaciones en el pueblo, conocí a una chica de la que me enamoré como un idiota. Estuve quedando con ella como una semana y lo pasábamos bien. Un día, fui con mi padre a visitar a unos familiares y me presentaron a unas personas que debían ser mis tíos, y que hasta entonces no había conocido. Por detrás de ellos apareció una chica muy guapa.

—¡No! —exclamó Manuela, y alargó la última vocal.

—Sí, era mi prima —contestó con cierta pena Mario.

—Dejaríais de quedar, ¿no? —preguntó Julián.

—Sí —rio Mario—. Un mes después. El día que me volví de vacaciones.

Las risas inundaban la esquina y los tragos, sus gargantas sedientas en una noche entre amigos y cañas. Manuela miró al camarero, que casualmente la miraba, e hizo un gesto con el dedo para pedir más.

—Qué compenetración —exclamó Julián.

—¿Has visto? —rio Manuela con esa arma blanca con la que hechizaba a los muchachos que la acompañaban y a cuanto espectador pagase una entrada.

Los tres asumieron que era verdad la historia y no hizo falta

desmentir ni afirmar nada.

—Venga, ahora yo —dijo Julián al ver que a Mario le había funcionado la historia—. Tú no eres el único que tiene pueblo y batallitas.

El camarero llegó con otros tres botellines. Se vendían solos, con una capa de agua condensada por el frío y varias gotas heladas en la superficie del cristal.

—Lo que voy a contaros ocurrió hace unos cuantos años y no se lo he dicho nunca a nadie. Mi *aita* aún vivía. —Sus oyentes, una por sus raíces familiares y el otro por la proximidad de su pueblo, entendían muchas palabras sueltas en euskera—. Era una mañana tranquila de final del verano y yo estaba en el pueblo de mi *ama*. La mayoría de los veraneantes se habían marchado ya a sus respectivas ciudades de origen. A mí todavía me quedaban algunas semanas antes de empezar el instituto, así que por allí andábamos algunos amigos y yo. Todavía quedaba verano para nosotros, para sembrar el mal más inocuo, fumar porros a escondidas y quemar caminos y pantalones con el tubo de escape de la moto de monte. No os imagináis la crisis de identidad que tenía en aquella época. Botas altas, pantalones de camuflaje y un fondo de armario de camisetas negras con dibujos que, si hubieran cobrado vida, habrían puesto en peligro a la humanidad. —Hizo una parada para disfrutar de las reacciones y los gestos de los presentes.

—Todos hemos tenido épocas del estilo —dijo ella, que recordó cuando le dio por raparse la cabeza al cero.

—Ya contarás —dijo Mario—. Me interesa mucho esa Manuela.

«¿A qué viene el comentario?», pensó Julián, pero lo dejó a un lado para seguir con su historia.

—Eran las once de una mañana templada, pero con una ventisca que arañaba el agua de las nubes y la soltaba a salpicones. Bastante desapacible, diría. La cuadrilla andábamos en el bar del pueblo con café y churro en mano, decíamos sandeces y maquinábamos el plan maquiavélico del día. Como nosotros, más personas, en su mayoría hombres, habían pensado que era el sitio idóneo para esperar al escampado. Bueno, no todos. De repente, vino un vecino muy mítico, con las manos sobre su cabeza ensangrentada, y gritando: «¡Ayuda; mi madre, ayuda!».

»Al llegar al bar, explicó, con la voz entrecortada, que unos ladrones los habían raptado en su propia casa a él y a su madre, ya mayor y de salud delicada, para robarles a punta de pistola. Habían encerrado a su madre en una despensa, atada, amordazada y a oscuras. A él lo tenían atado a una silla y amordazado mientras rebuscaban dinero, joyas y cualquier cosa de valor que pudieran vender en el mercado negro. Le habían pegado varios golpes con la culata de la pistola para amainar la rabia que tenía al ver el trato que

daban a su madre.

»Después de una hora, había conseguido zafarse de sus ataduras y salió a buscar ayuda. El atraco ocurría a apenas doscientos metros del bar. —Mario y Manuela escuchaban atentos—. Las personas que allí estábamos salimos en dirección a su casa y vimos cómo los ladrones escapaban. Eran dos hombres de mediana edad. Uno estaba en el interior de un coche rojo, con el motor encendido, esperando al otro cobarde. Al ver al menos una veintena de hombres y jóvenes ir hacia él con bastones, paraguas y furia para compartir, se puso nervioso y se largó, así que dejó a su compañero del asalto tirado. El ladrón, como última intentona, se montó en el Mercedes del dueño de la casa que pretendían robar si hubieran tenido el tiempo suficiente. A pesar de que tenía las llaves, no supo arrancar el coche y decidió huir a pie.

»La adrenalina hizo que corriera lo suficiente para que no lo atraparan en las calles, pero no era consciente de la orografía, en el terreno predominaba la siembra de cereales y la ausencia de grandes montes y arboledas implicaba que no hubiera lugares donde esconderse. Para la búsqueda del ladrón, llamamos a más lugareños, que no dudaron en sumarse a la caza. Lo llamo así porque es lo que parecía.

»La gente salió con los todoterrenos y los perros para ver si daban con el atracador que les había agredido y robado. Todos nos sentíamos así. En el momento en que supimos que no había ninguna tragedia que lamentar, la situación se convirtió en algo emocionante. Perseguir en moto a un delincuente armado, cargados de razón, de rabia y de fuerza bruta. A pesar del riesgo, nadie se echó para atrás —dijo Julián, que parecía revivir el placer de aquel momento.

La última apología del héroe acabó de llamar la total atención de Manuela, que atendía ojiplática, para mayor satisfacción de Julián.

—Dimos parte a la policía —continuó este su relato—, que se personó allí y trató de apaciguar los ánimos. No lo consiguió. La mayoría de los viejos de la zona sabían que solo había un área en la que podía esconderse con cierta garantía, el río que llegaba a esa altura del cauce pletórico de agua y naturaleza después de regatear cerros y poblaciones. Tras atravesar el pueblo, se abría formando una vaguada llena de vida boscosa hasta desembocar en un pantano de perímetro difícil y agua voluble.

»Nadie coordinó una respuesta, pero todos sabíamos la lección y el mensaje que había que trasmitir: si tocas a uno, tocas a todos. La fuerza del pueblo se sentía campo a través como un zumbido temible de una colmena para acabar con cualquiera que tocara a su reina. Ahora que lo pienso, debió pasar muchísimo miedo. Pasaron horas y nadie vio señal de que estuviera por allí. Muchos pensaron en desistir, ya que creyeron que lo habrían ayudado a escapar, pues corría el

rumor de que se trataba de antiguos trabajadores del agredido. Por lo visto, los ladrones sabían que esos días del mes sacaba el dinero para pagar a sus asalariados y fueron en busca del botín.

»Como última intentona, varios fuimos a una parcela poco accesible y peligrosa, ya que la maleza no dejaba ver el agua o lo que hubiese allí debajo. Cuando nos acercábamos, escuchamos un ruido, pero parecía una rata de agua o algún ave típica de la zona. Nos liamos a tirar piedras al animal sin saber muy bien por qué, ni el lugar exacto de donde había venido el ruido.

»De repente, como si de un muerto viviente se tratara, un hombre cubierto de fango y con la ropa rasgada se levantó y salió corriendo vaguada arriba. Alguna de esas piedras le debió alcanzar. Nosotros nos asustamos mucho, aunque solo el tiempo suficiente para darnos cuenta de que era el ladrón, que huía de nuevo. Esta vez cojeaba y el peso de su ropa empapada lo lastraba. Lo alcanzamos con rapidez y, de lo que paso después —Julián bajo la mirada—, no me siento orgulloso.

»Al hombre no le dio tiempo a ver venir la cantidad de puñetazos y patadas que se llevó para el cuerpo. La gente, imparable, iba y venía a poner su granito de horror. Se protegía con los brazos las partes blandas del cuerpo y, aun así, las personas se ensañaban, transformadas por la violencia colaborativa. Yo me dejé llevar también, y le asesté un puntapié en la cabeza con mis botas militares. En el acto, él quedo boca arriba, inconsciente. Inerte, como un saco de patatas, era zarandeado sin resistencia alguna.

»Alertados por un vecino que gritaba: «¡La policía, la policía!», nos dispersamos. En ese momento llegó la Guardia Civil. También las ambulancias, que lo intentaron reanimar, pero falleció allí, en el terreno.

—Pero —dudó Manuela—, ¿es en serio la historia?

—Tal como os la cuento. Salió en todos los periódicos.

—Es muy grave —reaccionó Mario—. Nos estás contando que mataste a una persona y dices que salió en los periódicos.

—Bueno, no fui yo solo —se excusó Julián.

—Tengo el corazón que se me va a salir —dijo Manuela—. Voy al baño.

Julián dejó unos segundos que se agrandase el sentimiento de rechazo, pero no pudo evitar la risa.

—¡Que es broma! —Y liberó por completo la carcajada que retenía, impaciente por salir—. Si no tengo ni pueblo. Siempre me han dado mucha envidia las personas que tenían ese lugar en el que parecía no pasar nada y pasaba de todo.

—Qué mal gusto tienes con las bromas, ¡joder! —le afeó Mario.

—Yo he entrado al trapo por completo. Ha sonado tan real… —

dijo Manuela.

A Manuela le había gustado, más por las dotes interpretativas que había demostrado que por la broma en sí.

—Igual me he pasado, pero vuestras caras me empujaban a seguir —dijo Julián.

—Venga, un brindis —propuso Manuela.

—Por habernos conocido —completó Mario, que recobró la templanza.

—Eso es, tenemos que repetir el plan —contestó Manuela.

—Me parece una gran idea, aunque yo me voy pasado mañana de viaje de trabajo. Después, a la vuelta, cuando queráis.

—Quedamos entonces Mario y yo —sugirió Manuela con claras intenciones de importunar a Julián.

—Me la cuidas, ¿eh? —dijo Julián dirigiéndose a Mario.

La cara de Manuela era la de ir a por lana y volver trasquilada. Odiaba con todas sus fuerzas esas frases machistas de pertenencia de la mujer al hombre, pero había sacado, por iniciativa propia, bandera negra y había que acatar la respuesta del adversario.

—Faltaría más —contestó Mario.

—Ya te llamaré, Mario. Luego le pido tu número al orangután —dijo Manuela con la sonrisa marcada solo en media cara.

Las seis miradas se cruzaban cargadas de amor, envidia, necesidad y deseo. De forma bidireccional, solo coincidían en algún matiz menor. Los tres levantaron y entrechocaron los botellines con energía. Se divertían y así seguiría a pesar de las microluchas internas que tenían cada uno consigo mismo. No es que mantener la compostura y no cagarse encima, o sobre el de al lado, les resultase difícil, pero sus mundos habrían sido muy diferentes si la reputación y la conciencia no hubieran formado parte de sus actitudes y acciones. Julián habría mandado a casa de un guantazo a Mario, echado sobre la mesa a Manuela para hacerle el amor delante de todos, y luego se habría ido a echar unas monedas al casino, harto de alcohol. Mario, por su parte, se habría escapado con Manuela de la mano, para pasear, conversar y hacer el amor durante horas. Manuela habría seguido el curso de la noche y se hubiera dejado llevar hasta donde esos dos fueran capaces de llegar.

El alcohol hizo su función de catalizador para que todas esas potenciales frustraciones no aflorasen. Se quedó en una salida de amigos. Una de esas que dejan poso para tirar de ella en los malos momentos. La vuelta no fue en línea recta, aunque los tres, agarrados, Manuela en medio, lograron avanzar hasta donde se separaban sus caminos. Se pararon para despedirse. Julián, con su hombro rígido y sobrio, apartó a Mario con dudosa benevolencia. Se puso en frente de Manuela y le dio un beso largo y apasionado. No hubo respuesta

explícita de Mario, que aguantó estoicamente hasta que acabaron. Él se despidió de Julián con un abrazo y de ella con un sutil beso en la mejilla. Después de todo, Julián y Mario tenían algo más en común que una vida interior intensa.

9

Tuvo que decidir, la misma noche que se lo comunicaron, si aceptaba o desechaba el puesto de trabajo. Se había quedado vacante una posición de asesor en el consistorio de la ciudad y el alcalde quería a alguien de su confianza. Lo alababa la condición que tenía de él, pero no creía haberla justificado en las pocas ocasiones en las que habían coincidido. Temía que ambos tuvieran consideraciones diferentes del concepto confianza. Esa manera de seleccionar un candidato no lo convencía, pero la apartó de la balanza para dar importancia a lo que significaba el supuesto nuevo trabajo.

Era un sí o un no. Y dijo sí tras un acto de reduccionismo extremo, porque sintetizar los problemas para darle solución había sido el fundamento de su éxito entre los habitantes de San Zoilo. Con tal fin, la mayoría de las veces, definir el problema era lo complicado y él tenía un don para hacerlo. Sus hechos, experiencia y resultados en el trabajo público lo avalaban. De igual modo, tenía claro que una solución lo bastante buena en tiempo y forma era mejor que perderse en la búsqueda de lo óptimo. Con esas premisas postulaba a asesor de la ciudad.

Le habría bastado con presentarse en fecha y hora para alzarse con el puesto, ya que el dedo divino le apuntaba. Aunque solo fuera por gestionar de forma interna el dudoso derecho que le habían otorgado, se preparó para cualquier vicisitud que se pudiera encontrar. Un trabajo estable era de lo que bebía una relación estable. Creía en ese orden preestablecido y clasicista que se había inculcado en su casa y que, sin estar de acuerdo por completo al inicio, al desposeer de ambas premisas, había calado en él hasta el punto de perseguirlo o, en caso de necesidad, defenderlo. Aunque pudiera ser al revés y que la retahíla lo persiguiese en una especie de ecolalia diferida de la que no era consciente. Sea como fuere, era buena cosa limitar las preocupaciones. Y si el trabajo pasaba al lado de las seguridades, podría enfocarse en ella, o en él reflexionando sobre ella. Aunque ese era otro cantar, ya que cómo afrontar sus sentimientos era su león, su gran batalla. Se sentía profundamente atraído por la novia de su amigo, un amigo que confiaba en él como para dejar su futuro en sus manos y que creía en él como pilar de su recuperación. En medio de cualquier decisión que tomaba, aparecía ella con un peso crucial y bastante simple de evaluar. Bastaba con que la decisión que tomaba, si

se comparaba con la contraria, empujase con más fuerza hacia sus brazos. A falta de mayores ilusiones, o responsabilidades, era todo lo que lo movía. No podía dejar de pensar en ella hasta la obsesión.

Dijo sí al trabajo.

Su nuevo empleo empezaba al día siguiente, por lo que significaba que la jornada en ciernes sería la última en el Círculo Vitoriano. Pensaba pasar a recoger sus enseres personales, estar unas horas y despedirse de la gente. La noche en que lo decidió llamó a Greg, que aparentó gran tristeza al escuchar la noticia. Un artista de la falacia de la verdad a medias, que se apenaba más por la vuelta a su debe de todas las actividades que había delegado que por el futuro de su persona. La verdad sea dicha: se portó bien con el grosor del sobre del finiquito. La noticia de su marcha no le hizo mucha gracia tampoco a Gabi, aunque le duró lo que tardó en vocalizar cuál era el nuevo destino. A partir de ahí, todo fueron buenas palabras. Incluso tomó la iniciativa de hacer una colecta voluntaria y secreta a la que nadie se negó a aportar dinero. En apenas un mes, Mario había dejado huella, sobre todo entre la gente mayor que frecuentaba el lugar. Todos formaban su escondite en la ciudad. Sin excesos y con mucho cariño, se despidió uno a uno, les agradeció su ayuda, su compañía y su aportación al reloj sorpresa que le dio Gabi en medio de una ovación.

No sin antes darle un buen centrifugado durante días a la idea, telefoneó a Manuela. El momento emotivo que vivía fue la fuerza que presionó el botón de llamada. Pretendía ser directo, conciso y neutro.

—Buenos días —saludó Mario.

—¡Mario!, ¿cómo estás? Justo pensaba en ti —contestó ella.

—Ah, ¿sí? —Mario había especulado con infinidad de respuestas, pero justo esa no era una de ellas.

—Estoy en el humedal de Salburua, que he salido a trotar un poco. Necesitaba un poco de aire.

—Buena elección.

—Estoy viendo una garza imperial con sus zancudas patas y he pensado en ti.

—Qué graciosa, pues te debe de faltar el aire en el cerebro de correr tanto, porque mis proporciones son más de águila imperial —se rebotó Mario con tono guasón.

Se escuchaba la risa en campo abierto, y de pronto se alejó.

—Me ha llamado la atención un señor —susurró Manuela—. Tengo que estar en silencio, observando a las aves. Coméntame rápido.

—Te llamaba para pedirte ayuda.

—Tú dirás.

—Voy a mudarme y tengo que ver un par de pisos durante la tarde.

¿Te importaría acompañarme? Seguro que tienes buen ojo. Yo soy un desastre y se me escapan los detalles.

—Claro. Si es antes de las ocho, que tengo función, me apunto.

—Para esa hora nos ha dado tiempo hasta de tomar un helado. Yo invito, por las molestias.

—¡¿Qué molestias ni tonterías?! Aunque el helado suena genial.

—Me han dicho de un sitio donde están deliciosos. Iremos allí de críticos gastronómicos.

—Aún me gusta más la idea —dijo Manuela—. Criticar mientras como. Cómo me conoces.

—En realidad, no, pero me gustaría —soltó Mario como un resorte liberado.

Un silencio de apenas unos segundos se hizo eterno para él y decidió romperlo con el *rompelunas* más efectivo, una pregunta simple.

—Vale, ¿quedamos sobre las cinco en mi casa? —propuso.

—Perfecto. En un rato te veo, entonces.

—Hasta luego.

La expectación le invadió el alma, que saltaba sedienta de emociones. No tuvo que forzar ninguna sonrisa en lo que restaba de su adiós al club, la tenía esculpida por una artista de las artes escénicas temporalmente reconvertida a escultora de felicidad. Antes de abandonar el lugar, se dirigió al despacho de Greg para darle las gracias y despedirse. La oficina se encontraba al final del pasillo principal, justo al lado de la sala de recreo en la que se solían celebrar las timbas. Al llegar, se encontró la puerta abierta y entró sin llamar. Todo lo comunicativo y extrovertido que era Greg con la gente, lo era de reservado con su despacho. Mario era la primera vez que lo pisaba, aunque llevase un mes por esos lares. No había nadie y, tras un primer vistazo, le decepcionó un poco ver la simpleza en la decoración. Apenas un cuadro, un aparador, una planta y, sobre una estantería, una fila de soldados y generales nazis de plomo que lo saludaban y desfilaban orgullosos, ajenos a su reputación en la historia.

Puso todo el peso de sus sentidos en su oído y creyó localizar a Greg en otra estancia, con algún socio que se quejaba de no sé qué volúmenes de la biblioteca. Como si se tratara de un movimiento de plano de trabajo de su subconsciente, recordó la cámara que había descubierto al finalizar la partida de póquer y que nacía de ese espacio reservado. Quizá fuera el bicho que le había implantado Julián con sus teorías paranoicas o simplemente liderado por ese movimiento insumiso a su voluntad de olvidarlo, que se había mantenido oculto buscando una respuesta razonable, pero se acercó a una de las estanterías apoyada a la pared contigua a la sala de juegos. Buscó el cable de la cámara, pero lo único que quedaba era un orificio de un par de centímetros de diámetro. Siguió registrando el mobiliario sin

saber bien ya qué buscaba. Se comenzó a sentir mal por su comportamiento.

Como última intentona, abrió un aparador que, por el tono de su barnizado y sus formas rectas, desentonaba con el ambiente general de la habitación. Estaba lleno de artículos de promoción comercial, como unidades de memoria, bolígrafos y llaveros con el membrete del club. Apartó una caja para acceder al fondo y encontró una bolsa de papel cartón. Miró dentro y encontró lo que parecían dos uniformes. Su actividad neuronal se activó en una coordinación sincronizada perfecta entre sus cortezas sensoriales y motoras, sus redes de memoria y su corteza prefrontal. Todo ese potencial de procesamiento para llegar a la conclusión de que eran los uniformes de los *ertzainas* que habían aparecido la noche de la partida. Qué hacía Greg con esos uniformes era una pregunta más abierta a especulaciones. Él ya había elegido su preferida. Dejó los objetos como estaban y salió del despacho. Cogió sus cosas, que cabían en un par de bolsas de rafia cargadas hasta los topes, y abandonó el lugar, pletórico, como si hubiese resuelto un juego de escape.

Al llegar a casa se encontró a Gabi, que había llegado minutos antes a comer. El olor a puchero inundaba la casa como si estrenase cartucho de ambientador de cocido.

—Justo a tiempo, siéntate con nosotros —lo invitó Gabi—. María, por favor, ¿puedes poner otro plato para Mario?

—No, deja, yo lo hago —dijo Mario.

—Muy bien, os dejo —contestó María, y se marchó de la cocina.

Mario se sirvió un par de cazos en un plato hondo y se sentó junto a las dos niñas, que diseminaban los garbanzos y granos de arroz blanco con más rechazo que curiosidad.

—Tenemos un poco de prisa, voy a llevar a Paula al médico, que no se encuentra bien. Por lo visto, es un virus estomacal que con solidaridad le han compartido en clase. No ha mejorado desde ayer, así que la llevaré a urgencias a ver qué nos dicen.

—¿Estás pachucha, mi vida? —preguntó Mario.

Paula se tocó el estómago con la cabeza inclinada mientras de reojo miraba a su hermana, que hacía del plato un juego de canicas. Uno de los lanzamientos dio a parar en el vaso de Mario y ambas niñas no pudieron contener la carcajada.

—¡Cristina, por favor! Me estás poniendo nervioso. Vale ya de jugar con la comida.

—Vete si quieres ya con Paula. Yo me encargo de Cristina —ofreció Mario.

—Enseguida. Gracias.

—Por cierto, hay un tema —dudó Mario—. No sé cómo empezar.

—Dilo y ya está.

—Esta mañana, en la despedida, he entrado en el despacho de Greg y, por casualidad, he encontrado como unos uniformes de *ertzainas*. Es muy raro. Me pregunto si son los de la partida. —Mario miró a las niñas, que estaban a lo suyo—. De lo que ocurrió en la partida, ya sabes.

—¿De qué me hablas, Mario? No tengo ni idea, pero imagino que será de alguna historia del club. A menudo hacen fiestas de disfraces, actividades con instituciones, qué se yo. Pensé que me ibas a hablar de tu nuevo colega, al que, por cierto, lo he estado pensando y le voy a extender tres meses la fecha límite para el pago de la deuda. No sé qué es lo que me ha hecho cambiar de opinión, pero es la última oportunidad que le doy. La última.

—¿En serio? Creo que es lo correcto. Luego se lo cuento. Hay otra cosa que te quería comentar. —Mario se frenó.

—Suéltalo todo de una vez, que me voy.

—Te quería agradecer cómo me habéis acogido durante este mes, me siento como de la familia.

—Eres de la familia —puntualizó Gabi.

—Se agradece. El caso es que he encontrado una casa que me gusta y que voy a visitar en unas horas. Creo que es el momento de que busque mi propio hogar. Está a un par de calles de aquí, así que nos seguiremos viendo a diario.

—Por desgracia, era consciente de que la situación no duraría para siempre, así que te entiendo. —Gabi, se acercó y le tocó el hombro—. Me alegro por ti, amigo.

María entró de nuevo en la cocina.

—Nos vamos. Paula, ponte la chaqueta. Mándame al móvil las señas del piso que vas a visitar y le pregunto a un contacto del Ayuntamiento a ver si hay algún problema en la construcción o con el propietario —ordenó Gabi—. Es importante que esté todo legal y en orden para que no haya ninguna sorpresa después.

—Descuida, ahora lo hago. Gracias.

—María, Cristina tiene deberes, que se ponga con ello y no vea la tele. En un rato volvemos. —Gabi cerró la puerta sin esperar contestación.

—Ven, Cristina. —María le cogió de la mano y juntas fueron a su habitación.

La algarabía dio paso a la calma, no así en el interior de Mario, que tenía en la inminente compañía de Manuela el centro de su ajetreado día. Una vez solo, la impaciencia y el nerviosismo pudieron con él y se bajó antes de la hora a esperar sentado en una terraza, con un café solo ardiendo como compañía.

Mensajeó a Gabi con la dirección de la casa que iba a visitar y se regaló a la contemplación. Parecía un cazador en el puesto de paso de

palomas con su habilidad verbal como única arma arrojadiza. La casualidad tuvo uno de esos episodios que fundamenta a algunos a creer en rocambolescas fórmulas de guía de la vida humana al aparecer la más bella de las aves sobrevolando su puesto. Estaba perdida y miraba los números de los portales. Él la observaba, agazapado en su silla de plástico, sin saludarla. Ella no lo veía. Vestía una blusa blanca que llevaba suelta, unos pantalones grises ceñidos y unos botines finos. El atuendo definía con detalle algunas partes y dejaba a la imaginación otras. El movimiento libre de la blusa en la zona abdominal dejaba adivinar unos pechos grandes. El pelo, liso y suelto, bailaba con la brisa, que aceleraba a rachas.

—¡Manuela! —exclamó Mario antes de que pasara ella de largo.

—¡Ah! Estás aquí. Perdona, llego un poco tarde. No sabía dónde caía tu número.

Mario se levantó y le dio dos besos. Habría deseado ser ruso para poder darle algunos más. Su lado más soñador dejaba una posibilidad a que él fuera la razón de las mejillas coloreadas de rubor con las que había llegado. Su radar interno, más realista y racional, intuía algún sentimiento en el aire, aunque desechaba su influencia en el maquillaje natural de su cara.

—Tenemos tiempo. Vamos. —Con suavidad y firmeza, la agarró de la mano, que al poco soltó, ya en marcha—. ¿Qué tal el día?

—Pues el paseo muy bien, pero me he empezado a sentir mal después de la comida.

—Si quieres, posponemos la visita —sugirió Mario, que paró en el acto y miró preocupado a Manuela.

—No, tranquilo. Me empiezo a sentir mejor.

—Algo te habrá sentado mal.

—No es la sensación, es más como ganas de vomitar. Pero es igual, ya estoy mejor. ¿Dónde vamos a ver la casa?

Mario no pretendía parecer pesado y dejó el tema.

—Es aquí cerca, en una plaza pequeña, a un par de manzanas. Aunque no tengo claro cuál es el camino más corto.

—Quién no tiene cabeza tiene que tener piernas —contestó Manuela, y tomó la iniciativa adentrándose en el Casco Antiguo por su lado este, a través de un cantón con escaleras interminables.

Mario la siguió de buena gana. De mutuo acuerdo y sin terciar palabra, cogieron la primera calle a la izquierda para evitar el resto de las escaleras, que empezaban a pesar en sus piernas. Ninguno de los dos conocía el trazado, pero disfrutaban del laberinto de dificultad principiante en el que estaban inmersos. La estrechez de las calles y el reducido radio de la trayectoria impedía ver más allá de diez metros. Esa incertidumbre del camino despertaba una expectación contestada y satisfecha por la arquitectura que descubrían a su paso. La dignidad

con la que los edificios se mantenían en pie, muchos procedentes del Medioevo, llenaban el paseo de bienestar.

Anduvieron hasta el cruce con el siguiente cantón en busca de un paso más amable para su musculatura, pero un sabor agridulce les inundó el gusto. A sus pies volvían las escaleras como una referencia circular que los llevaba al sitio de partida. Pero era solo una ilusión. Al levantar la cabeza, dos murales de colores vivos le echaron una mano a su voluntad. Bien cuidados en su temática y técnica, servían de cebo para tomar la calle de esfuerzo y recompensa. Las palabras no fluían porque los pensamientos evocados copaban sus mentes. A mitad de cuesta, una muralla y una puerta con un rastrillo amenazante les daban la bienvenida a la pequeña aldea de Gasteiz. Con tal espectáculo en el horizonte, el esfuerzo era secundario.

—Qué bonita es esta zona —alcanzó a decir Manuela, sin desviar la vista y agarrándose al brazo de Mario.

Él deseó haber nacido con el sentido del tacto concentrado en su antebrazo para percibir y trasmitir más información. Intentó disimular su chaladura.

—Sí, es como retrotraerse a otra época —contestó él—. ¿Tú de dónde eres? —preguntó con clara intención de facilitar también un acercamiento mental.

—Soy suiza —respondió ella con un acento que no hacía verosímil su revelación—. Pero si te preguntas por mi acento, lo tengo gracias a mi madre donostiarra. Mi padre es el causante de mi origen guiri.

—¿Hace cuánto viniste?

—A Vitoria llegué el día que nos encontramos en la parada. Hará un mes.

—Un mes y dos días —precisó Mario—, aunque me refería al país.

—Me tiré viajando toda mi niñez y mi adolescencia, y tengo una nebulosa de datos importante, pero esa fecha sí la tengo: hace dos veranos que empecé la universidad, así que dos meses antes nos mudamos a España.

—¿Nos?

—Sí, mis padres y yo, aunque yo me quedé en Madrid y ellos fueron a San Sebastián, para estar cerca de la familia.

—Ah, los que vinieron a verte actuar. —Mario recordó la secuencia con la madre y la silla de ruedas, aunque no se atrevió a preguntar por su estado de salud—. Espero que se recupere pronto, tu madre.

—Gracias. Yo también lo espero. —Bajó la cabeza como si no creyera en sus palabras.

—Entonces, ¿estás de paso o ya te ha seducido la ciudad para que no te vayas? —preguntó Mario con vitalidad restaurada.

—¿Y en qué diario dices que sale esta entrevista? —preguntó Manuela con semblante serio.

—Ay, perdona. Tienes razón, pregunto mucho.

—Tranquilo, es broma. Es que has dado un poco en el clavo. Ese tema me perturba, puesto que es una decisión que cubre muchas capitas que llevo ya puestas.

—Si quieres, soy todo oídos. Quizá una opinión de alguien ajeno te ayude.

—Ya no eres ajeno a mí —contestó ella, que le apretó aún más el brazo.

—Ajeno a tus inquietudes —corrigió Mario.

—En ocasiones, hasta yo me siento ajena a ellas por las decisiones que tomo.

No hubo respuesta de Mario, aunque sus expectativas por escucharla crecieron. Habían llegado a la cima y final de la calle. Las alternativas eran una dirección y dos sentidos, ambos apetecibles.

—Sentémonos y te cuento —propuso ella.

Manuela escogió su derecha, donde una especie de patio de armas daba la seguridad necesaria para confesar sus incoherencias. Se sentaron en unas escaleras de piedra.

—A ver si logro explicarme —dijo—. El trabajo como actriz me encanta. Me siento el puto centro de atención. El mundillo de los actores, viajar, la libertad que te da esa vida… No me importó aparcar la carrera para mantener esto. Además, andar de un lado para otro es lo que mamé de pequeña y me siento cómoda. Hasta ahí, todo bien. ¿Tú nunca has querido algo mientras haces lo contrario?

Mario no tuvo que pensar demasiado para concluir que sí, aunque mantuvo la atención en ella.

—¿Y qué es lo que buscas?

—Esta dinámica no es la que quiero. Me gusta mi vida, pero otra parte de mí desearía asentarse en un lugar, retomar mis estudios, construir una historia con alguien y un entorno estable. Creo que este lugar es el apropiado para ello. La inercia me arrastra, joder, estoy muy perdida. Si me dejo llevar, con seguridad, a ti y a Julián también os dejaré atrás, como acabo haciendo con todo, con todos.

Manuela soltaba las frases en crudo y sin puntuación, como si cayeran sin control alguno desde una bolsa llena de deseos y rechazos. Mario se limitaba a analizarlas y valorar en qué grado le afectaban.

—Eso no es todo. Mi madre tiene una miastenia grave.

—Perdona mi ignorancia —contestó Mario con cara de no entender las implicaciones de dicha revelación.

—Es una debilidad muscular que te incapacita. Necesita ayuda para casi cualquier actividad, y yo parece que huya de los problemas.

—Lo siento —contestó Mario—, pero ninguno escapamos a las dudas. Yo llevo una temporada en la que he recorrido un camino y mi cabeza, infinitos. Hace dos meses vivía en un pueblo despoblado sin

intención de moverme, y ahora voy camino de ver una casa en una capital de provincia. Con todo lo que me has contado, por muy perdida que creas estar, me parece que lo tienes bastante claro y ya has elegido.

—Sí, has acertado. Quedarme parece ser la opción que he escogido. En dos semanas acaban las funciones en Vitoria y nos quedan solo dos ciudades más en la gira. He comunicado al grupo que, en cuanto acabemos, lo dejo —dijo con una sonrisa incompleta—. No continúo con ellos.

—Me da pena, se sostienen gracias a ti. No es que quiera que cambies de opinión, pero es lo que sentí cuando os vi actuar.

—Son una buena compañía, sobrevivirán —opinó Manuela sin creerse por completo sus palabras—. La verdad que todo ha ocurrido muy rápido. Vine, conocí a Julián, me enamore del lugar y aquí estoy. —Echó un vistazo a su alrededor—. Al descubrir estos rincones, me reafirmo en mi decisión.

—¿Cada razón en ese orden? —preguntó Mario.

—No sé ni el orden ni la intensidad de cada razón. El paquete completo supongo que es lo que me ha ganado. Como te he contado, estaba cómoda con la situación, pero incómoda conmigo. Aquí he encontrado un poco de paz mental, un sitio donde me veo en un futuro y quiero explorarlo. Acabaré la carrera de Medicina aquí.

—Te entiendo. Haces muy bien al pararte si has encontrado lo que buscas. Me siento un poco identificado contigo —dijo Mario sin parecer muy convincente, aunque sí cercano.

—Oye, vamos a llegar tarde.

—Creo que es por allí. —Mario señaló el lado contrario al que habían tomado.

Avanzaron con un andar dubitativo de turistas despistados. Apenas una decena de metros más adelante, una pradera de cemento servía de jardín particular de una iglesia convaleciente que les llamó la atención.

—Es la Catedral Vieja —informó un anciano que arrastraba una cojera, pero que estaba en buena forma con sus palabras—. ¿Tienen hijos?

Los dos jóvenes se miraron sin lograr descifrar el pensamiento del otro y dio como resultado sendas sonrisas estúpidas de escapismo.

—No… —respondió Mario.

—No, señor, pero estamos en ello —interrumpió Manuela, haciendo gala de sus dotes de interpretación y sin dejarle acabar la frase a su pareja en la ficción.

La carcajada de Mario fue imposible de disimular.

—Es la mejor parte —dijo el anciano, que se quitó la boina y la agarró con las dos manos, como si quisiera que ese periodo de su

pasado no se escapase—. Yo me casé en esta catedral hace ya cincuenta años.

—Toda una vida. —Mario imaginó una historia de amor desgarradora como las que había soñado siempre vivir.

—Todavía recuerdo con todo detalle aquel día. Llegamos montados a caballo, fue capricho de mi mujer. Parecíamos dos emperadores. Seis hijos salieron de aquella decisión. No está mal, ¿eh? Lástima que ella ya no pueda disfrutarlos. Se marchó hace un año. — Aquel anciano cuyo pelo blanco aún permanecía tieso con cierta gracia juvenil acabó la oración cuesta abajo

—Lo siento mucho. Se lo ve a usted bien —cambió de tema con la intención de que aquel señor recobrara el ánimo que empezaba a decaer.

—*Mens sana in corpore* viejo —sorprendió el anciano a los jóvenes, que asentían.

—Por cierto, caballero. La plaza de la Burullería, ¿sabe dónde queda? —preguntó Mario.

—Ahí detrás de la catedral la tenéis. Mirad, bajáis por la cuesta y a mano derecha. No hay pérdida.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

—Nada, hombre. Y mucha suerte. —Le guiñó un ojo aprobador, como si diera el visto bueno a su objetivo de tener descendencia con aquella bella mujer que lo acompañaba.

Manuela se había convertido en la admiradora número uno de aquella persona afable y entrañable, representante perfecto de cómo la había tratado la ciudad desde su llegada. Siguieron descubriendo rincones mientras el anciano se alejaba en busca de otra víctima a la que darle calor y amor en forma de palabras amables y certeras. Las terrazas, llenas con vasos de martinis y niños persiguiendo a otros niños, daban color a aquel cuadrilátero convexo necesitado de algún tipo de vida fuera del gris. El jardín que necesitaba estaba a apenas unos metros, pero lejos del plano que inmortaliza aquella estructura histórica desde cualquier ángulo posible. La alfombra verde y oculta tras un pasadizo fue descubierta por la curiosidad de Manuela, que miraba todo desde los ojos y las manos de una niña. Una mirada privilegiada que convertía una caja de galletas en una casa de campo o un canutillo de papel en un catalejo pirata. La sombra que ofrecía el jardín sirvió de lugar de avituallamiento y punto final del gradiente que el sol imponía. Retomaron su camino y obedecieron al anciano, que debía de saberse cada piedra de aquel lugar. Bajaron la cuesta, que a la vez bordeaba la catedral, y una hermosa plaza emergió con gusto, las servidumbres físicas de su entorno en perfecta armonía con su suelo y sus muros empedrados. Cantos que, si les hubieran dado a elegir, habrían desechado la libertad por seguir formando parte de

aquel maravilloso lugar.

—Sí, quédate la casa —valoró Manuela mientras esbozaba una sonrisa que no llegó a gesticular con nitidez.

—Ten paciencia, no sea que se trate de un palomar. Que he visto cada cosa… —contestó Mario.

Buscaron la calle y el número, y la cosa siguió mejorando. No había palomas ni otros animales ocupas, pero sintió que el sitio era perfecto para cuidar pichones o lo que estuviera por venir. Sobre todo, si la persona que lo acompañaba durante la tarde, lo acompañaba el resto de sus días. Las vistas a su frente eran hermosas, con una torre que se abrazaba ella misma con esos dedos pequeños y esbeltos mientras rezaba por que el suelo no tiritase. Las palabras bellas que la describían se intuían por encima de la algarabía de un grupo de turistas que parecían sumergidos en un partido de tenis por sus giros constantes de cabeza. El hombre de la inmobiliaria apenas se esmeraba en mostrar con detalle la casa, aun a sabiendas de que era la primera vez que la enseñaba y que en breve le daría boleto. A Mario le producía cierta rabia que economizase energía en su propio trabajo. Era la antítesis de su persona, que se desvivía por sumar cuando alguien acudía a él con algún cero a la izquierda. Su conciencia no siempre jugaba en su equipo, y se hizo notar al lanzar ideas contradictorias sobre su afición de juzgar a las personas sin conocerlas. Un mensaje de texto procedente de Gabi interrumpió el momento. «Todo en orden en esa dirección», leyó Mario.

—Pues me gusta —dijo Mario tras el empujón de la lectura—. Estoy interesado.

—Estupendo —respondió el agente, al que por primera vez se le veían los dientes entre los pliegues de su cara y la frondosidad de su barba, y que permanecía inmóvil y con idéntica ausencia de actitud—. Pues, como hablamos por teléfono, son doscientos cincuenta mil euros la venta, o mil euros de alquiler.

—Espera —dijo Manuela, y apartó a Mario lejos del agente mientras negaba con la cabeza a cámara lenta.

—¿No vas a regatear? —susurró Manuela, al no entender la actitud pasota de Mario en la negociación.

—Al hombre me gustaría regatear y dejarlo atrás —bromeó Mario con escaso éxito.

La cara de circunstancias de Manuela, que parecía no entender nada, ni su actitud, ni su locución, lo llevó a reformular sus palabras.

—Me pone enfermo su parsimonia. Me encanta el piso y quiero acabar con esto —contestó Mario con una prisa que hasta entonces no tenía—. Alquilar era mi idea inicial, pero voy a comprarla.

—Vale. Tú calla y sígueme el rollo —terminó la conversación Manuela.

Ella mutó el rostro de tal forma que hasta el propio Mario se extrañó. Negó con la cabeza, contrariada con lo que Mario no había dicho, ni siquiera pensado. Contrariada, entonces, con alguien imaginario que la ayudaba a gestar un plan improvisado y creíble. Se giró con lentitud para que el agente la viera de cara, no conforme con el posible trato.

—Cariño, ¿y qué hacemos con el estudio? Yo me había hecho otra idea. En el otro piso… —dijo Manuela con un tono de decepción—, yo creo que en el otro sí tendríamos un espacio ideal para el estudio.

—Tienen el salón con metros suficientes —se entrometió el agente al ver que la mujer podía fastidiarle, más que la venta, la tarde. Ya había pensado en gastarla en hacer nada—. Son casi treinta metros cuadrados, y estos espacios diáfanos escasean por la zona.

El vendedor lanzó una mirada a Mario para ver si era cómplice del bandazo que había tomado lo que parecía un acuerdo indoloro.

—Mire, nosotros podemos ofrecerle doscientos veinte mil euros. El dinero no era problema hasta ahora porque pensábamos montar el estudio en el piso, pero al ver que no es posible, nos obliga a buscar una lonja. No contábamos con ello —dijo ella llena de razón fantaseada.

Mario vio clara la jugada.

—¿Francisco era su nombre? —preguntó sin dejarle tiempo a contestar—. Francisco, tenemos veinte mil euros aquí porque teníamos muchas expectativas con el piso. Y no le voy a engañar: el piso nos gusta. Bueno, diría que a mí más que a ella, pero lo queremos los dos. Lo que comenta Manuela es cierto, y a mí estas cosas me gusta solucionarlas con rapidez y que no se conviertan en dolores de cabeza. Podríamos hacer la reserva ahora mismo y adelantar este montante. En dos días tendrías el resto. Entendería que dijera que no, pero es la única oferta que haremos. Le agradeceríamos mucho que nos diera contestación en el acto, si fuera posible. Y si no fuera posible, pues en un espacio corto de tiempo.

El agente se fijó en el fajo que había sacado Mario mientras postulaba su oferta. Eran cuarenta billetes de quinientos euros, lisos y atados con un fleje hecho de algún papel cartón elegante. El agente inmobiliario creía alcanzar el olor a billete nuevo que imaginaba que desprendían.

—Mire, don Mario, el piso tiene un precio de venta muy ajustado, pero creo en sus palabras de que no habrá otra oferta. Yo tengo la obligación que me ha dado el propietario de transmitirle cualquier oferta que llegue por el piso, y es lo que voy a hacer. Si me permiten, lo llamaré. Si es posible y lo decide al instante, les podré dar una respuesta. De lo contrario, deberemos esperar la contestación si deciden mantener la oferta —dijo con educación el agente.

—Me parece justo y necesario —contestó Mario, serio como nunca, pero agradecido que se decidiera a trabajar un poquito.

El agente se metió en una de las habitaciones y cerró por dentro. Mario y Manuela se miraron, cómplices, y se dedicaron a dar paseos cortos y observar detalles de la casa. Cuanto más la miraban, más les gustaba. Manuela se fijó en un cuenco de cerámica con una superficie rugosa que parecía de diseño. Lo cogió y lo ocultó detrás de un butacón antiguo que presidía la esquina del salón.

—¿Qué haces? —preguntó Mario con alta intensidad y bajo volumen mientras hacía el gesto de que devolviera la figura a su sitio.

No le dio tiempo a decir otra palabra. El agente entró en el salón con cara de haberse metido un chuletón entre pecho y espalda, o pensando en hacerlo.

—Muy buenas noticias, pareja; esto no me ha pasado en veinte años de profesión. El propietario no solo va a tener en cuenta vuestra oferta, sino que la mejora. Si lo cerramos ahora, el precio final sería de doscientos mil euros. Han tenido suerte, parece que tiene urgencia por vender porque se va de viaje. Hay que cerrarlo hoy, a lo sumo mañana. ¿Habría algún problema?

Manuela lanzó un grito agudo de joven norteamericana excitada y corrió a abrazar a Mario. Este no sabía muy bien cómo comportarse, la celebración estaba fuera de su registro teatral. Se limitó a dejarse abrazar y besar. Se sentía paralizado. Cada abrazo de Manuela, él lo celebraba con sus cinco sentidos y con el corazón desbocado.

—No, ninguno —consiguió decir Mario.

—Enhorabuena —dijo el agente para acortar la escena y acelerar la gestión.

—Gracias —logró decir Mario, al que le temblaba la pierna si no ponía el suficiente peso sobre ella.

A pesar de que era su primera vez en la tesitura de compra, solo podía pensar en que no acabase nunca la función. Era más feliz en la ficción que en la realidad. Se separaron y Manuela le guiñó un ojo. Mario lo consiguió obviar y disimuló al percatarse de que el agente los miraba con cara de aburrimiento.

—Venga, sí. Cerremos el trato de una vez —dijo con ilusión renovada.

El intercambio fue rápido. El agente tenía preparado todo lo necesario, al igual que Mario, que portaba su parte: el dinero. Una vez acabaron, se despidieron del agente, que parecía orgulloso con el trato que había cerrado, y abandonaron la vivienda, el portal y la plaza.

—¡Uf! —Mario hizo un sonido de exageración al perder de vista el edificio al remontar la calle a su izquierda, que le resultaba conocida —. No sé si decirte que vas directa al Óscar, o que me das miedo.

—Lo hemos hecho en equipo —se quitó mérito Manuela—. Has

estado oportuno con lo de la reserva, ha sido la intervención que ha marcado la diferencia, ver la seriedad y la prueba de pago. Me lo he pasado genial.

—Yo también —dijo Mario, al que le venían aún imágenes del momento—. Oye, ¿por qué has escondido el cuenco? Casi te pillan.

Manuela rio sin taparse la boca de las manos, sabía que su dentadura ordenada y perlítica era uno de sus encantos.

—Me ha encantado el cuenco y me ha hecho gracia pensar que, dentro de unos años, cuando lo veas en tu casa, te acordarás del rato divertido que pasamos juntos en el escenario. —Volvió a sonreír.

—¿Cómo así? —contesto Julián sin entenderlo del todo.

—No lo encontrarán y se quedará ahí. ¡Y será nuestro! —respondió Manuela con una entonación de reina malvada de película.

Mario se rio con la ocurrencia tan extraña de Manuela, pero que conjugase en futuro algún verbo y que referenciase a ellos en la misma frase bien merecía cualquier riesgo tomado. Su cabeza estaba todavía en sus curvas, de las que había sido testigo, pudiendo certificar la realidad que se dibujaba en su pensamiento. Lo que también pertenecía a la realidad era la erección de caballo que arrastraba desde el piso tras el contacto con ella y que era difícil de disimular.

—Pues gracias por el regalo —dijo él—. Por cierto, es extraño que bajase el importe, ¿no crees?

—Ya has oído al agente, tenía el propietario prisa por vender. Oye, no pasa nada porque te ocurra algo bueno de vez en cuando —contestó ella, y lo acompañó con un guiño.

—Tienes razón. Además, un amigo ha revisado la situación legal del inmueble —contestó Mario, que estaba ya más en el porqué del gesto lanzado por ella—. ¡Que me he comprado una casa! —dijo un poco más consciente de su actividad—. Vamos a celebrarlo, te has ganado dos bolas de helado.

—Vale, ¿vamos bien por aquí?

—Sí, por aquí cruzamos el Casco Viejo a lo largo. Ya me empiezo a situar mejor. Diría que ya tengo mapeado en mi cabeza la mayoría del centro histórico —dijo Mario, más seguro de su persona y su lugar en el mundo.

—Yo todavía no. Las calles, en su mayoría, las siento desconocidas.

Caminaron relajados, charlando. Mario llevaba puesta esa sonrisa estúpida que pretendía que no le pillaran en fuera de juego, pero que mantenida en el tiempo resultaba aún más estúpida que el efecto que quería evitar. Aunque todo eran nimiedades comparado al sentir mutuo, y es que ambos parecían encontrarse en la misma frecuencia vital. Se acabaron la calle que una vez más enseñaba que allí afuera había algo más allá que el mundo interior de uno. Un mundo externo donde la gente compartía y recibía a golpe de vaso.

Bajaron La Cuesta mientras observaban la contrapuesta seriedad de los edificios con la informalidad inherente a los jóvenes, que aprovechaban cualquier diferencia de nivel en el mobiliario urbano para sentarse en corro y vivir la vida en cuadrilla. Los temas sobre sus orígenes y sus sueños se turnaban con temas más mundanos. El auge del reciclaje y su necesidad urgente de generalización a todos los estratos sociales e industriales, la alimentación sana como estilo de vida o la necesidad de una vida activa. Todo eran buenas palabras que se compraban el uno al otro. Andaban en paralelo y, en ocasiones, sus brazos y sus manos se golpeaban unas con las del otro y al revés. Lejos de evitarlo, cada vez sucedían en un espacio recorrido menor. Asumían una inconsciencia de sus actos que faltaba a la verdad. Llegaron a la heladería y una cola de una decena de acalorados y golosos les dio la bienvenida. La diosa de la justicia muchas veces no se encontraba a la espalda de los que conseguían la fama en sus actividades, pero sí de los que conseguían la excelencia. En este caso coincidían, y generaciones de personas de la ciudad lo disfrutaban. Pidieron un helado de leche merengada una, y de chocolate belga el otro, y se sentaron en las escalinatas de la Virgen Blanca para recibir al sol de cara.

—Qué delicia —dijo él.

—Sí —confirmó ella—. ¡Ostras! El idiota de Emilio está allí sentado, en la terraza de enfrente. No mires. A veces tengo la sensación de que me persigue. Es al único que me encuentro, y con frecuencia a diario.

—¿Qué estás diciendo? Igual tenemos que hablar con él.

—Tranquilo, lo tengo controlado —dijo ella para quitarle hierro al asunto.

—De acuerdo, pero, de todas maneras, no me quedo tranquilo. Te propongo una cosa. Hagamos un pequeño juego para confirmar o desechar tu intuición. Si existe tal posibilidad, hoy se acaba.

La seguridad de sus palabras hizo que Manuela le siguiera la corriente. Ella tenía el día juguetón y, además, le veía cierto sentido a todo aquello.

—Vamos a despedirnos de forma desmedida para que se cosque, y yo me iré cruzando la plaza. Tú te metes por esa calle de la derecha, que parece menos transitada.

—Es la calle Correría.

—Sí, por ahí. Yo cruzaré la plaza y giraré a la derecha en cuanto pueda. Luego me meto por el primer cantón que vea, también a la derecha, hasta llegar a tu calle. Allí nos encontramos y nos reímos de la tontería que estamos haciendo, ¿te parece?

—Me parece una tontería muy mía, así que perfecto —aceptó ella.

La pantomima empezó con ellos de pie, un par de besos de

telenovela, ruidosos y falsos, buenas palabras de volver a quedar y saludos en diferido a gente en común. Anduvieron un tramo juntos y se separaron mientras se decían adiós hasta que giraron sus cabezas y fijaron su mirada en la dirección de su caminar. Ella, con ritmo errante, se adentró en la calle, mirando escaparates y bares con buena pinta que apuntaba en su cabeza para volver. Él, con un paso más decidido, como si lo esperase alguien y sin reaccionar a lo que pasaba a su alrededor. Se notaba quién era la profesional de la farándula.

Al minuto de andar en soledad, Mario se puso nervioso al pensar que igual no era tan buena idea tentar a la suerte con un tema así. Volvió sobre sus pasos, pues era el camino más corto para encontrarse con el resultado de su juego, que había dejado de serlo para él hacía ya unos segundos. El tal Emilio no estaba en su sitio y tampoco en los alrededores. Aceleró hasta donde lo habían visto sentado y miró a su alrededor, primero a media distancia, luego hasta donde alcanzaba su mirada.

Se adentró en la calle Correría y tampoco vio nada. Siguió andando y escuchó unos gritos cerca, pero sin saber su procedencia exacta. Corrió unos metros hasta que encontró una calle que no era tal. Allí se encontraban Emilio y Manuela, que discutían al lado de una puerta con forma de arco. «Quítame las manos de encima», escuchó que decía Manuela antes de lanzarle a Emilio un rodillazo directo a la entrepierna. Este retrocedió y se inclinó hacia delante, con un aullido salvaje.

—¿Qué haces, puta loca? —Emilio se reincorporó impulsándose hacia delante.

Mario no necesitó más para acelerar y caer sobre Emilio para separarlo de ella con un fuerte empujón. Su masa, en línea con su uno noventa de estatura, hizo que Emilio aterrizara a varios metros, a los pies de unas escaleras al cielo. Se acercó de nuevo y lo levantó de un arreón. La adrenalina, en connivencia con su musculatura, propició tal alarde. Lo miro a los ojos y apretó la mandíbula.

—No voy a discutir contigo, ni te voy a romper la cara ahora mismo. Así que puedes estar tranquilo y atento a lo que voy a decir, porque no lo repetiré de esta forma tan amable. Tan pronto te suelte, te largarás y no aparecerás en la vida de Manuela, jamás. Cuando digo jamás, es jamás. No quiero excusas del teatro, no quiero ningún tipo de excusas. Si apareces, no me verás venir y te arrepentirás el resto de tu vida.

—¿Me estás amenazando? —logró decir Emilio con el resto de orgullo que le quedaba.

—En efecto, es lo que estoy haciendo —dijo Mario, que apretó con más fuerza sus puños y levantó en el aire, a dos dedos del suelo, al individuo.

Algunas personas que pasaban por allí se apelotonaron al ver la escena que no entendían.

—Vale, vale. Suéltame, por favor. —Emilio, tan pronto tomó tierra de nuevo, se apresuró en coger las gafas que se le habían caído en el vuelo anterior.

Emilio temblaba. Se recompuso mientras se metía el polo por dentro del pantalón y se fue a trote con un leve cojeo y sin mirar a la cara a nadie de los que se encontraban allí. Mario se acercó a Manuela.

—¿Estás bien?

La gente se dispersó un poco decepcionada por lo mucho que prometía y la poca acción que habían tenido. Solo una señora de avanzada edad, que había llegado tarde, se acercó y se interesó por lo que había sucedido.

—¿Qué ha pasado?, ¿estáis bien?, ¿necesitáis algo? —Parecía sincera y sin querer vender la noticia en la cola del pan por un poco de atención.

—Estamos bien, señora —tomó la iniciativa Mario—. El idiota ese se ha pasado y le hemos tenido que parar los pies. Muchas gracias por preocuparse.

—Me parece muy bien que le hayas dado lo que se merece —dijo la mujer, que se giró con lentitud y se marchó murmurando—: No sé qué les pasa a los jóvenes hoy en día, están todos salidos.

Mario y Manuela se miraron, incrédulos.

—Cuéntame qué ha pasado, por favor —pidió Mario.

—Emilio me ha seguido y, a esta altura, me ha parado y preguntado que con cuántos estaba jugando, aparte de con él.

—Me he asustado mucho al volver y no verte. ¡Vaya gilipollas! Le tenía que haber dado bien fuerte. —Mario se hinchó de rabia *tribunera*.

—Venga, Bud Spencer —contestó ella, que parecía más tranquila que él—. Le he dicho que se largara y que la próxima vez que lo viera merodear a mi alrededor, y más fuera del trabajo y con esa actitud, lo denunciaría por acoso. Ahí él se me ha acercado y me ha puesto la mano en la cara como para acariciarme mientras me decía que me fuera con él. Me lo he quitado de encima. Luego has llegado tú. Yo sola me bastaba para defenderme.

—Estoy seguro de que sí, pero ha sido instintivo. Lo siento si te ha incomodado que me entrometiera sin antes preguntar.

—No, no. Mentiría si digo que no me ha gustado tu reacción, aunque lo que sí me molesta mucho es el relato del héroe que salva a su princesa, cuando esto iba camino de princesa aplasta a gilipollas.

Mario disfrutaba con sus ocurrencias.

—No tengo ninguna duda de que, contigo de por medio, hubiera

acabado así. No creo que te moleste más —dijo Mario—. Con el combo denuncia, rodillazo y amenaza, a ese personaje no creo que le queden ganas volver a hostigar.

—Esto no se puede quedar así. Emilio está trastornado. No sé cómo habría acabado la situación en otras circunstancias. Ahora puede fijarse en otra persona y actuar igual. Tiene que haber constancia de lo sucedido.

—Por supuesto. Te acompaño, si quieres, a poner la denuncia.

—No, tranquilo, iré primero al teatro y luego a denunciar. Le pediré a alguno de los compañeros que me acompañen. Tú ya has hecho bastante —sonrió Manuela—. Gracias.

—Vale, como quieras. Qué rabia que vayamos a recordar la tarde por este episodio. Lo he pasado tan bien contigo… Encima, este es de mis rincones preferidos, con la iglesia, los arcos, la escalinata, el suelo empedrado lleno de musgo; tiene mucho encanto.

—Todavía podemos recordar la situación por algo bueno —dijo ella, enigmática.

—No te sigo.

Manuela se acercó y le planto un beso tierno y lento al que en un primer momento Mario no reaccionó. Sus labios estaban calientes, a una temperatura diferente a la suya. El olor de su boca le abrió el apetito sexual. Él respondió a la altura, besándola y mordisqueando su labio inferior mientras sus lenguas contactaban e intentaban enroscarse. Mantenían los ojos cerrados, pero ahora, con su boca y sus brazos entrelazados, veían más allá que con las miradas y gestos lanzados durante la tarde. Estaban tan cerca como para sentir el corazón del otro, que latía rápido por amor y por cruzar la línea de lo prohibido. Ella se separó unos centímetros para mirarlo.

—No sé qué pensarás de mí. Todo es un poco adolescente. —Rio por no saber qué otra cosa hacer.

—Es confuso, sí. No pienso nada malo de nosotros. Yo lo he deseado durante toda la tarde. A quién voy a engañar.

—Me tengo que ir ya, llego justa.

Era cierto, aunque tan cierto como que era una forma de escapar. Huir siempre es lo más fácil y, en este caso, para los dos. El plan inicial era ir al teatro, pero Mario abandonó la idea después de lo sucedido.

—Claro —contestó él.

—Ya hablamos.

—Claro.

Se dieron dos besos en las mejillas, como si lo anterior no hubiese ocurrido, y se dijeron adiós. Mario se dio la vuelta y caminó hasta su lugar seguro, un paso detrás de otro, acompañado de su yo interior. Qué facilidad tenía para perderse persiguiendo sueños y anhelos en

forma de mujer. El camino de vuelta sería otra cosa. Ahora entendía mejor a aquellas loinas cuando entraban en su botrino de pesca, ciegas de deseo, a por su cacho de pan. Y en breve entendería también los esfuerzos en balde por salir.

Camino a casa llamó a Julián para darle la de arena.

—¡Mario!, ¡qué alegría que llames tú!

—Hola, Julián. Sí, es muy buena señal que la llamada sea en esta dirección. ¿Cómo estás tú?

—Pues estoy bien, ha sido un día con muchas reuniones. Tengo al noventa y nueve por ciento cerrada la programación del teatro para el invierno. Dos funciones que van a sorprender. Mañana tengo que rematar el acuerdo, pero está hecho.

—Me alegro muchísimo. Yo te traigo buenas noticias también. He hablado con Gabi y he conseguido que, tras el vencimiento de tu préstamo el próximo mes, te dé otros tres meses para hacer frente a la deuda.

—¿En serio?

—Como te lo digo. Es importante que hagas cuentas para llegar y que no haya sorpresas.

—Mil gracias, Mario. Lo haré bien, te lo prometo.

La ilusión conseguía viajar a través de la línea telefónica.

—Eso espero, me ha costado mucho conseguir el aplazamiento. Esta vez sí que te quedas sin red salvavidas —avisó Mario.

—Lo entiendo. No te defraudaré —contestó Julián con palabras que salían de lo más profundo de su corazón.

—Tiene que ver más contigo que conmigo, pero está bien. En el tema que tratamos, todo lo que funciona, vale.

—Sí, sí, pero es que te debo mucho —recalcó Julián.

—No te preocupes. ¿Cuándo vuelves? —preguntó Mario.

—Espero cerrar los temas pendientes y volver a Vitoria mañana. A ver si no surge ningún contratiempo de última hora. Si te parece, al final de semana podemos quedar.

—Me parece una buena idea, ya hablamos. Adiós, Julián.

—Adiós, adiós.

10

—¿Sabes algo de él? —preguntó el mánager, a trescientos kilómetros de distancia.

—No, ni me interesa ese tipo. ¿Sabes? En su declaración niega los hechos —contestó Manuela.

—La gente miente, es su naturaleza. No te preocupes, está todo bastante claro. Además, si llaman a cualquiera, dirán cuál era la actitud contigo, incluso en público, delante de todos. No se cortaba un pelo.

—Eso no lo tengo tan claro. Emilio y el pasmado de José son muy amigos.

—Bueno, se deja llevar, pero, tranquila, él tiene muy claro qué es lo correcto. ¿Tú cómo te encuentras?

—Estoy bien. No voy a dejar que ponga patas arriba mi vida. Él es quien debe sentirse avergonzado y perdido, no yo.

—Correcto. Por aquí te echamos de menos. Sin ti, el día a día no es lo mismo —dijo Javier, resignado.

—Y yo a vosotros. El fin de semana estamos juntos.

—Ya. El problema son las funciones de jueves y viernes. Los chicos me piden una y otra vez que te llame, a ver si hay opción de que vuelvas —dejó caer Javier.

—El trato era seguir en el grupo y actuar solo los fines de semana —replicó ella—. Todos aceptaron.

—Lo sé, pero, si te soy sincero, tu suplente no está a la altura; aunque tenga predisposición, no es suficiente.

—Creo que le tenéis que conceder más tiempo, necesitará adaptarse, apenas lleváis una semana. Yo creo que, si mantiene una buena actitud, mejorará.

—No sé, cuando estás a pocos metros del público, necesitas, además, aptitud. Quizás para el cine… Tú mejor que nadie sabes de lo que te hablo.

—Sí, en el teatro se nota si tienes un mal día, si no has dormido bien o si estás acelerado. No son solo las distancias cortas, son muchos parámetros los que hay que controlar: salir en ayuda de tus compañeros si lo necesitan, responder con cambios a tu audiencia si ves caras de aburrimiento o pasotismo…, y lo tienes que hacer mientras te metes en la piel de tu personaje. No es fácil y no tenemos treinta años de profesión a la espalda en los que apoyarnos.

—Bueno, tú ibas para médico. Esa condición te ayuda a meterte en la piel de Sofía. El personaje parece escrito para ti.

—Voy para médica —corrigió Manuela—, retomo los estudios. Por supuesto que ayuda con la terminología y en la preparación. Aunque la dificultad radica más en la duración y en la intensidad de las escenas. Lo que sufre Sofía y el tiempo sin descanso en que lo hace agota mucho. Te puedes ir en cualquier momento del personaje o de la escena.

Las ilusiones de galeno que mantenía desde niña cuando vio morir a un familiar sin poder hacer nada estaban renovadas y se encontraban por encima de la interpretación, que en la pirámide de sus prioridades había bajado algún escalón en los últimos meses.

—Da gusto escucharte. Les digo, por tanto, que te veremos el jueves. —Javier probó suerte de nuevo.

—Te agradezco mucho que hayas llamado. Para mí fue difícil tomar la decisión de bajarme de la furgoneta —agradeció ella—, pero no, seguimos igual. Además, ya he acordado con mi padre que el jueves es mi día para estar con mi madre. Mi padre también necesita descanso y a mí me vendrá bien pasar tiempo cerca de mi familia.

—Contra eso poco puedo argumentar. Deseando verte el sábado. Al menos llenaremos esos dos días. Les voy a vender a los chicos que te lo pensarás —bromeó Javier, al que se le notaba que echaba de menos a su compañera, pero más a su amiga.

—Tú mismo —contestó con empatía—. Nos vemos, Javier. Un fuerte abrazo.

—Un abrazo.

Colgó el teléfono, orgullosa. A pesar de ello, su ser no estaba en equilibrio. Con la mente satisfecha, su cuerpo pedía lo suyo. Manuela mantenía su independencia habitacional pese a que pasaba muchos días en casa de Julián. La fórmula se adaptaba muy bien a sus nuevas circunstancias y a las de su novio, al que, sin saberlo, le permitía llevar su doble vida. De buena mañana apetecía un poco de vida compartida y Julián era un fijo en actitud y en la aptitud de la que hablaba minutos antes. No conocía aún su límite y eso era algo que la excitaba. En sus experiencias sexuales pasadas con antiguas parejas no había hallado esa suficiencia. Lo buscó y lo encontró sin demasiado esfuerzo, tal como esperaba.

Tres golpes secos en la pared y, tras ellos, unos gritos intensos apenas entendibles al pasar el filtro de decibelios en el tabique de ladrillos y escayola.

—¿Qué dice la loca? —respondió Manuela—. ¡Loca!

Julián se descojonó de risa mientras miraba al techo y continuaba

su movimiento rítmico en su rol de potencia en la palanca de segundo género que los dos formaban sobre la cama. Dos segundos más tarde, su rostro cambió y paró su actividad.

—Yo creo que ha dicho: «Esos gritos son de fingir». —Incorporó el pecho y se apoyó sobre los codos.

Se miraron en silencio. Julián alzó las cejas, como pidiendo explicaciones a su compañera. Ella abrió los brazos, extrañada. Él repitió el gesto.

—¿En serio? —preguntó Manuela—. Pues puede ser que haya exagerado un poco con los gritos, pero estaba disfrutando.

—Es decir, que sí que fingías.

—No seas ridículo. Al emitir y escuchar esos gemidos me excito aún más. Es un círculo vicioso. Y a ti te pasará algo parecido.

—No, a mí no se me ocurre fingir.

—Pues yo funcionaré de otra forma. —Manuela se separó y cogió una camiseta tirada sobre la cama—. Enhorabuena, acabas de arruinar un buen polvo.

—¿Yo?

—Sí. Tú y la loca del coño de la vecina. —Señaló el cabecero de la cama.

Se acabó de poner su camiseta, con un perro pachón en blanco y negro dibujado en el pecho, sus vaqueros rotos y salió de la habitación.

—¡Manuela! —gritó Julián al escuchar el portazo.

Manuela no se molestó en amortiguar sus pisadas. Con cada peldaño que bajaba, crujía más la estructura, como si el enfado creciera a cada paso. Julián seguía en la cama, ya sin esperanzas de que fuera una broma de mal gusto: se sentía ridículo, con el cable pelado sin conexión posible y con la cabeza en términos parecidos. Nunca se habría imaginado que su primera discusión surgiera de un momento íntimo como ese, era tan absurdo…

Desde que había regresado del viaje, hacía unas semanas, Julián estaba con la mosca detrás de la oreja. Veía a Manuela diferente y creía que estaba perdiendo el interés en él. Lo notaba en la forma y en la intensidad en que lo buscaba. Antes era a cualquier hora y de cualquier manera. Ahora, solo si había tiempo en exclusiva para ello. Motivado por los consejos para adolescentes de su difunto padre, algo tenía que hacer. «Cuando pierdes la pelota, la presión en los primeros cuatro pasos son los que marcan el devenir de la jugada», eran las palabras que percutían en su cabeza. Los símiles entre la vida y el fútbol fueron muy frecuentes en su educación, por el pasado de su padre en un equipo semiprofesional. Tenía que actuar ya, antes de que Manuela se distanciara más. La falta de clarividencia lo llevaba a comportarse de un modo poco natural, con resultado infructuoso la

mayoría de las veces. Hacer por hacer algo, al igual que no hacer nada, no parecía arreglar la situación. Confundido por sus inseguridades y su poca experiencia de vida en pareja, sus pensamientos lo enfangaban más, aunque aún aguantaba la verticalidad en la lucha mental consigo mismo. Ella, sin él saberlo, se había convertido en apoyo fundamental de un equilibrio isostático e inestable. La inteligencia emocional no era una habilidad que lo describiera.

La puerta principal de la vivienda era la del teatro, y viceversa. No estaba registrada como vivienda, aunque así se usara, y carecía de elementos básicos como un timbre o una aldaba. Ante esta situación, los carteros y los repartidores reaccionaban de muy diversas maneras: dejaban los envíos en la cafetería o en la misma entrada; algunos, como ese día, se atrevían a aporrear la puerta de madera maciza de roble de unos diez centímetros de grosor. Primero, con los nudillos, un intento estéril, para luego pasar a patearla con descaro. Don Carlos, que durante la mañana se encontraba allí, abrió el portón con pasmosa lentitud. El peso de la puerta, como su avanzada artrosis en las manos, no ayudaban en la tarea.

—Hola. Carta para… —leyó del sobre el cartero— Julián Lizarrán.

—Sí, aquí es, pero no está en estos momentos.

—¿Puede usted cogerla por él? Tan solo necesitaré su documentación —propuso el cartero para ahorrarse otra visita.

—No hay problema, joven. Tenga.

El sobre estaba bastante deteriorado y medio abierto. Don Carlos consiguió descifrar el remite, que apuntaba al juzgado. Aunque le habría encantado abrirla y leerla, subió la carta al descansillo anterior al reconvertido hogar de su jefe y la dejó sobre un mueble estrecho que escondía los radiadores de hierro fundido y pintura carcomida por el tiempo. Antes de que le diese tiempo a bajar las escaleras, Julián abrió la puerta con la esperanza de que el ruido que escuchaba fuera viniese de Manuela, con aires renovados con matices de perdón y arrepentimiento.

—¡Ah! Eres tú —dijo, decepcionado.

—¿Algún problema, Julián? —contestó don Carlos a verle el semblante contrariado.

El aspecto de Julián, que vestía tan solo unos *slips* blancos, contribuyó a que la conversación fuese intermitente como un río subterráneo, silencioso y disimulado unos tramos, acelerado y vistoso otros.

—No, ninguno. ¿Qué haces aquí?

—He venido a traerle la carta que acaba de llegar. —Señaló el

sobre.

—Gracias. —La cogió con dos dedos y la observó con detalle—. ¿La has leído?

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a hacer semejante cosa?

Ganas no le habían faltado, pero su honestidad y lealtad se lo habían impedido.

—Mira. —Julián cogió el sobre de la solapa y enseñó parte de su interior—. Está casi abierto.

—Así ha llegado. Se habrá enganchado en algún sitio.

Julián hizo un gesto desconforme, se giró y ninguneó la carta lanzándola sobre la mesilla de noche, como si fuera una estrella ninja.

—¿Has visto salir a Manuela?, ¿ha vuelto? —dijo girándose de nuevo hacia don Carlos.

—Sí, y parecía enfadada. No, no ha vuelto.

—Es que soy un idiota —dijo mientras hacía el amago de cerrar la puerta.

—Espere, señor —dijo don Carlos en tono sumiso—. ¿Sabe cuándo podrá pagarme la nómina? Es mitad de mes y aún no me ha pagado, y se acumula a los dos anteriores.

—Soy consciente y estoy trabajando en ello, don Carlos. Está a punto de entrar un dinero y me pondré al día. Ya me puedes perdonar.

—Tranquilo, señor. Cuando se pueda, está bien. Solo quiero que no se olvide, porque estamos justos con los gastos de Anita, usted sabe.

Que sus pecados le acarreasen problemas era una mochila que se veía capaz de llevar, pero que pagasen terceras personas su despropósito de vida lo convertían en alguien ruin. Personas sin culpa ninguna, más que de cruzarse en su camino para pagar su cuenta. Se le caía el alma a los pies al ver a don Carlos suplicar por un dinero ganado con justicia y honradez. Aún tenía algo de dinero, pero no se podía descapitalizar por completo, lo necesitaba para el día a día. Tomaba conciencia que su entereza caía en picado y no aguantaría por mucho tiempo la escena. Cortó la conversación con una patada hacia delante.

—Sí, sí. Descuida. Lo primero que haré será ingresarle su paga. Nos vemos en la función, por la tarde.

—Gracias, de veras, Julián. Pase una buena mañana.

—Tú también.

Julián cerró la puerta.

Estos episodios hacían temblar su castillo de buenas y malas decisiones. El problema no se encontraba en el estado de salud de su sensor de vivencias graves. El problema era que no había réplicas inherentes a un episodio penoso. En poco tiempo, la escena le parecía más cercana a un día más en la oficina que a una noche forzada al raso. La certeza de que llevaba una vida a salto de mata no la tenía

integrada en su quehacer diario. Llegaba a la noche como si fuera el final de una partida de un videojuego de plataformas, corría hacia delante y saltaba cualquier barrera que se encontrase en su camino, o saltaba sobre cualquiera que se lo impidiese. Parecía que tenía vidas infinitas, pero era solo una ilusión. Cada salto o mal rato contaba; cada vacío o moneda malgastada también contaba. Y, a ese ritmo, estaba cerca de quedarse vacío.

Tenía un plan económico proyectado en su mente que pasaba por priorizar los pagos indispensables para el funcionamiento del teatro y ahorrarse los prescindibles, entre los que había categorizado el sueldo de don Carlos o los pagos a proveedores. Todo con el fin de llegar, en algo más de los dos meses restantes, a la cifra adeudada con Gabriel. El teatro le reportaba de tres a cinco mil euros por representación, que sumaban al cabo de un mes unos quince mil después de impuestos. Hasta ahora llevaba el ritmo de ahorro previsto y eso le ratificaba la factibilidad del objetivo a pesar de que estuviera colgado de las pinzas de su personalidad. Ya había predicho situaciones como la de don Carlos y decidido en su momento que aguantaría las consecuencias en favor de la solución del mal mayor. «En breve estaré al corriente de mis deudas y retomaré mis responsabilidades», fue el corolario de sus pensamientos.

Era el día de la cita mensual e ineludible con la escritora. Parecía que en las reuniones iban hacia algún lado y, aunque convergieran en espiral, llegaban a acuerdos. Esta vez, Julián y Aiala cambiaron el lugar de la reunión. Se habían citado en su despacho oficial: una pequeña sala en la parte de detrás del escenario. Una habitación sin ventanas y en el que el olor del mobiliario antiguo del teatro era permanente por más que utilizase diferentes ambientadores. A pesar del cuchitril, la grandeza del edificio jugaba en su favor al rebajar el ego a los visitantes. En la sala había una mesa de oficina y dos sillas de madera con un tapizado con vivos colores verdes. Julián tenía una propuesta de una editorial que creía buena y quería ver cómo Aiala reaccionaba a la noticia. Julián asumió, por la llegada puntual de Aiala, que la vida terrenal de un escritor no debía de ser muy emocionante, como prenda por tantas otras vidas de aventuras. La acompañó desde la calle hasta el despacho, donde se sentaron. A ella se la veía nerviosa y se quitó varias prendas, aunque la temperatura no invitaba.

—¿El teatro está libre? —preguntó ella.

—Sí, ¿por?

—¿Te parece que salgamos a las butacas del teatro? Los sitios pequeños me angustian un poco.

—Claro, sin ningún problema. ¿Quieres que te traiga agua?

—Estoy bien, gracias —contestó ella mientras se levantaba y se apresuraba a coger todas sus pertenencias.

Se sentaron en la quinta fila del plató de butacas. Dejaron un asiento libre entre ellos.

—Aquí mejor —dijo Aiala aún con cierto agobio encima.

—Te tengo que comentar varios temas —empezó Julián.

—Espera, por favor. Tengo que decirte antes yo una cosa. ¿Te acuerdas de que te dije en la reunión del mes pasado que tuve una ruptura sentimental y que fue la razón por la que decidí volverme a Vitoria?

—Sí, con el francés —contestó Julián, al que los datos de amoríos entre terceros se le grababan con facilidad.

—He vuelto a retomar la relación con él —informó ella con una media sonrisa vacilante que invitaba a pensar que era solo el principio del asunto.

—Me alegro mucho por ti —dijo Julián porque tocaba, aunque pensaba que en temas de amoríos las segundas partes nunca eran buenas.

—No lo entiendes. Es que no te lo conté todo en nuestra primera reunión presencial.

Julián no entendía muy bien qué pasaba y el porqué del agobio que traía.

—Suéltalo mujer, te sentirás mejor.

—Ni siquiera estoy convencida al cien por cien de la decisión, pero es la que he tomado. Benoit, además de mi pareja, era mi mánager y editor. Y hemos pensado que vuelva a serlo. Lo siento mucho, Julián, pero esta nueva estructura te excluye a ti.

A Julián le hirió más aquella oración inesperada que cualquier racha negativa y mantenida a rojo o negro de las que había sufrido. Pero la vida, al contrario que el juego, te daba la palabra cuanto no tocaba tu bolita. Así que propuso fustigarse *a posteriori.*

—En primer lugar, si estás feliz, me alegro por ti, como no puede ser de otra forma. Agradezco que seas sincera conmigo, pero te diría que, antes de darlo por hecho, escuches lo que tengo que decirte y luego ya decidas. —Julián entendió el silencio de Aiala como un «Adelante»—. La semana pasada estuve en Madrid y me reuní con una editorial importante. Tengo un contacto que viene del mundo del teatro que propició que me recibieran. Les hablé de ti y de tu nueva novela.

La cara de Aiala cambió del sufrimiento a la ilusión sin ninguna etapa intermedia.

—Ya te conocían, pero tu obra no les encajaba. Les expliqué la temática de tu nueva novela y el estado en el que estaba. En esta

reunión esperaba que me pusieras al día del progreso. Les interesó muchísimo y, aunque ya disponen de una línea editorial de novela negra, quieren sacar un nuevo sello centrado solo en este género. Quieren que seas una de las puntas de flecha del nuevo negocio. Tengo un preacuerdo por el que se comprometen a firmar con nosotros, y nosotros con ellos, cuando la tengas acabada. Si alguna de las partes falla, tendremos penalización. Las condiciones son las habituales para un escritor que ha recién firmado. Ya sabes: diez por ciento, todos los formatos… Aiala, ¡vamos a firmar con una de las grandes! —subió el volumen de sus palabras—. Yo estoy muy emocionado. Rectifico: lo estaba hasta hace unos minutos.

—¿Sin leerla? Estoy impresionada. No sé cómo lo has hecho, pero conseguir una oferta sin acabar el libro… —Paró para pensar las palabras—. Es de otra época.

—Déjame proponerte algo: trabajamos juntos en la novela; si luego, pasados seis meses desde su publicación, no quieres continuar, pues cada uno que siga su camino sin ningún rencor. Pero dame la oportunidad, aunque sea por el trabajo que ya hemos hecho. Nos lo merecemos. Tiempo tienes de trabajar con tu novio. Venga, Aiala. —Se estiró para tocarle el brazo—. Vamos a inundar de libros este país.

Aiala rio con esa risa tonta que sale cuando te crees y te gusta lo que imaginas. La boca prominente de Aiala desconcertaba a Julián, era sensual y a la vez masculina. Julián rio con ella, aunque sus ganas lo habrían llevado a echarse sobre ella al escuchar su fallo y que el veredicto a favor resultase en una felación para el ganador. «¿Qué mierda tienes en la cabeza?», suscitó el segurata del cerebro que lo salvaba, una vez más, de arruinar su vida.

—¿No querías que te pusiera al día? Ale, dale a grabar —contestó ella, y prendió la fumata blanca de su sonrisa.

A Julián le gustaba registrar las reuniones para no perderse nada o sacarles el máximo provecho. Lo veía como un gesto de profesionalidad. Para evitar malentendidos, tenía costumbre de declarar la grabadora al dejarla encima de la mesa a la vista de sus clientes.

—No la he traído. Venía tan emocionado con la noticia que me la he dejado arriba —se excusó Julián—. Voy en un momento.

—No te preocupes, te he traído por escrito los avances que he hecho —dijo Aiala, y sacó un lápiz de memoria—. Aquí está la llave maestra del libro, es todo lo que hay que saber del asesino, todo lo que lo lleva a comportarse de esa manera. —Se lo entregó a Julián—. No hace falta decirte que…

—Tranquila, mujer, está a salvo conmigo. Gracias, me lo leeré estos días, seguro. Y, por supuesto, te haré mis comentarios. Yo tengo para ti el preacuerdo con la editorial. —Señaló una carpetilla que tenía a su

lado—. Léelo tranquila, pregunta lo que quieras y, cuando te sientas cómoda, lo firmas o no lo firmas, es tu decisión. No es que tenga fecha de caducidad, pero ya sabes cómo es de variable el negocio literario. Te recomiendo firmar cuanto antes.

Aiala aceptó la carpeta, la abrió, cogió los documentos y miró a Julián.

—Confío en ti —contestó ella, que sacó el bolígrafo de su bolso y plasmó el sí quiero en cada una de las hojas con un garabato.

Julián se quedó pensando en qué fallaba para que alguien confiara más en él que él mismo. La única conclusión a la que llegó es que no lo conocía lo suficiente. Con sus respectivos trofeos en la mano, quedaron en citarse tan pronto tuvieran novedades.

En su día multitarea no podía faltar el artífice del nuevo Julián. Quedó con Mario para trotar unos kilómetros, después de haberlo convencido con una arenga que duró varios minutos al teléfono. El deporte no era un hábito que conviviese con Mario. La vida activa en el pueblo y su huerta constituían un gasto energético suficiente para mantener una forma aceptable. En cambio, la ciudad y sus trabajos sedentarios hacían que el ejercicio fuera imprescindible. Tras las palabras vestidas con algún ejemplo de alguna persona gruesa, Mario aceptó. Julián llegaba con ganas de verlo después de unas semanas sin quedar. Las dos personalidades tan distintas se entendían. Quizás hermanados por su inseguridad o, quizás, tan solo porque juntos apaciguaban su sensación de soledad. De distinta manera, pero ambos penaban en silencio. Y cuando estaban juntos, conectaban como si formaran parte de un mismo micelio que los alimentaba. La vestimenta dejaba al descubierto piernas trabajadas por parte del urbanita y piernas fibradas de las faenas a sus espaldas por parte de Mario. Después de un abrazo, en el que las fuerzas ejercidas por sus brazos fueron proporcionales y comparables, echaron a correr a un ritmo que permitía la conversación.

—¿Cómo vas? —preguntó Mario.

—Llevo unas semanas muy movidas, con mucho trabajo: la obra que empezó la semana pasada, los contratos, la planificación, el programa… No paro, aunque estoy orgulloso. He conseguido grandes acuerdos para el teatro. Su futuro está garantizado, cosa que no veía clara hace unas semanas. También sigue para adelante el negocio de la representación. No sé si te lo había dicho, pero trabajo como representante de actores y escritores. Y tengo una corazonada con una de las escritoras. Lo va a petar, ya verás.

—No tenía ni idea, pero me alegro mucho. ¿Y de lo nuestro? Las veces que me has llamado te he visto demasiado bien, como si no

ocurriera nada.

—Es que lo estoy.

—No te confíes, Julián.

—En serio. Ya he espabilado. Antes estaba ciego y actuaba por impulsos. Ahora lo veo claro y sé lo que quiero. De verdad que no siento la necesidad de jugar.

—No sabes lo que me alegro de escucharte decir esas palabras, pero te voy a dar un consejo. No te confíes, que no tienes a nadie detrás; en otras palabras: no tienes ya ninguna red salvavidas. Historias más rocambolescas se han visto y han acabado muy mal.

—Lo sé, y te doy las gracias por mantenerme en tensión respecto al tema. Bueno, ¿y tú qué te cuentas? Ya me comentó Manuela.

Un sudor frío se originó en las axilas de Mario, le recorrió la cara interna del brazo y se hizo fuerte con las gotas de sudor a medio formar que se encontraba por el camino.

—¿Yo?, no sé a qué te refieres. —Sacó balones fuera.

—Lo del piso nuevo. Es estupendo que hayas decidido quedarte por aquí, así nos veremos más a menudo.

—¡Ah! Sí. Yo también estoy muy contento, la zona me encanta. Pensé que te referías al nuevo trabajo —contestó Mario cambiando de tema con rapidez—. Si te digo la verdad, casi no pego palo al agua. Tengo que preparar algunos informes, pero no requieren gran esfuerzo.

—Eso no lo sabía, enhorabuena. Poco a poco cogerás más responsabilidad. Para algo te habrán contratado con tanta urgencia.

Mario se vio a salvo al ver que nada se escondía detrás de las palabras de Julián.

—Sí, supongo. Oye, ¿y qué tal con Manuela? Hace tiempo que no la veo.

—Pues estamos bien. A decir verdad, he sido un poco gilipollas esta mañana con ella. Lleva unos días rara, pero no seré yo quien la acuse, que he llevado una especie de vida paralela hasta ahora y mi personalidad varía como una veleta con órdenes de una bola azarosa —dijo Julián en un acto de sinceridad y realismo que certificaba que algo había cambiado en él.

—Pero, rara, ¿en qué sentido? —indagó Mario.

—Diría que un poco más distante. Como si lo que ayer era ilusión hoy fuese una molestia. Así lo entiendo yo, pero mi fallo es creer que lo que sienten otros es algo que he sentido yo en algún momento. Como si lo supiese todo. Es hacerme trampa y no ser justo con ella.

—Pues tendrás que hablar con Manuela para aclarar lo que tengáis que aclarar. A veces se pasa un tupido velo en estas situaciones y luego, dentro de nosotros, crecen, se enquistan y vuelven a aflorar con un formato más duro, con más consecuencias en nuestras relaciones.

Mario tenía encarcelados sus pensamientos sobre Manuela, aunque nunca olvidaría sus labios, su aliento y su sonrisa. Había sido capaz de sobrevivir con ello, pero jamás obviaría cualquier rayo de esperanza que llegara a su celda. Su subconsciente aún no se había dado por vencido. Enamorarse de la misma mujer no iba a ser un escollo en su amistad, aunque, si el precio que pagar no fuese ese, otro gallo cantaría.

—Sí. Estamos bien, en realidad. Ha sido una chiquillada, no ha llegado al nivel de discusión.

Tras unos kilómetros, la falta de oxígeno ya empezaba a notarse. Algunas oraciones se interrumpían en busca de una bocanada de aire extra. Habían perdido la cuenta de las vueltas que habían dado al parque del Prado, pero ya volvían exhaustos. Mario, con la lengua fuera y concentrado en que después de una zancada viniera la otra; Julián, sin forzar demasiado, pero orgulloso de haber salido y del mensaje que había dado. Meses antes habría sido impensable. Ambos se adentraron de nuevo en la ciudad, que los recibió con calles anchas y sendas para bicicletas por doquier.

—Yo me paro aquí —dijo Julián al ver que no andaba lejos de casa —. Gracias por venir.

—A ti por haberme convencido. Mañana, cuando me duela todo el cuerpo, me acordaré de ti, pero ahora voy a echar los restos hasta llegar a casa. Hablamos, ¿de acuerdo?

—Sí, hablamos estos días —dijo Julián mientras se detenía e invitaba al compañero con la mano a seguir la marcha—. *Agur*.

—*¡Agur!*

Julián tomó varias veces aire, como le enseñaron en la escuela: con las piernas abiertas, a la vez que inspiraba, abría los pectorales y alzaba los brazos con lentitud para hacer espacio al aire que invadía su pecho. En el límite superior del recorrido, dejaba caer sus brazos y su torso a plomo y exhalaba todo el aire de forma explosiva. Sus pulsaciones bajaron y se dirigió a casa con parsimonia. En las inmediaciones del teatro, un balón despistado llegó rodando a sus pies.

—Julián, ¿juegas? —dijo una voz aguda y conocida.

Alzó la mirada y vio un grupo de niños que trataban de organizar algo, pero la agitación de cada uno por separado, golpeando el balón o golpeándose entre ellos, dificultaba cualquier concreción. Julián cogió la pelota, y se dirigió al medio del jaleo. No hubo una atenuación en la algarabía, puesto que lo hacían uno más.

—A ver tú, tú y tú, con Andrés —ordenó Julián a tres chavales y al líder de la cuadrilla que le había hecho la propuesta—. Los demás, conmigo.

Los chavales aceptaron de mejor o peor gana. En esas, Manuela,

que volvía al teatro, se percató de la escena y decidió jugar el otro papel en un ejercicio de justicia poética entre actor y espectador. Entró en un bar, pidió un té y se sentó de cara a la cristalera. Julián se movía como pez en el agua entre los chavales del barrio. Con similar actitud, el único rasgo diferenciador era el peso y la barba de tres días. Cuidaba de que todos tocaran la pelota y de que se movieran acompasados, que presionasen en bloque o que se sacrificaran en pro del compañero. Que disfrutaba, se notaba en las miradas cómplices con los chavales y los choques de manos tras una buena combinación. Repartía y recibía juego y patadas en un intercambio duro, pero aceptado por todos, hasta que en un lance le propinaron un puntapié en la espinilla que lo dejó inmóvil. Andrés, el capitán del equipo contrario, se interesó por su estado. Julián, exhausto y dolorido, dio por acabado el encuentro con un silbido y un gesto de las manos. Los niños lo despidieron sin parar el juego y reordenaron los equipos con el intercambio de dos jugadores de distinto nivel futbolístico.

El teatro lo esperaba con la sobriedad de costumbre, siempre preparado para lo que surgiera. Esa fuente de vida era lo único constante en la existencia de Julián, y no era precisamente devoción lo que le había hecho sentir en el pasado. Era más que posible que el teatro fuera la única razón por la que no estaba pidiendo en la calle. Al asomar la cabeza fuera de aquel agujero en el que se encontraba, comenzaba a verlo con otros ojos, como un activo esencial en su futuro, el motor de todo lo bueno que le tuviera que pasar.

Con el día ya vencido, se dejó caer sobre la cama a plomo, sin quitarse ni las zapatillas. Con la cabeza girada y apoyada sobre el colchón, y los pies colgando, respiraba profundo. Estaba orgulloso. Con el día de altibajos que había tenido, volver a jugar no había sido una opción. Llevaba solo un mes de abstinencia, pero ya era más de lo que había conseguido en los últimos intentos. Había probado todas las estrategias posibles con nefastos resultados y siempre volvía al juego con toda la fuerza de lo ahorrado. En un mes, tan solo había necesitado contactar con Mario en un par de ocasiones. Aunque no lo sabía con certeza, creía que habría sido capaz de evitar las llamadas y no acudir a la voz de su cerebro en recuperación. Se convenció de que había hecho el paripé por hacer sentir útil a Mario y que lo siguiese acompañando en su proceso. Entendía que necesitaba a alguien que lo observase más a que alguien que le dijera por dónde ir. Al rato, giró la cabeza al otro lado para continuar con el descanso, pero asegurar que el deterioro fuera simétrico en sus músculos esternocleidomastoideos. Estaba en esas cuando vio sobre la mesilla la carta que le había llevado don Carlos por la mañana. Estaba de pie, apoyada en una de las puntas, mochada en el aterrizaje, y en un libro que llevaba un par de meses cerrado y cogiendo polvo. «Si hubiese intentado colocarla así

adrede, no lo habría conseguido».

Estiró el brazo y la alcanzó. Como ya estaba medio abierta, sacó el folio tirando y forzando el sobre. Leyó la carta en diagonal para saltarse la paja. No le hizo falta más, ya que tenía pesadillas recurrentes con noticias como esa. Aquel papel le reventó los planes. La impotencia se apoderó de él. Como si diese igual hacer las cosas bien, alguien o algo vendría a joderlo. Era una diligencia de embargo, debido a una deuda contraída con don Gabriel Ramos, por el valor de cincuenta mil euros y vencida hacía una semana. Si en el plazo de siete días no pagaba, le embargarían las cuentas. Y si no pagaba en un mes, harían lo propio con los inmuebles a su nombre. La fecha de emisión era de cuatro días antes.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Julián mientras pensaba en cómo le dejaría la cara a Gabriel si lo tuviera delante.

Pensó en la posibilidad de que Mario se la estuviera jugando. La desechó. En su cabeza no cabía que la persona en la que había confiado su recuperación se la jugara de tal modo. Pero la carta era un hecho y no tenía la pinta de un formalismo que no se fuera a llevar a cabo. Otro hecho irrefutable era que había acordado con él tres meses más para pagar la deuda. Por contra, sí se esperaba algo así de Gabriel, amigo en otra época, pero cambiado de bando por envidia y por su ambición desmedida.

Mantuvo la serenidad que le había faltado otras veces. Se incorporó para que su tensión subiese y favoreciese el pensamiento. Valoró lo que suponía la carta a efectos prácticos. Lo que llevaba ahorrado durante el mes estaba en la cuenta que ya estaba bloqueada o pronto lo estaría. Unos diez mil euros de la caja de varias funciones. Los pagos del día a día los podía aplazar, por lo que solo temía por la letra del banco. Esta estaba recién pagada y tardaría casi un mes en llegar la siguiente. El embargo de la cuenta podría llevarse a cabo, pero el de las propiedades no le sería difícil retrasarlo. A primera hora llamaría a Mario o haría lo que hiciese falta para hallar respuestas. La noticia era un susto, pero no el monstruo final de sus pesadillas.

Escuchó la cerradura de la puerta. El ruido, metal con metal, resonaba en el espacio diáfano entre el escenario y la platea, mientras que el silencio a esas horas lo apuntalaba. Julián no se movió. Alguien subió las escaleras y avanzó hasta la puerta de la habitación, donde se detuvo. Era Manuela. Sus miradas contactaron y crearon un campo gravitacional ineludible cuyo centro se encontraba a medio camino de ambos. La fuerza de atracción levantó a Julián de la cama, que se acercó sin mediar palabra. Un charco de sudor le rodeaba el cuello, visible por el tono más oscuro de la camiseta. Ella, atraída por la misma fuerza, echó a andar. Él, levantó los brazos a media altura para recibirla; ella se dejó abrazar, inerte, y luego correspondió con la

misma presión en sus brazos. Juntos se enroscaron en un abrazo lleno de todo lo que no podían describir o explicar las palabras.

—Perdona. Me he comportado como un idiota. —Julián se apretó contra el fular pomposo que vestía Manuela al cuello.

—No pasa nada, yo tampoco he estado muy lúcida. Te quiero —respondió ella, y apoyó la cabeza en su hombro.

—Yo también te quiero, mi amor.

La testosterona que emanaba a través de la piel sudorosa embriagó los sentidos de Manuela, que frotó la nariz en su cuello, a la vez que lanzaba besos con una leve aspiración. Anduvieron unidos unos pasos; sin mirar y como una única unidad, se tendieron en la cama para retomar lo que habían dejado a medias y nunca debieron parar.

11

A Mario lo llamaron a filas con la excusa de que recogiese un regalo que un socio había dejado para él en el club. La mañana era tranquila en la oficina y no tenía actividades urgentes. Después de hacer acto de presencia y realizar unas llamadas, se fue directo al club. «Ver a la gente que ha formado parte de tu vida siempre es reconfortante», pensó. Las mañanas en el Círculo Vitoriano tenían características más parecidas a un centro de jubilados que a un centro cultural, o que a un centro neurálgico en el que se decidiera el devenir de los negocios de la ciudad. Mario llegó en pocos minutos de caminata. Aquella mañana, un grupo de hombres y mujeres jubilados jugaba al dominó y un par de señores se ponían al día con el periódico local.

Gabi estaba allí y hablaba con el recepcionista acerca de las renovaciones de membresías revocadas. La situación no cuadraba con lo esperado: nadie salió a recibir a Mario. Mirando unas estanterías de libros, se encontraba un hombre grande, de altura parecida a la suya, cuya musculatura de los brazos eran de perímetro similar a la de sus pantorrillas. El volumen de sus extremidades, en proporción al resto del cuerpo, lo obligaban a dar los pasos abriendo cada pierna al lateral antes de avanzar, como si se desplazase en patines o sufriera algún tipo de escozor en la entrepierna. No era miembro conocido del club, porque un hombre con esas características lo recordaría.

—Buenos días por la mañana —saludó Mario al nuevo.

El hombre levantó la mirada, lo miró de arriba abajo y reanudó su actividad de revisar libros sin darles tiempo a demostrar el potencial que contenían.

—Cómo están las cabezas —dijo Mario con un volumen solo audible para él.

Gabi se percató de su llegada.

—Vente, Mario, vamos al despacho de Greg —pidió Gabi.

—Claro. —Mario modificó la trayectoria para acortar el camino.

En el despacho se encontraba Greg, que, mano sobre mano, miraba un lienzo en la pared en el que unas líneas gruesas y esquemáticas parecían dibujar una ciudad sobre un polígono industrial. En el despacho, los rayos de luz se colaban entre los agujeros de la persiana a medio bajar y una película de polvo levitaba en el centro.

—Siéntate, por favor, Mario —le pidió Greg.

La situación proyectada minutos antes por Mario difería en las

caras de los dos interlocutores, que deslucían, tensas y mustias. Greg se levantó sin gesticular, tieso como un palo de escobón viejo y sinuoso.

—Esta visita no va de ningún regalo, ¿verdad? —preguntó Mario.

—¿Regalo? ¿Te parece poco regalo el que te hemos hecho? —preguntó Greg aún con el tono reposado.

Como si el fin del mundo se acercara, su rostro cambió a un tono más rojizo. Mario miraba a Gabi en busca de cierta complicidad. No la encontró.

—¡No te hemos dado cincuenta mil euros por la cara! —exclamó Greg en alto y algo nervioso.

—¡Tranquilo, hostias! —contestó Gabi antes de que se creciera más su jefe—. A ver, Mario, teníamos un trato.

—Esto debe de ser una broma o una equivocación, no sé de qué dinero me habláis. —Mario no se alteró. Se había sentado con los pies hacia el lateral de la silla y con el brazo apoyado sobre el respaldo. No temía por nada, en la sala estaban dos contra uno—. A mí no me habéis dado nada.

Mario miró a Gabi con extrañeza mientras leía en sus labios «El piso, el precio del piso».

—Ha estado tu amigo Julián por aquí con teorías raras. Justo ahí sentado, donde estás tú. No le habrás contado nada, ¿verdad? —Greg giró la cara tras la pregunta para escucharlo mejor.

—Yo qué voy a contar, ¿sobre qué contaría nada? —contestó Mario sin saber muy bien qué sucedía.

—Ha montado un buen pollo, el muy idiota. —Greg se acercó dubitativo a Mario—. Pero ese no es el problema. —Se detuvo. Su pierna rozaba con la rodilla de Mario y mantenía la vista al frente en dirección al cuadro, que miraba como si lo entendiera. A Mario se lo veía incómodo—. A pesar del enfado con el que venía Julián, se lo ve muy bien. Le ha dicho a este señor —señaló a Gabi— que en dos meses tendrá el dinero. Que no hacía falta ir con amenazas, le dice. Que puede y que va a cumplir.

—¿Qué quieres que te diga? —contestó Mario—, quedé con Gabi que le diría lo del aplazamiento. Es que no sé a qué diablos os referís.

—¡Eso es solo una parte! Gabi, este idiota que has traído se está riendo de nosotros. —Greg miraba a Gabi, que estaba de pie, muy nervioso, y daba pequeños pasos adelante y atrás—. Tienes que ponerlo al límite, tienes que follarte a su chica, tienes que…

—Si pretendéis que sea yo quien dé el último empujón a un hombre al límite, estáis equivocados conmigo —interrumpió Mario—. Olvidaos de mí, estáis locos, ¡joder! No pienso hacer nada de lo que decís.

—Exactamente eso es lo que queremos que hagas, como le hiciste

al pobre Eugin. Ya lo has hecho otras veces.

—¿Qué? —Mario miró a Gabi, el único que podía saber algo del tema. Este retiró la mirada—. Idos a la mierda, tú y tú, los dos.

Mario fue a levantarse, pero, antes de que lo hiciese, Greg se abalanzó sobre él y colocó su rodilla y sus ciento diez kilos sobre el regazo de Mario. Con su brazo derecho le rodeó el cuello con violencia, sin dejarle opción a que se levantara. Gabi permanecía en el sitio. Su reloj deportivo pitó con fuerza. Le recomendaba que bajase el ritmo de carrera.

—Harás lo que yo te diga —dijo Greg con tono desafiante, y apretó aún más el cuello de Mario, que hizo varios esfuerzos por zafarse. Pero era imposible. La silla respondía a cada intentona con un crujido cada vez más intenso y largo.

—¿Qué cojones haces, Greg? —Gabi trató de defender de palabra a su amigo sometido.

—¡Tú cállate! —gritó Greg con rapidez y sequedad—. Llevamos mucho tiempo detrás de esto. ¿Quién crees que te ha conseguido el trabajo del que fardas? —Una salpicadura de saliva de Greg colisionó con la cara de Mario, que miraba al suelo, impotente. No dijo palabra alguna—. Suerte que le fuiste con el cuento de los uniformes a este —Greg señaló con la cara a Gabi. Su mirada permanecía fija en Mario—, que, si me llegas a venir a mí, no te llevas precisamente una ayuda. Ya vale de gilipolleces, seamos claros.

Greg retiró la pierna y se incorporó con lentitud al ver que Mario había dejado de forcejear, aunque se mantuvo pegado a él y sin dejar que se levantara.

—Has pasado de ser la solución a ser el problema —le dijo a Mario —. Y, por supuesto, lo vas a arreglar. Vas a hablar con tu amigo Julián y os vais a ir de putas, a cerrar los bares o a daros por el culo, pero acabáis en el casino, ¿entendido? No creo que sea difícil. El ludópata debe de estar con el mono después de un mes sin pisarlo.

—¿Y si no lo hago? —desafió Mario, aún con coletazos de resistencia apenas creíbles en su posición de sometimiento.

—No creo que te convenga, porque me deberías cincuenta mil euros. Y pregúntale a tu querido amigo si la gente paga lo que me debe. —Mario miró a Gabi sin entender muy bien de lo que hablaba. Gabi apartó la vista, avergonzado—. Segundo, perderías tu nuevo trabajo; y tercero, tu amigo Julián se enteraría de que estás detrás de toda la trama y detrás de su novieta, claro está. Ya me han dicho que ha habido acercamientos. Qué gran amigo eres, aprovechar que se va de viaje para atacar, todo un señor.

—¿Me estás siguiendo, hijo de puta?

—Esa boca. —Greg moduló la voz para que sonara más grave y con un ritmo pesado—. Hoy te permito esas palabras porque todavía

tienes que asimilar tu papel en todo esto, pero a mí se me respeta.

Se alejó con lentitud y dio la espalda a Mario para medir su docilidad. Mario se percató de la presencia de una cuarta persona en la puerta. Supuso que se trataba del amigo que había hecho a la entrada y evitó cualquier respuesta. Le hería el trato que acababa de recibir, pero no vio que la fuerza bruta fuera una salida ni segura ni óptima en esas circunstancias.

—Ya hablaremos de cómo saldarás el resto de tu deuda. —Greg dejó la sala, el club y la frase en el aire, que retumbaba dentro de Mario.

Este permanecía en la silla, con las manos en la cabeza y sin terminar de creer lo que acababa de pasar. Se levantó y no tuvo ni ganas de decirle adiós al que creía su amigo en la paz y en el conflicto. Así había sido siempre, hasta ese día.

—Espera, Mario. —Gabi lo agarró del brazo.

—Suéltame, por favor. —Se paró en seco, con una decepción palpable en su mirada.

—Vale. Te suelto, pero escúchame —suplicó Gabi.

—Pero ¿qué clase de mafioso es este tipo?, ¿en medio de dónde cojones me has metido, Gabi? Sabía que no eras el más valiente de la clase, pero lo que ha pasado aquí dentro ha sido bochornoso.

—No es tan sencillo. Déjame que te cuente toda la verdad. Te lo prometo por mis niñas.

—Empieza, es la última oportunidad que te doy de ser franco conmigo.

—Salgamos de aquí, este no es un buen lugar para contar nada.

Los dos dejaron el club y caminaron calle arriba, buscando intimidad en un sitio más dedicado a mostrarse que esconderse. Dieron por bueno un banco al inicio de una calle, afluente de la principal, donde la mayoría de los transeúntes, al igual que la mole de bronce que se encontraba presidiéndola, pasaban de largo.

—A ver, ¿por dónde empiezo? Partes de las que te he contado son verdad, otras las modifiqué por interés o por pura vergüenza. A Greg lo conocí en el hospital, como te dije. Yo estaba destrozado y él fue una mano amiga. La única que tuve. No te echo en cara nada, porque yo me encerré en mí mismo y no escuchaba a nadie. Sé que tú y mis padres estuvisteis llamando e intentando ayudar. Sin saber por qué, yo culpaba de lo sucedido al pueblo y a todo lo que viniera de él. Después de la unión que vivimos Greg y yo en el hospital, solo confiaba en él.

A pesar de que lo excusaba, Mario se desestabilizó con esas palabras hasta el punto de perder la objetividad para valorar y juzgar la argumentación de Gabi. Aceptó la culpa, de la que no era consciente, de no haber estado más cerca de su amigo cuando más lo

necesitaba.

—Se interesó por nosotros —siguió Gabi—, y nos ayudó en lo que pudo. Venía a vernos si necesitábamos algo. Al terminar el periodo de baja paternal, volví al trabajo y fue un infierno. Yo no estaba para algo así, tenía la cabeza del revés, y me echaron. Me sumí en una depresión muy grande. Ahí apareció de nuevo Greg. Si en tu peor momento alguien te lanza una soga para rescatarte, no lo dudas, aunque la soga acabe en tu cuello. Incluso encontró a María para que se encargara de las niñas. Por fin parecía que empezaba a respirar, pero aquello no era gratis.

—¿Por qué?, ¿qué te hizo?

—Vino un día acompañado de esos amigos suyos a sueldo, como la mole que has visto en el club y que en ocasiones van con él, a decirme que le debía una cantidad ingente de dinero, que, por supuesto, no tenía. Me sacó unas cuentas que incluían lo que había costado la ayuda servida. Me ofreció que le pagara trabajando para él. En un par de años estaría el tema zanjado, y me aseguró que a Cristina y Paula no les faltaría de nada. Yo no tenía ni trabajo ni fuerza ni voluntad para pelear contra él. ¿Qué iba a hacer?

—Desde entonces han pasado mucho más de dos años, ya le habrás pagado lo que le debías —asumió Mario.

—Le he hecho ganar la cantidad que pedía multiplicada por diez. Ese no es el principal problema. En esos años hice cosas para él de las que no me siento orgulloso. Y, aunque me gustaría escapar de sus garras, no puedo. Tiene pruebas contra mí y yo contra él. Si cae él, caigo yo, y viceversa.

—¿Qué clase de cosas has hecho? Cuéntamelo todo, necesito saberlo.

—Me toca llevar los temas económicos y las gestiones de los negocios. Por ejemplo, asegurarme de los pagos, trámites con las entidades públicas, falsificaciones de documentación… Nada de delitos de sangre —dijo Gabi con un gesto de negación que intentaba mostrar que nunca cruzaría ese límite—, pero mi firma está en numerosos documentos. No tengo escapatoria, Mario.

—Y para arreglarlo me metes a mí por medio. Muy inteligente, no sé cómo no te asciende tu jefe.

—No era la idea, lo siento. Necesitaba a alguien de confianza para llevar el club y lo creí buen sitio para ti.

—¿Y por qué le cuentas lo de Eugin? Por mucho que lo intento, no lo comprendo.

—Greg es un poco paranoico y antes de que alguien se le acerque hay que encontrar temas turbios de la persona por lo que pueda pasar. En tu caso, no se me ocurrió otra cosa que contarle para que aceptara tu incorporación.

—¿Y qué cojones le has contado?

—Que te pidió ayuda, se la negaste y se acabó suicidando —sintetizó Gabi para restarle importancia—. Pero, Mario, es una chorrada.

—¡No para mí! —alzó la voz Mario, compungido—. Y no fue así, llevaba tiempo dando signos muy claros y nadie se dio cuenta. Ninguno lo ayudamos, yo tampoco.

—Sabíamos cómo acabaría ese hombre de todas maneras. Déjalo estar, Mario. Respecto a tu trabajo aquí, mi plan era que no pasara de un trabajo por cuenta ajena, tienes que creerme. —Hizo una parada para aclarar la voz—. Pero al alcalde y a Greg les gustó cómo te manejaste en la partida de póquer y me pidieron que te tentase.

Mario ya no sabía cómo encajar la palabrería de Gabi. No era capaz de pensar con claridad.

—Es decir, que, si quisiera ser mafioso, apunto maneras —dijo Mario con la comedia como escape.

—No estoy de coña. Tuviste temple y llevaste bien el momento crítico en la partida. Les había dicho que eras de confianza y te ganaste a la gente del club en pocos días; eres joven, apuesto, te expresas muy bien al hablar. Ellos son conscientes de toda esa validez. Como lo soy yo —añadió Gabi.

—¿El alcalde también está en el ajo?

—Bueno, se cuida mucho en sus apariciones, pero hay negocios en común, sí.

—No le falta de nada, a la historia.

—Conseguí convencerlos de que te dejaran en paz, pero descubriste la trama de los *ertzainas* falsos y todo se precipitó.

—Porque tú se lo contaste —acusó Mario—. Podría haber bastado con contarme toda la verdad.

—Si te hubiera contado todo desde el principio, no habrías venido.

—Habría tenido la oportunidad de elegir. Ahora estoy atrapado. Ya me pareció raro lo del descuento en el piso, pero de ahí a pensar que me estaban fiando dos mafiosos… No tengo tanta imaginación.

—La bajada súbita del precio del piso fue cosa de Greg, que presionó al propietario.

—De todas formas, yo no he hecho nada ilegal —se excusó Mario.

—Cierto, pero para él es como si te hubiera dado el dinero.

—Él puede pensar lo que le salga de los cojones.

—Hay que tener cuidado con esta persona —previno Gabi.

—¿Y qué se supone que debo de hacer yo? ¿Y tú? ¿Y si le devuelvo el dinero, o el piso, y me voy por donde he venido? No diré nada a nadie.

—Nunca te dejará salir sin más. Si me permites darte un consejo, dale lo que quiere y luego es posible que, si pagas, te deje salir.

—¿Y si simplemente paso de él? No creo que me mate y me tire a una cuneta, no lo creo capaz de algo así. —El silencio de Gabi fue clarificador—. Venga, va, una cosa es robar unos euros y otra, que se meta en esos líos.

—Mírame, Mario. Greg es peligroso. Acabemos con el asunto que tenemos entre manos y después ya veremos. Yo estoy hasta arriba de problemas, pero buscaremos la forma de que tú salgas indemne. Además, Paula y Cristina necesitan, al menos, a su padrino libre de carga. —Gabi apeló al sentimentalismo.

A Mario le cambió la cara al pensar en la situación en la que se quedarían las niñas si todo explotaba. Sin madre hasta ahora y sin padre ni madre a partir de entonces.

—Eres un inconsciente —dijo, y resopló después—. ¿Cuál es el plan?

—Es sencillo. Greg lleva años detrás del teatro, ya intentó comprarlo una vez. Julián no quiso venderlo, pero pronto nos dimos cuenta de su afición al juego. Al principio éramos meros espectadores, pero luego empezamos a promover las partidas en las que era un fijo. Perdía siempre, es lo que tienen los ludópatas. Matábamos dos pájaros de un tiro: él cada vez tenía más necesidad de vender y nosotros sacábamos dinero extra. Las partidas se hicieron famosas y a Greg se le ocurrió que nos podíamos quedar con el total de la recaudación. No solo por eliminar la posibilidad de que Julián ganase, sino porque ese hombre es insaciable. Sabemos que está al límite, pero siempre encuentra un modo de pagar.

—Sois despreciables.

—Cuando acabemos, me juzgas y me llamas lo que quieras —dijo Gabi con un tono neutro que fastidió aún más a Mario, pues parecía que había dejado de sentir culpa por sus actos delictivos—. El futuro se lo ha ganado él a base de cagarla. Sabemos que habéis cogido confianza y, según nos ha comentado esta mañana, está levantando cabeza.

—Cuando dices «sabemos» una y otra vez, ¿te refieres a que alguien sigue a la gente?, ¿que nos siguen? Me pones muy nervioso. Es por saber con qué clase de psicópatas estoy tratando.

—Lo que tienes que saber es que Greg tiene ojos y oídos en muchos lugares, ni siquiera yo sé todas las personas que, de alguna forma, trabajan para él o le deben algún favor.

Mario resopló y su mente se llenó con imágenes de San Zoilo que intentaban protegerlo de su presente. Allí había vivido momentos extremos en los que tomó la iniciativa de la acción. Como cuando cazaron una víbora en la cochera de Segis, después de que mordiese a su mujer, o cuando tuvo que lanzarse a las aguas bravas del río porque el cura, que apenas sabía nadar, se había metido a refrescarse.

Pero esto era diferente: le pedían que cazase a una persona y se asegurarse de que se hundía en la miseria.

No es que no fuera capaz de hacerlo, es que no podría vivir con ello. La diferencia entre un episodio extremo en uno y otro lugar era que tenía tiempo para reaccionar, no necesitaba improvisar.

—Al grano, ¿qué tengo que hacer? —preguntó Mario.

—De momento, ponerlo al límite. Ya le habrá llegado una carta de embargo de sus cuentas. Necesitamos que se gaste el último colchón que tenga antes de hacerle una oferta por el teatro. Es sencillo.

—¿Y lo de los tres meses acordados?

—Es verdad, fue una conversación nuestra. Lo siento, pero no era cierto. Solo quería desviar tu atención y que Julián se confiara. Estoy en una posición difícil —se excusó Gabi para buscar cierta comprensión que no encontró.

—Has jugado con él, y conmigo —reaccionó Mario, al que ya le sorprendían menos las malas artes de Gabi.

Algo se liberó en Mario. La persona que tenía en frente ya no era su amigo, no era un hombre en el que confiar, sino el brazo ejecutor de un individuo sin escrúpulos que le había lavado el cerebro. Le sorprendía no haberse dado cuenta antes. En los veranos que pasaba en el pueblo se comportaba normal, como siempre.

—Deja que te sea claro: estamos metidos en este embrollo por malas decisiones del pasado y no podemos dar marcha atrás. Tal como lo veo yo, tienes dos opciones: aceptar la situación, hacer lo que se te manda y, con un poco de suerte, llevarte el dinero y la chica —se atrevió a decir Gabi como anzuelo definitivo— o negarlo todo, joder a gente que no te conviene y buscarte un problema irresoluble.

—Me ha quedado claro, ya está.

Gabi se aproximó a Mario, le agarró la cabeza con las dos manos y lo miró a los ojos.

—Lo siento, amigo. Si lo llego a saber, habría actuado de otra manera. —Mario permaneció quieto. Como si Julián fuera transparente y ya no contara para él, continuó con la mirada fija en el letrero de una tienda de perfumes en el que una letra parpadeaba a destiempo respecto a sus vecinas. Un relieve escarpado se formó en su mentón al apretar los dientes, pero se mordió la lengua y no soltó palabra alguna—. Sé que estás enfadado conmigo, pero en un tiempo nos reiremos de todo lo que ha pasado.

—No sé yo. Ya hablaremos —concluyó Mario, y se deshizo de la horquilla que formaban las manos de Gabi en su cuello y que le empezaba a agobiar. Se marchó de allí.

Se había levantado por la mañana pensando que había recuperado

las riendas de su vida y que estaba creando algo que merecía la pena en aquella ciudad. En apenas unas horas todo se había ido al garete. Su trabajo era una farsa; su antigua y más estable amistad no era más que un monigote sin principios en manos de un psicópata, y sus nuevas amistades pronto dejarían de serlo al enterarse de todo el cuento. Las ganas de parapetarse en San Zoilo y hacer como que nada había pasado estaban en lo alto de la lista. Si filtraba la susodicha lista con acciones sin huir del lugar, el resultado arrojaba solo dos: decidir si salvar a un amigo o a otro. Pensar en unas niñas sin padres le causaba más dolor que un hombre arruinado por el juego. Se parapetó detrás del argumento de que él no era el responsable de la tendencia destructiva de Julián en la última década. Fue a casa y leyó con atención la hoja que le había hecho escribir como comienzo de la terapia. Se focalizó en las situaciones que lo llevaban a jugar de forma compulsiva. Se sentía ruin por pensar en utilizar como arma una herramienta concebida para hacer el bien. Se acabó de leer por completo las páginas y brotó en él la idea de que quizá no fuera tan malo que tocara fondo si de verdad quería una motivación a prueba de todo tipo de amenazas o bombas. Se marchó en dirección al teatro y merodeó las inmediaciones mientras le daba vueltas al asunto. A veces las situaciones maduran por sí solas y se arreglan sin hacer nada. No parecía que fuera el caso.

Mario se autoconvenció de que no era el tipo de persona que esconde la cabeza en la tierra cuando los problemas tocan a su puerta. Se subió los pantalones, que se le habían caído por debajo de la cintura, y estiró la camiseta hacia abajo. Una vez listo, y sin limitaciones exteriores, tocó fuerte la puerta. Al ver que nadie respondía, entró sin dilación. En el teatro, la temperatura constante por debajo de los veinte grados era agradable y alivió la ansiedad que empezaba a sentir. Se acordaba del camino que había recorrido en la anterior visita. Subió las escaleras y aporreó la puerta. Manuela abrió vestida con una sudadera varias tallas más grande que la suya. El pelo largo alborotado sobre la capucha delataba que acababa de ponérsela.

—Hola, Mario. Qué sorpresa. —Se colocó el pelo a los lados de la cara—. Perdona que aparezca así, pensaba que era Julián, que se había olvidado algo.

—No te preocupes. Yo tampoco esperaba encontrarte. Busco a Julián.

—Justo ha salido hace un rato a buscarte. ¿Qué te parece si lo llamo y lo esperas aquí? —le ofreció Manuela.

—No, tranquila. Le contacto yo y quedo con él.

—Como quieras —contestó—. ¿Y tú cómo te encuentras? Desde el episodio con Emilio que no hablamos.

En el caso de Mario, el hito que tenía grabado a fuego era el beso y

no tanto la estupidez de aquel desalmado. Las palabras de Manuela contenían matices de reproche que Mario captó.

—Disculpa. Tienes razón, debí haberte telefoneado.

—Desde luego; o al menos contestar a alguna de mis llamadas. Solo quería agradecerte lo que hiciste.

—Es complicado para mí —dijo Mario sin intención de decir nada más—. Tengo un poco de prisa.

—No vas a ningún lado. Primero aclaras tu frase, me lo debes —contestó con un autoritarismo racional.

Mario apoyó la mano en el marco de la puerta en busca de una referencia estable y de un estado desde el que vomitar todos sus sentimientos. Sin filtros, sin pensar y con el corazón en la mano.

—Ahora me dirás que significó algo aquella tontería de beso —bromeó Manuela al ver que Mario no terminaba de arrancar.

Esas palabras lo vaciaron y le quitaron las ganas de abrirse en canal.

—De verdad, creo que no es el mejor momento. Nos llamamos estos días y hablamos. Te lo prometo —dijo Mario sin dar opción a réplica y, ostensiblemente contrariado con la situación, se marchó.

Mario se marchó con un sentimiento de decepción y enfado a partes iguales. No significaba nada para ella, al menos no en la manera en que le gustaría. Llamó a Julián y quedaron a medio camino, en una cafetería de la plaza Mayor. El día claro animaba a las gentes a salir de sus casas y a llenar cada rincón al que un rayo de sol alcanzase. Mario llegó antes y, para esperar, eligió una terraza bañada de luz. Necesitaba recargarse de energía tras el bajón que había supuesto el encuentro con Manuela. Ahogar las penas y los problemas en alcohol tampoco lo consideraba una mala idea a esas alturas. Julián no tardó en aparecer y copió los pasos de su amigo: sol y cerveza para curar al cuerpo, por dentro y por fuera.

—A ti te buscaba yo, compañero del metal —dijo con sorna Julián.

—Pues tú dirás, camarada —le siguió la corriente Mario.

—Te tengo que tirar de las orejas. ¿No me habías dicho que me prorrogarían la fecha de vencimiento de la deuda? Ayer recibí una carta que dice todo lo contrario.

—Así es. Quedé con Gabi en que lo extendería tres meses más.

—Ya decía yo; tu amigo nos ha mentido —dijo Julián tras confirmar sus presagios—. Ayer me llegó una carta del banco por la que me instan a pagar o me embargarán las cuentas. No ha habido ningún aplazamiento del muy cabrón. Por si acaso, he sacado hasta el último céntimo de lo que me quedaba en la cartilla. No me fío ni de tu amigo ni de los bancos. —Se tocó el bolsillo interior de la americana

con dos golpecitos.

Mario puso cara de enterarse por primera vez. Levantó las cejas y abrió los ojos al máximo.

—No sabía nada. Qué hijo de puta —dijo mientras pensaba que le había salido muy natural—. Pues lo siento por mi parte, ya hablaré con él.

—Déjalo, no merece la pena. Tengo un plan económico realista para pagar cada euro a tu amigo y olvidarme de la pesadilla. Esta vez me voy a reír yo de ellos.

Mario había escuchado durante el día tantas veces las palabras «Tu amigo» que cualquiera diría que los contaba por decenas. Nada más lejos de la realidad. A su colega de toda la vida parecía no conocerlo. Llevaba una vida paralela y le habían robado la capacidad de defenderse y, con ello, la de defender a los que lo rodeaban. Se preguntó si se consideraba amigo de alguien con todos los matices de la definición. Al encontrarse en la tesitura de traicionarlos, y saber que lo haría sin dudarlo si de ello dependiese su salvación, era en sí una respuesta. Le empezó a lagrimar el ojo de forma involuntaria y desde la boca del estómago le creció un globo que no paraba de hincharse y que apretaba todos sus órganos. Su cuerpo le hablaba con sus medios y el mensaje había llegado y era claro: no se estaba comportando de manera correcta.

—¿Estás bien? —preguntó Julián al ver que Mario estaba absorto.

—Sí, perdona. Me alegro de que hayas apartado del todo esa parte tan destructiva de tu vida. Solo es cuestión de tiempo que te recuperes en todos los sentidos.

Julián secundó las palabras con un movimiento afirmativo de su mentón. Pidieron varias cervezas más. A través de los ojos del mundo que los rodeaba, eran dos amigos que exaltaban la amistad con alcohol de por medio. A través de los de Mario, era el proceso más antiguo y bochornoso para el envalentonamiento. Julián tenía la tarde libre y Mario simulaba que la tenía, aunque estaba en mitad de su labor. La inseguridad que sentía era total. Con cada cerveza evaluaba de nuevo sus opciones en busca de una alternativa o una escapatoria.

—No te lo iba a decir, pero confío en ti. Yo sigo con mi cuento de la estafa —dijo Julián—. Además, estas mierdas me desgastan por dentro si no las saco. Esta mañana, cuando he ido a ver a esos dos, he escondido en su despacho la grabadora que uso en mis reuniones con mis representados. Sigo creyendo que no son trigo limpio. La he dejado encendida y la batería no durará más de día y medio, así que, como máximo en un par de días, iré con alguna excusa de parte del pago y la recuperaré. Es improbable que consiga alguna prueba, pero mi visita les habrá inquietado e igual se mueven. Tampoco pierdo nada por probar.

—¿Y si la encuentran? —preguntó Mario.

—No lo creo, está en una planta con una espesura de tallos y hojas que impiden verla a simple vista. Aunque, si se diera el caso, ¿qué ocurriría? —se sinceró Julián—. Nada.

—Qué cabezón eres. Si es una forma de quedarte tranquilo y zanjar el tema, adelante.

—Veremos así quién tiene la razón —zanjó Julián, resentido.

Mario se puso nervioso al percatarse de que aparecería en las grabaciones. Los acontecimientos tomaron la decisión por Mario, que, si bien era lo que quería evitar, se sintió forzado a escoger un camino determinado que lo descargaba de responsabilidad. Si Julián se enteraba, podía saltar todo por los aires: su tonteo con Manuela, su complicidad con el plan de Gabi y Greg, la posibilidad de que Gabi fuera preso y las niñas se quedaran solas, que Manuela lo rechazase definitivamente y que perdiera el trabajo. No había nada bueno en que el plan de la grabadora prosperase. Tampoco podía decírselo a los dos mafiosos. Sería una prueba en su posesión que lo incriminaría, o al menos lo hacía cómplice.

Pensó que ir a cogerla sería lo primero que haría nada más levantarse al día siguiente, cortar por lo sano cualquier posibilidad de ser descubierto. El cómo hacerlo lo dejó también para entonces. El tiempo de reflexión de Mario fue un momento de silencio raro por único, máxime después de una revelación de ese calado. Por suerte, aparecieron unos conocidos de Julián, que se sumaron al acto social de beber y conversar. Su aportación fue sumar una acción más, cambiar de lugar para volver a comenzar el proceso. De esa manera, se recorrieron los alrededores con júbilo de turista joven en vacaciones. Julián celebraba, sin decírselo a nadie de forma explícita, el cambio radical que había dado su manera de pensar y de situar sus prioridades. Se consideraba despierto de una pesadilla que había durado años, se sentía curado de una enfermedad que había sufrido siempre. Oscurecía y nadie podía seguirle el ritmo, excepto su amigo Mario. Tenía una fuerza y un aguante fuera de lo común, como si empezar a vivir mereciera una ceremonia de apertura a lo grande. Los conocidos abandonaron la comitiva. Mario y Julián continuaron cerrando cuantos bares se encontraron a su paso hasta que ninguno los recibió con la verja abierta.

—Podemos ir al casino —propuso Julián sin mostrarse dubitativo —. No hay ya nada más abierto.

Julián se conocía la noche de la ciudad a la perfección. Entre semana, apenas había abiertos unos clubes de mala fama desperdigados por la ciudad y algunos bares de carretera a los que había que llegar en coche. Su estado de embriaguez les impedía ni siquiera planteárselo. La última opción que les quedaba era el casino

de la ciudad.

—No creo que sea buena idea —contestó Mario, cuyo objetivo del día estaba más cerca que nunca, pero que perdía fuerza por los efectos del alcohol, ya visibles en su postura menos erguida y en la dificultad de componer oraciones largas.

—Tranquilo, en el casino están bien diferenciadas las áreas de juego y de restauración por medio de las cocinas, los servicios y los vestuarios, de modo que funciona como un bar más para quien así lo quiera. No pasará nada y no voy a jugar, estoy bien, Mario. Será una prueba que tendré que pasar tarde o temprano.

—Solo una copa y para casa, que estoy ya bastante al límite —dijo Mario, a quien el alcohol perjudicaba gravemente sus funciones motoras y mentales, al punto de perder la conciencia de sus actos si se excedía.

—¿Al límite de qué? —preguntó Julián—. Venga, que lo estamos pasando de puta madre, no seas aguafiestas.

—Ya te he dicho que sí, que vamos. Tengo que hacer una llamada antes.

Julián aprobó el contratiempo entretenido en finalizar el ciclo de la cerveza entre varios arbustos.

Mario se alejó unos metros y telefoneó.

—Mario, ¿estás bien?

—Buenas noches, Adela. Perdona que te moleste a estas horas, pero necesito pedirte un favor.

—No me asustes, ¿qué te pasa?

—Tranquila, estoy bien. ¿Mañana tienes turno en el club?

—A primera hora, sí.

—Perfecto. Esta mañana he estado por allí y se me ha caído en el despacho de Greg una grabadora de voz. Es del tamaño de un móvil. Yo creo que estará por la zona de la planta, ¿podrías recogerla? No se lo comentes a nadie, por favor.

—Dalo por hecho.

—¿No me preguntas por qué?

—No lo necesito, cariño. Cuídate, que parece que ya has bebido demasiado. Mañana hablamos. —Adela colgó.

Mario volvió con Julián. Una vez reunidos y libres cada cual de su carga, echaron a andar. Les costó menos de diez minutos llegar al casino. En la entrada, un gigantón con rostro afable les deseó buenas noches. Ya en el vestíbulo principal, una pareja detrás del mostrador los saludó.

—Bienvenidos, Julián y compañía. Le echábamos de menos.

—Yo a vosotros, no tanto. —A Julián las palabras le salieron del alma.

—¡Ay, Julián! Igual de bromista que siempre —rio la mujer, que

daba vergüenza ajena.

—Su amigo se tiene que identificar.

Mario entregó el carné de identidad al secretario, que introdujo las credenciales en su base de datos. Mientras esperaba, Julián pasó el tiempo maldiciendo cada uno de los objetos que decoraban la recepción. Se sentía con derecho a hacerlo por haber pagado gran parte de la amortización del lugar.

—Ya está, pueden pasar. Disfruten de la noche.

El casino estaba lleno de gente elegante. Algunas mujeres y hombres estaban a verlas venir en busca de personas con poca querencia a guardar el dinero. Otras estaban a lo suyo, copa en la mano, y disfrutaban del refinamiento del sitio. Fue en el estrato en el que se situaron Julián y Mario. No era un baño de masas, pero, por cualquier zona por la que Julián pasara, los saludos le llovían. A Mario los efectos del alcohol lo iban apagando, siempre había sido así. No obstante, con los años, donde las salidas nocturnas estaban más distanciadas en el tiempo y la vacuna por la constancia en el beber dejaba de surtir efecto, las consecuencias del alcohol eran más pronunciadas. Una mujer, con la excusa de la altura, paró a Mario posando la mano sobre su tórax, y la bajó con lentitud, consciente del relieve de su pecho y sus abdominales. Todo mientras llamaba su atención con conversación fácil y continua. No le requería un gran esfuerzo mental, así que Mario aceptó el juego.

Julián se desmarcó de él conversando con todos y, en concreto, con ninguno. Parecía que pertenecía al lugar y que su función era la de aglutinar los diferentes corros de personas que lo tenían a él de nexo común. Él se sentía cómodo, moviéndose más que los hielos de su vaso, que flotaban en ginebra y tónica. La primera ronda no se la cobraron, la segunda fue a costa de un empresario conocido y con cojera recreativa similar a la suya, pero con mayor bolsillo. Para la tercera tuvo que sacar la cartera, aunque por contra recibió una ficha de veinticinco euros gratis, a cuenta de la casa. Se la echó al bolsillo.

Mario tenía medio ojo en su amigo y el resto en el escote de la señora, que lucía tieso con elegancia y orgullo. El alcohol lo acercaba a su origen más primate.

En la cuarta ronda, nadie reivindicó la autoría. Julián hizo el ademán de pagar con la ficha, pero no se la aceptaron o no le quisieron entender. Su borrachera era una excusa válida y defendible ante cualquier tribunal. Para esa hora, Mario ya estaba con los ojos cerrados, las manos ocupadas y la mente devoraba capas de ropa y piel.

Julián fue a usar la ficha donde la aceptasen. Se metió por un pasillo estrecho y apagado. Unas manos invisibles lo empujaban sin dejarle mirar atrás. Apenas veía un foco luminoso en el suelo que se

estrechaba cada vez más. Apartó una cortina negra que se había quedado enganchada en su cara y de repente una luz amarilla lo deslumbró. Cuando sus ojos se acostumbraron, una bella mujer con sonrisa de pago y unos rizos de anuncio le ofreció una copa. Julián la aceptó sin preguntar. Los techos altos le brindaban una sensación liberadora. El ruido a buje de bicicleta de alta gama, las monedas golpeando el metal y las risas como ruido de fondo lo acompañaron hasta unas caras que reconoció y que se situaban alrededor de una mesa ovalada. Le abrieron hueco, cogió de su bolsillo la ficha de veinticinco euros de cortesía y la colocó sobre un rombo negro. Tocó el número ocho. Las caras de alegría y complicidad se sucedieron. Le devolvieron dos fichas iguales.

—Eso es venir y besar el santo —le dijo por detrás una muchacha joven que no conocía.

—Eso es signo de buena racha —balbuceó él mientras colocaba de nuevo las dos fichas en el mismo número y le devolvía la sonrisa—. ¡Que siga!

12

El malestar causado por la resaca le permitía mantener la cabeza aislada de lo que había vivido. Aunque quisiera, tampoco se habría acordado con detalle. La habitación olía a lonja de distribuidora de bebidas espirituosas. Miró alrededor de la cama por si hubiera decidido inconscientemente acortar el camino al baño. No hubo sorpresas de ese tipo. El olor provenía de su sudor, rancio y con graduación. Las palpitaciones que sentía y que retumbaban en su interior le impidieron escuchar la puerta. Al final, los golpes subidos de intensidad lo despertaron del letargo en el que estaba, más con la intención de sobrevivir que de descansar. El único respiro lo proporcionaba el ventilador de techo, que rotaba incansable e independiente.

—¡Abre, desgraciado! —se escuchó desde detrás de la puerta—. Sé que estás ahí.

Consiguió levantarse empujado por la vergüenza que sintió al ver las doce del mediodía en el reloj colgado de la columna. Alcanzó la botella de agua que tenía en la mesilla de noche y la compartió con la alfombra hasta terminarla. A continuación, se acercó a la puerta, arrastrando el pie derecho por un dolor en la cadera y el peso de la desgana sobre sus hombros. Habían dejado de llamar hacía un rato, pero se acercó a ver quién estaba en su teatro. Abrió la puerta.

—Por tu culpa, maldito —maldijo don Carlos con la cara demacrada por la falta de sueño y con la mano en alto, que reflejaba la desesperación de un padre.

—¿Qué te pasa, don Carlos?

Es lo único que le dio tiempo a decir, antes de que la mano se estampara contra su cara. Una mano grande, trabajada en el campo en su juventud y trabajada en el teatro en su madurez. La última etapa había sido la más larga y don Carlos se vanagloriaba de haber ayudado a montar todos y cada uno de los escenarios que se habían disfrutado. A la primera oportunidad que tenía, mostraba orgulloso sus cicatrices en cada mano causadas en el traslado del mobiliario especial para decorados. Julián cayó redondo, sin protegerse, como si se tratara de una persona mayor que lidiaba contra la gravedad en una caída. Julián se encontraba noqueado en el suelo. Don Carlos, aún más apesadumbrado, se sentó en el primer peldaño y lloró mientras mascullaba alguna palabra ininteligible. El color rojizo de su cara y su

arteria en la sien hinchada daban cuenta de su desesperación. Julián se recobró con lentitud. Sus neuronas, que tartamudeaban debido a la intoxicación de etanol aún presente en su cuerpo y que estaban fuera de su lugar tras la sacudida, comenzaban a relacionarse de nuevo, a interconectarse entre ellas. Apenas se reincorporó, don Carlos se acercó de nuevo a él.

—¿Qué?, ¿no eres capaz de levantarte y dar la cara?

Julián no contestó mientras trataba de recordar qué había pasado la noche anterior con don Carlos.

—Mi niña está en cuidados intensivos por tu culpa. Está muy grave —acusó a Julián.

—¿Por qué dices eso?

—¿Te crees que no me doy cuenta de lo que pasa? Tres meses ya sin cobrar y sabes a la perfección cuánto valen las medicinas de Anita para la epilepsia. Voy justo y, si no cobro, no puedo permitirme pagarlas. Le he tenido que racionar las pastillas por tu culpa. Ha tenido una crisis fuerte y se ha golpeado la cabeza al caer al suelo. Está hospitalizada, muy grave —puntualizó don Carlos—. Nunca le había faltado de nada. —Julián permanecía en silencio—. Eres un desgraciado, ya no me puedo callar. Sé que te lo gastas todo en bebida y juegos. Te he visto crecer, y ver en lo que te has convertido… Debería de darte vergüenza. Si tu padre viviera, se avergonzaría de ti. —El viejo lloraba desconsolado, como un niño—. Te he tratado siempre como un hijo.

—Lo siento de verdad —consiguió contestar Julián tras tragar saliva y entre lágrimas—. No tengo ninguna justificación. Soy toda y cada una de las palabras con las que me has descrito. —El pómulo derecho y parte del labio se le había inflamado y sus palabras habían tomado un tono ligeramente diferente—. No tengo el dinero, don Carlos. Pero ya está, está decidido. Venderé el teatro si es necesario, pagaré cada euro que debo y empezaré de nuevo. No puedo vivir con este peso encima. Lo siento de veras —repitió su disculpa—. Deseo que se recupere Anita. Vamos a hacer los papeles para tu jubilación. De esa manera te irá mejor y ya no dependerás de mí.

Don Carlos ya había soltado la rabia que tenía dentro y solo le quedaba lamentarse de su mala fortuna. Con las manos en la cabeza, maldecía su desdicha.

—Si le pasa algo a Anita, no me queda nada. —Paró de gimotear de pronto. Levantó la cabeza y miró a Julián—. Me quito la vida. —Se calló para besar el guardapelo que llevaba al cuello con la foto de su difunta mujer—. Y te llevo conmigo, Julián. Por mi mujer, que en paz descanse, que, si le pasa algo a mi hija, te llevo conmigo.

—Don Carlos, no estás en tus cabales —contestó Julián, al que no le daba la cabeza para lidiar con tal situación—, te voy a llevar a tu

casa.

—No. No, escúchame tú bien. Toda la vida he trabajado para tu familia, y me he dejado la vida por cuatro duros, y yo lo acepté. Pero que tu avaricia y tu egoísmo se lleven a mi hija, no voy a dejarlo pasar.

—Lo entiendo, don Carlos, y no te culpo de que tengas ese sentimiento. No me he portado como correspondía. —Julián le siguió la corriente al ver que no entraría en razón.

Lo agarró del brazo para ayudarlo a levantarse.

—¡Déjame! Que ya puedo yo solo. Tú quédate ahí a acabarte la botella, si te queda algo, que hiedes a *whisky* —dijo don Carlos de forma despectiva—. No hace falta que me acompañes, ya conozco el camino. Antes de que tú nacieras, ya andaba yo por estas escaleras.

—Luego iré visitar a Anita —dijo Julián en la distancia.

—No te quiero ver por allí si no es para pagar lo que debes, malnacido —contestó don Carlos justo antes de cerrar el portón de un portazo, como si tuviese cuarenta años menos.

Nunca había visto así de perjudicado a don Carlos. Solo lo había conocido en modo estable y positivo. Tendría que evaluar de nuevo sus cuentas, a ver cómo encajar el sangrado de unos miles de euros para pagarle. Los cálculos estaban cuadrados con pinzas. Se masajeó las sienes con los nudillos para aliviar el dolor de cabeza y pensar con más claridad. Como si abriese con ellos las compuertas de una presa, el recuerdo del final de la noche comenzó a engullirlo.

Fue con rapidez a la habitación a buscar la americana. Cada prenda que se había quitado la noche anterior estaba en una zona distinta. La americana se encontraba en el suelo, parte de ella debajo de la cama, en un estado deplorable: arrugada y con lamparones, como si hubiese sido pisoteada. Unos meses antes, cualquiera habría pronosticado una vida mejor al rollo de tela de lana merina en el mueble de la mejor sastrería de la ciudad. El sobre estaba en el bolsillo interior. Lo encontró, pero estaba vacío. «No, no, no», repetía una y otra vez.

Alcanzó los pantalones varios metros más allá y en su cartera no había nada más que calderilla y un billete de veinte euros. Cogió el teléfono de encima de la cama y llamó a Mario, que no respondió. La desesperación se apoderó de él. Agarró con ambas manos la camiseta de tirantes que llevaba puesta de la noche anterior y se llevó el cuello de la prenda a la boca mientras trataba de recordar con exactitud qué había pasado. Las risas hacían eco en su mente y la ruleta giraba dentro de su cabeza. Recordó que había entrado en el casino con Mario, y no mucho más. Las imágenes se mezclaban con otros recuerdos pasados. Su última reminiscencia era una fila de vasos de chupito que, una vez llenos, se golpeaban contra la mesa para que se produjese la mezcla de las bebidas. Tomar por cierto lo más verosímil

era lo que solía hacer Julián, y rara vez tenía que corregir sus predicciones. Y Julián no era tonto en absoluto, pero sí un enfermo sin control. Lo más probable era que se hubiera dejado todo el dinero en aquel lugar del diablo.

Por un momento, dejó crecer en su interior el pensamiento de desaparecer. No escapar a un lugar desconocido, sino desaparecer como persona que decepciona a otras personas y a sí mismo una y otra vez. Ganar la batalla con el mayor de los sacrificios. Era débil y, ante esos pensamientos fundados por su sufrimiento, no tenía soldados a su servicio que los batallaran. Estaba su amor por Manuela, al que se agarró para salir de aquella espiral destructiva. Trató de actuar tal como lo habría hecho su padre en esas circunstancias, pero pensó que su padre no era tan estúpido como él y jamás habría llegado a tal punto. Entonces se percató de que ir a la boca del lobo con todo el dinero que le quedaba no había sido una jugada inteligente, pero culpó al alcohol como si alguien decidiera por él.

A esas alturas no le quedaba más que una opción, la única que no quería tomar, pero por la que, inevitablemente, llevaba muchos años pujando: vender el teatro. El último bastión de su tren de vida. Con suerte, se llevaría un par de millones limpios con los que empezar de nuevo con Manuela y con la agencia de representación. No encontró otra salida. Se vistió con su mejor apariencia de negocios, que mezclaba azul océano y marrón, cuero con gusto y discreción. Pelo engomado y peinado aerodinámico hacia atrás, con pintas de vivir la vida rápido y sin mirar a quién dejaba. Llevó consigo el papel que describía qué parte del teatro era del banco y en la que salía la tasación del edificio, que rondaba los tres millones de euros.

—Qué elegante, Julián —saludó primero Gabi, que puso ojos de lémur al enfocar su rostro—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Julián no contestó y entró hasta el despacho. Gabi lo siguió. Parecía que lo esperaban, puesto que allí estaban los dos, dispuestos, desocupados y con una sonrisa que no podían borrar de la cara. Solo un tortazo bien dado habría logrado tal cosa. Julián lo imaginó para sentirse mejor.

—Vayamos al grano —dijo con la intención de pasar el episodio más penoso de su vida con celeridad—. Lo habéis conseguido, estoy dispuesto a vender el teatro. Esta es la cifra que aceptaría. —Dejó el papel que contenía la cifra de la tasación subrayada encima de la mesa.

Greg permaneció en silencio y centró la mirada en Gabi. Julián copió el gesto. Gabi se acercó a ver la cifra en cuestión.

—Primero, te agradezco que hayas venido con un talante más

sosegado —dijo—. De igual forma, te agradezco que hayas pensado primero en nosotros como futuros compradores y hayas venido hasta aquí para hacernos una oferta. —Gabi hizo una pausa y un gesto con las dos manos unidas, como un aplauso a cámara lenta, antes de seguir—. Te confirmo que sí estamos interesados en la compra del teatro, pero lamento decirte que manejamos números inferiores a la tasación que nos muestras. Ten en cuenta que hay un montante de dinero que nos debes y tiene que quedar saldado. Nosotros estamos dispuestos a llegar a los dos millones, hacer frente a la hipoteca y la condonación de la deuda. Nos parece una oferta razonable.

—Pero es casi un veinticinco por ciento menos respecto al valor de tasación —dijo Julián tras dos segundos de cálculos internos.

—Sí. —Miró Gabi de nuevo la cifra del documento—. Por ahí anda. Pero debes ser consciente de que, si el teatro entra en concurso de acreedores, el valor bajará de forma drástica. Lo perderías de igual manera y recibirías mucho menos a cambio. Además, la rapidez con la que podemos hacer la transacción no la conseguirás con otros posibles compradores, el proceso se dilataría. Si firmamos, en breve tendrías el dinero en tu poder, lo que tarde en llegar la transacción.

—¿Me pueden traer un vaso de agua?, estoy sediento —contestó Julián, que intentaba tragar saliva y era incapaz por la sequedad que tenía en la boca. Le costaba pronunciar las palabras física y emocionalmente.

—Por supuesto, yo mismo iré. —Greg se levantó de la poltrona y pasó cerca de Julián para alimentarse de su miedo y su nerviosismo.

—No queremos que te vayas con un precio que creas injusto.

—No, ¿verdad? —interrumpió con sorna Julián—. Seguro que tienes a mano una copia de cómo sería el contrato leonino de compraventa.

—Pues sí, lo tengo. Solo queremos hacer las cosas rápido y bien.

Aprovechó que Gabi se giraba, para agacharse y coger la grabadora de entre los tallos de la costilla de Adán que adornaba una de las paredes. No estaba. Rebuscó con la mano, sin quitar la vista de Gabi, pero la grabadora no aparecía. Cejó en su empeño mientras pensaba que sus interlocutores la habrían encontrado y estaban al tanto de que alguien iba tras ellos.

—Por cierto, ¿ha estado por aquí Mario? —preguntó Julián para quitarse una variable en la ecuación—. Hoy no me coge el teléfono.

—Por aquí no ha pasado desde que he venido yo. Desde que se mudó no estoy muy al tanto de cuándo sale y cuándo entra. ¿Por?

—Nada, déjalo. Nada importante.

—Aquí está. —Gabi volvía sobre sus pasos para entregar el contrato a Julián—. Lo tenemos redactado, a falta de incluir el valor final. El tema de que me hago cargo de la hipoteca está en la página

dos y el de la condonación de la deuda, en la página tres.

—Vale, pues creo que me lo llevaré para estudiarlo —respondió Julián, que aceptó la carpeta y la sujetó entre su costado y su brazo.

—No, lo siento. No es posible —respondió Gabi, tranquilo.

Greg entró en el despacho con un vaso de agua que ofreció a Julián. Este lo cogió y se lo bebió de un trago por pura necesidad vital. El alcohol, horas después de la ingesta, seguía disecándolo por dentro.

—¿Tenemos ya un acuerdo? —preguntó Greg con talante amable.

—No, todavía no —contestó Gabi—. Justo le comentaba a Julián que la oferta solo tiene validez en estos momentos. Es un valor razonable y no queremos alargar el proceso innecesariamente. Entendemos que vienes con la decisión tomada, y solo estamos hablando de la cantidad.

—Es lo que me quiero pensar, si la cantidad es suficiente —argumentó Julián.

—¿Cuánto es la cantidad suficiente? —Entró en escena Greg.

—Vale, lo que pone en el papel que te he enseñado, el precio justo. Por debajo de esa cifra no tenía pensado venderlo, y de ahí la necesidad de pensarlo.

—A tal precio es imposible llegar. El teatro necesita una remodelación integral que tenemos que hacer con total seguridad. El mobiliario está muy deteriorado, hace años que no inviertes un euro. Como gesto de buena voluntad y de acercamiento, podemos elevar la cifra cincuenta mil euros más. Es nuestra última y definitiva oferta. O la tomas ahora o te olvidas de ella —soltó Greg el ultimátum.

Julián pensaba en alternativas para no aceptar la propuesta, como jugadas de ajedrez cuyas soluciones ya estaban exploradas y explotadas o se encontraban un no por respuesta. En realidad, debía dinero al banco, tanto a amigos como a enemigos y a sus trabajadores. ¿Quién en su sano juicio arriesgaría nada por él?

—Vale, firmaré —concluyó con la voz temblorosa—. La entrega será el próximo domingo. Necesito vaciar mis enseres personales y los contratos firmados se tendrán que respetar.

Greg y Gabi se miraron y dieron el visto bueno a la operación.

—No hay problema con el tema del personal, pero los contratos de los grupos teatrales me temo que, una vez estén en nuestras manos, serán nuestra responsabilidad, para bien o para mal. Seguro que lo entiendes.

—Es verdad, ¡a tomar culo! —respondió Julián e hizo un gesto de aceptación—. En realidad, ya no es mi problema.

Gabi actualizó el contrato con la nueva cifra que habían acordado y le pasó el documento a Julián, que firmó en todos los pies de página. Cada firma era diferente a la anterior debido al temblor que se había

instalado en él. La conciencia, al tanto de lo que sucedía, andaba detrás de esos movimientos aleatorios e imprecisos.

Gabi hizo la transferencia con el dinero acordado mientras esbozaba una sonrisa de oreja a oreja, como quien llega a la cima después de un largo camino y ve el mundo a sus pies. Julián no volvió a abrir la boca. Cogió su copia y se marchó. Ya no había marcha atrás. Por extraño que pareciese, se sintió aliviado, como si vaciar la mochila llena de expectativas, de sueños inconclusos y de responsabilidad con la herencia y la historia a cambio de llenar los bolsillos fuese una buena alternativa. Como si hubiese sido una decisión, como si el supuesto peor trance vivido abriese una puerta a una nueva vida. El paseo terapéutico a casa puso en perspectiva su tesitura. Pensó en su futuro y no todo era tan negro, o quizá fuera tan solo un artificio de su intelecto para liberarlo de la penosidad del momento.

Llegó al teatro, cuyo olor característico parecía haberse renovado a sabiendas de su final inminente. El telón y las butacas contaban décadas y su afán de inmortalidad consistía en grabarse en la memoria olfativa de Julián y de las personas que esos días pasasen por allí. Decían adiós a su manera. Se sentó en la zona media del patio de butacas, al lado del pasillo central. Miró al frente y se vio detrás del telón de foro en aquella primera vez que se quedó a cargo del teatro. Su padre hizo la pantomima de marcharse y se escondió en las últimas filas. Lo dejó con la tarea de abrir y cerrar el telón principal con tan solo cinco años. Fue todo un éxito, aunque para hacer fuerza tuviera que colgarse del cordón para ayudarse con su propio peso. Aquella sensación de responsabilidad nunca se desprendería ya de él, incluso le agradaba, hasta que se convirtió en una obligación tras la muerte de su padre. En esos momentos apareció Manuela, que venía sonriente, acorde al día luminoso y templado que exhibía Vitoria y con la idea de almorzar con su pareja. Al entrar, no se percató de la presencia de Julián, que permanecía en silencio, observando las escenas de su vida en el escenario.

—¡Manuela! —gritó Julián, que sí escuchó el portón, aunque sin saber con seguridad si era ella.

—¿Julián? —Ella siguió el origen del sonido hasta llegar al pie del escenario—. ¿Qué haces ahí sentado? —Dejó una bolsa con cuidado sobre una butaca de la primera fila—. Por cierto, te he escrito, no sé si lo has visto. Comemos juntos, que te he cocinado por primera vez tu comida favorita. A ver qué tal se me ha dado.

—Ven y siéntate, por favor. —Señaló la butaca contigua a la suya, una fila más abajo.

Manuela le hizo caso sin mediar palabra, ya que las sorpresas y cualquier circunstancia que se saliese de la rutina le gustaban.

—A ver, misterios, que eres un misterios de mucho cuidado. ¿Qué

me tienes que contar?

—Quizá te suene a locura, pero lo que ves a tu alrededor no es lo que siempre he soñado. —Levantó el mentón y dio un cuarto de vuelta en el aire—. Mas bien es una losa que siempre he tenido y he llevado como podía, pero le acabo de dar fin.

—¿Qué quieres decir, Julián? Me estás asustando.

—Que acabo de vender el teatro.

—¿Que has hecho qué? —dijo Manuela, y buscó el hoyuelo en los carrillos de Julián que mostrasen la inocentada del día.

—Vender el teatro.

—Ya, eso ya lo he escuchado, pero es una broma, ¿no? —Manuela permanecía incrédula ante la firme gesticulación del no en Julián—. ¿Y yo no pinto nada en algo así? ¿Me quieres decir qué está ocurriendo? Porque no es normal, de un día para otro nadie hace algo así.

—¿Tú me quieres, Manuela?

—¿Y a qué viene esa pregunta? Estás muy raro.

—La pregunta es directa y clara.

—Si no fuera así, no estaría aquí. No sé si hace falta decirte que me he establecido aquí por ti.

—¿Y si no fuese el dueño del teatro?

—Me empiezas a enfadar con tu tontería. Sí, claro que te quiero, y te seguiría queriendo en tal circunstancia.

—Eso último es lo que necesitaba oír. —Se levantó, se estiró hasta besar la frente de Manuela y se escapó entre las butacas con energía renovada.

—¿Te vas a ir sin contarme tu locura?

—Luego te cuento, y nos comemos esos chipirones en su tinta. Yo también te quiero —dijo Julián de un tirón y de camino a la salida.

Dejó el teatro al paso de una nueva modalidad de marcha: a paso ligero, saltaba y caía con la misma pierna, alternando derecha e izquierda, como si fuera la forma natural de celebrar en un trayecto a pie.

La primera parada fue el banco, en el que siempre lo esperaban con los brazos abiertos por ser un buen cliente, con grandes ingresos, créditos altos que pagar y soporte suficiente para ser pagados. El dinero había llegado a su destino y estaba por y para él. Sacó veinte mil euros que metió en un sobre, lo guardó en el bolsillo trasero del vaquero y se puso en camino. Fue a trote, porque no tenía coche y porque tenía energía y piernas suficientes para cubrir cualquier distancia de una ciudad edificada para andar. A medida que recorría el trayecto, el charco de sudor en las axilas se expandía y una gota, que se hizo grande en la punta de la nariz, brincó al labio en uno de sus saltos. Sin querer, aquel sabor salado elevó en su cabeza aquellos

sueños en los que el sufrimiento era buscado. Un sufrimiento que gustaba por ser la puerta a un sentimiento de redención, por espiar sus excesos, por llevarle a un bienestar soportado por la química y los objetivos cumplidos y por regalarle un cuerpo perfecto, esculpido por el cincel de los kilómetros y las brazadas. Llegó exhausto y con falta de aire, pero pletórico de cabeza.

Que la unidad de emergencias del hospital de Txagorritxu se encontraba en una calma tensa se podía deducir por el modo en que una enfermera salió al encuentro de Julián, que llegó como si traspasase la línea de meta. Después de la decepción de la sanitaria al ver la salud del visitante, le informaron que Ana, la hija de don Carlos, estaba ya estable e ingresada en planta. Julián, antes de subir a visitarla, compró, en consonancia con su espíritu optimista, unas rosas amarillas. Hacía todo automáticamente, como si el plan estuviera grabado en su ADN y solo tuviera que seguir a su musculatura, que lideraba los movimientos.

La mano que contenía las flores le temblaba. La incertidumbre del recibimiento que tendría al entrar en la habitación ayudó, pero lo que de verdad turbaba su equilibrio era el olor a hospital tan característico, como si en esas paredes hubiera ocurrido algún suceso trágico que su mente no recordara, pero sí su cuerpo. Llamó a la puerta antes de entrar y le dieron paso. Los ojos de Anita se redondearon e iluminaron al verlo.

Anita y Julián eran quintos y, durante su infancia, habían pasado grandes periodos de felicidad juntos. Él era muy protector con ella y, cuando aún no levantaba dos palmos del suelo, Julián se convirtió en su amor platónico. Ambos sentimientos crearon entre ellos un vínculo fuerte que aún conservaban a pesar de los largos periodos que permanecían sin verse. En esa época difícil en la que las incongruencias son la base de las decisiones, don Carlos se las ingenió para separarlos tras una conversación con Julián en la que le declaró que no la amaba, no al menos de una forma carnal. Ante el estado de enamoramiento de Ana, que ya era incapaz de ocultar sus deseos en las paredes de su habitación y la imposibilidad de que fueran pareja, don Carlos se inmiscuyó para evitar el sufrimiento de ella, de salud muy delicada. En ocasiones, se reafirmaba que había hecho bien, y en otras, como en esta en que la cara de su primogénita volvía a brillar, se le caía el alma a los pies. Fue mutuo el sentimiento por parte de Julián. Y más aún al verla con los ojos abiertos y una lucidez evidente que temía no volver a ver tras la visita de su padre horas antes con la información de su ingreso al hospital.

—Qué bien te veo, Anita —dijo Julián mientras se acercaba a la cama—. Te traigo unas flores.

—Gracias, Julián. —Anita las aceptó y acercó la mano hasta que

una fuerza invisible la frenó en seco. El tubo de la vía que tenía en el brazo estaba enroscado en la barra lateral de la cama. El conducto se tensó al igual que el cuerpo de los allí presentes.

—¡Cuidado, Anita, el suero! —exclamó su tía, que presenciaba, junto a don Carlos, la escena.

—*Aita*, mira qué hermosas —contestó Anita quedándose con lo importante. Julián la ayudó a desenroscar el cable de la vía, que por suerte no se había soltado del brazo.

—Vaya susto nos has dado. ¿Qué tal te encuentras, bonita? —preguntó Julián, que le cogió la mano.

—Ahora que estás aquí, mucho mejor —contestó ella complacida con su presencia.

Don Carlos, al ver a Julián entrar en la habitación, había hecho el ademán de lanzarse a por él para arrebatarle la desfachatez que tenía de presentarse allí, pero fue placado en un primer instante por el brazo de su hermana y después por la alegría que había impregnado en su niña. Julián la besó en la frente.

—Lo siento de veras —susurró Julián al oído de Anita—. No volveré a fallarte.

Ella no entendió nada, pero no importaba mientras los labios de Julián rozasen alguna parte de su cuerpo. Después de varios segundos, que ella enmarcaría como uno de sus mejores momentos, él se dio la vuelta y se acercó a don Carlos, que permanecía en un butacón, contrariado. Julián lo abrazó y don Carlos se dejó.

—Lo siento. Sé que es difícil, pero espero que algún día puedas perdonarme —dijo Julián, que intensificó la fuerza con la que agarraba a don Carlos.

El anciano venció su orgullo y respondió abrazando a Julián como al hijo que vuelve a casa después de un viaje largo que los ha separado en contra de su voluntad. Julián aprovechó para deslizar el brazo, que tenía oculto a las mujeres de la sala, hasta el bolsillo del pantalón, coger el sobre y metérselo a don Carlos en el bolsillo de su americana con el mismo proceder. No le costó encontrar a tientas el bolsillo de don Carlos, cuya abertura estaba dada de sí por su pose habitual de apoyar el peso del brazo en el bolsillo al validar las entradas en el teatro. El traje era su mono de trabajo, el uniforme no oficial del teatro y casi parte del decorado. Tenía dos iguales, pero de distintas tonalidades, que alternaba en cada nueva obra, convencido de que pocas personas volverían a ver la misma función. «Una lástima que ese traje no vuelva a pisar el teatro, aunque sea por una buena razón», pensó Julián, y también pensó que esa información se la daría otro día. Solo ellos dos fueron conscientes del movimiento. Sin soltarse y al oído, Julián dijo con voz casi inaudible:

—Gracias por tu esfuerzo todos estos años, en mi nombre y en el de

mi padre. Gracias de corazón.

—Que en paz descanse —contestó don Carlos, que aguantaba el abrazo para esconder la emoción.

—Gracias por venir, cariño —agradeció la tía de Ana mientras acariciaba el brazo de Julián al ver el efecto que había causado este en padre e hija.

Julián respondió con dos besos y un abrazo que los dos disfrutaron. Luego se reincorporó.

—Ahora me tengo que marchar, pero mañana vuelvo. —Luego miró a Anita y bajó la voz—. Vendré a verte cuando estos no estén. —Señaló a los hermanos con un movimiento leve de la cabeza y un guiño de ojo que fue recibido como un regalo inesperado.

—Aquí estaré esperándote. —Desenvolvió ella el regalo con la sonrisa.

La cara de don Carlos era la de «Te has librado de una buena, muchacho; no te vayas a meter en otro lío». Julián abandonó la habitación y dejó un aire de esperanza más potente que las paredes pintadas de verde o que la buena nueva del doctor, que confirmó que no le quedarían secuelas a Anita tras el ataque epiléptico y la posterior caída.

Julián siguió su recorrido llevándose parte de ese aire optimista. El resto del camino que le tocaba afrontar lo había recorrido infinidad de veces, aunque nunca había llegado lo bastante lejos. La primera piedra del camino lo hacía regresar siempre a casa. En sus ojos, parecía un muro en el que las palabras miedo, vértigo y vergüenza estaban cinceladas. Ignoraba si detrás de la piedra había un cambio de rasante que le acelerara o era solo la primera piedra de una cordillera rocosa imposible. No tenía a nadie detrás a quien preguntar y, hasta hacía poco, ni siquiera a alguien delante con quien valorar sus opciones, pensar en la estrategia o calibrar la carrerilla. Esta vez siguió andando y llegó, porque todo llega y porque la fuerza que lo motivaba tenía principalmente nombre de mujer y la sensación de ser su último tren. Miró a ambos lados en estado de alerta, por si la piedra fuera solo el entretenimiento intencionado antes de una emboscada. Nada, la calma absoluta. Se armó de valor y saltó de nuevo.

—Buenas tardes —dijo una mujer a la que Julián sacó al instante un parecido razonable a una prima lejana suya.

—Hola, buenas tardes. Me llamo Julián y estaba…

—Pase —interrumpió ella con amabilidad mientras se apartaba para hacer espacio—, pase y me cuenta con tranquilidad.

Julián se encontraba en un mundo desconocido en el que cualquier cosa cabía esperar y en el que sabía que él era la pieza fundamental para que funcionara. Estaba abierto a todo, y todo empezaba siguiendo a esa mujer que, con voz sosegada y confidente, lo condujo

hasta el fondo del piso, a un sitio donde las miradas acechantes no pudieran llegar. La sala era simple, apenas un objeto decorativo en la pared al que llamar cuadro habría sido excesivo; dos sillas de madera con un tapizado floral apagado por el paso del tiempo y los traseros, y una pizarra donde se intuían palabras a medio borrar sobre otras escritas a medias. Julián se quedó mirando la pizarra, ya que no relacionaba esas palabras con la razón que lo había llevado allí.

—Pero ¿esto es…? —Julián dudó de las palabras adecuadas.

—Sí, estás en el sitio correcto. Y perdona que te haya cortado ya dos veces. Te dejaré hablar; y deberás hacerlo mucho —sonrió la mujer—. Estás en una asociación de jugadores en rehabilitación. Yo me llamo Laura y soy unas de las psicólogas. Cuéntame que te trae por aquí.

—Necesito ayuda.

13

El desaliento que sentía Mario por los hechos acontecidos hacía una semana le había hecho perder la fe que tenía en el proyecto vital que había empezado a construir al llegar a la ciudad. En resumidas cuentas: los malos habían ganado y los buenos perdido; y él, que no sabía dónde situarse, se sentía más solo y más lejos que nunca de Manuela. No poder estar con ella lo había bloqueado y se sentía incapaz de avanzar. Su estado deplorable era evidente por la apatía que lo acompañaba a donde quiera que fuera. Se agarró a su puesto de trabajo para no perder la cabeza por completo. Si no hubiera sido por la tarjeta que llevaba colgada del cuello y que le permitía el acceso a las instalaciones, el vigilante de seguridad no le habría dejado ni acercarse a causa de su apariencia: su barba tricolor, de más de una semana, lo hacía parecer una persona más madura y desgastada. Las ondulaciones del pelo, arbitrariamente desordenadas, habían dado paso a zonas con abundante cabello apelmazado que coincidía con el lado sobre el que había elegido dormir la noche anterior y con zonas de falsos remolinos cuya posición era cambiante y aleatoria.

No entendía cómo se sentía de esa manera si había ocurrido más o menos lo que había decidido que ocurriera dentro de sus limitadas opciones. Al menos, los malos debían de estar contentos, porque no había vuelto a recibir noticias suyas. De todos modos, no olvidaba las palabras de Greg: «Ya hablaremos de cómo saldarás el resto de tu deuda». Temía que le arrebataran para siempre la paz mental a la que aspiraba. Como si los pensamientos tristes invocasen a otros pensamientos tristes, pensó en su abuela. Que coincidiese con el día oficial del año para recordar a tus seres queridos era solo eso: una coincidencia. La echaba mucho de menos. La recordaba por pura necesidad, por sentir la carencia de su guía fundamental. Ya no tenía a nadie que le discutiera sus decisiones, ni que le contase cosas de sí mismo que ni él sabía. No le quedaba nadie cuyo amor incondicional estuviese por encima de cualquier mal paso que diese. Era capaz de recordar cada palabra antes de que ella se fuera, pero, tras su muerte, las escenas parecían codificadas, como si no hubiese estado presente esos días o su mente las hubiese borrado de modo inconsciente. Las imágenes se mezclaban en una nebulosa confusa.

Pensó en volver al pueblo, como si escapar una segunda vez fuera a funcionar. Mario dejó caer su espalda sobre la cama. Las lágrimas se

acumularon en sus ojos hasta que dos ríos encontraron su curso recorriendo sus sienes primero, y bordeando sus orejas después, para morir sobre la sábana. El amor que tenía para dar se había convertido en impotencia que oprimía su pecho. De forma inequívoca, sentía que le había fallado a su abuela y a sí mismo. Rodeado de más gente que nunca, se sentía solo y que caminaba en dirección de una veleta sin personalidad propia. La vida en el pueblo le parecía más sencilla. Antes de cansarse de llorar en silencio, cayó rendido.

Sin conciencia del tiempo pasado, Mario despertó con el sonido estridente del timbre de la puerta. Era la primera vez que lo escuchaba, ya que no había tenido visita en las semanas que llevaba instalado en aquel piso. Obvió el primer timbrazo, pues no esperaba a nadie, pero no pudo con el segundo. Se levantó de mala hostia y se dirigió a la entrada para despachar sin delicadeza al vendedor de seguros o a la visita inoportuna.

—Hola, Mario —saludó Manuela con inseguridad—. Quiero hablar contigo.

Las hipótesis sobre la razón de aquella visita se amontonaron en la cabeza de Mario. No consiguió articular ninguna palabra, puesto que ninguna ganó la batalla de la credulidad.

—¿No me vas a invitar a pasar? —preguntó Manuela.

—Sí, claro —se arrancó por fin Mario—. Entra.

—Perdona que te diga, pero te veo fatal —dijo Manuela con sinceridad—. No tienes buena cara.

—No he dormido bien —se excusó él.

Al entrar, Manuela observó la casa y parecía otra distinta a la que recordaba. El mobiliario estaba cambiado de sitio y la decoración, eliminada, excepto el incunable cuenco de cerámica, que permanecía en el mismo lugar, sobre el mueble.

—Te ha quedado bien. Sí, me gusta la pieza decorativa sobre el recibidor. —Lanzó una mirada de complicidad.

—He aprovechado mejor algún espacio, nada importante. ¿Qué querías decirme? —Mario se sentó en el sofá e invitó a Manuela a hacer lo mismo.

—En realidad, vengo buscando respuestas. —Tomó asiento; a Mario le temblaba la pierna—. Es en relación con Julián.

—Tú dirás. —Apoyó la mano en su rodilla y paró el movimiento, que se empezaba a descontrolar.

—Desde que vendió el teatro lo veo como ausente. Me ha contado las razones por las que lo hizo, pero no me lo creo del todo. Vender el teatro para ser representante. O escritor, me decía el otro día. Parece que vive en otro mundo. El día de la venta parecía poseído y ahora se lo ve triste. Creo que lo está pasando fatal, pero no consigo que me cuente qué le sucede. Respecto a sus sentimientos, es opaco. Le

pregunto qué ocurre o qué tal se encuentra y él salta con evasivas o responde que está perfecto, y no lo saco de ahí por más que lo intente.

—Estará bien —interrumpió Mario, al que se le notaba incómodo con la situación y consigo mismo.

—Mario —Manuela puso cara de desacuerdo—, no sabes el daño que hacen esas palabras cuando las acompaña de una actitud tan opuesta. Esa actitud revela que sí existe un problema y que, además, no tiene la suficiente confianza para contármelo. Me está afectando y, sobre todo, afecta a nuestra relación. Acudo a ti porque estoy desesperada y ya no sé qué hacer. Me doy excusas a mí misma, pero ya no soy capaz de apagar el ardor visceral que me quema por dentro. Todo el entendimiento que habíamos conseguido parece que se ha esfumado, como si no me enterara de la película. Quizás tú sepas qué le pasa a Julián, sois muy amigos.

Mario no era capaz de mantenerle la mirada más de un par de segundos y se distraía con su pelo, que caía liso y delicado hasta una zona llena de ondulaciones acompasadas entre ellas; o con sus pecas encima de la nariz que se habían acentuado, posiblemente por el sol radiante de la última semana. Era el ser más hermoso y delicado que podía imaginar.

—Estoy enamorado de ti —soltó Mario con los ojos abiertos como platos y con la voz saliendo de un lugar de paz que había encontrado mientras se desprendía del peso que es amar en silencio.

Manuela dudó en un primer instante, pero no tardó en atar cabos. Los gestos, las miradas…

—Ay, Mario. Igual no ha sido la mejor idea venir —dijo ella—, tú tampoco estás en tu mejor momento. No me malinterpretes. Me halaga, pero igual…

—Desde la primera vez que te vi —interrumpió Mario. que se reacomodó para dibujar en el ambiente el recuerdo—. ¿Te acuerdas? Estuve un mes yendo a diario a la parada con la idea de volver a verte. No podía, y no puedo, pensar en otra cosa más que en ti. Me encanta cada gesto tuyo. Tu forma de ser: te preocupaste por mí sin conocerme y es algo que no hace cualquiera. Deseo tocarte, besarte, pasar tiempo contigo. —Se aceleraba en su argumentación—. Perdona, si estoy nervioso, hablo rápido. No soy el tipo que va quitándole la novia a sus amigos, ya tenía estos sentimientos antes de conocer a Julián, que fue por pura casualidad. Tenía que quitarme este peso de encima. Y entenderé cualquier decisión que tomes, pero tengo que decir esto que siento. Además, siempre he tenido la sensación de que conectábamos, ¿es así?

Mario trataba de no dar nunca la respuesta que no deseaba en la pregunta que realizaba para no facilitar la justificación.

—Yo sé que mi forma de ser necesita mucho contacto físico.

Incluso mi forma de hablar o de relacionarme se malentiende por sugerente. Creo que me viene de mi infancia, que pasé sobre todo en Colombia. Allí son muy cariñosos y seductores. Ay, siento tanto que te hayas llevado un mensaje equivocado… Me sabe fatal.

—¿Y el beso? —preguntó Mario, que sabía que tal acto no se soportaba en la idiosincrasia de su origen que sentía que usaba como excusa.

—Lo siento, Mario. Yo estoy enamorada de Julián. Mira, no quiero generarte más confusión. Quizás sea mejor que me vaya. —Manuela se levantó con la idea de no sumar más quebraderos de cabeza a los que ya tenía.

—No te he contestado todavía. Has venido en busca de respuestas y te irás con todas.

Manuela se detuvo, dudó unos instantes y se sentó de nuevo. Mario, en lo más profundo de su ser, albergaba la esperanza de que, tras aquella declaración de amor, ella se lanzase a sus brazos. Supo contener la frustración, como si mientras estuviese allí siguiera existiendo alguna remota posibilidad de tenerla.

—No sé si le hago un favor o le doy la puntilla. Creo que tú decidirás esa cuestión. —Mario dejó la duda en el aire.

—Me estás poniendo de los nervios. —Manuela se llevó la mano al pecho.

—No andas lejos de la realidad. Julián está mal y tuvo que vender el teatro por necesidad. A mi parecer, la culpa es suya, aunque hubo personas que lo empujaron por interés.

—Explícate. Sin maquillarlo, por favor —pidió ella.

—Julián tiene problemas con el juego y lleva así muchos años. Fue perdiendo todo lo que tenía hasta que solo le quedó el teatro. Le debe, o debía, ya no sé, mucho dinero a varias personas.

Manuela se llevó la mano a la boca, que abrió, sin querer, para aliviar la presión interior, que se incrementaba con cada latido.

—Cartas, ruletas… Como te digo, acumulaba muchas deudas y se ha visto obligado a vender el Principal. Antes era dueño del café y de varios pisos en la ciudad, ¿sabías?

—No. ¿Y lo que has comentado de que lo han empujado? —preguntó ella.

—Había gente interesada en que lo vendiera y, de alguna forma, lo presionaron. Es cosa tuya cómo lo gestionas, pero, si quieres hacerle un favor, déjalo estar. El tema es delicado y no hay marcha atrás. La venta se ha realizado de un modo legal. Sin blanquear su culpabilidad, solo quiero darte la perspectiva de que no ha tenido ayuda con su problema, más bien lo contrario. —Mario se sintió orgulloso de improvisar el razonamiento—. Doy fe de que él lo ha intentado dejar, pero está enfermo y recae. No sé ya qué pensar o cómo ayudarlo. Ni

siquiera sé si se puede hacer algo.

—Pero ¿es verdad lo que me cuentas?, no será una argucia tuya…

—Que me rechaces lo puedo aguantar, pero que creas que soy capaz de hacer una canallada así… —dijo Mario en defensa propia con cara larga.

—Perdona, tienes razón. Gracias por contármelo —recogió cable Manuela, y perdió la vista en el cielo, que se asomaba a través de la ventana—. ¿Cómo me lo ha podido ocultar? —dijo entre dientes.

—Las personas somos…, ya sabes —dudó Mario, y ella hizo el gesto de negación para darle a entender que era una pregunta retórica, que no iba para él.

—Muchas gracias, Mario. —Le agarró de nuevo el brazo. Él lo miró, como si se tratase de un resorte que se activaba con el roce—. Ay, perdona —se excusó ella.

—No tranquila, está bien. Soy yo, que no estoy acostumbrado. —La realidad era que no sentía todo bien en su interior, algo se había roto, pero no sabía qué ni cómo emergería.

—Ahora sí, me voy. Me gustaría que la conversación no significase el final de nuestra amistad.

—Por supuesto que no, aunque entiende que me costará verte de otra forma —dijo Mario, que asumió el rechazo.

—Adiós, Mario.

Él omitió la respuesta, pero el gesto representó la despedida. Un adiós real a todos sus sueños y deseos que lo habían alimentado desde aquella tarde que había llegado a la ciudad y la conoció a ella.

Manuela volvió a casa con Julián. Su nuevo hogar, ahora compartido, se situaba en el extrarradio, fuera del foco de la muchedumbre. Una casa nueva en un barrio nuevo para empezar una vida nueva. Todo aquello se entendía mejor con la información en sus manos. Incluso que insistiera tanto en estar rodeado de parques y tranquilidad. Julián se encontraba en la cama, desnudo y arropado tan solo con la sábana. Dormido en posición fetal, parecía ajeno al sufrimiento. Manuela lo observó. Se desnudó, abrió la sábana y se metió en la cama con sumo cuidado para no despertarlo. La temperatura de Julián era tan agradable que ella se amoldó por detrás, copió la forma para conseguir la mayor superficie de contacto piel con piel, y lo abrazó. Julián se alegró del despertar que le daban, aunque no se movió. Tan solo sacó un poco el culo para acoplarse mejor. Aún estaba en ese mundo a medio camino de los despiertos en el que cada minuto sabe a gloria. Manuela llevó, en un movimiento sutil, la cabeza hacia el oído de Julián.

—Siento mucho por todo lo que has pasado. Tienes que saber que

no estás solo. Ahora estoy contigo y lo superaremos juntos. Empezaremos una vida nueva en libertad. Te quiero tanto, mi amor…

Julián, al escuchar las palabras y el tono tan distinto al habitual, se dio media vuelta con lentitud. La miró a los ojos y comprendió que ella lo sabía. Durante tres segundos mantuvo la mirada, en un intento de que lo salvasen de vivir lo que le venía subiendo cuerpo arriba, hasta que no pudo más. Rompió a llorar con un sonido desgarrador que llevaba tiempo ahí encerrado y metió la cabeza entre los pechos de Manuela.

—Lo siento, lo siento —repetía Julián entre cortes de respiración.

—Tranquilo mi amor, todo irá bien —predijo Manuela.

Ella sabía que algo había nacido en ese instante, un lazo de unión más fuerte entre ellos, basado en la libertad de afrontar cualquier problema sin miedos y con el conocimiento de que, para que uno cayese, tendrían que tumbarlos a los dos. Él, que hasta entonces se había tomado la vida como un juego constante, sabía que a veces la pelota gira y cae donde uno espera. Y esa mañana, en la ruleta de la vida en la que se reparte con quién compartirás tu viaje, la pelota había caído en su número. Y ese día, como tantas otras veces, lo había apostado todo.

También fue una noche dura para Mario. Tumbado en la cama y con el suficiente cansancio en el cuerpo como para conciliar el sueño, su cerebro indómito procesaba información sin cesar y se lo impedía. Cada hora que veía pasar en el reloj de pared que tenía en frente pintaba peor su futuro. Sentía que su vida se desmoronaba y no podía seguir así. En el último tiempo, sus estados emocionales parecían una montaña rusa, de arriba abajo sin pasar por alguna etapa estable. Aquello era agotador. Cerró al tiempo los ojos y la persiana de sus pensamientos cuando faltaban solo un par de horas para que el despertador le diese los buenos días. Era día laborable, en el que, por lo general, sus obligaciones echaban a un lado sus penurias de forma artificial por pura falta tiempo. El día sería ciertamente distinto. Despertó con la idea interiorizada de sacudirse todas las limitaciones que se le habían adherido y que lo lastraban: muchas, consecuencias de sus actos, pero otras lo acompañaban sin haberlas buscado. Quería volver a hacer bien las cosas y empezar de nuevo solo era posible desde un estado de libertad. No deber nada a nadie era imprescindible para conseguir la anhelada independencia. Valoró sus alternativas y, como si fuera una dieta, pospuso para el siguiente lunes lo de volver a ser el Mario afable de antaño. Entre el aseo, el desayuno y la elección de la vestimenta redactó una carta de dimisión bastante escueta y directa en la que alegaba motivos personales. Fue a trabajar como si

nada y dejó la carta en la mesa de su responsable directo, que la leyó sin gesticular, la miró y la apartó en una bandeja con un montón de papeles más.

—Perfecto. Gracias y que vaya bien —dijo el jefe sin mostrar mucho interés.

—Gracias a ti —contestó Mario por cortesía.

Y se marchó con la normalidad con la que había entrado. Fue inevitable discernir las diferencias entre el proceso de dimisión de alcalde en su pueblo y la situación recién vivida. Por encima de todas, estaba el sentimiento de que allí no le importaba a nadie, aunque esa situación ya no le picaba tanto. A continuación, se dirigió al Círculo Vitoriano. Quería que todos conocieran al nuevo Mario que se encontrarían si lo buscaban. Llegó aún con el frescor de la mañana y el ambiente parecía el de siempre. «Cada uno con su tema, y Greg en el de todos», hipotetizó Mario. Al llegar a la recepción, no le sonó el rostro femenino de detrás del mostrador. Tenía una belleza nada comercial que no habría olvidado de haberla visto antes.

—Hola, vengo a ver a Greg o a Gabi, ¿sabes si andan por aquí? Por cierto, ¿eres nueva?

—Buenos días. Sí, empecé hace unos días. Me llamo Daniela, encantada. —Le ofreció la mano, que Mario aceptó y estrechó—. Gabriel, ni idea; pero creo que Greg está en su despacho, ¿lo aviso?

—No, tranquila —contestó él—, me está esperando. Voy directo a su despacho, muchas gracias. Por cierto, soy Mario.

—Vaya, no me ha dicho nada, pero adelante.

—Gracias, muy amable. —Echó a andar, aunque se detuvo a los tres pasos—. Daniela.

—Dígame, don Mario —contestó ella.

—No te puedo contar mucho ahora, pero, si tienes la opción, huye de este sitio. Si no lo haces, en algún momento entenderás mis palabras y, con toda seguridad, será tarde. Te voy a dar mi teléfono; si quieres, me llamas y te cuento más —dijo mientras sacaba una de las tarjetas de su ya antiguo trabajo, la rompía en dos y le daba la parte en la que aparecía solo su teléfono personal.

—¿Ahora se liga de esta manera? Qué poco puesta estoy en el tema, debería salir más —dijo ella con ironía al sonarle tan rara la propuesta.

—Va, déjalo —dijo Mario al ver que cualquier explicación adicional que diese sonaría igual de inverosímil—. Tú solo guarda el número y recuerda lo que te he dicho.

Ella hizo un gesto gracioso de locura con la mano, aunque agarró la tarjeta con una sonrisa. Mario se fue decidido al despacho de Greg, tocó la puerta con fuerza y abrió sin esperar a que le dieran paso.

Allí estaba también Gabi, al lado de una pizarra blanca llena de

diagramas de flujos alrededor de lo que parecía un croquis penoso de un teatro.

—Atento, Gabi. Nuestro trabajador del mes está aquí —dijo Greg, que siempre tenía una frase para cada ocasión.

—Hola, Mario —saludó Gabi.

Lo miró sin devolverle el saludo. Para él, su otrora mejor amigo, allí de pie, explicando lo que fuera, estaba más cerca de un bufón que satisfacía la codicia de un tirano que de un compañero de trabajo o de un verdadero amigo.

—A ti te quería ver yo, pero —dudó Greg— no recuerdo haberte llamado. ¿Lo has hecho tú? —Miró a Gabi, que negó con la cabeza—. Adelante, suelta lo que hayas venido a decir, que no tengo mucho tiempo.

—Acabo de dimitir de la farsa que era el trabajo.

—Es muy gracioso ver cuando la gente, valientes ellos, viene de digna y se acaba marchando mientras suplican por su…

—¡Suficiente! —interrumpió Mario—, no te tengo miedo. No te debo nada y no pienso vivir a expensas de los caprichos de un psicópata.

—He de decir que los tienes bien puestos para presentarte aquí y hablarme de la manera en que lo haces.

—No tengo mucho que perder —redobló Mario su envite—, ya no.

—Ahora que lo dices —ignoró Greg las palabras de Mario—, después de tu renuncia, entiendo que te quedas libre. Perfecto.

—Te has salido con la tuya. Ahí tienes tu maldito teatro. Considera que has pagado por mis servicios y que nuestras deudas están saldadas —dijo Mario con pose de creérselo.

Greg rio en alto, con una risa a todas luces forzada para los que habían tenido más de dos conversaciones con él.

—Que sí, que te he escuchado —dijo Greg—. Gracias por compartir tus pensamientos. Solo te puedo decir que ya me aseguraré yo de cobrártelo.

Mario no vio otra alternativa. Sacó del bolsillo la grabadora que Julián había dejado en la planta y que Mario había recogido al siguiente día con la ayuda de Adela. La levantó. Gabi negaba con la cabeza, con la intención de detener con disimulo a su amigo.

—¿Veis esta grabadora? Quiero que escuchéis esto. —Mario apretó el botón de reproducir.

Los tres en la sala escucharon cómo Greg explicaba a Gabi y a otra persona qué tenían que hacer para hundir al dueño del teatro si el plan original no funcionaba. Les explicaba cómo lo habían conseguido ya con otro empresario de la ciudad. En palabras de Greg, era sencillo: propiciar que se equivocara y hacérselo pagar.

—Si no quieres que esta grabación, y otras que tengo, salga a la

luz, debes dejarnos en paz.

—¿Nos? —preguntó Greg.

La cara de Gabi era una mezcla de orgullo por su amigo, por tener la valentía que él nunca tuvo, y de preocupación por la temeridad de su acto.

—Sí, a Gabi y a mí. Él, más que nadie, te ha pagado con creces —aclaró Mario.

—¿En serio? Tu amigo es lamentable. —Miró a Gabi—. Viene a chantajearme en mi propia casa. O lo largas tú o llamo a seguridad.

Gabi se acercó con paso corto hasta Mario. Este dio un paso lateral para hacerle hueco a su lado, pero su amigo lo empujó hacia la puerta.

—Que no, ¡coño! Quítame las manos de encima —reaccionó Mario—. Mira en el pelele que te has convertido. De aquí me voy directo a la policía, con o sin ti.

Mario no lo vio venir, pero la mole que rebosaba músculo y testosterona había entrado en el despacho de forma sigilosa y se encontraba detrás de él. Sin vacilar, le asestó un puñetazo en el hígado que dobló a Mario y este dio con su rodilla en el suelo. Paralizado, apenas podía respirar.

—Déjalo —dijo Gabi, que se llevó un codazo.

La mole miró a Greg, que se limitó a afirmar con la cabeza. Una lluvia de golpes cayó sobre Mario. Los primeros los sintió como puñales que lo atravesaban y dieron con su cuerpo a tierra. A partir del tercero, por el efecto de la adrenalina, el dolor fue general. Se tapó las partes blandas por instinto.

Greg se acercó al agredido y al agresor y tocó el hombro de este último, que paró en el acto.

—Creo que ya he encontrado tu labor, ¿me escuchas? —Greg tocó con el zapato a Mario, que se revolvía como un reptil moribundo—. Acércate esta tarde al teatro a eso de las siete, que necesitamos manos para ponerlo en marcha.

La mole lo incorporó. Mario apenas podía tenerse en pie.

—Ya hemos acabado, llévalo a casa para que descanse. —Greg se retiró a su poltrona.

Gabi se acercó para ayudarlo.

—Acerca el coche, ¿o te crees que está para pasear por el centro de la ciudad? —dijo Gabi.

El gorila, tras la señal de confirmación de Greg, salió en busca del carro. Gabi ayudó a Mario a alcanzar una silla que había apoyada contra la pared. En un descuido de Greg, que andaba ya inmerso en unos documentos, Gabi se acercó a centímetros de Mario.

—Esta tarde no se te ocurra ir al teatro. Ven a casa, aunque sea la última vez que me hagas caso en tu vida. No vayas al teatro, Mario.

El tono tan serio de Gabi llegó hasta la única parte lúcida que

quedaba en Mario, aunque no abrió la boca. El matón por cuenta ajena entró en la sala y, sin decir nada, se colgó a Mario del hombro y se lo llevó.

Se levantó deshidratado, sumido en una sequía de fluidos y recuerdos, y fue directo a la cocina. En el camino, las punzadas moldeaban la curvatura de su espalda. Encontró una posición neutra, apoyado sobre la encimera, en la que era capaz de soportar el dolor. Llenó de agua un vaso ancho de sidra y se lo trincó de un trago. Lo volvió a llenar, abrió el cajón misceláneo, donde todo cabía, y cogió una caja de analgésicos. Se tomó una pastilla y, de seguido, el segundo vaso de agua. Las campanas de la catedral, que repicaron en seis ocasiones, doblaron hasta el doble de veces en la cabeza de Mario. Este se levantó la camiseta para ver las secuelas visibles que pudiera tener. A pesar de que aparecieron varias zonas rojizas a lo largo de su torso, ninguna lo asustó lo suficiente para pedir ayuda médica. Basado en la experiencia, la única ayuda que aceptaría sería la de alguien con un coche en marcha que lo llevase lejos de allí. Tenía la decisión tomada, incluso antes de la paliza. Si algo no salía bien, volvería a casa, la que sentía su verdadera casa. No le quedaba nada más que hacer allí, de modo que no le dio más vueltas. Si volvía ahora a San Zoilo, con suerte estaría a tiempo de recolectar los últimos pimientos de la temporada, además de empezar a preparar la tierra para la siembra.

Con mucho esfuerzo, logró hacer la maleta y rellenó sin ningún orden su mochila con enseres personales. Abrió la puerta de la calle, echó una mirada atrás con pena, por lo que pudo ser y no fue, y le arreó un manotazo al cuenco de cerámica, que se desintegró en mil pedazos al chocar con el suelo. Bajó a la calle y se dirigió hacia la estación. Dio cinco pasos largos y decididos, tres más cortos y, en el octavo, se detuvo. «Tengo que decirles adiós a las niñas», pensó, y dio media vuelta. Diez minutos después estaba tocando el timbre.

—¿Quién está llamando? —dijo una voz infantil, como si recitara la lección.

—Paula, mi amor. Soy el tío Mario. ¿Puedes abrir?

La cerradura se abrió, no así la puerta, que pesaba demasiado por el blindaje. Mario la ayudó.

—Paulita, dame un beso.

Ella se abalanzó y lo abrazó con ternura, aunque parecía nerviosa al no querer separarse. Mario no la pudo aupar por el dolor agudo, repentino e intermitente que sentía al mínimo esfuerzo. En cuanto se separaron, Paula sacó del bolsillo de su pijama un sobre doblado y se lo ofreció.

—¿Esto? —preguntó Mario.

—De papá. Dijo que vendrías —contestó ella.

—¿Y dónde está papá?, ¿y María? —Paula hizo un gesto con los brazos de no saber. Mario cogió el sobre—. No puedo creer que os hayan dejado solas. ¿Y Cristina?

—En su habitación, no quiere salir. Empezó a llorar cuando vio que papá se iba llorando. Yo no he llorado —aclaró Paula.

—Vamos a verla. —Mario la cogió de la mano y fueron hacia la habitación.

Cristina estaba echada boca abajo en una de las dos camas de noventa que vestían el dormitorio y lloraba desconsolada. Paula y Mario se echaron junto a ella y la abrazaron. Como por arte de magia, Cristina dejó de llorar.

—Tranquila, amor. Estamos tu hermana y yo contigo.

Las hermanas coordinaron una sonrisa. Sabían que algo ocurría, pero ya no estaban solas. Cuando se tranquilizaron, con sendos cuentos en las manos, Mario se echó en la cama de al lado, abrió el sobre y leyó la carta.

> Querido amigo, te debo mi vida.
>
> Te la debo porque sé que vas a salvar la mía, así como supe que vendrías cuando te lo he pedido esta mañana. Me he equivocado una vez detrás de otra; contigo, conmigo, pero, sobre todo, con las dos personitas a tu lado; y con pedir perdón no es suficiente. Voy a entregarme, Mario. Probablemente ya habrá sucedido cuando leas esto y no haya vuelta atrás, como en realidad no la ha habido desde el día que plasmé mi primera firma en unos contratos que condicionarían mi vida y la de mis seres queridos. No fui a San Zoilo a ofrecerte un trabajo, ni a proponerte una salida, fui a pedirte ayuda porque estaba desesperado. Eras la única persona que me podía sacar de esto, y lo has hecho. No con una idea feliz sacada de la chistera, que no la hay, sino con tu actitud, tu valentía y tu amor. La solución eres tú, Mario.
>
> Amas a las niñas y sé que sostendrás el hogar mientras yo no esté. Tengo el corazón roto por dejarlas, pero es la única salida para un futuro libre con ellas después de haber agotado todas las opciones. Cuando eres padre no puedes permitirte un descanso en ser ejemplo. Esta es la única forma que he encontrado de redimirme frente a ellas. Creyendo que aparecería una solución, he seguido la inercia con el único resultado

posible: cavar más y más profundo el hoyo en el que me encuentro. No voy a excusarme, yo soy responsable de mi situación.

Voy a caer, y conmigo caerán Greg y otras personas importantes. Todo se ha precipitado en el último momento, pero no es una improvisación. Greg accedió a que el teatro fuera el centro neurálgico de las operaciones. He propiciado que la policía encuentre allí toda la información necesaria para encerrarlo; encerrarnos. He pactado con el fiscal, y en el juicio tendré un trato de favor, aunque no impedirá que me tire una temporada privado de libertad. Lo siento por no contártelo antes, pero habrías tratado de impedírmelo o habrías intentado alguna tontería, como la de esta mañana, tan hermosa y valiente como estúpida. No lo he detenido porque habría puesto en peligro la operación. Por supuesto, nadie debe saber el contenido de esta carta, por favor, destrúyela en cuanto la leas. Si se enterase Greg… Ya has visto de lo que es capaz. Todo está preparado, mi abogado al tanto y, sobre la mesa, tienes una carpeta con lo que necesitas saber de las niñas y de la casa. Te llamaré en cuanto pueda o lo hará mi abogado.

Estoy seguro de que cuidaras a las niñas. He visto, durante este tiempo que has estado con nosotros, el cariño y la ternura con que las tratas, y no las podemos dejar en mejores manos. Ellas te necesitan. Sé que es lo que querría su madre. Ella y yo te lo agradecemos de todo corazón.

Te quiero, amigo.

Gracias.

Mario acabó de leer la carta, se tapó los ojos con las manos mientras se frotaba las sienes y resopló con fuerza. Se reincorporó de un brinco con la idea de dejar la habitación para recobrar la compostura. La acción llamó la atención de Paula.

—Tío, ¿te vas?

—Sí —contestó Mario, que se quedó pensativo—. ¡A por vosotras!

Se lanzó a la cama con ellas con la determinación que requería el momento. La risa y el alborozo difirió la desazón que tarde o temprano llegaría a la casa, aunque, con las defensas llenas de amor, sobrellevarlo sería más fácil.

14

Un año era poco tiempo para decir que estaba curado y que no volvería a jugar, pero una eternidad si sumaba cada uno de los momentos en los que había tenido alguna tentación y necesitado echar mano de su pareja y de las herramientas que le habían proporcionado en la asociación para vencerla. Aunque tenía claro que tendría que convivir con los impulsos, sentía con orgullo que las partidas, las cábalas y los sinsabores no formaran parte de su presente. Estar orgulloso de su persona era un sentimiento que nunca había experimentado en su etapa adulta. Siempre corría detrás de él la sensación de vida fallida.

Cuando echaba la vista atrás, entendía lo que lo había llevado a entrar en el mundillo: con sus antecedentes, y la euforia de una buena ganancia, cualquiera podía picarse. Pero haberse mantenido preso de su adicción durante tres lustros le generaba una sensación de vacío aterradora. La única vez que había vivido un vértigo que se le acercara fue cuando lo dejó su primera novia de un día para otro, tras cinco años juntos. «¿Y qué pasa con mi tiempo?». Fue lo único que le había echado en cara, aunque no tardó en arrepentirse. Amar como inversión no era amar, aunque fue un modo duro de aprenderlo.

Manuela daba sentido a todo aquel camino de ensayo y error. Estaba a punto de acabar el curso y Julián la veía agobiada entre exámenes y prácticas. Cuando llegó ella a casa uno de esos días, después de demasiado deber cumplido, los dos salieron a orearse. Había recién entrado el otoño y el verde inherente a su ciudad natal se transformaba en una paleta de rojos que diluía aceras y parques en una alfombra turca a gran escala. Un espectáculo que se renovaba cada mañana con una limpieza municipal y una nueva trama de tejido a capricho de Eolo. Era uno de esos días que sorprendía hasta al más autóctono de la zona por el calor inusual para la época y que no merecía ser ignorado desde las paredes de casa. Pasearon con lentitud por el centro de la ciudad, sin destino, dando más importancia al cómo que al dónde. Si algo había cambiado en poco menos de un año, era que el futuro estaba lleno de proyectos.

—Todavía no me creo que Aiala haya accedido a que escriba con ella la novela —dijo Julián.

—Es que a veces puedes ser muy persuasivo —bromeó Manuela—. Si no, ¿cómo iba yo a estar contigo?

—Hablo en serio. Estoy nervioso; escribir a cuatro manos tiene que ser complicado. Y con una escritora como ella…, espero que la comparación no resulte odiosa.

—A ver, cariño, ella ha vendido más de un millón de copias de la novela y, entre todas las cosas que hizo bien para llegar al éxito, una fue hacerte caso con lo de centrarse en el misterio de quién es el asesino más que en sus motivaciones. Es lo que ha enganchado a tanta gente, y tú tienes mucho que ver. Ella lo sabe —argumentó Manuela.

Julián se quedó pensativo y se reafirmó en la autoría de esos cambios decisivos. Se tranquilizó.

—Creo que sé sobre qué quiero escribir la novela, lleva tiempo merodeando en mi cabeza —dijo Julián, que llevaba un rato andando en automático mientras conceptualizaba su nuevo proyecto—. Tengo que contar mi historia.

—Tómatelo con calma, cariño.

Julián se aproximó a Manuela sin dejar de andar y la besó en la sien. Ella lo correspondió con su mirada más tierna, la misma que lo había enganchado un año atrás. Llegaron hasta la Catedral Nueva, donde los jóvenes usaban su entrada y las escalinatas de piedra pulida como pista de patinaje callejero. Julián se fijó en uno, que apenas tendría tres o cuatro años y tenía problemas para sostener el patín en las manos.

—Vamos por el parque de la Florida, que hace más fresco.

—Vale. Mira, ¿has visto al renacuajo ese? ¿Cómo maneja el patín?, si no puede ni con él.

Ella contestó con una sonrisa cómplice. Avanzaron entre árboles jóvenes, veteranos y ancianos de diferentes especies, que formaban un oasis en los días de calor.

—Ten cuidado, no vayas a doblarte un tobillo con las hojas. Es que no se ve ni por dónde va el camino.

—Te quejas por todo. Es precioso —contestó Manuela, que cogió un puñado de hojas amontonadas y las lanzó al aire.

—Una cosa no quita la otra —argumentó Julián, que acabó por soltar una carcajada al verla disfrutar como una niña.

La atención de Manuela la atrajo el saxofón de un músico que no vio, pero que situó al otro lado del parque. Julián se dejó llevar por esas notas envenenadas que lo llamaban. En el horizonte, y tras la vegetación, se entreveía una estructura octogonal de color blanco que necesitaba parejas agarradas para sentirse bonita.

—Oye, ¿has subido alguna vez al quiosco de la música? —preguntó Manuela.

—Tengo el recuerdo de subir con mi padre. Cuando veníamos a los conciertos, esperábamos a que acabasen y se fueran para emularlos.

—Vamos, quiero ir. —Tomó ella la delantera.

Ascendieron por una escalera lateral y esquivaron a unos jóvenes que debatían en alto los posibles resultados de fútbol de la siguiente jornada de liga. Llegaron hasta el lado contrario y se apoyaron sobre la valla mientras admiraban, desde la altura, las formas de un jardín cuidado con mimo. Julián se puso detrás de Manuela, la agarró por la cintura y apoyó su cabeza sobre su hombro.

—Oye, ¿aquel no es Mario? —dijo Manuela, y señaló a un hombre y una niña a lo lejos—. Sin las lentillas no veo bien.

—Sí que es, sí. Va con Paula —contestó Julián—. ¡Mario!, ¡Mario! —Gritó hasta que Mario los reconoció y los señaló con la mano para describirle a Paula lo que ocurría.

Mario y la niña se acercaron y siguieron los pasos de la pareja, que los esperaba arriba. Al esquivar a los muchachos de las escaleras, Mario se molestó por la intensidad de la discusión y por las palabras malsonantes que utilizaban.

—Ni puta idea tienes —repitió Paula las palabras del muchacho.

Mario se agachó a la altura de la niña y la miró.

—Eso no se dice. Las personas se pueden enfadar contigo si lo haces —advirtió Mario.

Ella no contestó y salió a trote a abrazar a Manuela.

—Uy, que cariñosa —dijo Manuela—. ¿Sabes quién soy?

Paula asintió con la cabeza.

Los tres se miraron al no recordar un momento en el que ellas hubieran coincidido.

—Vamos a jugar al pilla-pilla —propuso Paula, y salió a toda prisa hacia el otro lado del quiosco—. ¡Te la quedas!

Manuela se reincorporó, saludó con la mano y con su sonrisa a Mario, hizo un gesto de aceptar su destino y salió detrás de la niña, que ya estaba expectante.

—¿Qué tal, Mario?, ¿cómo estás? —Julián lo abrazó.

—Muy bien, he salido con Paula, que estaba —paró un instante—, digamos, nerviosa. ¿A ti qué tal te va? Te veo bien.

—Sí, muy bien. ¿Y eso?, ¿qué le ocurre? —insistió Julián.

—La hermana se ha ido unos días fuera de excursión y parece que no le ha sentado nada bien. Paula no ha ido porque ha estado enferma y no queríamos arriesgar a que se pusiera peor. Pero parece que ya lo ha superado, ahora está como una moto.

—Igual necesita descargar la energía que gastan juntas.

—Quizás, porque se pasan el día jugando o peleando —dijo Mario entre parones y gritos de los chavales.

—¿Cómo? Joder, no escucho nada.

—Digo que quizás tengas razón, porque se pasan el día juntas como el perro y el gato o como inseparables, y ahora necesita otro saco de boxeo en el que descargar la energía —repitió y completó Mario.

—Espera un poco. —Julián se dirigió a donde los muchachos—. Pero ¿se puede saber qué os pasa?

—Este idiota, que dice que va a ganar el Alavés. —Un muchacho pecoso señaló a su amigo, que sostenía un teléfono móvil.

Por el tono de voz y la pelusa incipiente en la cara, ninguno tendría más de catorce años. Sus prendas de vestir, varias tallas por encima de la suya, escondían un cuerpo puberal que no tardaría en dar el estirón.

—¿Y tal cosa es tan importante como para chillar y hablar así?

—¿Usted qué cree? Juega con el Real Madrid y nos jugamos todo lo que hemos ganado. Hay que apostar al favorito, ¿a que sí? —expuso el muchacho, dirigiéndose a Julián.

Mario y Julián se miraron en sintonía con el drama y la comedia en la situación.

—Naciste para martillo, del cielo te caen los clavos —dijo Mario, que optó por lo segundo.

—Tenéis que dejar eso —dijo Julián al prever el drama que alguno de ellos viviría—. Vais a perderlo todo una y otra vez.

—Este es peor que mi padre —dijo el muchacho que estaba sentado —. Anda, vámonos.

Los demás lo siguieron como si tuviese en la mano el Santo Grial. Las caras de Mario y Julián cambiaron por completo.

—Alguno de esos acabará muy mal. Es que ahora es aún más fácil, se puede apostar con el móvil —informó Mario.

—Esto va a ser una pandemia —auguró Julián.

—Tú, con todo lo que has vivido, te puedes considerar muy afortunado. Si te soy sincero, no esperaba un final feliz para ti —dijo Mario.

Al escuchar esas palabras, Manuela y Julián contactaron con la mirada. Ella se acarició el vientre y sonrió. Él volvió la cara hacia Mario.

—Yo, ni en mis mejores sueños.

Bruno Saltor nació en 1985 en Vitoria-Gasteiz (País Vasco, España). Es licenciado en Ingeniería Aeronáutica por la Universidad Politécnica de Madrid. Ha viajado por todo el mundo, motivado por el diseño y el cálculo de estructuras de aviones. Rodeado de números en su día a día, se acerca al mundo de las letras con su primera novela, *Albur*.

Gracias a Ane, creadora de la portada y la maquetación de la obra, por ser fuente de inspiración y convertirse en un respaldo inagotable de energía y confianza en el proceso de escritura.